TESS WATCHMAKER

DE REPENTE TÚ



CALIGRAMA

De repente tú

Tess Watchmaker

(2018)



Primera edición: febrero 2018
ISBN e-book: 9788417164850

Un cuerpo abandonado en un solitario paraje es encontrado por una joven. Este hecho fortuito da lugar a una serie de acontecimientos en los que se entremezclan las más bajas pasiones y los más elevados ideales. En esta novela los protagonistas luchan por encontrarse y enfrentarse a su Destino.

Doy las gracias a mis padres Teresa y Eduardo, unidos ya en la Eternidad, pues ¿qué sería yo sin ellos?

A mi hija Teresa, buena lectora, escritora y crítica.

A mi marido Antonio, cuyo proyecto común es esta vida que vivo y a mis hermanos Luisa y Eduardo, parte muy importante de mi familia tan querida y necesaria para mí.

Os quiero a todos por y para siempre.

Prólogo

Ponme como sello
sobre tu corazón,
como sello sobre tu brazo;
porque es fuerte el amor
como la muerte,
tenaz, como el seol, la celosía.
Flechas de fuego son sus flechas,
sus llamas, llamas de Yavé.
Aguas inmensas no podrían apagar el amor,
ni los ríos, ahogarlo…

Cantar de los Cantares 8, 6-7
A las afueras de Granada, 1863

Sentía frío, mucho frío y los párpados pesados, muy pesados, terriblemente pesados.

Intentaba abrirlos, pero le parecían como si tuviera una losa encima y esa sensación se irradiaba por todo su cuerpo hasta los dedos de sus pies.

Su respiración, irregular, introducía hielo gaseoso a sus pulmones.

Tendido boca arriba, reposaba sobre un lecho de hojarasca húmeda y fría.

El susurro de unas pequeñas pisadas a su alrededor no cesaban desde que había recuperado la conciencia.

¿Qué es lo que hacía en aquel lugar? ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Unas fuertes punzadas atravesaban su cerebro de parte a parte, sus sienes latían desenfrenadamente, el dolor era insoportable, tal vez, debería dejarse llevar al sitio de donde acababa de salir, volver a aquella paz como de muerte en la que no se sentía nada, no se era nada.

…Y aquel vacío donde el eco de sus pensamientos rebotaba…

Un viento helado cortaba como afiladas dagas su piel.

¿Qué le había ocurrido? ¿Tal vez una mala caída de su caballo? Un momento, ¿había estado montando a caballo? No lo recordaba. Tal vez le habían atracado y robado hasta su última moneda, si es que hubiese tenido dinero, desposeyéndole también hasta de su último ápice de decencia, dejándole más muerto que vivo en medio de la nada, sin ropa y sin recuerdos…

tampoco recordaba eso.

Intentó alzar su mano izquierda para tantearse el cuerpo profundamente dolorido y evidenciar sus heridas. Su extremidad apenas respondió a la orden del movimiento y la mano, con los dedos largos abiertos, delgados y sucios de sangre y tierra, cayó sobre su vientre sin apenas haberse levantado unos pocos centímetros.

Suspiró tan profundamente como si aquel fuese el último ramalazo, la última ráfaga de vida que entrase en sus pulmones.

Sintió que la desesperación, mala compañera en la soledad, paseaba desinhibida por su mente y no tuvo ni fuerzas ni ganas de pararle los invisibles pies que la mantenían tan andarina.

Aquella indefensión tanto de su materia corpórea como de la intangible, le mortificaba hasta la extenuación y la angustia más extrema le inundaba.

El susurro de los árboles que le rodeaban se hacía por segundos más intenso, las ramas entrechocaban al compás de una siniestra música orquestada por un viento que arreciaba su ritmo, descontrolado e imparable.

Intentó levantar su dolorida cabeza, pesada, extraordinariamente pesada y un profundo gruñido de dolor e impotencia, se expandió como el eco en el vacío de aquel lugar inhóspito.

Tal vez fuese mejor así, se dijo mentalmente en una reflexión desposeída de toda pasión, de toda esperanza en un mañana. Quizá aquel fuera su final, el que se merecía… pero por más que quisiera esforzarse en buscar sentido a todo aquello, no le era posible.

¿Y si había sido un canalla, manipulador sin escrúpulos, abandonado a esa situación terminal para así purgar sus innumerables pecados?

¡Dios! ¿Nadie se preocupaba por él? ¿No había ninguna esposa dulce, cariñosa, esperándole en alguna parte, sufriendo por su ausencia? ¿Tenía hijos, padres, hermanos… que añoraban su recuerdo y le echaban de menos?

Unos intensos estremecimientos se adueñaron, no solo de su indefenso cuerpo, sino también de su perdida alma y su vacía mente. Estaba en manos del Todopoderoso y, aunque no sabía si era un hombre temeroso o no, un cristiano practicante o no, sabía claramente que no tardaría en partir.

El ritmo de su respiración se hizo de repente más pausado, sin embargo, algo le decía desde el mismísimo centro de su ser que aquella quietud solo podía ser debida a una cosa: la llegada certera de la Muerte.

Rogó a Dios que esta fuera rápida y, sintiendo que su fin se acercaba, envuelto en una calma avasalladora, se encomendó y abandonó al Creador.

Capítulo 1

—¡Vamos, vamos, Mina! —Clara Villegas de Santiago animaba muy sonriente a su tata mientras la distancia entre ellas se hacía cada vez más extensa.

La mujer con la mano sobre su pecho, se paró en seco en mitad del sendero que serpenteante, conducía hacía el sombrío bosque cercano. Las secuelas de un reciente resfriado le habían disminuido las fuerzas.

—¡Ay, hija, esta pobre vieja no puede dar ni un paso más!, me falta el aire, las fuerzas y hasta la vida. Quisiera seguir, pero que la Santa Virgencita de la Gruta me proteja, estas cansadas piernas se niegan a obedecer. —Con un profundo y lastimero suspiro, se dejó caer sobre un mullido asiento de florecillas silvestres blancas y anaranjadas.

—Aquí me quedo, Clarita, por mucho que mi espíritu siga siendo joven, mi pobre pellejo ya no lo es.

Clara se dio media vuelta, la besó en la frente perlada de gotitas de sudor y le sonrió cálidamente.

—Pero, Mina, ¿cómo puedes decir eso? ¡Que no tienes noventa años! Deja de quejarte y descansa, yo volveré enseguida y antes de que me digas nada, sí, tendré mucho cuidado, como siempre. —Le cogió el ramo de flores silvestres que la mujer llevaba y las unió al suyo.

Sujetándose la falda de su vestido gris, la muchacha continuó su marcha hacia el bosque con paso alegre y firme.

Desde niña, Mina la había llevado por esa misma senda en innumerables ocasiones, siempre con un mismo propósito, visitar una pequeña talla de madera policromada que, si bien era cierto había conocido mejores tiempos, en los cuales sus colores habrían resaltado infinitamente más su esplendor, no dejaba por eso de tener un valor intrínseco como obra de arte, pero, sobre todo, como lo que aquella representaba: una menuda virgen de inusual belleza, de quietud en su aniñado rostro que abrazaba amorosa un pequeño cuerpecito de niño arropado entre un humilde lienzo, con su cabecita apoyada sobre el pecho izquierdo de su madre.

A Clara siempre le había emocionado aquella visión de la Madre de Dios, todo el amor del mundo concentrado en aquella figura de apenas treinta centímetros de altura.

El camino que normalmente conducía hacia la gruta, estaba embarrado tras la lluvia caída la noche pasada, cosa que a ninguna de las dos mujeres había preocupado en absoluto. Clara optó sin pensárselo dos veces en seguir una bifurcación por uno de los laterales de la gruta que quedaba justo detrás de esta.

A pesar de estar el sol en su cénit, aquella zona recibía escasamente los rayos que se filtraban por entre las ramas de sauces, abedules y otras especies arbóreas que crecían en aquella tierra

fértil.

Sin perder un ápice de determinación, continuó su marcha hacia su objetivo.

“Gracias a Dios que Mina no ha venido hasta aquí conmigo, el camino está peor de lo normal”, pensó aliviada.

Apenas le quedaban diez pasos para llegar a su destino, cuando vio destacando entre la hojarasca, lo que le pareció un enorme bulto semienterrado en el cual se distinguía un trozo de tela embarrado y de color claro.

No había nada más inoportuno para una persona curiosa que una situación como esa.

Apretó con fuerza las flores sin darse cuenta de que las estaba aplastando sobre su pecho que subía y bajaba con un ritmo anormalmente acelerado.

Clara tenía un espíritu prudente, en cierto modo alegre, pero también serio, dulce y enérgico, era una auténtica Géminis de los pies a la cabeza, con su dualidad a cuestas y sus controversias que le perfilaban un carácter tan particular como el que poseía.

Su curiosidad que latía inherente a ella desde siempre, la empujaba con manos invisibles hacia allí. Con el corazón encogido y latiéndole frenético, se acercó.

Su parte calculadora le gritaba hasta desgañitarse que diera media vuelta, su parte aventurera ansiaba descubrir qué era aquello, pinchándola con un invisible tridente, tentándola a acercarse sin más demora.

Parecíale haber transcurrido muchos minutos mientras sostenía una lucha titánica consigo misma, aunque, en realidad, solo hubieran sido dos o tres.

“Venga Clara, que no se diga, mujer”, se animó mentalmente.

Recorrió en un santiamén la distancia, se arrodilló dejando las flores a su lado y alargó su mano derecha temblorosa. Como si se hubiera quemado con alguna llama invisible, la retiró sobresaltada.

¿Qué había sido eso? De nuevo pasó su pequeña y fría mano sobre aquel trozo de tela y, otra vez, notó en su palma un leve latido o eso le pareció.

Con cierta ansiedad mezclada con un poco de precaución, otro poco de cuidado y un mucho de expectación, comenzó a quitar la hojarasca que cubría aquel trozo de lino blanco y sus ojos se agrandaron progresivamente conforme quedaba a su vista, la parte superior de una figura humana inmóvil.

Despejó con eficacia y prontitud el follaje que cubría el rostro de aquella persona. Era una amalgama de suciedad, restos de hojas pegadas, moratones, sangre…

Apoyando su oído en el pecho de aquel ser humano, escuchó con más nitidez aquel corazón, que aún daba vida a esa figura masculina tan terriblemente herida.

Su estado era en verdad muy precario.

No había que ser un avezado galeno para entender que estaba muy mal, que lo más probable era que muriese en los siguientes minutos y que ella, sería la única testigo de la muerte de ese desconocido.

Siguió con sumo cuidado despojando al hombre de toda aquella tamuja. Pronto apareció ante la muchacha un cuerpo grande, fuerte, de largas y musculosas piernas, de brazos igualmente largos y musculados. La ropa hecha jirones, el pelo sucio, mojado y alborotado sobre el rostro, parte del torso de fino vello oscuro surcado por pequeñas y numerosas heridas infligidas, tal vez, por afiladas hojas de navaja… y una pequeña marca en forma de estrella que le despertó la

curiosidad. A Clara le pareció una auténtica masacre.

¿Quién o quienes habrían sido capaces de hacer algo así? Aún sin saber el o los delitos que el desconocido hubiera cometido, lo que sus ojos veían sobrepasaba la magnitud del castigo infligido. “El peor terror del hombre, es él mismo”, pensó carente de todo posible aire filosófico, era simple y llanamente una cruel e irrevocable verdad.

Con un infinito tacto, palmó las extremidades. En un primer vistazo, el brazo y pierna izquierdos parecían rotos a juzgar también por la postura un tanto extraña que tenían apoyados en el suelo.

Se fijó entonces en su cara, en la que una fea herida le recorría la mejilla izquierda desde la sien hasta la mandíbula. Así estuvo evaluando el estado general, tardando nada y menos en hacerlo. Entonces decidió que ya estaba bien de perder vitales segundos en ello y que al menos iría a buscar ayuda. Tenía que tratar de salvarle, no podía, no estaba en su ánimo dejarle allí, verle morir sin haberlo intentado.

Un imprevisto, profundo y lastimero gruñido del hombre, la hizo actuar con rapidez quitándose la capa y tapándolo con ella.

Se alzó, volvió sobre sus pasos y cuando surgió de entre los árboles, suspiró profundamente dando gracias a Dios, pues Minarella seguía allí donde justo la había dejado, aunque acompañada por un muchacho, Tomás: moreno, delgado, mozo de cuadra y amigo.

—¡Minarella, Tomás! —Clara les llamó con un tono de voz angustiado, haciendo que el muchacho se levantara como impulsado por un resorte y corriera a su encuentro.

—Señorita Clara, al ver que tardaban usted y Mina en regresar, vine a buscarlas con el carro. ¿Todo va bien? ¿Le ocurre algo? —Sus ojos la taladraban esperando su respuesta.

Aquel mozalbete de quince años de ojos marrones, alegres, nariz respingona y gran corazón, era para la muchacha como el hermano pequeño que nunca tuvo.

—Tomás, vienes caído del cielo, sígueme sin preguntar.

—Niña Clara, ¿no piensas decirme qué está pasando?

La tata hizo ademán de levantarse, pero le fue del todo imposible porque el cansancio la vencía.

—Mina, enseguida lo sabrás, tú quédate aquí tranquila que no tardaremos nada en volver.

Echaron a correr apresuradamente.

Cuando los dos llegaron, el mozo abrió enormemente al unísono su boca y sus ojos, la sorpresa no le dejó articular palabra, pero sí observaba sin perder un ápice de lo que Clara hacía.

Ella se había arrodillado junto al hombre y sostenía su cabeza en el regazo.

—Ahora Tomás, debemos llevarlo hasta el carro que has traído.

El desconocido gruñó varias veces durante el traslado, las mismas en las que la muchacha creyó firmemente que no podría con él, pues era un hombre mucho más alto que ella, fornido e inconsciente, lo que hacía que su peso fuese mucho mayor.

Entre ambos consiguieron, no sin grandes esfuerzos, concentración y enormes dosis de precaución, depositarlo en el carro que Mina tenía a su lado del que sujetaba las bridas del caballo percherón.

Nada más dejarlo de nuevo sobre el regazo de Clara, Tomás incorporó a Mina aún sentada sobre las flores, subiéndola al asiento delantero y sentándola a su lado, emprendiendo el regreso a casa.

Sintiendo tanto su peso como la proximidad de aquel desconocido, Clara reflexionó: aquel hombre tanto podía ser un noble de impecable cuna como un vil ladrón o incluso un despiadado asesino, fuera como fuese, era llevado a su casa a enfrentarse a un incierto destino tanto de vida como de muerte.

Afortunadamente, la distancia hasta el cortijo que el padre de Clara poseía, no era mucha y menos aún, si se utilizaba un medio de transporte que acortara ese trayecto considerablemente.

Aquel hombre sin nombre y sin pasado, había soportado mejor de lo que se esperaba el traslado. Solamente la muchacha sabía que seguía con vida cuando había movido su cabeza hacia el lado derecho, apoyando su mejilla sucia, amoratada e hinchada, sobre los muslos de ella, manteniéndola sin él saberlo, pendiente de cualquier movimiento o ruido que hiciera mientras seguía inmerso en su inconsciencia y al tiempo que ella le arropaba con una manta alpujarreña.

¿Cómo alguien que tenía tal presencia y que exudaba tal vitalidad y fortaleza se encontraba más en el reino de los muertos que de los vivos? ¿Quién le odiaba con tal intensidad, tal profundidad como para hacerle algo así?

Para un espíritu como el suyo, libre de odio, rencor, envidia, avaricia… le era del todo inconcebible que la maldad humana llegase a tales extremos, pero así parecía ser, pues tras todo el daño que le habían causado, lo dejaron creyéndole muerto y ahora, le arropaba con miramiento, con esmero… aunque no era nada suyo.

“Nadie debía saber de lo ocurrido”, pensó fríamente.

Al menos, el poco personal que habitaba con ella en el cortijo era plenamente de confianza, igual que el doctor y su confidencialidad, tanto en lo profesional como también en su absoluta discreción respecto de su personalidad.

Si corría el menor rumor sobre este asunto, las habladurías no tardarían en llegar a oídos de quien o quienes le intentaron matar. Ahora, no solamente él estaría en peligro, sino también todos los del cortijo e incluso el doctor.

Sin saber el porqué y por quién.

—Tomás, dirígete a la puerta trasera, por favor.

—Sí señorita, como usted diga.

—Y tú Mina, en cuanto lleguemos, manda aviso al médico.

—Bien, mi niña.

El chico guio el carro con maestría, saltó con agilidad y se dispuso cortésmente a ayudar a bajar a Mina.

Esta, nada más verse en suelo firme, le dio las gracias y desapareció por la puerta del jardín que daba directamente a la cocina.

Clara le tocaba al desconocido la frente y el pecho y el leve vaivén de su respiración la hacía sentirse algo tranquila, al menos seguía vivo.

Juan, marido de Marta la cocinera, apareció de improviso y en dos zancadas se situó junto a la muchacha. Entre él y Tomás, se hicieron con aquel enorme cuerpo inmóvil, llevándolo con esfuerzo y sumo cuidado dentro de la casa.

Clara bajó sin ayuda e iba junto a ellos tratando de que la manta no se deslizara de su magullado cuerpo y acabara cayéndose al suelo.

—Llevadlo al cuarto de invitados, deprisa. ¿Se ha llamado al doctor Sandoval? —Sin mirar a nadie que no fuera al desconocido, esperó la respuesta mientras ascendían por las escaleras.

—Sí, mi niña. David va camino de su casa —Mina abrió la puerta y les dejó pasar. Con presteza, la cama fue preparada y la habitación aireada.

Desde el gran ventanal que daba a una amplia terraza con galanes de noche, entraba una reconfortante luz que iluminaba agradablemente la estancia. Junto a este, se ubicaba la chimenea en mármol blanco de Macael, ahora apagada. Sobre la repisa se hallaba un candelabro en cada extremo y un reloj de calamina dorada en el que una pareja de enamorados vestidos de época y sentados en un banco, ojeaban un libro aparentemente ensimismados. Una mesa camilla de nogal y en color miel con dos sillas a juego en terciopelo burdeos y una alfombra de tonalidades rojizas cubría casi el suelo en su totalidad. Completaban el mobiliario dos mesitas de noche con sendas lámparas de aceite. Era una habitación sin ostentaciones, pero acogedora.

Fuera se escuchaban los trinos de los pájaros que llegaban desde el jardín cercano y una leve brisa hacía moverse al compás las ramas de las madreselvas.

—Tata, quédate conmigo, por favor. Tomás, Juan, no hace falta que os diga que nadie debe saber nada. Podéis iros y muchas gracias a los dos.

Tras una breve reverencia, dejaron a ambas mujeres solas con el desconocido.

Inmediatamente después, llamaron a la puerta y al abrirse, una mujer de mediana edad entrada en carnes apareció ante ellas portando lleno de agua caliente un hermoso jarrón de fajalauza blanco con colibríes y motivos florales en azul cobalto.

Era Marta la cocinera, que tan eficiente como siempre, lo dejó sobre una de las mesitas de noche, echó un rápido vistazo al extraño e inclinándose levemente, salió tan silenciosa como había entrado.

La joven se apresuró a llenar la palangana decorada igualmente con los mismos motivos y unos hilillos de vapor se alzaron al hacerlo.

Con mucho cuidado para no quemarle o hacerle daño, emprendió la tarea de limpiarle la cara, observándole sin levantar la preocupada mirada de su rostro.

El desconocido se contrajo ante el contacto y en su cara, se dibujó una profunda mueca de malestar.

Clara hundía con movimientos eficaces el trozo de tela en la jofaina, aclarándolo y viendo cómo el agua límpida se iba tiñendo de carmesí.

Aquella herida en el rostro tenía muy mal aspecto, la sangre reseca se lo cubría casi en su totalidad.

De repente, sintió una punzada de dolor en su muñeca derecha. Una enorme mano temblorosa, ensangrentada, con uñas rotas y llena de arañazos, mantenía la suya suspendida en el aire con el paño húmedo goteando.

No cabía esperar que pudiera soltarse a pesar de estar herido, pues el hombre la retenía con incomprensible fortaleza, independientemente de su estado lamentable.

—Niña, ¿quieres que vaya a buscar ayuda?

—No tata, no hace falta.

Optó por inclinarse. Sus labios rozaron el oído derecho de su captor y la femenina voz surgió susurrante de su garganta como si de un dulce arrullo se tratara.

—Tranquilo…, tranquilo. Todo está bien. Estáis a salvo. Ahora, dejadme que os limpie, por favor, lo haré con cuidado, lo prometo.

Si sus palabras no hacían el efecto que esperaba ¿qué iba a hacer?

Observó preocupada a Mina que había parado de desvestirle. Ambas mujeres cruzaron miradas silenciosas y ambas a la vez, vieron caer la mano inerte sobre la limpia sábana blanca de fino lino.

“Al menos entendía el idioma” pensó frotándose la muñeca dolorida.

Las dos reanudaron sus respectivas actividades, pero conforme la rasgada ropa hecha harapos iba dejando al descubierto aquel cuerpo que parecía llenar con su enorme humanidad, la formidable cama con dosel, Clara descubrió un anómalo cosquilleo que la sorprendió por entero. Al rozar con sus dedos aquel pecho de fino vello oscuro y sedoso, se le hizo un nudo en el estómago.

Nunca antes había experimentado algo así.

Estaba manoseando a un hombre con fines meramente humanitarios, sí, pero aun así, sentía en la piel sensible de sus yemas la tibieza que ese cuerpo despedía y consideraba que jamás había tocado nada igual.

En la vida se vio en una situación como esa, desde luego, jamás con un hombre y menos con uno como aquel.

En su vehemencia de socorrer al herido y de prestarle cuidados, se le había pasado por alto aquel detalle: era la primera vez que veía a un hombre desnudo, salvo en sus libros sobre arte y… no era lo mismo, definitivamente no.

Se sintió sonrojar y experimentar un raro calorcillo que la recorría y que tampoco mejoró en nada su estado.

La tata abrió la boca para hablarle, pero ella la cortó en seco con los ojos muy abiertos y desorbitados.

—¡Por Dios, Minarella, ni media palabra, ya no soy una niña!

No intentó contestarle, sabía bien que cuando su Clarita la llamaba por su nombre completo, es que no estaba para bromas o se encontraba nerviosa y preocupada por algo.

Era la parte menos agradable de su carácter y así había que aceptarla, por lo que prefirió seguir en silencio con su tarea.

La joven suspiró profundamente.

“Venga Clara, mujer, concéntrate y piensa que estás ante el David o el Moisés de Miguel Ángel, hermoso pero frío mármol, lejano e inalcanzable de formas y volúmenes perfectos, pero inanimados”.

Aunque aquel desconocido era todo menos frío, más bien cálido, cercano, vivo e igual de imponente.

Una llamada a la puerta la sacó de sus pensamientos. Dio el permiso y entraron David y el médico.

El doctor Bruno Sandoval era una persona joven y afable con una abundante melena de pelo rubio hasta casi los hombros y ojos verdes penetrantes y observadores en los que se adivinaba inteligencia y bondad a partes iguales. De alta estatura, llevaba pulcramente y con elegancia un traje negro que le quedaba como un guante.

—Bien, Clarita, entre Tomás y David me han puesto al corriente de la situación.

Acercándose a ella le dio unas suaves palmaditas en las manos y una dulce sonrisa le iluminó el rostro.

—Ya veo que habéis estado aseando al paciente. Bien hecho, puesto que la higiene es

importantísima y, además, me facilitará mucho el ver con más claridad en qué estado se encuentra.

Hasta entonces, el desconocido parecía estar bastante tranquilo, aunque nada más empezar a examinarlo el médico, comenzó a revolverse inquieto.

Clara pensaba irse de la habitación, de hecho ya estaba para salir tras Mina y David, cuando desde la cama le llegaron unos quejidos fuertes y seguidos.

—Clarita, niña, quédate, por favor.

El doctor Sandoval la miraba detrás de sus gafas de redondos cristales que se acababa de poner y ella no esperó a que se lo repitiera.

Dio media vuelta y se acercó a los pies de la cama.

—Verás, te agradecería que le cogieras la mano derecha para ver si conseguimos que se tranquilice un poco y yo pueda acabar de examinarle el costado izquierdo que parece estar peor.

La joven rodeó la cama, se sentó a su lado y acunó entre sus pequeñas manos la de él que se movió inquieta.

Pero no estaba preparada para lo que ocurrió a continuación.

Sus ojos castaños miraron aquella cara y se toparon con unos azules como un cielo despejado de verano que la miraban fijamente y sin parpadear, estudiándola.

Varios segundos después, desaparecían tras unos párpados de largas pestañas negras.

¡Dios! Nunca en su vida, ni en sueños, hubiera podido imaginarse una mirada como esa que parecía traspasarle el alma llenándola de ansiedad.

—Clarita, necesito que le incorpores mientras le coloco en su sitio el hombro y le vendo el torso.

—Bien, Bruno.

Apoyó su rodilla izquierda en la blanda cama y adelantó sus brazos acercándolo a su pecho donde le apoyó la cabeza.

Sintió su respiración algo acelerada, más aún, cuando el aliento cálido de aquel hombre parecía quemarle el escote y le erizaba la piel poniéndosela de gallina. Esa cercanía, esa intimidad, la tenían desconcertada.

El herido se quejó lastimosamente a pesar de que el doctor Sandoval era un buen profesional, pero no cabía duda de que acomodar de nuevo el hombro en su sitio le había hecho mucho daño y que el vendaje se le ajustaba en demasía, incomodándolo.

Cuando el galeno hubo acabado, Clara depositó con cuidado al desconocido en una postura cómoda mulléndole las almohadas y arropándole como a un niño; le despejó la frente del negro pelo ondulado que se le pegaba por el sudor y se dio media vuelta con la intención de salir de allí delante de Bruno y sin perder un minuto más.

Ya en la entrada de la habitación, ambos cruzaron la puerta que la muchacha entornó seguidamente.

—Mi querida Clara, dejaré a Mina instrucciones precisas para su correcto cuidado. Es primordial que esté hidratado, al principio humedeciéndole los labios con agua fresca y un pañito y después, con caldo e infusiones en cuanto pueda tomarlos —le explicaba el doctor palmeando sus pequeñas manos—. Es sumamente importante que no se mueva para no empeorar las lesiones y para que el dolor sea lo menor posible. Si no surge ningún contratiempo, en pocos días a este pobre hombre comenzarán a cicatrizársele las heridas externas. En cuanto a las internas, he

concluido que tiene tres costillas rotas y su hombro izquierdo estaba dislocado; en cuanto a los hematomas, son muy aparatosos, pero con el tiempo acabarán desapareciendo. Clara… hay algo que me intriga, pues he observado que tiene una pequeña cicatriz justo debajo del pezón derecho, parece tener unos años y quien le atendiera en aquellos momentos, supo hacerlo correctamente, pero ¿cómo se la hizo? Sinceramente, eso me tiene en ascuas. En fin, no elucubremos por ahora en ello, lo importante es su pronta recuperación. Ánimo, todo irá bien —le dijo con una afable sonrisa en su labios, intentando alentarla.

—Sí, yo también la he visto, tal vez sea una antigua herida de guerra, pero reconozco que tiene una extraña forma parecida a una estrella. Bueno Bruno, muchas gracias por venir tan pronto y te pido que no comentes nada, ya sabes cómo son estas cosas y por ahora no sería prudente que esto se supiera.

—No te preocupes, sabes que siempre puedes confiar en mí. —La besó en la frente y con una leve inclinación de cabeza, salió de la estancia.

Clara se dejó caer pesadamente en una de las sillas. Frotaba sus sienes con energía, sus ojos cerrados. Dando vueltas en su mente a un sin fin de porqués a los que no tenía ninguna respuesta.

El desconocido dormía con placidez, ajeno al barullo que su presencia inesperada había causado, ajeno igualmente, a la tormenta interior que se agitaba en Clara.

Tal vez era un fugitivo de clase alta al que, por la situación política del momento, intentaron detener y se les fue la mano, dejándolo abandonado, creyéndolo muerto.

Eran malos tiempos…

Pero ahora, debía centrarse en cómo ese extraño mal herido había revolucionado su tranquila vida de la noche a la mañana.

Aquella oscura presencia llena de incógnitas, trastocaba por completo su muy lánguida monotonía en la que se convirtió su existencia desde que decidió tiempo atrás, recluirse allí, lejos de la política de salón, de vanidades, falsas apariencias, desproporcionados orgullos, decadentes miembros de una sociedad igualmente decadente y obsoleta.

Nada de todo aquello la atraía en absoluto y los tejemanejes políticos, menos.

Esas peleas entre unos y otros harían de España un campo de batalla como en tantas otras ocasiones y ella esperaba que esos posibles cambios dejaran como hasta ahora y en la medida de lo posible, a su apartada y elegida vida.

Seguramente era una utopía. Aunque en esos momentos, le bastaba con lo que tenía entre manos. Le era suficiente, pues así había sido desde siempre: el estanque, su pequeño mundo de jardines con enredaderas, madreselvas, geranios, árboles frutales y un solitario sauce llorón, parterres de lavanda y pensamientos multicolores, surtidores llenos de lirios de agua y nenúfares, el pequeño invernadero, edén repleto de orquídeas, junto a su islita plagada de hierbas medicinales y culinarias, la huerta donde alternaba el cultivo de tomates, patatas, lechugas… y el laberinto donde procuraba “perderse” de vez en cuando desde que era niña… Y la compañía de los que en realidad ella sentía como suyos, como su única y auténtica familia, personas de corazón noble, genuinas en sus defectos y virtudes, sin pliegues ni recovecos con las que podía siempre ser ella misma, desechando máscaras y falsedades. Pero todo aquello podía llegar a desmoronarse como un castillo de naipes: de golpe y para siempre.

Capítulo 2

Transcurridos tres días desde la inesperada intromisión y posterior caos en la vida de Clara y los suyos, parecía que el desconocido no recobraría la conciencia el tiempo suficiente para que pudiera explicarse y despejar tantas dudas y dar tantas otras respuestas, como preguntas rondaban la mente de todos.

A veces gruñía, soltaba imprecaciones en italiano, su cuerpo tenía temblores y violentos escalofríos por la fiebre… pero los blancos paños frescos parecían aliviar esa molestia, ayudándole a descansar algo mejor. Con todo y con eso, intentaba insistentemente arrojar lejos de sí la ropa de cama que le cubría, se agitaba inquieto en plena noche…

Su subconsciente parecía ser un hervidero, un galimatías donde la anarquía reinaba.

El hombre apenas se nutría de caldo, pero al menos algo de alimento era, aunque el solo hecho de beberlo, le dejaba agotado en los escasos momentos en los que recuperaba la consciencia.

Bruno le visitaba puntualmente dos veces al día, una sobre las nueve de la mañana y otra al atardecer, momentos que se aprovechaban para el cambio de vendajes y aseo del herido.

Aunque el galeno era invitado a tomar algún refrigerio, incluso a almorzar o cenar, él siempre se excusaba argumentando tareas o pacientes a los que tenía que atender sin demora nada más acabar su trabajo allí.

A Clara le hubiese gustado mantener largas charlas con él, pues sabía que sus consejos, experiencia y opiniones, les servirían a todos de gran ayuda a la hora de procurar los mejores cuidados al convaleciente.

En cuanto a la higiene personal del hombre, le había supuesto a la joven una tortura.

Tener que lavarle el rostro hermoso y herido, parte del torso cuyo fino vello oscuro y mojado incitaba a… lamerlo y notar su humedad, las extremidades suavemente velludas y musculosas, la entrepierna… le pareció un esfuerzo hercúleo. No estaba para nada acostumbrada a esa clase de actividades, por lo que Mina en varias ocasiones, le sugirió encargarse de eso, a lo que Clara respondía siempre lo mismo: “Ya no soy una niña”.

Pero sí se llegaba a sentir como tal descubriendo aquel raro y desconocido mundo masculino hecho piel y huesos, el juego de luces y sombras, de texturas… incluso de las involuntarias reacciones de cierta parte de su anatomía ante el roce del paño húmedo durante el aseo diario… Toda una increíble revelación para su espíritu, tímido e inquieto a la vez.

Con la cabeza vendada, una profunda herida en la mejilla izquierda, parte del pecho y su pierna y mano izquierdas igualmente vendadas, estas resultaban ser extrañamente atrayentes, el contraste de su dorada piel con el lino blanco inmaculado de la ropa de cama era subyugante.

En la habitación convenientemente aireada, el suave perfume a lavanda llenaba el ambiente, resultando de lo más agradable en una atmósfera ligeramente impregnada, de olores menos sugerentes de medicamentos, hierbas y emplastes.

La suavidad de unas sábanas limpias y perfumadas, la higiene del hombre junto a la de cada mueble y rincón de la estancia, la sublime luz otoñal que la iluminaba sutilmente en amaneceres indescriptibles de belleza perfecta y en atardeceres sublimes de gozosa paz, hacían que todo en conjunto fuera de lo más adecuado para el herido.

Respecto a Clara, esta se había descubierto en varias ocasiones impaciente por el paso del tiempo que le parecía lento para poder relevar a su tata junto al convaleciente.

Se sentía útil, alguien la necesitaba, aún sin él saberlo.

Como cada día a esa misma hora, le afeitaba la barba incipiente de su hermoso rostro, poniendo especial cuidado en su mejilla herida atravesada por aquella hendidura en la piel. Aunque su cara nunca quedaría igual que antes según Bruno, cicatrizaba muy bien y la señal de la laceración acabaría siendo menos apreciable que en ese momento.

Ella mordiéndose el labio inferior, miraba totalmente concentrada como el afilado filo de la navaja barbera se deslizaba por su piel dejándola a su paso suave al tacto.

Era en verdad apuesto: largas, negras y abundantes pestañas, nariz patricia, labios carnosos y plenos, el mentón enérgico que le daba un aire de suficiencia, fuerza y determinación de carácter; una pequeña y muy atrayente hendidura en la barbilla, el cuello con la nuez de Adán prominentemente masculina… hasta las orejas le parecían hermosas, de tamaño adecuado y en consonancia con todo él, y con un lunar en el lóbulo derecho… era en conjunto totalmente irresistible.

A pesar de no encontrarse en su mejor momento, pues parte de su gallardía estaba afectada por los estragos sufridos, saltaba a la vista que su cuerpo y rostro heridos poseían y guardaban bastante encanto. En plenas facultades físicas y mentales, sería sin ninguna duda, un huracán que todo lo arrasara a su paso.

Clara, impresionada hondamente por su apostura, se deleitaba en mirarle, silenciosa e hipnotizada, acariciándole el cabello, susurrándole palabras dulces y memorizando sus rasgos cuando dormía plácidamente o estaba inquieto y abatido.

Sería su memoria verdadera de que ese extraño había pasado alguna vez por su vida y de que no había sido un sueño, pues en alguna parte habría un padre, hermano o esposa e hijos, que le esperaban o buscaban sin descanso y se iría… para siempre.

Aquella sutil relación, aquel lazo que empezaba poco a poco a tejerse entre ambos se rompería en un futuro no muy lejano, dejándola con los hilos deshilachados y cayendo de entre sus solitarios y fríos dedos.

De pronto, el desconocido frunció el ceño, tal vez se quejaba de sus cuidados o estaba teniendo un mal sueño.

Su mano enorme de largos y delgados dedos agarraron su pequeña mano derecha cuando esta se acercaba a la garganta.

—¡Ay! —gritó Clara. Era la segunda vez que la sorprendía de esa manera y también, al igual que en la anterior ocasión, no podía desengancharse de aquella potente tenaza de piel y huesos.

—¡No, maldita sea, no! —La potente voz masculina, ronca y oxidada, resonó entre las cuatro paredes como un trueno fuerte y aterrador. Hasta entonces, solo se escuchaban el crepitar del

fuego en la chimenea y el sonido de la navaja al afeitar su piel.

—Calma, por Dios y escúcheme. ¿Reconoce mi voz?… Sí, sé que es así. Estoy aquí, nada le ocurrirá a mi lado, nada, no lo permitiré, pero no es conveniente que se mueva, eso le perjudicaría.

El hombre abrió los ojos vidriosos y clavó su azulada y penetrante mirada en ella.

Se escuchó a sí misma tragar saliva sonoramente. Era la segunda vez que contemplaba tal maravilla de cielo concentrado en aquellas pupilas brillantes, enormes y perfectas.

Su mano quedó libre y, enjuagándole con rapidez los restos de jabón, dejó los útiles de afeitado en la mesita de noche cercana y se acercó para arroparle.

El hombre cerró los ojos y emitió un gruñido al tiempo que se retorcía para destaparse.

Era en verdad un tanto testarudo y eso no convenía en nada a su tarea de cuidarle, pero ¿cómo hacérselo entender?

Al fin consiguió de un tirón seco y rotundo apartar la ropa de cama, descubriendo su torso herido y vendado desde el hombro izquierdo hasta el costado contrario, dejando al aire su pecho derecho donde la cicatriz se insinuaba entre su fino vello.

Clara frunció el ceño con enfado manifiesto.

Su paciente era muy malo para estar malo, se dijo.

De nuevo emprendió la tarea de cubrirle, pero en esta ocasión, el hombre consiguió asestar tal tirón que logró por fin tirar colcha y sábana al suelo.

El masculino cuerpo quedó en su totalidad expuesto.

Durante unos segundos Clara no fue consciente de la situación. Sumida inocentemente en su afán de arroparle, esa “inocencia” de lo que ante sus ojos se exponía en toda su plenitud, aquel cuerpo magnífico, enorme y hermoso, le duró lo que un suspiro.

El furor dio rápidamente paso a otras sensaciones.

En seguida su cuerpo se sintió tensado, febril, con la boca seca, las manos temblorosas y el pulso acelerado, surgiendo de la garganta femenina un gemido lastimero.

Con premura recogió todo y si bien procuraba apartar su mirada, esta recorrió impune, expectante y asombrada toda la longitud del hombre: desde la nuez de su esbelto cuello, pasando por su pecho cuyo vello negro se vislumbraba entre el vendaje y que se hacía un fino hilillo a la altura del ombligo, llegando a espesarse junto a su sexo… hasta sus piernas interminables con el mismo vello masculino.

Clara le miró a la cara como sospechando que él podría estar observándola.

Su piel se tornó aún más carmesí al comprobar que, efectivamente, aquellos lagos de azules aguas turbulentas que tanto la maravillaban, la observaban fijamente de nuevo, estudiándola con verdadero interés.

Aquel desconocido recreaba su vista bajándola muy despacio, desde su cabello castaño y rizado recogido en un pulcro moño, hasta la estrecha cintura, pasando por su bello rostro de ojos almendrados y brillantes, las manos apoyadas en su vientre plano, los pechos generosos que subían y bajaban a ritmo acelerado… para volver de nuevo a mirar aquellas manitas que se movían al tiempo que él respiraba, cada vez más profunda y ruidosamente al contacto de aquella suave, fría y delicada piel sobre la suya recia, cálida y ligeramente velluda.

De una sola sacudida, sábana y colcha se posaron sobre él de cualquier manera y Clara, sin molestarse en colocarlas mejor y sin mirar atrás, escapó de allí precipitadamente.

***

¿Quién era aquella mujer de tan delicado aroma, tan sensual textura, tan femenina y melodiosa voz?

Cerró los ojos con fuerza en un rictus de dolor que le cruzó el rostro.

En su estado de semiinconsciencia había notado una fuerte presencia junto a él y aunque en varias ocasiones intentó concentrarse y fijar su vista, apenas distinguía alguna que otra vez, haces de luz. Sin embargo, sus otros sentidos sí que se habían agudizado en extremo.

Sabía perfectamente cuando ella estaba a su lado, escuchaba su respiración acompasada a veces, otras más fuerte, un suave perfume a lavanda le inundaba la nariz con ese aroma inconfundible a ella, el sonido melódico de su voz susurrándole palabras corteses de consuelo y alivio, sus pequeñas manos, suaves y de tacto delicado sobre él que le mantenían en un contacto más real, en el mundo oscuro donde se encontraba inmerso, atrapado y… solo.

No sabía aún quien era su ángel particular, pero todo su cuerpo la acogía sin reservas, necesitándola, añorándola e incluso deseándola.

Un fuerte quejido escapó de su garganta.

Pronto, muy pronto sabría quién era su mujer desconocida.

Aquella dulce aparición que le iluminaba su oscuro mundo.

Con esos esperanzados pensamientos llenando su mente desolada, regresó a su lóbrego y solitario reino.

Clara llegó sofocada a su estancia.

El corazón parecía salírsele del pecho y por todo su cuerpo sentía irradiarse un calor salvaje, extraño e intenso y la fuente, el volcán de donde provenía este no era otro que él… Él.

Sueño y realidad. Inquietud y paz. Soledad y compañía. Rechazo y deseo…

Volcó agua fresca en su palangana decorada con un paisaje bucólico campestre en tonos verdes, a continuación se desabrochó varios botones de su vestido y se humedeció la piel acalorada con un limpio lienzo blanco.

Al principio, despacio, muy despacio y posteriormente con algo más de energía hasta que su piel adquirió un cierto tono rosado por la fricción.

Seguidamente, se acercó a la ventana, corrió las cortinas y abrió las contraventanas, dejando entrar la relajante atmósfera exterior, no solo a su habitación, sino también a toda ella.

Dejándose caer con pereza, se sentó en su cama y cerró los ojos.

Debía relajarse pues aquello no era el fin del mundo y tenía que comportarse adultamente, no como una niñita miedosa y ñoña.

Solamente había visto de primera mano lo que era en sí la íntegra naturaleza masculina, ni más ni menos… y era maravillosa, por cierto… al menos en ese hombre.

Así era como había que tomarlo.

Y así fue como con esos pensamientos se fueron relajando tanto el alma como el cuerpo de la mujer, la cual entró en su mundo onírico llevada de la mano de aquel desconocido y oscuro Adonis de sobrecogedora e inquietante fuerza y virilidad.

***

Cinco días, ya habían pasado cinco días desde que aquel extraño irrumpió en su vida sin llamar y arrasándolo todo a su paso.

Dos días, ya habían pasado dos días desde que el verle tan impresionante y majestuoso frente

a ella, la había dejado trastornada.

Sentada en una silla tapizada en verde musgo y junto al alféizar del ventanal de su habitación, rememoraba con toda nitidez la experiencia vivida con aquel hombre.

No llevaba la cuenta de las veces en las que su mente regresaba y revivía lo ocurrido, pero los pocos habitantes del cortijo se veían obligados a repetirle las cosas varias veces ya que no parecía escucharles a la primera.

El apuesto desconocido recorría sus pensamientos insistentemente, la acosaba en sueños, la llenaba de extrañas sensaciones… y la asustaba.

¿Cuándo dejaría de sentir su ardiente y masculina piel en sus manos?

Se las friccionaba enérgicamente en un acto reflejo como si quisiera deshacerse de aquella nueva textura, de aquel calor que le había traspasado la epidermis y que no tenía forma alguna de quitarse.

Llevaba dos días sin ir a verle y en ocasiones, se regañaba cual chiquilla asustadiza y cobarde.

En otras, se torturaba cual mujer anhelante y excitada.

Esa duplicidad chocaba en su interior estrepitosamente, dejándola exhausta tras la interminable batalla consigo misma.

Estando en esa tesitura, la tata entró sin esperar que contestara a su llamada en la puerta, sabía que su niña se enfrentaba a una lucha ardua, larga y extenuante.

Ya no era el bebé de grandes ojos brillantes que desde la cunita, la hipnotizaba con su sonrisa deliciosa al tiempo que pataleaba el aire con frenesí.

Ya no era el geniecillo juguetón que se agarraba a sus faldas, haciéndole más difícil el caminar, mientras intentaba no ser cogida por el cochero con los brazos extendidos que la perseguía, sonriente, entre las flores.

Ya no era la adolescente que apoyada en su regazo, asimilaba temblorosa su paso de niña a mujer.

Ya no era, en fin, la joven dama que un buen día, se había responsabilizado de todos ellos sin tener la menor idea, pero con un empeño sincero y grandes dosis de paciencia, respeto y afecto.

Hoy era una joven mujer con una rica vida interior creada con el paso del tiempo y las experiencias, aunque ninguna hasta entonces, la estaba dejando en el estado en el que en ese momento vivía. Desde la irrupción de aquel hombre, su niña parecía haber despertado a una faceta de la existencia de toda mujer que ella no había sentido… hasta ahora.

Mina se preguntaba inquieta y entristecida por los derroteros que la situación tomaría, preocupadísima de las consecuencias que la misma tendría para Clara.

Su trato con el sexo opuesto había sido reducido a los sirvientes, el médico y unas cuantas reuniones y fiestas con unos aparceros próximos y los hombres de la aldea cercana.

Todos y cada uno de ellos, representaban en su existencia un papel adjudicado, innato e inamovible de conocidos y amigos.

Ninguno poseía o personificaba de forma tangible, al único actor que aún no se había hecho presencia plena en la obra que era su vida.

Ninguno hasta…

Aunque su tata por respeto, cortesía y pequeñas dosis de vergüenza residual había tratado con ciertas reservas algunos asuntos referentes a las relaciones entre un hombre y una mujer, sabía

que Clara conocía, al menos en teoría, todas esas cuestiones.

Las interminables horas de lectura en la pequeña, pero abarrotada biblioteca, supusieron para la joven de inquieto espíritu e inteligencia, el descubrimiento de todo un cosmos fuera de su pequeño e idílico universo, un mundo de bajezas, rencillas, odios… fiestas, viajes… y deseos.

Pero una cosa era la teoría y otra muy distinta, la práctica.

El encontrarse con un hombre como el desconocido, tan diferente en su aspecto a lo que ella acostumbraba a frecuentar, tan cercano y vivo en su desvalidez, de tan imponente y atrayente presencia, tan exultantemente masculino…

Su Clarita corría un inmenso y real peligro.

Un peligro al que toda mujer a lo largo de su vida, antes o después, debe hacer frente.

Un peligro que podía dar felicidad o desconsuelo infinito.

Un peligro al que Mina siempre temió por su niña y que en ese momento, hecho cuerpo y alma, yacía recuperándose en una estancia del primer piso.

A su pequeña isla había arribado un náufrago que traía consigo, sin saberlo, todo un mundo nuevo para ella, despertando de su letargo a esa Clara mujer, que latente dormitaba en espera, cual princesa dormida de cuento, del beso que la trajera a la vida.

Mina se encaminó pensativa y con paso firme hacia el jardín donde la joven pasaba largas horas de asueto.

Ensimismada en la lectura, o tal vez, en sus pensamientos, Clara no escuchó los pasos de su tata acercándose por el sendero de gravilla que llevaba hasta la pérgola.

Solo se percató de su presencia cuando su figura tapó el sol y sintió un repentino escalofrío.

Alzó sus hermosos ojos mirándola en silencio, no necesitó nada más para levantarse bruscamente, dejando caer el libro que leía al suelo y encaminándose hacia la casa a toda prisa.

Con la falda de su vestido gris recogida entre sus frías manos, subió la escalera de acceso desde el jardín a la despensa, cruzando como una exhalación y mirando, pero sin ver a la cocinera, con los ojos desorbitados ante su presencia inesperada.

Siguiendo adelante llegó a las escaleras principales, por las que subió de dos en dos, olvidando en el camino sus modales de dama.

Atravesó un largo pasillo dejando atrás varias estancias. Su respiración acelerada y el eco de sus pasos se entremezclaban con el silencio.

Paró de repente, agitando la cabeza como si se obligara a salir de un mal sueño, pues debía comportarse y entrar en la habitación como correspondía.

Se alisó la falda, dio un profundo y sonoro suspiro, se acicaló el pelo brevemente, cerró unos instantes los ojos y cuando volvió a abrirlos, su pequeña mano fría y temblorosa se apoyó en el pomo dorado de la puerta y… entró.

La estancia se encontraba en silencio salvo por la pausada respiración del desconocido.

El crepúsculo del atardecer se filtraba por entre las cortinas ligeramente descorridas, dejando una tenue luminiscencia que no importunaba al convaleciente, pero facilitaba la visión de quien estuviera allí con él.

Directamente se dirigió hacia la cama junto a la que estaba Bruno Sandoval.

Este acababa de examinar al paciente y levantaba la miraba con aire serio hasta Clara, observándola a través de sus gafas.

Las dos figuras, situadas cada una en extremos separados y junto a la cabecera del lecho del

extraño, parecieron entenderse y sin mediar palabra, se dirigieron hacia la puerta, cerrándola Bruno tras de sí.

La bajada hasta el salón de visitas fue una dura prueba para la joven que frotando sus manos con ansiedad, temía no llegar sin antes haber preguntado lo que ocurría.

Indicó al doctor que entrara y cerró la puerta con parsimonia y al volverse para enfrentarlo, el hombre la miró.

—Clara, hija, antes que nada, sugiero que te sientes.

Su mirada vagó hasta el cómodo sofá que él le había señalado, pero con una negación de cabeza se quedó de pie, esperando.

"Tan cabezota como otra que yo me sé" pensó el hombre con un suspiro y comenzó a pasearse alrededor de ella con las manos cogidas a su espalda, mientras intentaba buscar las palabras.

—Bien, si así lo deseas…, aunque preferiría que estuvieras sentada, pues quiero que tú entiendas que lo que voy a decirte es suficientemente grave y preocupante y te puede afectar.

Clara titubeó unos instantes.

—Está bien, pero por favor, no te demores más.

La joven ocupó al fin su asiento en una esquina del sofá, cruzó sus manos en el regazo pero, le era totalmente imposible mantenerlas quietas por lo que, instintivamente, se abrazó a uno de los cojines en tonos dorados que servían de adorno, al tiempo que miraba expectante a su interlocutor.

—Entonces iré al grano, hoy he examinado al paciente, como todos los días, y puedo decirte que me congratulo al afirmar que tanto tú como Mina y los demás, habéis hecho un buen trabajo. Estoy seguro de que tanto mis conocimientos como vuestros cuidados, unidos a su extraordinaria fortaleza, han sido bazas muy importantes a la hora de la lenta, aunque milagrosa recuperación del desconocido. Pero he de decirte, bueno… es difícil para mí, yo…, yo me temo mucho que, a pesar de tantos cuidados y de tantas atenciones…, en fin, hay cosas que escapan a nuestras manos.

—¡Por Dios, no le des más vueltas!

No podía imaginarse qué podía estar pasando, pero en el ambiente, el aire le parecía haberse vuelto irrespirable para ella.

—¿Qué pasa, Bruno? —Asustada, sintió que se le secaba la boca.

—Verás… hoy le he encontrado bastante alterado, apenas ha podido hablar conmigo y ante las preguntas de cuál es su nombre, dónde vive y si tiene familia a la que avisar, este pobre hombre no ha sabido contestarme, más aún, no recuerda absolutamente nada de lo ocurrido, tampoco nada de su vida. Su pasado es una profunda y negra laguna sin fondo donde todo se ha hundido y, tal vez, nunca salga a la superficie. De cualquier manera, sería conveniente no llevarle la contraria por muy absurdo que nos parezca lo que diga o haga, es posible que fuera contraproducente para su recuperación no hacerlo de esta manera.

Clara observó a su interlocutor con una mirada cargada de tristeza y miedo. Sus manos agarraban el cojín como si fuera su tabla de salvación.

—¿Me estás diciendo que ha perdido la memoria? ¿Que puede pasarse el resto de su vida… con la mente en blanco? ¡Dios mío, pobre hombre, es horrible! —Una lágrima furtiva resbaló por su mejilla izquierda.

—Efectivamente, es así. De todas formas yo intentaré buscar documentación acerca del tema, tiene que haber algo que nos pueda ser útil. —Con mirada seria la observó y sin apartarla de ella, tosió.

—Hay algo más, ¿verdad? Conozco cuando miras de esa forma tan especial y eso me dice que no es nada bueno.

El hombre se le acercó y sentándose a su lado, cogió entre sus fuertes, pero cariñosas manos, las pequeñas y frías de ella.

—Mi querida niña, yo te traje al mundo, te he visto crecer, convertirte en una hermosa mujer tanto por fuera como por dentro, eres fuerte y sensible, enérgica y dulce, inteligente y deliciosamente ingenua, una bendición para todos los que te conocemos y queremos —palmeó sus manitas con suavidad—. Sé que harás lo que tengas que hacer con eficacia y valor. A este pobre hombre le abandonaron creyendo que estaba muerto después de propinarle terribles sufrimientos. La Providencia le puso en tu camino muy acertadamente, pues no solo la memoria es lo que ha perdido, también… la vista.

Clara se levantó horrorizada tirando al suelo el cojín dorado, llevándose las manitas temblorosas al cuello, al tiempo que un grito ahogado salía de su garganta.

El doctor Sandoval la abrazó como a una niña pequeña dejando que se desahogara y mientras sus palmaditas en la espalda intentaban sin mucho éxito consolarla, esta luchaba por no dejar surgir unas lágrimas rebeldes de sus ojos.

La depositó en el sofá con sumo cuidado y se sentó junto a ella.

—Como ves, sus circunstancias son lamentables y va a necesitar de toda la ayuda y comprensión posibles. —Bruno dejó pasar unos minutos para que la joven asimilara toda aquella información y continuó hablándole con suma delicadeza—. Mi querida Clara, confío en tu fortaleza y buen juicio, serás la salvación para ese hombre, lo sé. Si me necesitas, ya sabes cómo encontrarme. ¡Ah!, olvidaba decirte que si es necesario, se le puede administrar con cuidado un poco de láudano, mucho me temo que lo va a necesitar. —El galeno, se levantó dirigiéndose a la puerta por la que se marchó, no sin antes besarla en la frente.

Clara comenzó a reflexionar seriamente y entonces fue cuando comprendió, que el examen exhaustivo que aquel hombre le había realizado días atrás, no podía ser posible, pues estaba ciego. Sin embargo, hubiera jurado que aquellos impresionantes ojos, la habían estudiado con total detenimiento, hasta hacerla sentir desnuda en su presencia, de lo intensamente que él la había mirado.

Ahora se reía de sí misma, de su estupidez y de las sensaciones que aquel acto le hicieron sentir. Se echó sobre el respaldo y cerró los ojos.

Justo entonces Mina se disponía a llamar cuando, al cruzarse con Bruno, se miraron intensamente, sin querer ninguno de los dos desviar la vista, perdiéndose por unos instantes en su particular universo.

La mujer parpadeó nerviosamente y con solamente ver la expresión del hombre, comprendió… comprendió tanto…

Entró sin demora, pues su niña la necesitaba, y ofreciéndole un delicado pañuelo de encaje celeste, la abrazó acariciándole el pelo y acunándola al mismo tiempo.

No tuvo que preguntar.

Clara le explicó lo que su amigo el buen doctor le había dicho, exponiéndole la situación

entre sollozos y quejidos intermitentes.

Conforme su tata asimilaba lo que la joven le iba contando, se daba cuenta del alcance de las heridas del desconocido, se daba cuenta igualmente, de todo lo que esa nueva situación supondría para todos y cada uno de los habitantes del cortijo y, sobre todo, sabía perfectamente lo que significaría para aquella criatura —mujer y niña— que lloraba estremeciéndose desconsoladamente entre sus acogedores, cálidos, amorosos y tranquilizadores brazos. Mina estaba sufriendo por Clara y por las contradicciones que fluían y confluían, en un azaroso mar donde sus pensamientos se entremezclaban indómitos e indomables.

En su mente comprendía con estricta exactitud a su niña, y se solidarizaba con ella y su dolor. En aquel lugar se fusionaron los suspiros y sollozos de ambas, haciéndose eco callado en una atmósfera cargada de sutiles y dolorosas emociones.

También en eso, las dos mujeres estaban enlazadas fuertemente.

Capítulo 3

De repente, la mujer recordó la razón por la que había ido en busca de Clara.

Rodeó amorosa la cara de la joven entre sus manos, recogiendo con sus dedos las escasas lágrimas que tras un rato de intenso llanto, aún manaban de aquellos almendrados ojos castaños y brillantes de llorar.

—Clarita, hija, olvidaba la razón por la que venía a buscarte. —Apenas sabía de qué forma decirle lo que había estado ocurriendo con el desconocido, pero lo más lógico era explicárselo con prontitud—. Él pregunta por ti.

—¿Por… por mí? —Clara dejó de llorar, enjugándose las lágrimas y mirándola sorprendida.

—Sí. Sabe perfectamente quien entra y sale de la habitación, reconoce la manera de andar de cada uno de nosotros, el perfume y… desde luego, la voz. Sea como sea, no deja de repetir: ”¿Dónde está ella? ¡Quiero que venga!” Está alterado, no se deja hacer y en su estado, no es nada bueno. Mucho me temo que su recuperación sea más lenta o que empeore, si sigue así.

La joven se alejó, quedándose de pie en medio de la habitación y le dio la espalda.

—Tata, yo… prefiero no verle, no me siento con fuerzas.

Mina no se movió y sentada, no dejaba de observarla compungida.

—No tienes porqué explicarme nada, sé lo que te pasa y no debes sentirte forzada a hacer algo que no quieras.

—Yo, no sé cómo… decirte…

—Nada hay que decir ahora querida, pero cuando te sientas preparada, sabes que aquí me tienes —suspiró—. Ahora iré a ver si apaciguo a nuestro paciente; no sé cómo lo haré, pero por su bien, espero que se me ocurra algo por el camino.

Pasó junto a ella y su niña la cogió de la mano. Se miraron sin palabras y juntas se encaminaron al primer piso.

***

—¡Uf qué hombre, tiene un carácter endiablado! —Tomás salía de la habitación cuando vio a las dos mujeres junto a la puerta—. No me ha dejado ni acomodarle los almohadones, menos aún darle de comer. Yo quería ahorrarle trabajo a los demás, sin embargo, no ha habido manera, es terco como una mula.

—No importa —dijo Mina—, ya me encargo yo. Gracias, puedes retirarte.

Con una pequeña reverencia, el hombre las dejó pasar echándose a un lado y se perdió por el pasillo.

La joven permanecía bajo el dintel de la puerta, paralizada y procurando respirar lentamente pese a su nerviosismo. No deseaba que él supiera que estaba allí.

—Bien, ¿qué es eso de que continuamos de mal humor? —dijo Mina al tiempo que se plantaba junto al hombre y le observaba con los brazos en jarras.

Él movió su cabeza en dirección a la voz.

Sus ojos ardían de impaciencia.

—¿Dónde está ella? ¡Quiero que venga! —gritó.

—Desde luego, no sois muy buen enfermo que digamos, joven. ¿Creéis que mi niña solo vive para dedicarse a usted? Pues está muy equivocado, tiene muchos asuntos pendientes por su culpa y ahora que se os ve mejor, es lógico que se esté ocupando de ellos. Además, debería de estar agradecido, otra no hubiera aparecido ni una sola vez por aquí, no tiene por qué estar todo el tiempo a su cuidado, pues para ese cometido ya estamos otros, ¿no le parece?

Clara veía su musculoso pecho subir y bajar a ritmo acelerado bajo la sábana, estaba muy alterado y agarrando con inusitadas fuerzas el embozo de la sábana que le cubría a partir del ombligo hacia abajo, respiró una vez profundamente.

—¡Señora…!

—Mi nombre es Minarella y soy la tata.

—¡Bien, Minarella, yo…! —Una tos seca y estentórea le dejó momentáneamente sin habla. Cuando se recuperó, se sentía muy cansado e hizo ademán de tragar una saliva que no tenía, pero eso no le impediría decir lo que quería, se dijo con absoluta resolución—. ¡Minarella! ¿Dónde está ella? ¡Quiero que venga! —gritó de nuevo furioso.

—Verá, eso no es tan fácil como cree, se nota por su tono autoritario que está más que acostumbrado a dar órdenes, pero aquí eso no importa, aquí es mi niña la que manda y será ella la que decida si viene y cuándo, no usted.

Una pesada tensión se notaba en el ambiente. Era evidente que aquel hombre no iba a ceder ni un ápice y que no pararía de incordiar hasta tenerla a su lado, así había sido durante dos largos, larguísimos e interminables días.

—Estoy aquí —susurró.

Esas dos palabras llegaban inusualmente serenas, mientras se aproximaban sus pasos hasta el extremo izquierdo de la cama con dosel.

El hombre dirigió su mirada vacía hacia la dulce voz.

Sí, era ella, escuchaba también el frufrú de su vestido, percibía su perfume como una reconfortante brisa marina que le inundaba los sentidos y que como esta, iba y venía incesante a su mente.

Parpadeó y cerró los ojos.

Nada sabía de su aspecto; si era alta o baja, con cabello rubio trigo, negro como el ébano o rojo fuego, con voluptuosas formas o delgada, fea o hermosa… Tan solo conocía aquellos tenues pasos, aquellos suaves dedos sobre su piel y la voz musical de mujer joven y tímida tan particular, que a veces le había prestado consuelo y que otras, más enérgica, le había ordenado que la soltase estando perdido en su semiinconsciencia.

Clara le observó parándose en seco antes de llegar a rozar siquiera la colcha, la cual arremolinada, colgaba medio caída a mitad de la cama.

Sin pensar, la recogió y colocó bajo el embozo de la sábana, subiendo esta hasta los hombros de él.

Aún tapado, su corpulencia era más que manifiesta y Clara, sonrojada hasta la raíz del

cabello, recordó vívidamente lo que aquella pieza de lino ocultaba.

El hombre intentó incorporarse y una mueca de dolor se reflejó en su rostro.

—Espere, yo le ayudaré. —Clara miró a Mina, esta se alejó hasta la ventana y dejó a la joven que se encargara.

Los almohadones quedaron colocados enseguida, ayudando al desconocido a mantener una posición más erguida.

El suave aroma a lavanda se hizo más intenso, la tenía tan cerca…

Una fuerte mano masculina se adueñó de una pequeña más femenina.

—No se vaya… quédese.

No era exactamente una súplica, ni tampoco una orden. A la joven le asaltaron unas irreprimibles ganas de forcejear con él y salir corriendo.

Pero supo que no podría dejarle.

El doctor y Mina tenían razón, le cuidaría, ayudaría en lo que pudiera y un día, alguien lo reclamaría.

Mientras tanto, ella y los suyos, serían su familia.

—Por favor, suélteme, le prometo que no me iré a ninguna parte.

Con la mano libre, le rozó suavemente la frente vendada intentando tranquilizarle. Sus ojos castaños se detenían a mirar por donde sus dedos se paraban y unos rizos aquí y allá se le enredaban juguetones entre ellos.

Sin dejar de mantenerla sujeta, el hombre suspiró una y otra vez. Aquel contacto le mantenía atado a la consciencia, le dejaba en un estado de relajación que en verdad necesitaba y su respiración fue poco a poco haciéndose más pausada.

Ya no intentó hablarle más, se sentía tan terriblemente cansado… ella, su isla, su protección, salvaguardia y consuelo, no le abandonaría y podía volver a hundirse en su aturdimiento sin el temor de que al regresar, ella no estuviese a su lado.

Mina le indicó con un gesto de cabeza que se iba, a lo que Clara asintió en silencio.

A solas los dos en aquella habitación, se encontraban dos mundos opuestos, tan diferentes en su fondo y forma como el día y la noche, como un hombre y una mujer podían serlo y, sin embargo, tan parecidos y solitarios uno como otro en sus universos privados.

De igual forma, aquella extraña comunión surgida entre ambos, uno por necesidad, la otra por caridad, era algo que les mantenía unidos entre esos muros.

Por el momento…

“Debería andarme con mucho cuidado” —reflexionó.

Clara no podía confundir la compasión con algo más profundo, ni tan siquiera pensar que aquel hombre pudiera albergar nada que no fuera gratitud hacia su persona.

Aunque todo era tan nuevo para ella… Un sucinto roce, una mirada furtiva a su apuesta anatomía, incluso un gruñido con aquella voz tan profunda y sensual…, cualquier detalle por insignificante que pareciera, era el descubrimiento de todo un amplio espectro de sensaciones, pensamientos, anhelos y sueños nuevos, germinados, nacidos y florecidos a la vida desde que él apareció.

Aquella impresionante criatura que permanecía postrada en aquel lecho, aún en su estado, empequeñecía la estancia con su sola presencia, pues era el punto focal, el centro, el sol a cuya órbita, un pequeño e insignificante satélite… ella… giraba.

Era una mujer de carácter, entonces ¿cómo este se retraía, se debilitaba de solo pensar en él?

No podía permitirse el lujo de enredarse en algo que no sabría desatar.

No podía y sabía que ante la tesitura de luchar o rendirse, las posibilidades de vencer eran nulas.

Su vida corría peligroso e inminente riesgo de dar un rotundo y profundo cambio.

Fuera como fuere, pasase lo que pasase, de todas maneras ya nunca volvería a ser igual.

***

El día amanecía entre claros y nubes que empujadas por el viento se alejaban de su vista por el horizonte. Esa similar corriente que jugueteaba con los rizos de su pelo sin las ataduras de las horquillas, le rozaba las mejillas y la hacía estremecer.

Desde su asiento favorito de aquel cuarto, el paisaje se extendía esplendoroso ante su mirada, aunque ella parecía mirar sin ver más allá de la enredadera, que se retorcía por entre los barrotes de la balconada.

Suspiró profundamente.

La noche no había transcurrido como esperaba. El hombre se había quejado, gruñido e incluso sollozado y reído, farfullando otra vez palabras en italiano que de nuevo no logró entender. Se había movido inquieto tratando de destaparse como era ya su costumbre y otras veces, en su afán por incorporarse e incluso levantarse del lecho, Clara, no queriendo despertar a nadie, se había encargado de calmarle con dulces palabras, suaves caricias en su rostro y cabello, e incluso tomando entre sus manitas las de él en un gesto que le había parecido tranquilizaba al desconocido. Además, tratando de mantenerle acostado e impidiéndole el movimiento, había dejado caer con sumo cuidado su pequeño cuerpo junto al de él, viéndose obligada muy a su pesar, a levantar la colcha y cubrirse con ella, ya que la temperatura nocturna no se asemejaba en nada a la que durante el día se disfrutaba. Aquella era agradable, sin llegar al calor sofocante del verano. La llegada del otoño la suavizaba y se agradecía, pero la caída de la tarde y la venida de la noche, traían consigo el refrescar del ambiente.

Infinidad de veces la mano herida del desconocido apoyada indolente sobre su cadera, la retenía inmóvil largo tiempo, acariciándola entre sueños con parsimonia. Ella entonces procuraba no moverse hasta que la descansaba en su brazo o sobre su cabello desmadejado y sin horquillas, en un afán de sentir algo de comodidad. Tratando de apartarla, inmerso en su mundo onírico, solo conseguía que su muslo izquierdo herido descansara sobre el de ella. Uniéndose los dos cuerpos hasta quedar tan pegados que su cabeza vendada reposaba sin reparo sobre el pecho de Clara. Esta notaba cada parte del masculino cuerpo como una extensión grande, poderosa y caliente del suyo propio, pequeño, frágil y helado.

Su respiración acelerada por el íntimo contacto hacía subir y bajar la cabeza herida en un movimiento continuo que no parecía molestar al enfermo en absoluto. Más bien al contrario, una tenue sonrisa afloraba a su hermoso rostro pese a la cicatriz, confiriéndole a su cara una expresión de complacencia que unida a un cierto halo infantil, resultaba incluso enternecedor.

Sus ojos cerrados se movían bajo sus párpados de pestañas largas, negras y abundantes.

Fusionado a ella en aquella postura, parecía totalmente un niño grande y desvalido, pero peligroso al mismo tiempo. Capaz tal vez de una gran dulzura y una terrible crueldad.

Sin embargo recordaba con cierto placer, la libertad que había sentido, solos en aquel reducido mundo entre cuatro paredes, experimentando una extraña felicidad de ser para él

consuelo y punto de referencia entre sus agitados sueños y la realidad.

El recuerdo vívido de su magnífico cuerpo desnudo ante ella la tenía presa, aquellos musculosos brazos, el torso de suave vello como esculpido por un virtuoso artista conocedor de la morfología masculina, las largas y musculadas piernas… y, sobre todo, aquella parte en particular de su anatomía, que provocadoramente se había erguido ante sus ojos, con oscuras promesas de sensaciones infinitamente placenteras.

Nada ni nadie la preparó jamás para eso.

Tanto contemplar ilustraciones pictóricas y escultóricas en los libros, tantas horas de estudio anatómico que frente a la realidad, eran solamente papel mojado.

¿Cómo sería saber que un hombre así la deseara, la amara?

¿Cómo sería dejarse llevar por la pasión entre sus brazos gozando de sus besos, caricias, palabras arrebatadas por la pasión?

¿Cómo sería sentir toda aquella majestuosa plenitud masculina dentro de su ser?

Un sutil hilillo de sudor surcaba su pequeña frente. Solo de pensarlo se estremecía, sintiendo que le daba un vuelco el corazón, que sus pezones se endurecían y entre sus muslos, notaba su sexo humedecerse.

El desconocido no era un boceto representando la hermosura masculina y la virilidad en unas hojas manoseadas, tampoco una de sus imágenes soñadas y perdidas al despertar, ni el príncipe azul de su infancia arrinconado en su pensamiento inocente.

Era tan real, estaba tan vivo en todos los aspectos, que resultaba imposible deshacerse en ningún momento de su presencia. Estuviera junto a él o no, le reconocía y pensar en su cercanía, la llenaba de sensaciones dispares: inquietud, turbación, calor, alegría, temor, expectación, curiosidad, deseo…

“No se vaya, quédese” . “No se vaya, quédese”. “No se vaya, quédese”…

Aquellas palabras, la forma de decirlas, le daban vueltas en la cabeza. Entre la desesperación, el miedo y la esperanza, el desconocido se debatía, se agitaba peligrosamente como una deteriorada barca sin remos y a la deriva, en un inmenso mar embravecido.

En su estado, lo normal era sentir ese desamparo, extrañándole sobremanera que les hubiera impreso un tono entre ruego y mandato.

Clara se había quedado a su lado por él y por ella. Si eso era tan trascendental para su recuperación, le cuidaría y haría compañía, a la vez que se obligaba a ser fuerte, enfrentándose a sí misma.

***

Abrió los ojos notando la claridad del nuevo día. Agudizó el oído y no escuchó nada dentro de la habitación, en cambio, sí le llegaron los trinos de los pájaros del exterior.

Le había pedido o dicho… ¡qué más daba! que no se fuera y ¿no estaba allí?

Había confiado en ella y su abandono le dolía, su soledad le ahogaba, haciéndole sentir indefenso. Una extraña angustia le recorría las entrañas y el desasosiego, se cernía sobre él como la más horrible oscuridad… si no la sentía cerca.

En un principio, enfrentado a la terrible realidad de su ceguera y su pérdida de memoria, se había desesperado hasta llegar al punto de querer la muerte, antes que vivir en ese estado tan lamentable. Su sensación de aislamiento y desconsuelo, que le había llevado hasta tal extremo, sintió que se iba transformando en resignación conforme el tiempo pasaba y estaba convencido

de que en gran medida, se lo debía a ella y a la manera de cuidarle. Su energía y dulzura le habían conmovido, llegado hasta el alma y la rebeldía de los primeros días, en los que se mantenía consciente por cortos periodos de tiempo, se había transformado en una dulce tranquilidad.

Su orgullo frente a su dependencia, se relajaba en cierta forma al aceptar la nueva situación, por muy aterradora que esta fuera. Simplemente perseguía olerla, tocarla, escucharla… para no perder el norte y atravesar un sombrío mar hasta llegar incluso a la locura más absoluta. Ella le detendría, sin dejarle caer en ese abismo sin fondo.

Aunque de las noches pasadas retenía vagos recuerdos, reminiscencias de fuertes sensaciones le rondaban los pensamientos que atropelladamente, se arremolinaban por los entresijos de su mente convertida en caos.

Entre los pliegues de ese laberinto, de esa maraña, recordaba con extremada nitidez un calor suave y delicado, fluyendo hacia su ser e introduciéndose plenamente por entre su piel hasta el alma, atenuándola de dolor y soledad.

Asumir la nítida presencia de ese pequeño cuerpo pegado al suyo, le había costado interminables minutos de un autocontrol intenso y extenuante, dejándole sin las pocas energías que hubiera podido recuperar.

Un acompasado latido bajo su oído, le había mantenido sujeto con un fuerte y musical lazo a la vida, al sosiego que todo él anhelaba y necesitaba con total desesperación.

Su enorme mano apoyada sobre la cadera provocadoramente femenina, le pareció electrizante. En cuanto al suave, sutil roce de su enmarañado cabello y sus pequeños y delgados deditos sobre su piel, le supuso la más atrayente de las sensaciones que podía recordar. La textura de su cabello, le sugirió una suavidad desconocida para su tacto y una alegría inusitada le había provocado el roce con su desnudo brazo. Su perfume único y embriagador llenaba por completo su cabeza y lo retenía aún, atorando su olfato a cualquier otro.

Se había escuchado hablar sin ningún sentido y cómo ella le tranquilizaba con la voz colmada de paciencia, repleta de ternura y dulzura.

¡Dios! Aquella agradable presencia le reconfortó tanto el dolorido cuerpo como el desolado espíritu y la hubiera mantenido egoísta e indefinidamente a su lado para siempre. Todo unido le oprimía el pecho provocándole el más primitivo de los sentimientos: deseo de vivir y amar.

Clara se volvió para mirarle después de escucharle intentar incorporarse.

Ese sutil movimiento puso sobre aviso al hombre que dirigió su mirada vacía hacia la joven. Una sombra comenzó a moverse en su dirección y una mano se apoyó en su frente, buscando indicios de fiebre. Los pañitos húmedos usados para bajársela, estaban ahora olvidados en la mesita de noche a la izquierda del enfermo.

Ni una sola palabra. Ambos parecían suspendidos en otra dimensión donde la voz era innecesaria. Alargando su enorme mano derecha, esta comenzó un lento ascenso desde los dedos hacia arriba.

Un delgado y desnudo brazo se descubría ante su tacto, provocando piel de gallina en la joven que suspiró acalorada.

Cuando aquellos dedos largos y delgados con alguna que otra dureza, llegaron al hombro, él sintió que ella daba un respingo, echándose un poco atrás y estos se aferraban a su manga arremangada, al tiempo que movía con gesto negativo su cabeza vendada.

Todavía con su manita en la frente, Clara se preguntaba cómo no huía de allí como alma que llevara el diablo.

Sin tiempo para contestarse, sus sentidos se embriagaban de la cercanía masculina y se empezaba a acostumbrar a aquellos ratos de soledad compartida.

Una inquietante alegría la rondaba, una rara energía sentía surgir desde su interior hacia fuera, recubriéndola de una invisible capa.

Era de todo punto increíble.

No tenía valor, ni encontraba fuerzas para marcharse por más que las buscara.

Intentarlo era toda una pérdida de tiempo.

Aquella varonil mano siguió su recorrido, esta vez más lentamente todavía.

Cuando llegó al rostro femenino, rozó con los nudillos y con tanta dulzura su mejilla derecha, que más parecía ser la caricia de una leve brisa primaveral.

Clara decidió guiarle y cogiéndole la mano, la colocó abierta sobre su cara.

Los dedos comenzaron una exploración total de sus facciones: la menuda barbilla, los labios entreabiertos y carnosos, las suaves mejillas, la naricilla algo respingona, los ojos de abundantes y largas pestañas que ahora parpadeaban nerviosamente, las oscuras cejas perfiladas y suaves, la pequeña frente, el nacimiento del pelo…

Soltándose de ella con un gesto algo brusco, su recorrido alcanzó hasta su melena rizada y larga que le llegaba por la cintura y allí…, la mano quedó apoyada con un muy sutil movimiento circular de los dedos en forma de caricia.

De pronto, esta desapareció y la mano empujó hacia delante el cuerpo de Clara, la cual apenas pudo reaccionar a tiempo antes de caer sobre él.

Un fuerte gruñido de dolor escapó del hombre que sin embargo, no hizo nada para quitársela de encima, al fin y al cabo, eso era lo que deseaba.

Levantando su mano izquierda todavía con el vendaje, se ayudó en su afán por conseguir que ella bajara el rostro hasta él.

Lo consiguió y sin pérdida de tiempo, acercó su codiciosa boca a la suya.

La joven adivinó enseguida lo que pretendía, luchando interiormente ante la decisión de alejarse o dejarle hacer.

Esta última opción triunfó rotundamente sin apenas haber plantado batalla en sus pensamientos. Quería, necesitaba saber qué se sentía al ser besada por alguien como él.

Su primer beso debía dárselo aquel hombre y no otro, eso lo tenía más que claro, su cuerpo y su alma así se lo decían y además, la tentación era tan grande… la necesidad tan imperiosa… las ganas de vivir tan abrumadoras… el deseo tan intenso…

Así que se dejó ir hasta que vio tan cerca de su cara la de él, que le fue imposible no sentirse como hipnotizada; aquellos ojos de mirada perdida la atrajeron de modo implacable. Incluso así, estando tan ensimismada, vislumbró en ellos tal grado de deseo que la dejaron paralizada.

La cálida boca del desconocido se cernió sobre la suya, apoyando con dulzura sus labios sobre los de ella.

Fue…, fue… un beso arrebatador, fascinante, conmovedor.

No había modo de saber cómo aquel contacto de labios carnosos, apenas una sutil caricia, desequilibró al unísono la mente y cuerpo de la muchacha, mientras una corriente extraña, primaria y embriagadora, la recorría impunemente de arriba a abajo, con alevosía y goteando

pequeñas dosis de un placer hasta el momento, desconocido para ella.

Al principio, aquella caricia fue sutil, deliciosa, ambas texturas descubriéndose, reuniéndose en el puro gozo y regocijo del encuentro mutuo, revelando para Clara la deleitosa magnitud de su primer beso y estallando en el hombre, lo extraordinario y jubiloso del mismo.

Pero este roce delicado, dejó paso a unos labios necesitados, decididos, avasalladores y abrasadores que aumentaron la presión sobre los suyos, seduciéndola hasta el punto de hacérselos separar, dejando que una juguetona y exigente lengua, se abriera paso dentro de su boca y la explorase con decisión y anhelo.

Los pequeños, blancos y parejos dientes femeninos, fueron delineados sin tardanza por esa caliente lengua sin freno ni timidez. La sensación de total lejanía a todo lo que les rodeaba, se hizo más evidente en ambos conforme el juego se fue acentuando con el paso de los segundos.

Clara entre impresionada y delicadamente confusa, completamente henchida con las nuevas y desbordantes sensaciones que la ceñían con brazos fuertes e invisibles, escuchaba a su cuerpo gritándole en una agonía de avidez por el ansia de más.

En cuanto al hombre que la subyugaba, la tenía a su merced.

Y él también se hallaba ante la misma tesitura.

Ambos eran como esclavos de sí mismos y del otro, como cautivos de aquellas sensaciones deliciosas y desbordantes que les arrasaban a los dos al unísono.

Ante su enorme cuerpo, el pequeño de Clara parecía perderse entre una maraña de brazos y piernas, siendo el masculino abocado a una pobre contención aún en su estado, pues no podía dejar de saborearla y devorarla, demandando más y más.

Porque estaba hambriento…

Capítulo 4

Estaba hambriento y su hambre le nublaba la cordura.

Lo sabía, podía sentirlo y debía acabar con aquello…

Pero su ansia de sentirla en aquel acto íntimo tan lleno de anhelo, se lo impidió, simple y llanamente.

—Eres deliciosa… suave… cálida —susurró tuteándole apasionado junto a sus labios, entremezclándose el calor de ambas respiraciones.

La mujer que seguía pegada a él, intentando incorporarse en la medida de lo posible sin cortar el contacto entre ambos, parecía haber dejado de resistirse y dejaba descansar el peso de su pequeño cuerpo en sus delgados brazos, dispuestos a ambos lados sobre la cama y a cada lado del torso masculino, procurando no hacerle daño.

Los besos torpes e inexpertos de ella creaban una magia especial en él, realizando un sortilegio, un encantamiento de deseo y pasión tan antiguo como el mundo.

El aprendizaje algo inseguro de ella, pero rápido y rotundo, descubría su naturaleza aguda, su inteligencia y espíritu inquieto y vivaz, revelaba la ansiedad que escondía su corazón, la profunda agitación que el mar tempestuoso de sus anhelos y esperanzas de mujer, se agitaba en su fuero interno.

Aquella frágil criatura en sus sentimientos, pero fuerte en sus determinaciones, le besaba con el retraimiento de una niña inocente, pero con el deseo y el apetito de una mujer. Nadie le hubiese preparado para algo así, su pequeña y seductora figura parecía haber pertenecido a ese lugar, su masculino cuerpo, desde siempre. Sus magníficos pechos pegados a su torso, subían y bajaban al compás de la respiración agitada y surgían incontrolados gemidos, que escapaban de aquella criatura deliciosa que se derretía entre sus brazos.

Tenía que ser su mujer, su amada compañera, no cabía duda de que su cuerpo la reconocía con una infinita alegría e infinito deseo también.

Y aquella luz que se había encendido tan de repente, alejando en parte la oscuridad de su espíritu, le inundó de paz.

En cuanto a Clara, esta sentía cómo sus respiraciones aceleradas se entremezclaban al igual que sus lenguas. Con los ojos entrecerrados, inhalaba su perfume a lavanda que en la piel del hombre, proyectaba un aroma muy particular al fusionarse con su esencia.

En el silencioso ambiente que les rodeaba, los sonoros besos y los gemidos de ambos, resonaban por toda la estancia.

Durante aquellos interminables minutos, suspendidos entre el laberinto de emociones compartidas, aquellos dos seres unían sus respectivas soledades para crear una fusión mutua de

cuerpos y almas, en comunión con ellos mismos y el universo con la entereza más absoluta de unos espíritus afines.

Aquel pequeño ser tembloroso bajo el suyo poderoso, le despertaba a una insospechada sed de placeres aún en su estado.

Alargó la enorme mano izquierda y la dejó reposar sobre su sexo erguido que dio punzadas en su palma abierta.

La mujer pareció darse cuenta de lo que hacía y abrumada y angustiada, pretendió zafarse no solo de aquella materia viva, cálida y masculinamente erótica que era él en toda su magnificencia, sino también de aquel deseo desconocido para ella hasta ese momento y que la tenía aturdida.

—No, por favor, no —susurró la joven junto a la boca masculina, intentando incorporarse sin mucho éxito. Un fuerte brazo atenazaba su cuerpo tembloroso y no pretendía dejarla marchar así como así.

—Quédate, mi cielo, quédate —murmuró con la voz enronquecida de deseo.

El hombre unos instantes antes todo fuerza y deseo, parecía haber sido poseído por una acuciante necesidad y dejadez en sus palabras, que oprimían el corazón de Clara.

—No soy, no soy… “no soy tu cielo” pensó. Aquel titubeo provenía de las contundentes palabras del doctor que resonaban todavía en su cabeza: “sería conveniente no llevarle la contraria por muy absurdo que nos parezca lo que diga, es posible que fuera contraproducente para su recuperación no hacerlo así”. – No soy… esto… no soy consciente de lo débil que todavía estás, por eso debería irme ahora y dejarte descansar.

—Quédate un poco más, por favor, prometo portarme bien, pero no me dejes. No recuerdo tu nombre, pero te he reconocido, sin duda eres la dueña de mi corazón y mi alma, tus besos y caricias me lo han dicho, no han hecho falta palabras para saber que eras tú.

Clara titubeó unos segundos.

—Está bien, me quedaré, pero déjame incorporarme.

A regañadientes, el desconocido fue desatando el nudo de su abrazo que los mantenía unidos y ella pudo sentarse frente a él.

—Dime, ¿Cómo te llamas? ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? ¿Tengo más familia?

¿Por qué no han venido a verme todavía?… —El rostro del desconocido reflejaba en cada línea y poro de su piel, la angustia y desolación que sentía—. Quiero… quiero saberlo todo, necesito recordarte. ¡Necesito desesperadamente recobrar mi vida!

Clara le miró con una profunda inquietud en sus ojos humedecidos.

—Tranquilo, tranquilo, todo se andará, pero poco a poco. Por el momento te diré que mi nombre es Clara, todavía no estamos casados, llevamos… llevamos muy poco tiempo prometidos.

—¡Clara! ¡Clara! —exclamó con una inusitada alegría—, me gusta, me gusta mucho, pero… ¡Dios, no recuerdo, no recuerdo…!

Con los puños cerrados se golpeó la frente y una mueca de dolor y desespero le dio a su hermoso rostro una expresión de profundo desconsuelo y desaliento.

—No hagas eso, solo conseguirás hacerte daño.

—¡Déjame, déjame…, vete…, quiero estar solo!

La joven hizo ademán de acariciarle, pero su mano quedó suspendida en el aire y siguió

sentada, silenciosa.

—¿Aún sigues aquí? ¡Te he dicho que te largues, maldita sea!

No tenía caso continuar allí, se levantó sin decir nada, dejando que sus ojos miraran a ese hombre vacilante que fluctuaba entre tenerla con él o quedarse solo. Que sufría lo indecible, debatiéndose en un mar de dudas y que no quería su consuelo.

Se levantó y sin intentar taparle, caminó hasta la puerta, se volvió para mirarle de nuevo y le vio echado boca arriba con los ojos tapados por sus antebrazos y el poderoso pecho subiéndole y bajándole enérgicamente.

Sus sollozos le clavaban pequeños puñales en el corazón, pero tenía que dejarle.

Salió de la habitación, aunque tras la puerta entornada, le observaba.

Todo aquel enorme cuerpo se convulsionaba con espasmos debidos al llanto que aumentaba por segundos; lloraba como un niño rodeado de desamparo y desconsuelo, cada vez con más fuerza, hasta llegar a la extenuación y sumirlo en un sueño profundo e intranquilo.

La joven corrió hacia su habitación cercana a aquella. De sus castaños ojos, las lágrimas fluían incontenibles, por él, un extraño que la había despertado a la realidad del deseo entre abrazos y besos apasionados, que sufría tanto física como psicológicamente.

Por ella, en cuyo interior, dos mujeres se enfrentaban, dos Claras muy distintas, pero complementarias.

Sus dedos rozaron sus labios hinchados por aquella boca, repitiéndose en su mente las caricias dulces y apasionadas para siempre guardadas como un tesoro.

Escalofríos la recorrieron de parte a parte, al recordar el calor residual que su enorme cuerpo le había transferido al suyo y la desesperada necesidad de sentir a su lado más y más, con más pasión cada vez.

—¿Dónde estaban sus buenos y racionales propósitos de no meterse en ningún lío?

—¿Lío?

Acababa de tirarse de cabeza al mayor de todos los imaginables.

***

Tomó una ligera cena.

Había perdido el poco apetito que desde niña tenía, ya que nunca fue de mucho comer y cuando algo la intranquilizaba, comía aún menos.

Su tata le había recriminado preocupada, pues no entendía su proceder de aquella noche, y desde luego, se guardó muy mucho de contarle lo que había ocurrido entre ella y el desconocido por no preocuparla, bastante lo estaba ella ya.

Pasando de largo de la habitación donde el hombre estaba, cerró de golpe la puerta de la suya y de una corta carrera, se tiró boca abajo sobre la colcha de su mullida cama con dosel de madera en tonos miel, abrazándose a la almohada.

No podía, no quería comportarse así, era tan absurdo… ya no era una niña, tenía carácter y arrojo para enfrentarse a cualquier cosa; él no era nadie, nadie, nada suyo, solo una intromisión pasajera en su vida que se iría y ahí acabaría todo.

La parte enérgica de su personalidad no la dejaría caer más en tentaciones, podía hacerlo y lo haría.

Había bajado la guardia, eso era todo y no lo haría de nuevo. En cuanto a sus mentiras, eran solamente para ayudarle a estar tranquilo; según el buen doctor, era necesario no alterarle, así

que las mantendría, pero a cierta distancia.

“No te engañes más, Clara, eso no te lo crees ni tú”.

Se levantó y comenzó a desvestirse; las prendas fueron cayendo al suelo en desorden, hasta quedarse completamente desnuda.

Se acercó hasta el espejo dorado de cuerpo entero situado al fondo de la habitación, este le devolvió una imagen nueva de ella y a pesar de no ser la primera vez que se contemplaba sin ropa, se veía a sí misma diferente.

Acababa de soltarse el pelo cuando advirtió que sus mejillas, algo pálidas normalmente, tenían un tono rosado muy favorecedor; los ojos le brillaban luminosos, enormes, sus labios se entreabrían, dejando salir una sonrosada lengua que los recorría y humedecía a la vez, como si fueran la boca masculina la que los estuviera besando, saboreando con delirio y deleite, otra vez.

Cerrando los ojos, empezó a pasarse muy despacio sus manos por todo el cuerpo e imaginando que eran otras las manos que la acariciaban; enseguida su rosados pezones se alzaron, su respiración se volvió irregular y el corazón le latía apresurado, sabía qué era lo que le faltaba, sabía de aquel vacío que la seguiría envolviendo día tras día, año tras año de su vida.

Aquellos efectos tardíos de deseo, azoramiento, inquietud, ansiedad… por lo ocurrido horas antes, no le hacían más que corroborar las aguas movedizas que ella rondaba, en un juego tan peligrosamente desconocido y nuevo.

Pero su mente desviaba los pensamientos hacia momentos de pura embriaguez de sus sentidos junto al desconocido, entre aquellos brazos varoniles, con ardorosa avidez mutua, pegados cuerpo contra cuerpo.

El olfato, impregnado del aroma a lavanda, hombre y deseo; el oído, repleto de sus recíprocos gemidos, suspiros y palabras entrecortadas; la vista, maravillada ante tanta masculina y viril belleza; el gusto, saciado de besos sorprendentes; el tacto, pleno de diferentes e increíbles texturas…

Sería un reto, quizá el peor al que jamás se habría enfrentado en su vida. ¿Cómo iba a hacer para seguir pasándose por su prometida, futura esposa y madre de sus hijos?

¿Cómo haría para mantenerse a distancia suya, sin que advirtiera nada…? ¿Cómo podría mantenerse lejos de su tentación? Eso requeriría ayuda, su querida tata sabría cómo hacerlo, solamente hasta que pudiera hacer frente a la auténtica realidad, eran solo dos extraños el uno para el otro, solo dos extraños; ni esposos, ni amantes, ni tan siquiera amigos y confidentes.

***

Todavía sentía su maldita erección tan dolorosa como hacía horas.

Su pequeña dama se la había provocado solamente con tenerla cerca y cuando la situación había ido a mayores, la necia verga se había desmadrado, alcanzando unas proporciones imposibles de disimular; tal vez por eso su Clara, ¡Dios, “su Clara”!, se había alejado de su lado ante el descubrimiento de todo un mundo pleno de sensaciones nuevas, de placeres por explorar y experimentar.

Podía estar débil, pero esa parte concreta de su organismo, iba por libre. Ahora la sentía otra vez palpitar bajo su palma herida, simplemente con pensar en ella, añorando su aroma delicado y femenino; el peso de su cuerpo, tentación apetitosa, estremecido por sus caricias, acoplado a la perfección al suyo; el rico sabor de aquella suculenta boca, capaz de ofrecerse con impetuosos besos que habían compartido con agónica pasión; los suspiros profundos de gozo, surgidos de

sus labios hambrientos… sentidos aún más agudizados por la falta de vida en sus ojos.

"Daría lo que fuera por ver la expresión de su cara mientras la amo", pensó.

Sentía vergüenza de sí mismo, había dejado que su necesidad física pudiera con él. No conseguía creer lo que había ocurrido horas antes. No alcanzaba a entender ese arrebato a todas luces inapropiado. Estando convaleciente, lo último era hacer una cosa así, pero de alguna manera, sabía que estaba en su modo de ser y le surgía espontáneamente.

Aunque no era solo eso, había más, la rabia que de improviso sintiera, lo había cercado en una zona sin salida, dejándolo a su merced y el estallido incontrolado de genio, no suponía un punto a su favor precisamente, al igual que llorar como un niño malcriado… era un espectáculo bochornoso.

No obstante y a pesar de que su orgullo pudiera verse herido, no importaba nada y trataría de reconciliarse con ella con tal de que volviera a su lado, sin miedo.

Había encontrado en Clara su camino, la vida misma… y no, no estaba dispuesto a perderla…

Deambulando entre aquellos pensamientos, se hizo muy patente su cansancio y se fue dejando llevar plácidamente al mundo onírico.

***

A la mañana siguiente, la joven presentaba un estado lamentable con profundas ojeras y el rostro serio, debido a las horas de vigilia transcurridas en las que, entre los calurosos recuerdos de su ficticio prometido y las reflexiones de cómo salir de aquel atolladero, había pasado una de las peores noches que recordaba.

Después de su aseo diario, cogió del armario un vestido sencillo en color marrón oscuro con puños y cuello de encaje blancos, se recogió el largo cabello castaño en un moño bajo y descendió por las escaleras con paso firme, pese a lo que sabía que ocurriría en pocos minutos.

Mina preparaba en la amplia y luminosa cocina, el té de hierbas aromáticas favorito de Clara, cuando esta entró y se dejó caer pesadamente en un taburete junto al hogar, mientras su mente atareada bullía en encontrar el modo de hablarle.

Tras colocar dos tazas humeantes sobre la mesa, la mujer ocupó otro taburete frente a ella y se la quedó mirando en espera de que comenzara a hablar. Sabía a ciencia cierta que algo le pasaba, era casi como si la hubiera traído al mundo, nada se le escapaba si se refería a su niña y por la seria expresión en los ojos de esta, lo que fuera, tenía que ser lo suficientemente importante para que aún no hubiera dicho ni palabra.

Se esperaba cualquier cosa, ya no se asustaba de nada y si lo que quería era mantener una conversación de mujer a mujer, aunque le diese un poco de vergüenza después de todo, la tendría; nunca se había ido por los cerros de Úbeda, siempre había hablado con ella sin tapujos de todo, bueno, casi sin tapujos y de casi todo…

Pero los minutos pasaban… y nada.

Hoy Clara no estaba muy charlatana aunque lo necesitara, tendría que ser ella la que rompiera el hielo.

—Y bien niña, ¿me vas a contar de una vez qué te ocurre? Sabes que no soy nada chismosa, pero verte así… me duele muchísimo.

—Tata, esto… la verdad es que no sé cómo empezar. —Su cabeza agachada, sin mirarla a la cara, le indicaba que la cosa era muy, pero que muy seria.

—Bueno, vamos a ver si yo puedo ayudarte. Seguro que es acerca del desconocido, ¿verdad?

La joven asintió en silencio al tiempo que se mordía, al igual que cuando niña, el labio inferior en un acto inconsciente.

Durante unos segundos, solo se escuchó el fuego crepitando en el hogar.

—Iré al grano, primero porque no tenemos mucho tiempo y segundo porque tú sabes que siempre me ha gustado hacerlo así; sabía que no tardarías más en venir a decirme lo que ronda por tu cabecita desde que él apareció. Te he visto quedarte con la mirada perdida, pensativa o mirarle con fijeza, estudiarle detenidamente, recreándote en su figura y sí; es bien cierto que es apuesto a pesar de cómo está todavía. Mi niña, es lógico que te sientas atraída, a todas nos ha pasado igual en un momento determinado de nuestra vida y el despertar de tu conciencia de ser mujer ha sido ahora… con él. Mi consejo es que no te preocupes, siempre y cuando mantengas las distancias y tengas claro que cuando se haya recuperado, se irá. No entrometas a tu corazón en un asunto en el que saldrá mal parado.

Cuando Clara decidió responder a su vieja amiga y confidente, estaba absolutamente convencida de que lo mejor era enfrentarse a aquello cuanto antes.

—Lo sé tata, lo sé. A lo largo de estos días, he descubierto otra cara de mí misma, una cara nueva que me asusta y atrae, que me hace sentir indefensa y poderosa… No sé cómo explicarte… pero cada vez que estoy a su lado, pienso convencida que ese es mi sitio. Sé lo que me dices, yo misma me lo he repetido tantas veces… pero sabes que soy fuerte y seré capaz de alejarme por mi bien y el suyo. —Sintiendo la boca seca, tragó saliva—. Lo que ocurre es que ayer, él me preguntó cómo me llamaba y yo… yo… le contesté, afortunadamente no preguntó su nombre que por su puesto desconozco, pero tata… hay más.

La mujer dejó a medio camino la taza antes de beber y se quedó esperando, mirándola por encima del borde de esta.

—Él… me be… besó.

La taza de porcelana estuvo a punto de derramarse cuando Mina dejó su mano laxa.

Una media sonrisa asomó a sus labios.

—Sabía que acabaría ocurriendo, pero si te soy sincera, no creí que tan pronto. En verdad que este hombre tiene un poder inmenso de recuperación, seguro que en estado normal, es un buen semental…

—¡Minarella, por favor! —Clara se sintió ruborizar entera.

—Bueno, bueno, debería de estar preocupada, pero si solo fue eso…

—El caso es que fueron varios besos y… también hubo caricias…

—¡Válgame Dios, esto ya es harina de otro costal! Clara hija, me parece que la cosa se está complicando por segundos.

—Pues todavía no te lo he contado todo…

Clara bajó la mirada hacia una arruga inexistente de su falda, la cual intentó alisar con dedos temblorosos.

Mina olvidó por completo la infusión sobre la mesa, su mente intentaba imaginar qué podía quedar por escuchar y llegó enseguida a la conclusión de que su niña-mujer, había descubierto mucho más de lo que esperara.

—Dímelo ya, sea lo que sea, me conoces y nunca te juzgaré, no somos piedras, somos seres humanos, con debilidades, sueños, pasiones, necesidades… Te quiero, eso es lo que siempre

tienes que recordar.

Clara se frotó nerviosa las manos.

—Tata, me confundió con su… con su… bueno, yo le dije que… que… bueno, Bruno me habló de su débil estado mental, temí que al contradecirle, le causara más mal que bien, así que le dije que estábamos comprometidos hacía poco tiempo.

—En fin, que ahora no solo tenemos los problemas de su estado físico y mental, su identidad, sus enemigos… en este momento además, te cree su futura mujer y cuando quiera hacer uso de sus privilegios como futuro marido tuyo… A ver qué se nos ocurre y rápido, pues al parecer, en pocos días, le tendremos casi, casi en plenitud de facultades, milagrosamente, por cierto.

Poniéndose en pie, apoyó en su regazo el rostro entristecido de la joven, acariciándole la cabeza suavemente.

—Me conoces muy bien, Mina, yo no hubiese querido por nada de este mundo mentirle —suspiró—, me vi… obligada, desbordada por las circunstancias. No soy una persona que disfrute precisamente haciendo daño y menos a alguien que no me lo ha causado a mí, ni a nadie de los que yo quiero.

—Lo sé, mi niña, lo sé. No está en tu naturaleza. Ahora lo más importante es que tendremos que actuar con rapidez.

—Tata, he decidido que lo mejor es poner sobre aviso a todos los del cortijo y al doctor Sandoval, todos deben guardar silencio sobre la verdad. Sé que todo ha ido bien por el momento, pero esto de ahora…

—No te preocupes, déjame esto a mí, yo se lo diré hoy mismo a todo el mundo.

—Está bien, sé que puedo confiar en ti, como siempre. Pero por favor, solo diles simplemente que, desde ahora, soy su prometida, ¿de acuerdo?

—Tranquila, mi niña, todo saldrá bien y sobre los pormenores… cielo, eso queda entre nosotras dos… y él.

—¡Ay, Mina, no sé qué haría sin ti! —Clara cerró los ojos, rodeó su cintura con los brazos y se apretujó más en su regazo, igual que cuando niña, encontrando como entonces consuelo, protección y cariño, al tiempo que se hacía el firme propósito de averiguar más cosas sobre aquel hombre, y para ello no tendría otro remedio que volver sola, al sitio donde le encontró.

***

Estaba realmente esperanzado: con ella a su lado, se sentía tonificado, fuerte, casi completamente feliz…

La noche le había traído un sueño reparador, sin extrañas imágenes ni sensaciones agobiantes y al despertar, su mente ya no se encontraba tan confundida, tan solo saturada de un dulce pensamiento: Clara.

Aquella pequeña criatura que con su voz, sabor, tacto y aroma, le había mostrado el camino al hogar.

Necesitaba tenerla cerca para disculparse y preguntarle tantas cosas…. Para que sus palabras se filtraran entre la niebla de su mente y la despejara, dejándole de camino el espíritu renovado, colmado de su perdida vida.

La agradable sensación de plenitud ante la expectación de su venida, se le extendía por su alma y cuerpo; todo en él parecía gritar la profunda hambre de vivir que sentía; el anhelo de volver a tenerla entre sus brazos, pequeña, cálida y entregada.

Pero se quedó esperándola.

Llegó la hora del aseo… y pasó sin que ella viniera; fue Mina quien le lavó.

Llegó la hora del desayuno… y pasó sin que ella apareciera tampoco; fue David quien intentó, sin éxito, que comiera.

Llegó la hora en la que el galeno venía a reconocerle… y tampoco se presentó entonces.

Y todo era por su culpa, ni más, ni menos.

"¡Maldita sea mi estampa! ¡Maldito sea yo mil veces por mi proceder!"

A pesar de haberle prometido estar a su lado, no había aparecido en toda la mañana y la comprendía… hasta cierto punto. Seguramente, pasar de verle al borde de la Muerte, a encontrarle con ganas de poseerla, sin miramiento ninguno por su estado físico, había sido un cambio demasiado radical para su flamante e inocente prometida.

Pero no solo eso le tenía enfadado, más consigo mismo que con ella, además, ante la pregunta: "¿Dónde está Clara?", tanto la tata como David y el doctor, le habían respondido igual: "Está ocupada, vendrá más tarde". "Más tarde, más tarde…" de eso nada. Las horas habían pasado, una detrás de otra en duermevela y seguía tan solo sin ella como cuando se despertara, aunque con unas sensaciones mucho menos placenteras de las que sintiera entonces.

Capítulo 5

Hacia las cinco de la tarde, una figura arrebujada en una capa oscura, salía por la puerta de la cocina con pasos ligeros y firmes, perdiéndose por el sendero que tan bien conocía, llegando a las inmediaciones de la gruta lo más rápidamente posible que pudo.

Necesitaba encontrar algo, algún indicio que pudiera decirle quién era el desconocido.

Tal vez hallara lo que buscaba en el mismo lugar donde él estuvo inconsciente.

Dirigiéndose hacia allí, solo tenía en sus pensamientos la razón por la cual estaba de camino al bosque, con la sola compañía de su soledad y sus meditaciones.

Fuese lo que fuese lo que llegara a encontrar, la expectación de su hallazgo la mantenía con los nervios a flor de piel, y si por el contrario volvía a casa con las manos vacías, igualmente la tranquilidad de su espíritu, jamás volvería a ser la misma y nunca la visitaría con su dulce consuelo y compañía.

Sus pies la llevaban veloces y ella iba como hipnotizada a su destino, mientras su mente continuaba ligada a los recuerdos de aquel hombre tan especial y tan único, que se guarecía y recuperaba dentro de su hogar.

A medida que se acercaba al lugar, sentía su pulso más acelerado por la caminata y la expectación cada vez más fuerte.

Cuando llegó, se paró en seco, esperando unos instantes a recuperar el aliento y la respiración acompasada. Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pues aquel paraje donde tantas horas había pasado en apacible quietud, se presentaba ante ella de manera diferente, como un lugar lleno de sombras y peligro, en el cual el desconocido hubiese encontrado la Muerte, si ella no hubiera aparecido milagrosamente a tiempo.

Más escalofríos se sucedieron apoderándose de su delgado y pequeño cuerpo, pero aun así, estaba decidida completamente a adentrarse y sumergirse entre los altos árboles en busca de respuestas. Fueran estas las que fueran… las necesitaba.

Llegó hasta el lugar deseado y agachada, escudriñó entre la hojarasca llenándose las manos, el vestido y los zapatos de tierra, hojas y ramaje; sus ojos atentos miraban concentrados en busca de alguna pista.

Pasaron largos minutos y su esperanza se fue desvaneciendo conforme estos se sucedían implacables, haciendo que la verdad se impusiera terrible: nada, no encontraba nada.

Estaba tan desesperanzada. Parecía como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría y la había dejado completamente helada. Se escuchó a sí misma, lanzar al aire el más tristísimo y profundo suspiro, que se unió a los sonidos particulares del lugar. Suspiro colmado de desazón y dudas.

Se arrebujó en su capa y pensaba alejarse de allí cuando en el último instante, cayó en la cuenta de que no había entrado en la gruta.

No podía irse sin saludar a su Virgencita, así que se levantó del suelo, se sacudió la falda y se dirigió hacia el interior del reducido espacio donde la pequeña talla la esperaba.

Arrodillada frente a ella, musitó una plegaria, por él, por ella… Se levantó para besarla y al acercarse, creyó ver brillar algo justo tras la imagen.

A punto estuvo de dar un grito. Era lo que tanto había buscado, era la señal que tanto esperaba.

Sintió desbocarse su corazón, sintió la premura de sonreír a carcajadas.

Un objeto brillaba, no… dos objetos que cogió con sumo cuidado y besó con inusitada devoción, llevándolos hasta su pecho, donde los acunó como si fueran el mayor y más valioso tesoro del mundo.

Observó con infinita curiosidad las dos joyas que sostenía entre sus frías y sucias manos. En ellas descansaban una larga cadena de oro de la que pendía una medalla del mismo metal noble, en cuyo anverso había grabado un elaborado escudo heráldico y una inscripción en el reverso: “Donde tu Destino esté, tus pasos te guiarán” y un anillo con otro escudo, diferente al de la medalla, en cuyo interior estaban grabadas unas iniciales: “D.T.M.”

Su primer pensamiento era salir corriendo hacia la casa y gritar a los cuatro vientos su descubrimiento, afortunadamente, su parte racional la obligó a pararse, a reflexionar.

Unos minutos después, estaba plenamente convencida de que lo prioritario era buscar entre sus numerosos libros de distintas materias, los relacionados con heráldica; tenía que saber a qué apellidos correspondían los escudos y con esa información entre sus manos, pensaría en los próximos movimientos a seguir, aunque fueran claramente obvios, no por ello dejaría de madurarlos en su mente.

Apretó contra su pecho la medalla y el anillo, un fuerte suspiro escapó de su boca entreabierta y en sus expresivos ojos entornados, una pequeña luz de esperanza apareció, iluminándolos.

Tenía que pensar en cómo probarle el anillo sin que sospechara.

Lo mejor sería cuando estuviese dormido profundamente; le parecía acertado hacerlo, aunque supiera casi al cien por cien que era de él.

“¿No se te ocurre nada mejor?”, se preguntó, “¿Como qué?” “Mira pruébate este anillo, lo mismo es tuyo”, se contestó.

Movió la cabeza, despejándola de esas absurdas elucubraciones.

Concentración, mucha concentración; primero se documentaría sobre los escudos por si acaso él le preguntaba sus apellidos, al menos pudiera contestarle fehacientemente.

Respecto a su nombre, eso era otra cosa, la lista podía ser muy extensa. Una “D” de David, Daniel, Damián, Dámaso, Diógenes… Sonrió. No, definitivamente no tenía pinta de llamarse como el famoso filósofo griego.

La muchacha se repetía por enésima vez que aquel hombre era de por sí un enigma, ya no solamente en cuanto a su identidad, sino también, en cuanto al papel que iba a jugar en su, hasta ahora, apacible vida y aletargados sentimientos.

Introdujo en un bolsillo interior de su vestido las dos joyas y se dispuso a regresar.

Clara hizo el recorrido inverso con paso firme, mecánico, sumida en intrincadas divagaciones

y entrando silenciosa por la cocina, se fue directa a la biblioteca.

Ardía de impaciencia.

Apoyó su manita en el brillante pomo dorado y profusamente torneado; la enorme puerta chirrió unos segundos, se paró en seco, recordándose mentalmente que hablaría con Mina para que aquel ruidito molesto e inoportuno no volviera a pasar.

Entró sin más demora y cerró nerviosa tras de sí.

Dio una lenta vuelta sobre sí misma pensando por dónde empezar al tiempo que frotaba con energía la tela abultada del bolsillo.

Sus vivarachos ojos castaños comenzaron a pasearse ávidos por los cantos de los libros, apilados perfectamente en rectas hileras que iban desde el suelo a casi la altura de más de dos metros.

Algunos eran verdaderas reliquias, heredadas de generación en generación, primeras ediciones envejecidas por el tiempo de incalculable valor intrínseco, tanto en su edad, como en los conocimientos que tan celosamente habían guardado, a lo largo de los siglos transcurridos.

En la habitación de forma rectangular, dos grandes ventanales en la pared frente a la puerta, se comunicaban en el exterior por una terraza corrida en la que dos confortables sillones de anea, tapizados en sutiles y diminutas flores y con un sofá de tres plazas a juego, invitaban a una agradable lectura o a la simple contemplación del espectacular paisaje circundante.

La suave luz que las cortinas dejaban entrar, confería a la estancia un ambiente acogedor, íntimo, acorde con las casi espirituales sensaciones que aquel espacio producía siempre en el ánimo de la muchacha.

Se decidió por un libro que tenía por encima de su cabeza y aunque le costó un poco cogerlo, su satisfacción aumentó cuando entre sus dedos las amarillentas páginas iban pasando, aunque su desilusión también se acrecentaba a la vez, ya que no veía ninguno de los escudos, ni el del anillo, ni el de la medalla.

Algo entristecida, pero dispuesta a seguir su investigación, dejó el libro en su lugar y cogió otro aún más envejecido que el anterior.

De nuevo fue pasando las hojas hasta que reconoció el escudo de la medalla.

Este pertenecía a la última de las iniciales: ”M”.

Se le escapó un grito ahogado y su mirada recorrió dicho escudo, parándose en los detalles dibujados del mismo y que correspondía al apellido “Montalbán”.

Según describía la escueta reseña, su origen era francés: “de azur y con una banda de oro, engolada en dos cabezas de dragones de oro y con dos flores de lis también de oro, una a cada lado”, leyó bajito y ensimismada.

Así pues, el apellido materno de su desconocido ya no era ningún misterio, pero todavía no había terminado, más bien acababa de empezar. Sin embargo, tanta satisfacción se veía empañada por no encontrar el primer apellido, este parecía ser más difícil.

De nuevo comenzó a pasar hoja tras hoja, tenía que estar, pero, tal vez, estaban unidas y alguna se le había pasado.

Con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, miró detenidamente los que empezaban por “T”, hasta que por fin, encontró lo que buscaba.

Ante ella un escudo muy particular y el apellido “Toscani”. Clara se dispuso a leer:

“ajedrezado, en azul y plata, con una rosa en cada campo; sobre un jefe azul, cuatro estrellas

de seis puntas de oro (una-dos-una) sobre una base simple, con tres estrellas de seis puntas de oro, en franja". Siguió leyendo ensimismada: "el azul representa a Venus, indica Verdad y Lealtad; en cuanto al plata, muestra a la Luna y encarna a la Pureza".

Aquel era el que estaba grabado en el anillo.

Bueno, solo faltaba el nombre; sin nada más que la "D", optó por adjudicarle uno poco común, pero acorde con su linaje paterno italiano y en recuerdo al autor de "La Divina Comedia": "Dante".

"Bien hecho, Clara", se animó excitada.

Se sentó o más bien, se dejó caer lánguida en su asiento favorito y cerró sus cansados ojos mientras en su cabeza relacionaba al impresionante hombre convaleciente con lo recién descubierto.

"Resumiendo: mi desconocido es ahora Dante Toscani Montalbán, ¡suena a gloria!", pensó sonriente, pletórica.

Dejó el preciado tesoro impreso en su lugar y se dirigió hacia su habitación a sabiendas de que lo más probable es que su tata estuviera por los alrededores.

Quería y necesitaba ver a Mina.

Antes de llegar a su destino, tropezó con ella que acababa de ver a Dante, "Dante, Dante…", repetía mentalmente. Cuanto más lo pensaba, más encantada estaba.

"¿Y si no es Dante, qué hacemos?; una vocecita le preguntó; "pues cuando eso pase, ya veremos"; pensó la joven, resuelta a no dejarse preocupar ni entristecer por nada.

—¡Clara, hija, casi me tiras al suelo! ¿Se puede saber qué te pasa?

Una desconocida Clara la miraba entre asustada y radiante de felicidad, al tiempo que la abrazaba sin dejarle apenas respirar.

—¡Tata, tata, hay algo que tengo que decirte, ven un momento a mi cuarto, por favor! —le susurró toda eufórica.

—Bueno, bueno, tranquila que te va a dar algo.

—Shhhh, no hables alto, no quiero que él nos pueda escuchar.

—Me parece que no podría aunque quisiera. Le he suministrado un poco de láudano con el agua. Estaba raro… y ha preguntado por ti, otra vez quería que fueras. Ha sido un paciente horrible.

—Sí lo sé; no he ido en todo el día a verle. Empiezo a conocerle y no le gusta nada que le contradigan. Cuando quiere algo y no lo consigue, es insoportable.

—Pues por el bien de todos, mi niña, sé que harás lo correcto, por eso te pediría que fueras en cuanto termines de contarme lo que quiera que sea que te traes entre manos.

—Lo sé, lo sé y a lo hecho, pecho, sé que tendré que seguir con la mentira piadosa, pero ahora estoy más segura de mí misma, me siento fortalecida; todo irá mejor, ya lo verás tata, ya lo verás.

Nada más entrar en la salita, las dos mujeres ocuparon un cómodo sofá.

Una frente a otra.

Los segundos pasaban.

Minarella fue la primera que habló, impaciente.

—Ya estamos aquí. Venga cuéntame; algo importante ha pasado y me muero por saberlo.

—¡No te lo vas a creer!

—¡Dímelo ya, por Dios, que me tienes en vilo!

—He regresado al lugar donde le encontré…

—¿¡Cómo!? ¡Muchacha insensata! Imagina que te pasa algo; tú sola por esos lugares, pero ¿es que no te hemos enseñado a ser prudente?

—Mina, me conozco todo aquello al dedillo y tenía que hacerlo sola… y cuanto antes.

El tiempo pasa y sus preguntas no tardarán en surgir. Al menos, he hecho algo muy provechoso y no quiero que te enfades, porque… porque… ¡ya sé cómo se llama!

—¡Bendito sea Dios!, ¡¿es verdad eso, hija?! —La buena mujer se persignó con los ojos alzados al cielo, levantándose de golpe.

—¡Sí, sí, tata; estoy tan contenta y todo gracias a la Virgencita de la Gruta!

—¡¿La Virgencita de la Gruta?!

—Verás: resulta que llevaba ya un buen rato merodeando por donde le encontré, buscando algo, no sabía qué en concreto y me disponía a volver a casa, cuando recordé que no había visitado a la Virgencita. Entonces fui a rezarle y fue cuando vi unos brillos detrás de ella y descubrí esto… —Sacó del bolsillo derecho del vestido, las dos joyas y se las mostró a la atónita mujer.

Esta las contempló, frotó sus brillantes ojos y volvió a mirarlas al tiempo que se dejaba caer en el sofá.

—¡Clara, esto es un milagro! ¡Bendita sea la Virgencita de la Gruta!

—Sí, tata, sí, un milagro. Estoy segura que al desconocido le dio lugar de esconder esto, porque no quería que lo encontrasen los mismos que le perseguían y que luego le hirieron. Fíjate: tiene un escudo diferente grabado en cada joya aparte de un lema familiar y unas iniciales.

—Bueno, sea como sea, por lo menos tenemos esto; ¿vas a mirar en los libros si encuentras los escudos?

—Llegas tarde. Ya lo he hecho.

—¡Vaya, eres rápida! Y… ¿has encontrado algo?

—Voy a resumirte: nuestro desconocido se llama Dante Toscani Montalbán.

—¡Increíble! —La miró pensativa—. Entiendo lo de los apellidos, pero el nombre se me escapa…

—Verás, empieza por “D” y al ser el primer apellido italiano, me pareció acertado buscarle un nombre igualmente italiano, lo más seguro es que su padre dispusiera que fuera así. Respecto a que el nombre sea Dante, se me ocurrió que este podía ser del autor de “La Divina Comedia”; si recuperara la memoria y ese no fuese su nombre… bueno cuando llegue ese momento, ya veremos que hago.

—Me parece muy arriesgado. Yo no sé qué haría en tu lugar, te lo digo sinceramente. —Se quedó unos momentos pensativa—, podrías llamarle “señor Toscani” o también “señor Montalbán”, ¿no?

—No. Él sabe mi nombre y creo que entre prometidos debe haber suficiente confianza como para llamarse por los nombres de pila, así que podría extrañarle si yo no hiciera igual. Recuerda que le dije lo de nuestro reciente compromiso.

—Tesoro, esto es jugar con fuego; lo sabes. Solo rezo porque este embrollo no nos cueste un buen disgusto.

—Pierde cuidado. Ahora debo reunirme con todos y explicarles. Por favor, diles que vengan

a la salita verde.

—Bien, así es mejor que ocultarles lo que pasa; me parece acertado ya que son todos de absoluta confianza. —La mujer le dio un suave beso en la pequeña y despejada frente y salió de la estancia.

Clara se quedó sola con sus pensamientos y sentimientos.

En cuanto acabara de hablarles a sus fieles amigos, iría a su lado; ya era suficiente el tiempo transcurrido sin verle.

***

O venía en los siguientes cinco minutos o armaría la de Dios es Cristo.

Ignoraba cuanto llevaba durmiendo, pero al despertar sintió la boca seca, la cabeza embotada y el corazón… ansioso por Clara.

La tal Minarella le había dado algo con la bebida, láudano seguro, y todo para que no diera más la lata.

¡¿Así se trataba a un convaleciente?! Y tan solo por querer a su prometida junto a su lecho de dolor… Por muy insoportable que pudiera llegar a ponerse, estaba en todo su derecho.

Tenía tanto que recuperar… y quería, deseaba, necesitaba que fuera Clara quien lo hiciera: sus palabras y caricias le abrirían la niebla de su mente y un radiante sol del discernimiento colmado de su existencia, le devolvería la misma en toda su plenitud.

Pero no se hacía ilusiones; ya conocía a su futura mujer, a la tata y al resto de los que le cuidaban y… nada.

No había conseguido recordarles o identificarles.

Si sus recuerdos se encontraban en su cabeza, estos estaban en un lugar muy escondido.

Cuanto antes recuperase su vida, antes podría llevar la alegría a Clara. En cuanto a su ceguera… no caería en la trampa de hacerse ilusiones vanas de recuperación, tal vez podía haberlas, pero era mejor no engañarse con falsas esperanzas. Si existía aunque solo fuese una vaga posibilidad, tendría que hablarlo primero con el doctor, solamente con él.

De todas maneras vivía, eso era lo importante y nada podía compararse a eso por muy mal que hubiese quedado, sin memoria ni vista; lo mejor de todo aquello sería estar con Clara, su amor.

La pudo ver con sus manos que fueron recorriendo su rostro, su cuerpo, paso a paso, detalle a detalle y revelar su belleza física junto a la espiritual, descubriendo además, las sutiles reacciones que su tacto iba provocando en la mujer.

Nada podía ser mejor que saber lo que aquellas caricias, sus caricias, provocaron en la joven que era suya.

Clara le deseaba profundamente, no podía ocultarlo y algo le decía que solo alguien que albergara tales sentimientos reaccionaría a él de esa forma.

Rozó su mejilla dañada con las yemas de los dedos. A veces el dolor se mezclaba con escozor y tirantez de la piel.

No era una herida agradable al tacto, por lo que supuso que tampoco lo sería a la vista, y, sin embargo, a ella no la repugnaba. Siguiendo sus facciones, anotó mentalmente unos rasgos hermosos para ser hombre; con el pelo ensortijado, en cuanto al color… era lo de menos, se dijo.

Continuó con la autoexploración dejando que sus manos recorrieran lentamente la marcada barbilla, el delgado cuello de prominente nuez, la clavícula y los hombros, el pecho de fino vello

y firmes pectorales, el abdomen igualmente firme… así, hasta llegar a sus duros muslos velludos y a la prominente dureza que se alzaba descarada en medio de su entrepierna.

Debía ser un buen espécimen del sexo masculino.

En cuanto ella apareciera, le preguntaría lo que pensaba de él; la obligaría si era necesario a que le detallara su aspecto, para saber fehacientemente si su examen había sido acertado en la medida de sus posibilidades; por lo que debería describirle con el mayor lujo de pormenores para que pudiera hacerse una idea lo más real posible de cómo era.

Sonrió pagado de sí mismo; iba a ponerla en un aprieto… y le encantaba la idea.

***

Hubiera jurado que habría preguntas, pero la extrema discreción de la que todos hicieron gala, la dejaron con un dulzón regusto y una profunda alegría; por ese particular, podía respirar tranquila y profundamente. Tras la reunión mantenida y las consiguientes instrucciones, todos en el cortijo sabían perfectamente a qué debían atenerse.

Ahora quedaba plantar cara al objeto del revuelo general… y particularmente suyo. Un objeto animado de carne y huesos; voz profunda, envolvente calor…

Absorta con estos pensamientos, llegó sin darse cuenta a la habitación que él ocupaba y a través de una abertura, Clara le descubrió sonriendo.

Unos parejos dientes blancos destacaban sobre su piel dorada…

…Y su sonrisa socarrona no le gustó ni un pelo.

Algo estaba pensando que se la provocaba, algo tal vez, peligroso…

Mejor daba media vuelta y volvía luego… acompañada.

Pero que él estuviera ciego, no significaba que se hubiese quedado sordo.

Sin desaparecer ese alegre gesto de su cara, esta giró hacia la puerta.

La joven tragó saliva. “¡Dios mío, pero qué guapo!” Aún con vendajes, la cara lacerada y herido… estaba asombrosamente apuesto.

—Entra, Clara. —La profunda y viril voz, resonó en el silencio de la habitación. Su brazo herido se extendía hacia ella, suspendido en el aire.

La aludida abrió del todo la puerta.

La ventana frente a esta se encontraba entornada y provocó una leve corriente de aire, que agitó los blancos visillos calados con primorosos motivos florales.

Una suave brisa la recorrió por entero, moviendo sus faldas y las guedejas que enmarcaban su bello rostro.

El sol vertía en la habitación una luz perezosa, suavizada por el atardecer e iluminaba sutilmente unos ojos profundos y almendrados que brillaron intensamente.

La joven quedó como hipnotizada, su mirada seguía el camino desde la cabeza vendada hasta los pies medio destapados. Aún apoyaba su pequeña mano en el marco de la puerta, aferrándose a este y todavía dudaba de que fuera una buena idea entrar.

Pero sus traicioneras piernas la hicieron traspasar el umbral y la acercaron con lento paso al lecho de colcha y sábanas revueltas. La aproximaban a lo que temía… y deseaba.

Como ya era la costumbre del hombre, tanto una como las otras se arremolinaban sobre sus estrechas caderas, dejando aquel fabuloso cuerpo al descubierto y semidesnudo.

Nada más llegar a su altura, la mirada oscura se posó en aquella boca carnosa de poderosa presencia que la llamaba en silencio.

—Siéntate, por favor.

El brazo extendido parecía sujeto por invisibles hilos y su mano herida se abría y se cerraba intentando asir con los largos dedos el vacío, sin hacer caso alguno al posible dolor.

Como fuera que la joven no se movía, repitió esas tres palabras otra vez, pero con un deje de inquietud.

—Siéntate… por favor.

Su pequeña y traicionera mano, se dejó caer suavemente sobre la de él y este aprovechó y tiró de inmediato, haciéndola perder el equilibrio.

Un gritito de sorpresa fue lo único que nació de su garganta.

No era posible tanta fuerza y, sin embargo, Clara se vio de repente perdiendo el equilibrio y cayendo sobre la cama, cayendo sobre la almohada… cayendo sobre él.

La pequeña mano izquierda de Clara, descansó sobre su tetilla derecha, sus pechos que subían y bajaban a un ritmo acelerado, le rozaban la barbilla, la fina cintura había sido rodeada por un fuerte brazo y el resto de su cuerpecito, se pegaba totalmente como una lapa al enorme cuerpazo de él.

—¡Ah!

Aquel sonido lastimero hizo que Clara le mirase preocupada.

A pesar de ser menuda, eso no quitaba para que le estuviese haciendo daño sin querer, por lo que la muchacha ante la queja, intentó incorporarse dejando caer su manita izquierda en la cama.

Una mano enorme y poderosamente fuerte, volvió a colocarla donde estaba, regresando a su vez a la estrecha cintura.

—Ni se te ocurra moverte.

—Me parece haber escuchado una queja, así que….

—No me quejaba de dolor, sino de gusto…

Aquel hombre parecía no hablar mucho, al menos eso creía, ya que con unas sucintas frases, se hacía entender perfectamente y además, a ella no le hacía falta ninguna filípica para alterarse hasta el tuétano.

Alzando levemente el rostro, el hombre olfateó el cuello de Clara con deleite.

—¡Dios, hueles tan bien! —Las fosas nasales masculinas parecían absorberla, su cuello notaba las rápidas y fuertes inspiraciones y expiraciones, y el airecillo le hacía cosquillas en la piel súper sensibilizada.

Ella tragó saliva, sonoramente. Con los ojos entornados. Quieta.

—Vuelve a hacerlo —La ronca voz la acunaba.

—¿Qué?

—Digo que vuelvas a tragar saliva.

—Pero…

—Hazlo, Clara, por favor.

Esa incitante invitación la derrumbó por dentro.

Repitió el gesto.

Capítulo 6

Una boca entreabierta se apoderó de su cuello, donde una húmeda lengua le rozaba la suave piel en pequeños círculos y unos labios de ensueño se la chupaban, devorándola en sensuales pasadas.

Entre la variada temática de las lecturas de Clara, se encontraba la referente a las sanguijuelas, aquello tendría que parecerse a una succión en toda regla, salvo por el detalle de la sangre y sin las placenteras connotaciones, claro.

Sin darse cuenta, entreabrió la boca a ver si así conseguía recoger más aire y dejaba salir a borbotones las sensaciones desconocidas que la inundaban.

—¡Ah!… ¡Ah!… ¡Ah!…

El hombre sonrió en su garganta al escucharla. Repitió aún con más lentitud aquellos movimientos mágicos y sensuales que derretían a su futura mujercita, incorporando pequeños mordisquitos que consiguieron en milésimas de segundo, ponerle la piel de gallina, por fuera y por dentro, si eso era posible; al menos eso pensó una embelesada Clara, entre la neblina del deseo.

Pero donde las dan, las toman.

De repente, dejó de acariciarla, justo cuando su tetilla derecha se erguía por los suaves tirones de unos pequeños y cálidos dedos, que reseguían su pequeña cicatriz.

Sin pensar, colocó su mano sobre la de ella.

Comenzó a guiarla haciendo que esta acariciara con parsimonia su carne cada vez más cálida: primero, el pezón enhiesto, después el sutil vello de alrededor, seguidamente sus clavículas; a continuación, introdujo la manita por entre el vendaje hasta su otro pezón, para seguir después, la estrecha línea de vello hasta el ombligo.

Los aparatosos y abultados vendajes de los primeros días, ya habían sido sustituidos por otros menos engorrosos y livianos, que dejaban entrever translúcidamente y a tan corta distancia, las partes de la anatomía masculina que hasta ahora habían estado cubiertas.

De ahí que el sutil roce de ella fuera para ambos mucho más intenso, puesto que Clara podía ver in situ cómo se erizaba el vello masculino, lo que a su vez, la incitaba a seguir.

Se besaron y el tiempo pareció pararse en seco.

La impetuosa marea de sensaciones, donde ella se sumergía y volvía a emerger, hacía que la joven no supiese nada, salvo que le encantaba estar entre sus brazos, ser devorada por aquella boca de maravillosas caricias, repleta de extasiantes sensaciones y darle placer con sus caricias inexpertas, pero ávidas.

Igualmente sentía que una Clara adormecida, despertaba de su letargo con cada caricia que

provenía de sus manitas trémulas y ávidas.

Respirando fuertemente, el hombre que la mantenía allí atada con incorpóreas cintas, le habló sensualmente.

—Dime, Clara mía, ¿me encuentras atractivo?

Ella no respondió, estaba muy ocupada asimilando sensaciones, al tiempo que intentaba entender a qué venía esa pregunta.

Dante acercó la boca a su oído.

—Confiesa, Clara mía, ¿me encuentras atractivo?

En esta ocasión, sí que asimiló cada una de las palabras.

Analizó enseguida la situación: no podía hacerse ni la tonta, ni la sorda, eso totalmente descartado y las posibles respuestas, tanto si le mentía como si no, la hacían encontrarse en un callejón sin salida.

Decirle que en absoluto, podía contrariarle, incluso enfurecerle y ser contraproducente para su recuperación.

Declararle que hasta la locura, haría que se sintiera bien pagado de sí mismo y le daría pie a comportarse de manera orgullosa, posiblemente hasta insoportable.

Aparte de que si contestaba afirmativamente, le decía a las claras que le había estado mirando o mejor dicho, “devorando con ojos hambrientos”.

Después de todo, era fácil elegir: mejor tenerle de buen humor.

Bien, jugaría a su juego.

Un tenue bocado en el lóbulo de la oreja masculina hizo que él se tensara.

—Eres bastante apuesto, claro que es una opinión mía, totalmente subjetiva, eso sí.

El hombre enarcó una ceja.

Su cara se ensombreció.

—¿Me estás diciendo que no lo soy, pero que tú, a través de tus ojos encandilados, sí me ves apuesto?

En el rostro de Clara nació una leve sonrisilla.

—Dicho así, eso parece, ¿no?

También en la cara de él apareció una sonrisa juguetona.

Aquella menuda mujer de fuertes pasiones, poseía además sentido del humor. “¡Pequeña brujita deliciosa!”

—Bien, no acepto tu contestación. Por lo que, para que yo mismo decida si esta se corresponde con la realidad, hummm, quiero que me describas lo que ves, y esta vez, objetivamente.

Si la hubiera visto, se habría echado a reír como un loco, tal era su expresión.

“Vale, Clara, y ¿ahora qué? Reconócelo, no sabes jugar a este juego, tú solita te has metido en este lío, así que acábalo cuanto antes”.

—Bu… bueno, esto… —carraspeó nerviosa—, comenzaré… por tu pelo que es negro y ondulado, suave al tacto, las puntas rozan tu cuello delgado de prominente nuez.

El hombre, como quien no quiere la cosa, comenzó a darle por el cuello suaves pasadas en círculo con su dedo índice, al que acompañaba esporádicamente el resto de su mano, muy, muy despacio, recreándose en el tacto de la piel que iba recorriendo de manera descendente, parándose en seco, con cada punto de la descripción que escuchaba atentamente de labios de una,

cada vez, más estimulada Clara.

Esta intentó, pese a aquello, seguir sin dar muestras del hormigueo que le llegaba hasta las uñas de los pies.

—Hay una cicatriz que va desde tu sien izquierda hasta la mejilla que te da un aire misterioso, pero no te preocupes, el doctor no cree que te queden marcas muy visibles a simple vista.

De pronto, Clara enmudeció; indecisa, pensó que no podría seguir con su descripción, un suave calorcillo le hacía sentir las mejillas arreboladas.

Suspiró fuertemente, sin poder evitarlo, dándose ánimos mentalmente.

—La nariz me recuerda a las esculturas clásicas, al igual que tu boca de labios carnosos…

Justo, justo donde fue a parar la mirada de sus ojos castaños, sin parpadear y como hipnotizados.

No podía seguir, ¿es que no se daba cuenta de que era una tortura?; tal vez por eso lo estaba haciendo, el muy… muy… canalla, sinvergüenza, cínico…

—¿Te ocurre algo, Clara? —Su voz parecía ciertamente expectante… y denotaba que se lo estaba pasando de miedo.

“Que si me ocurre algo, pregunta, como haciéndose el inocente.”

Tomó aire profundamente, intentando que esa acción fuera imperceptible a su fino oído.

—No, nada en absoluto. Bien, ¿por dónde iba?…

—Mis labios carnosos… —Una sugerente lengua los humedeció provocativamente y el tono de la masculina voz, se insinuó varonil y extasiante.

—¡Ah, sí! —Clara intentó por todos los medios, no aparecer ante él cada vez más incómoda por los derroteros que la dichosa conversación iba tomando—. En cuanto a tu barbilla, está marcada con una pequeña incisión central que te proporciona un cierto aire de seriedad y suficiencia; tu… tu pecho está bien formado, tienes una cicatriz pequeña en forma de media luna en el pezón derecho y un suave vello oscuro que lo recorre y se estrecha al llegar a tu ombligo; los brazos se ven bien formados, con manos grandes, de dedos largos y delgados; tienes fuertes piernas, musculosas y tu piel está dorada por el sol.

Silencio.

Ni una palabra más escapó de la delicada boca de ella.

Él esperó tan solo unos segundos.

No estaba dispuesto a acabar con su entretenimiento, no, todavía no.

Tomó la cara de la muchacha entre sus manos, acunándola.

—Sigue, Clara —susurró. Sus pulgares resiguieron la barbilla, los labios entreabiertos, los pómulos, la naricilla… —Sigue, Clara.

Las dos palabras parecieron surgir de una profunda caverna, repleta de sensualidad y deseo.

—Bueno, no queda mucho por decir; quizá… quizá… tu vientre es firme y eres muy alto, tal vez un metro ochenta… más o menos.

Silencio otra vez.

El hombre volvió a esperar de nuevo.

Nada.

Aquella mujer, no diría ni pío. Justo cuando él quería que le hablara de…

Suspiró comprendiendo.

Si creía que ella iba a dedicarle la más mínima reseña a… aquella parte, iba listo.

—Al parecer, no estoy nada mal, ¿no?

Sabía que él no podía verla, pero hubiera jurado que la miraba con aire divertido y mordaz.

—Pues… pues, no.

¿Había pasado la prueba? Esta parecía haber acabado, pero un regusto a inquietud, ansiedad y, por qué no reconocerlo, deseo, la inundaba.

Entonces él la sacó de sus pensamientos atrapando imprevistamente su boca en un beso cargado de impaciencia.

Aquellos labios jugosos… quería exprimirlos, sacarles la esencia beso a beso, mordisco a mordisco, quería saciarse, si es que alguna vez podía, del sabor a miel, a esperanza, a hembra…

Para Clara eso fue demasiado: demasiado imprevisto, pecaminoso, irresistible…

Contestó entre suaves suspiros con besos apasionados, aún algo torpes, pero cargados de pasión.

Estaba descubriendo lo fácil que era dejarse llevar, lo embriagadora que era cada caricia y lo aventurado que podía llegar a ser todo aquel nuevo mundo, infinito, peligroso y hechicero.

Ambos parecían querer más.

La mujer descubrir aquel grandioso mundo de sensaciones placenteras y él no ponía objeción alguna a los escarceos sutiles de ella, menos todavía a los suyos exigentes, expertos.

—Clara, amor, no me has dicho nada de esto —Una mano rápida, apresó la suya inesperadamente y la puso sobre su erección.

El respingo fue totalmente apreciado por él, que mantuvo la postura aun cuando la joven, intentó varias veces apartar su mano de allí.

Sin vergüenza ninguna, el hombre comenzó a dar suaves y espaciados movimientos arriba y abajo sobre la totalidad de su longitud, cada vez más aumentada y endurecida.

La voz sensual, viril y apasionada, embotaba su raciocinio, adormecía sus sentidos como una potente droga y Clara se sentía maleable, versátil, liviana y… pecaminosa.

—Pensándolo mejor, no creo que hubiera necesidad ninguna de que me describieras… esto; ni como estaba hace un rato y mucho menos, como me encuentro ahora mismo…

Por ti.

Sus seductoras facciones la seducían: los ojos deslumbrantes, risueños, los labios sabrosos, entreabiertos, mojados por la lengua que se paseaba indolente por ellos, dejando a su paso un reguero húmedo y brillante…

Quiso atraparla.

…Y encontró más besos juguetones y pasionales.

Ambos ardían en un infierno hecho a la medida.

Intercambiando emociones, estremecimientos, placer…

Tan ensimismados estaban el uno en el otro, que no escucharon la llamada en la puerta; otra cosa fue cuando el picaporte cedió y esta comenzó a abrirse.

De un salto, la joven se incorporó; de repente, el rubor que hasta entonces cubriera sus mejillas, desapareció, dejando una palidez casi enfermiza en su rostro.

—¡Ah!

Clara miró al hombre.

Su expresión no era esta vez de gozo, le había hecho daño al levantarse.

—Lo siento.

Tomás se paró en seco, sin atreverse a entrar, sonó su juvenil voz.

—Señorita Clara, Mina me manda a decirle que necesita hablarle; la espera en la cocina.

—Gracias, Tomás, dile que bajo enseguida.

Este se inclinó y cerró la puerta.

Solos de nuevo.

Pero esta vez, no caería.

—¡Oportuno el chico, maldita sea! —exclamó el hombre, ofuscado por la interrupción desacertada—. Bien, ¿por dónde íbamos…? —Sus manos posadas en la cintura de Clara, volvían a recorrerla con avidez renovada.

La joven le miró.

—Por… por ninguna parte —contestó alterada, levantándose de golpe—. Esto no puede volver a repetirse, no en tu estado; para eso ya habrá tiempo, cuando… cuando te recuperes por completo.

—Ni hablar. Que aún no pueda hacerte el amor como deseo, no significa que no pueda disfrutar y hacerte disfrutar de "ciertos anticipos"… Te aseguro que tales encuentros, digamos que me tonifican, yo diría que me ayudan a mejorar por momentos… —Su sonrisa jactanciosa, que Clara iba conociendo ya, acentuaba y reafirmaba lo que sus palabras decían, siendo una invitación a lo que podía pasar entre ellos en el futuro.

Estiró el brazo…, pero solo tocó el aire.

Ella se había alejado lo suficiente como para no estar dentro de su radio de acción.

—Tengo que irme. —La joven aligeró el paso hasta acercarse a la puerta, giró y le vio con la cabeza apoyada relajadamente sobre su brazo derecho; la mano izquierda posada sobre su ingle… y la misma sonrisa que ya viera anteriormente.

La muchacha salió dejando la puerta entornada.

—Vete, Clara, vete, ya volverás… más pronto de lo que te piensas… y yo te estaré esperando… impaciente y… preparado —susurró.

Tras la puerta, en la estancia, un hombre hermoso y de determinación temible, la acababa de retar; tras la puerta, en el pasillo, una mujer confusa y llena de luchas internas, acababa de ser desafiada.

"Tengo ganas de estar recuperado plenamente, esta tensión no me beneficia ni física ni mentalmente, cada vez es peor, pues cuanto más la tengo, más todavía la quiero tener… estos escarceos me saben a tan poco… necesito más… necesito todo".

El hombre convaleciente, postrado en su lecho, sentía más una dolencia mental que la causada por sus heridas; todo le resultaba tan tremendamente excitante… cada vez la añoraba con tan inmensa intensidad, que tan solo por eso iba a procurar por todos los medios a su alcance, recuperar su salud y su vida de inmediato.

Ya no era solamente por él, su prioritario interés se centraba exclusivamente en Clara: aquella manera tan dulce y pasional que tenía de entregarse a sus caricias, debía explotarla al máximo; quería provocarle tanto deseo, tanta pasión, incluso lujuria que la hicieran despertar cien por cien de su pesadilla de soledad, sin cariño de hombre; le daría tal cantidad de amor, de fogosas y ardorosas demostraciones, que la joven ardería hasta la médula de puro placer.

No le cabía duda que su recuperación estaba siendo menos prolongada y tediosa, de lo que

pudiera haber esperado en un principio de su progresiva vuelta a la consciencia.

Su naturaleza fuerte era aliada en esta lucha de poderes entre su necesidad de amarla y la inexplicable tensión que surgía entre ambos cuando estaban juntos. Disputa que le dejaba ansioso por hacerla vibrar entre sus brazos y abandonada plenamente a sus caricias.

Cada minuto que pasaba, su mente se iba avivando y en cuanto a su cuerpo, salvo las molestias propias intrínsecas a su curación, se encontraba igualmente mejorando; su verga, orgullosa, se mantenía erguida casi constantemente.

No cejaría en su empeño de conseguir una felicidad plena tanto para él, como ante todo para ella y esta, pasaba por una conjunción de ambos, uno en el otro; unión de alma, mente, piel…

Tenía que atacar de frente. Él era su debilidad y con ese punto flaco a su favor, la asaltaría sin miramiento hasta que ella bajara sus defensas y le dejara a él, a cargo de la mutua dicha, de la felicidad de ambos.

Estaba decidido.

—Clara, mi amor, déjate amar por mí —susurró—, siento que puedo dártelo todo con mis besos, con mis manos… y todo mi cuerpo; abandónate a mí y sentirás correr en tus venas el placer. La vida será un paraíso… Te lo juro, mi pequeño tesoro.

***

La mujer intentó relajarse y manoseó su peinado para colocar en su sitio algún mechón suelto e igualmente, se alisó la falda con nerviosa energía.

Su encuentro con Dante no debía ser descubierto.

Sentada en su taburete favorito, Minarella la esperaba, cabizbaja.

Nada más asomar por la puerta, Clara supo que algo preocupaba a su tata y amiga.

Suspiró sonoramente haciendo que la mujer levantara la cabeza y la mirara seria.

—Y bien Mina, ¿qué pasa ahora? —La muchacha se pasó las manos por la cara al tiempo que tomaba asiento frente a ella. Alisándose las faldas, esperó.

—Mi niña, es mejor hablar sin rodeos. —Se levantó y empezó a caminar sin rumbo de un lado a otro de la cocina—. He reflexionado mucho, en verdad no sabes las vueltas que le he dado a todo esto. En fin, como te decía voy a ir al grano. —Se paró en seco y miró a Clara—. Sé que las circunstancias no son las que quisiéramos, pero ya que el Destino nos ha puesto en el camino a ese pobre hombre o a nosotros en el de él, debemos hacer lo que esté en nuestras manos para que se recupere lo mejor posible. —Se paró en seco mirándola—. Hasta ahí estamos de acuerdo, lo sé. Pero a lo que quiero referirme es al hecho de que cuanto más se recupera, más peligroso se vuelve.

—Mina, si lo que quieres decirme es que puede hacernos daño, te aseguro que mi intuición o como quieras llamarla, me dice que no supone ningún riesgo para la integridad física de ninguno de nosotros.

—Clara hija, yo me refería a… otra… clase… de integridad física… sobre todo de la tuya, claro… las demás mujeres de la casa, creo que estamos a salvo y no creo que él tenga otros gustos… ¿o me equivoco?

No, en absoluto se equivocaba. Sabía de primerísima mano, boca, cuerpo… que sus gustos eran muy masculinos… y arrolladores.

Un rubor intenso se cernió sobre el joven rostro, ya que a veces su ingenuidad la ponía en aprietos indeseados y, también a veces, creía poder controlar las cosas incontrolables.

Se levantó y cruzó su mirada con la de Mina.

—¿Y qué sugieres que haga?

—¿Que tú hagas?, nada, salvo ir retrasando tus encuentros con él poco a poco, ya me encargaré yo de todo lo relativo a sus cuidados y necesidades. Sé que la tentación es muy grande —suspiró—, si yo tuviese tu misma edad, estaría ensimismada ante un hombre como él, todo sensualidad, virilidad, hermosura… pero gracias a Dios, creo que mi tiempo de amoríos locos ha pasado, pero el tuyo… no. Sé perfectamente que estás deslumbrada y esa potente luz, no te deja ver las consecuencias. Mi niña, este hombre te romperá el corazón a poco que te distraigas… y por nada ni nadie quisiera verte sufrir.

Tenía toda la razón, lo sabía y su parte racional estaba en total acuerdo con su tata, pero… su parte irreflexiva, le gritaba que eran sandeces, que ella podía salir huyendo de su lado en cuanto quisiera, total, todavía estaba postrado en la cama; ni pensar en ponerse ya de pie.

Mina se volvió a sentar harta ya de dar vueltas sin ir a ningún lado.

—Volverá a preguntar insistentemente por mí, tú lo sabes tan bien como todos. Es cabezota, de ideas fijas y, desde luego, no dejará que otros le cuiden; esto no es nada que ya no sepamos; así que ¿qué se te ha ocurrido?, porque algo tendrás dando vueltas en tu cabeza, ¿o me equivoco?

La mujer la hizo sentar junto a ella.

—Lo único que se me ha ocurrido es lo que te he dicho antes y para que no sospeche, podemos hacerlo con calma, a ver si procuramos distraerle con lectura, conversación… haciendo que vengan a por ti con cualquier excusa y que nunca te encuentres a solas con él. ¿Qué te parece, hija?

—Mina, me parece que será un fracaso, y si no, al tiempo. —Enlazó cariñosa sus manos a las de la mujer—, pero lo haremos, ¿más tranquila?

Una sutil y nada convencida sonrisa afloró a sus labios, suficiente para que su tata sintiera que un enorme peso había sido quitado de sus experimentados hombros.

—Sí, hija, sí.

La besó con ternura en la frente y salió de allí, dejando a Clara silenciosa y pensativa.

¿Era eso lo que ella quería? Sin embargo, era lo correcto, lo más lógico, pero no por ello dejaría de admitirse a sí misma que Clara la audaz, negaba esa solución que la alejaría de su anhelo.

No sabía quién vencería en aquella lucha, pero ganara quien ganara, la otra parte… perdería.

Tras la visita del doctor Sandoval, la idea de la mujer estaba a punto de ponerse en marcha y Clara sentía que se dividía en dos como las aguas separadas por Moisés.

Tenía que alejarse y no quería hacerlo.

Sin embargo antes de que toda aquella historia empezara, al menos iría a verle para estar a solas una vez más, sería como una especie de despedida.

Como acostumbraba, se quedó observándole, en silencio, desde la puerta.

Él estaba dormido, o al menos, sus ojos cerrados le hacían parecerlo, pero ya no se fiaba.

Entró y se colocó a su lado en silencio.

En esta ocasión, no esperó invitación.

Sentándose a los pies de la cama muy despacio, le miró.

El hombre sonreía de lado con expresión de deleite.

Se pasaba la punta de la lengua por los bordes de su boca y sus blancos dientes se

vislumbraban, cuando estos mordían sus carnosos labios, sensualmente.

La joven reaccionó al instante.

Como impulsada por un resorte, se acercó y repasó con sus propios labios los de él.

Ya estaba hecho; resistirse era inútil.

Con aquel acto daba por reconocida su más dulce y peligrosa debilidad: el hombre al que llamaba Dante.

Abochornada y feliz, Clara inspeccionaba con suavidad y curiosidad, a su ritmo, la mezcolanza de esencias que surgía entre ellos.

La unión de solo esa parte de ambos, era más que suficiente para tenerla embriagada.

La punta de su nerviosa lengua, recorría la boca más hermosa que nunca había visto.

Aunque también sus otros sentidos estaban alerta y realizaban en ella un sortilegio extraño, nuevo y… placentero.

Absorta en ese deleite de besos, Clara la impaciente y vivaz, desencadenaba en sí misma, las más maravillosas vibraciones internas que la sacudían como un terremoto, cuyo epicentro estaba localizado en sus entrañas y los estremecimientos, le llegaban hasta los dedos de sus pequeños pies.

Desde aquellos labios masculinos, su lengua exploradora, inexperta y ardiente, seguía en aquel momento la mejilla derecha del hombre hasta su sien, dejando una suave humedad de besos leves como el tacto de la seda.

El aliento cálido que salía de aquella boca calentaba la piel varonil.

Ella continuaba acumulando recuerdos de lo que experimentaba con cada caricia: tenía que atesorar el mayor número posible de ellos antes de que él formara parte activa.

Entonces se apartaría. Por miedo, por vergüenza, por… desear más… por… no poder contenerse.

Por cierto que el objeto de tales pensamientos y reacciones en Clara, ya llevaba algunos minutos despierto, pero movió solamente una parte de su anatomía… mientras dejaba que ella siguiera con sus caricias sobre su piel.

El hombre, paralizado por decisión propia, capeaba el temporal de sensaciones como buenamente podía, prohibiéndose con la más absoluta fuerza de voluntad, el moverse lo más mínimo; si así lo hacía, podía romper la magia nacida de su joven prometida que había tomado la iniciativa.

Capítulo 7

Por nada de este mundo, por nada, aunque le fuera la vida en ello, le haría ver que estaba despierto… mucho más que despierto, él… y todo su cuerpo.

Pero no le era posible contener los movimientos de su entrepierna, rogando que Clara continuara así, sin darse cuenta, el mayor tiempo posible.

Seguían solamente unidos por ese cordón umbilical de besos, aunque lazos invisibles y fuertes, se iban entrelazando para hacer un tejido tan resistente que fuese imposible de romper.

Aquello era a la vez el Paraíso y el Infierno: la acumulación de adrenalina afectaba al hombre, amenazaba con hacerle estallar… y apoderarse de Clara.

Cerraba sus puños agarrando la sábana y conteniéndose por no acariciarla por todas partes… por todas… totalmente.

Los apenas perceptibles gemidos femeninos no le ayudaban en nada.

Y menos todavía, cuando estos se vieron acompañados de una respiración cada vez más entrecortada.

Hasta ahí habían llegado.

Sabía que, locura o no, le iba a devolver… beso por beso, lamido por lamido… y gemido por gemido.

Incapaz de seguir con tamaña heroicidad, abrió los labios y la punta de su lengua, ansia hecha carne, chocó con toda la intención con la de Clara quien en un primer momento, ni se inmutó.

Pasados unos decisivos segundos iniciales sin la temida reacción de la joven, él se animó a proseguir.

Tocándola a su vez solo con la boca, acercó esta hasta el lóbulo de su oreja derecha, dándole pequeños mordisquitos y continuó la línea del suave cuello en el que se entretuvo el tiempo suficiente como para dejarle la señal de un chupetón en toda regla.

Clara pareció regresar de ese aturdimiento en ese preciso instante.

Y para sorpresa de ambos, hizo lo propio en el cuello de él.

Ahora ambos estaban señalados y no solamente en el exterior y pasajeramente.

—¡Ah!, Clara, por Dios… sí —gimió, levantando el rostro para dejarle mejor acceso.

No había voz más envolvente y embriagadora que la de ese hombre extraño, complejo, hermoso y viril, poseído por el deseo que ella le provocaba y que la embrujaba con sortilegios arrebatados, fascinándola.

Ella abrió los ojos en aquel momento y le vio con la boca entreabierta, los ojos cerrados y una expresión en su hermoso rostro de… puro placer. ¡Y nada más le había besado y dado un chupetón!

—Dante —susurró.

El hombre al escuchar ese nombre, abrió los ojos, viendo ella en su cara la extrañeza.

Ambos esperaron a que el otro hablara.

Cuando pasaron algunos segundos y los dos seguían sin hacerlo, paralizados, inmóviles, fue él quien movió pieza.

—Clara, ¿cómo me has llamado? —Su profunda voz, cortó el silencio como un cuchillo bien afilado.

La muchacha sintió el amargor de la bilis en el estómago y cómo esta, le subía hasta la boca. Trató de alejarse, como siempre, pero también como siempre, le fue imposible.

—Te… te he llamado por tu nombre, pero… si no te gusta… puedo dirigirme a ti como te parezca.

—No, no es eso… simplemente… me he sorprendido. Dante, Dante… suena bien —dijo sonriendo—. Ahora, vuelve a decirlo… otra vez… por favor.

Rio, sorprendida gratamente y Clara no necesitó que se lo pidiera de nuevo.

—Dante… —susurró con la voz cargada de sensualidad—, Dante… Dan… Un beso ardiente le impidió continuar, un beso posesivo y hambriento que anegó sus sentidos.

Una maraña de brazos, manos, se entrelazaron con ansiedad, teniendo el cuidado imprescindible para producir el menor dolor posible en el herido, el cual, no hacía caso alguno a otra cosa que no fuera ser gozado y gozar.

Apoyada en la mejilla femenina, la masculina, rozaba su piel al tiempo que le hacía cosquillas con la lengua en la oreja.

—¡Dios, Clara, me estoy muriendo de ganas de amarte! —El tono de su voz bajó un poco debido a la pasión, pronunciando las palabras con voz ronca, íntima—. Si supieras cómo quiero descubrirte lo mucho que deseo hacerte feliz con mis caricias…

Con los nudillos de su mano vendada, siguió la suave piel desde la sien hasta la barbilla, donde prosiguió la exploración con el pulgar, apoyándolo este en los labios y sustituyéndolo por los suyos.

Era del todo punto indiscutible que sus destinos ya no les pertenecían y que en lugar de dos, se habían fusionado hasta tal extremo, que solo eran uno.

Unidos en otro furioso beso que sellaba su futuro, ninguno de los dos sabía que a partir de entonces, el hilo que los estaba encadenando, por instantes, se convertía en más fuerte e irrompible.

De pronto, Clara perdió el equilibrio y… un Dante solícito en extremo, la sujetó de tal manera que esta cayó sobre él y, un instante después, la depositaba sobre la cama con la mayor de las dulzuras.

Aunque, acto seguido, se abalanzó rápido como un depredador hambriento sobre su presa, inmovilizándola con su enorme cuerpo.

Ahora la tenía donde quería: aquel cuerpecito de sensuales formas femeninas, yacía bajo el suyo, sin moverse, esperando su ataque.

Clara intentaba respirar con un ritmo algo menos acelerado, pero sin éxito; jamás se había encontrado en tal situación… al menos realmente; no así en sueños, donde su príncipe azul, la amaba con devoción y pasión a partes iguales.

Pero lo de ahora era todo lo real que podía ser, el peso de aquel hombre, aquella humanidad

de rasgos hermosos, de cuerpo pecaminoso, la tenía indefensa a su merced… y nunca había sido tan feliz.

—Clara, por Dios, me tienes loco. No hay minuto del día que no te eche de menos, que no te necesite y ansíe; mi dulce colibrí, revoloteas en mis pensamientos, impregnándolos de un suave y embriagador perfume creado de amor, deseo y pasión, embotando mi cuerpo, mis sentidos de ti. Hazme recordar con tus caricias lo felices que éramos.

Aproximó su rostro al de ella, casi piel con piel y su negro pelo, cayó en cascada sobre la cara de la muchacha que recibió la declaración apasionada, como sumida en una espesa bruma de dicha.

Sus manos temblorosas rodearon las bellas y varoniles facciones, las cuales observó con detenimiento: de sus hermosos ojos sin vida, surgía la duda, la expectación, irradiaban pasión, sumisión y esperanza; en su boca entrecerrada, los labios carnosos brillaban y la llamaban en silencio…

Acercó aquel rostro al suyo con suavidad, y con la misma suavidad, persiguió lo que antes sus ojos habían estudiado, besándolo con devoción y dulcemente.

—Dante, mi bien, no sé quién de los dos está más loco… —suspiró—, posiblemente yo.

—Si esta locura nos une, no encuentro mejor manera de tenernos el uno al otro. No temas y redescubramos juntos la dicha de poseernos, mi cielo.

Escuchando aquellas palabras incitantes, no le cabía la menor duda de que sucumbir a él, a ellas, era tan vital como respirar. Nada había más allá de aquel espacio reducido a dos cuerpos implorantes, que pedían llegar a las estrellas en alas del éxtasis.

Empujada por invisibles manos, la joven besó la nuez masculina y, seguidamente, se medio incorporaba y dejaba descansar en su pecho la cabeza de Dante.

Este sintió que el sencillo vestido que llevaba, tenía un sutil encaje en el escote, por debajo del cual, sus labios exploraron suavemente la piel de ella, hasta llegar al nacimiento de sus senos.

El aroma a lavanda se mezclaba con el olor de la excitación femenina, naciendo de ambos un exclusivo perfume a Clara, que Dante sabía recordaría eternamente, hasta el fin de sus días.

Ante tan íntimo acercamiento, el hombre avanzaba en sutiles roces sobre el quebradizo pétalo de la más exótica flor.

Ya era suyo, desde siempre y para siempre.

No concebía más amor que aquel que se profesaban, ya no existía fuerza capaz en el Universo que les separara y no cabía la menor duda, no existía el menor resquicio de esta, para no proclamar desde lo más hondo de su ser con un apagado, pero rotundo grito, que Clara era suya y él de ella, para esta vida y las siguientes cien mil, para la Eternidad. Amor, amor.

Los latidos acelerados del corazón femenino, retumbaban en sus oídos como la más gratificante canción de amor.

—Clara, mi mente dice que pare, pero mi cuerpo no quiere escucharla, la rechaza.

Dime tú, ¿qué puedo hacer? Te gozo y me gozas, pegada a mí, entregada… y hasta el último poro de mi piel, se niega a obedecer. —Concentrado, manteniendo sus labios cálidos sobre la suave piel de la joven, Dante dejaba escapar de su boca las palabras, saboreando a la vez, la cercanía de tan inflamable llama hecha mujer—. Me encuentro a tu merced y esta particular enfermedad, solo te tiene a ti de cura. Vida mía, devuélveme la salud del alma con tus besos, con el deseo que siento en todo tu ser —Al no poder acceder a los senos directamente, su húmeda e

incitante boca, comenzó a dejar un reguero de besos que humedecieron la tela, realzando de inmediato con tenues empellones de su lengua incitadora, los pezones que respondían rápidos a las húmedas caricias—. Prometo compensarte de todo el sufrimiento que aún sin quererlo te haya podido causar, me ofrezco a ti y te juro que todo yo por entero, te amaré por siempre; eres mi dueña, haz conmigo lo que quieras.

Acariciando con sus pequeñas manos la mata de cabello negro como la noche, Clara escuchaba la profunda voz de Dante, abrumada por una extraña alegría… extraña y placentera.

Aquellas palabras la conmovían, traspasándola, inundándola, despertándola… a la más liviana y profunda de las emociones que hubiera sentido hasta entonces.

Ella, tan poca cosa, tan inexperta, era capaz de despertar en un hombre como aquel, que se le pegaba al cuerpo como una lapa, la pasión más desbordante; le inspiraba las frases más emotivas que escuchara nunca e hiciera despertar su cuerpo de dios griego, al deseo por su pequeña persona.

—¡Todos sus sueños, hechos realidad!

Al no recibir respuesta, Dante alzó su mano derecha hasta la mejilla de la joven. Allí confirmó lo que sospechaba: su Clara lloraba y no sabía si de felicidad o dolor.

Recogió con su dedo índice una lágrima y la posó en sus labios, no contento con eso, lamió delicadamente las que iban surgiendo poco a poco de los ojos de ella, hasta que Clara bajó la cabeza y él se encontró con su delicada boca de la que empezó a beber el deseo, mordisqueándola, incitándola a corresponderle y que así notara su necesidad de toda ella y de entregársele a su vez.

Su invitación se profundizó cuando comenzó a acariciarla con una mano grande, de dedos largos que se posaban en el seno izquierdo y en dirección descendente, dejaban un rastro ardiente por su vientre hasta llegar a la entrepierna.

Su receptivo cuerpo se agitó ante la intrusión en aquel paraje.

—Calma, mi cielo, calma —murmuró muy excitado—. Solo quiero darte una pequeña muestra de lo que te ofrezco. Mucho me temo que nuestros encuentros han sido muy escasos y poco satisfactorios para ti, lo cual es algo que no logro entender, pues ambos reaccionamos ardientemente a ellos, pero te daré todo lo que quieras e incluso lo que no sabes siquiera que deseas. —Acompañando sus afirmaciones con caricias pacientes, calmas, los gemidos de la joven le fueron llenando, embotando sus oídos de la más exquisita melodía jamás escuchada por ser vivo.

Y él era el artífice de tan magnífica sinfonía.

Los gemidos se intensificaron cuando Clara sintió cómo el calor de aquella mano invasora se mezclaba haciéndose uno con el que su cuerpo desprendía.

—Dante…, Dante… —Con los ojos entrecerrados, la mente repleta de él y el cuerpo deshecho en lánguida rendición, se abandonó sin dejar de llamarle…

***

Desnuda, en su cuarto, ruborizada hasta la raíz del pelo y con la frente apoyada en el frío cristal del ventanal, Clara o mejor aún, la mariposa radiante y de vivos colores, nacida de la crisálida adormecida que antes fue, sonreía deliciosamente a la oscuridad exterior, solamente rota por la luz de la luna que entre las nubes de tormenta, aparecía y desaparecía juguetona.

Un escalofrío recorrió su cuerpo desde la nuca a los pies.

“Dante… Dante…”

Su lengua se deslizaba por el contorno inflamado de sus labios, larga y profundamente besados.

Sus manitas dibujaban los pechos, vientre, caderas… parándose sobre su entrepierna, ansiosa de sentir otras manos, poderosas, incitantes.

Y el bulto endurecido que le había estado rozando a pesar del obstáculo de la ropa, todavía parecía oprimirse contra ella, clavándose insistente, dejando su huella impresa a fuego en una feliz Clara.

La magia de tales sensaciones la tenía ensimismada, recordando cómo aquel extraño se había cernido poderoso sobre ella y le había regalado la maravilla de emociones nuevas que la poseerían eternamente.

Ya nada sería igual.

Y a pesar de todo, sabía que su unión no había sido tal.

Cuando la mano de él la había acariciado en su centro, toda ella habría dejado que siguiera a ver hasta donde aquella intrusión llevaba.

Pero el hombre, por no se sabe qué razón, alejaba, no solo su mano de ella, sino también todo su cuerpo, dejándola sola, vacía y anhelante.

Dante se había echado a su lado, tapando su rostro con el antebrazo, suspirando repetidas veces con profundidad, hasta intentar calmarse sin mucho éxito y le había dicho con rudeza que debía salir de la habitación enseguida.

Ese cambio de actitud, de primitivo deseo a la negación del mismo, no dejaba de darle vueltas en la cabeza, entremezclándose con la agitación de la avidez insatisfecha y la angustiosa sensación de que algo no iba bien y no sabía qué podía ser.

Tal vez había recordado algo, quizá que ella no era nada suyo, que tan siquiera era su tipo de mujer, o tal vez, que solamente pretendía utilizarla…

Solo quería recordar cómo se había dejado amar y no, cómo pesadamente, se erguía en la cama, atusándose con movimientos sistemáticos el pelo y las ropas y, sin mirar atrás, le dejaba solo.

Se acercó con lentos pasos al lecho frío y vacío, retirando la colcha y la sábana, se dejó caer sobre el mullido colchón.

Ahora, desde su cama, tumbada de lado, miraba sin ver el modo en que las nubes que presagiaban tormenta; se alejaban sin apenas descargar su preciado tesoro líquido y el cansancio de tanta excitación, la tenía apresada en una cárcel sin barrotes, pero de la cual se veía incapaz de escapar.

Hecha un ovillo, se abrazaba a sí misma, buscando quizá el calor residual masculino, o tal vez, no sentirse tan sola.

Entretanto su mente solamente albergaba un solo pensamiento: “Dante… Dante…”

Repetía como si de una oración se tratase, mientras el sueño reparador la alcanzaba y la sumía en su mundo onírico donde él lo era todo.

***

¿Qué le había pasado? No podía saber de dónde nacieron las palabras con las que alejó a Clara de su lado.

Instantes antes, sus cuerpos y almas en completa comunión, eran un solo ser.

Agitó la cabeza tratando de hacer desaparecer lo ocurrido, sin embargo, volvía una y otra vez, a revivir lo que al principio fuera estar en el Edén, transformarse de repente, en el Averno.

¿Qué podía estar yendo mal? ¿Qué clase de hombre era echándola y de aquella manera, tan brutal, tan sin sentido?

“Clara, mi dulce Clara: Juro que averiguaré qué está pasándome y te aseguro que si es necesario, me arrastraré ante ti, pidiéndote que me perdones”.

Sintió frío.

Cogió las sábanas y la colcha sujetándolas con los puños apretados, blancos y tiró de ellas tapándose hasta el cuello para resguardarse de la frialdad que empezaba a apoderarse de su cuerpo.

Pero bien sabía de donde provenía ese frío, frío que le atravesaba implacable, inútil era intentar calmarlo de aquella forma.

***

La visita del doctor Sandoval vino como caída del cielo.

Su siempre agradable y hermoso rostro, sus cariñosas y respetuosas maneras de hablar y comportarse… era una buena persona, casi, casi… como un padre.

Y Clara así lo sentía.

Tras el reconocimiento rutinario al paciente, que por cierto, estaba de pésimo humor, y después de recoger su instrumental, Bruno se dirigió con la muchacha caminando en silencio a su lado, hasta la salita.

Nada más acomodarse en su sillón favorito, recorrió con su mirada perspicaz a Clara.

No le hacía falta más que un solo vistazo para saber y comprender lo que a su joven amiga le pasaba por la cabeza.

Sentada en frente suya, era la tercera persona que le importaba más en su vacía vida, casi sin familia y con escasos amigos.

Suspiró con cierta melancolía: tan pequeña entre sus brazos al nacer; tan dulce, ingenua y sonriente en la niñez, llena de juegos infantiles; tan extrañamente madura en su adolescencia… y, ahora, tan hermosa y tremendamente ofuscada por los últimos acontecimientos…

La observó, dejando que sus hermosos ojos verdes la examinaran en esta ocasión a ella también, pero imaginando una dolencia diferente a heridas o contusiones externas…

—Clarita, como tú misma habrás comprobado, el estado del paciente ha mejorado considerablemente, de lo cual me congratulo, por lo tanto, pienso que sería acertado que empezara a abandonar el lecho, poco a poco, claro; pero procurando que su estancia en la cama se vaya haciendo cada vez más corta, prolongando a su vez el tiempo, reposando en los jardines e incluso, con cortos paseos que vayan fortaleciendo sus extremidades.

—Muy bien Bruno, estoy de acuerdo en que son convenientes esas cortas salidas, el aire fresco y el sol le harán mucho bien.

Apenas le había mirado a la cara y el hombre no tuvo que imaginar el porqué.

A pesar de conocerla desde siempre, entendía su reticencia a comentarle ciertos asuntos, en verdad “delicados”, que eran del todo punto cuestiones entre mujeres, en concreto, entre Clara y su tata.

No le hacían falta detalles, pues lo ocurrido o no entre la joven y el herido, era lo que menos le importaba. Clara era la hija que nunca tuvo, su bienestar y felicidad, eran lo principal. De ahí

que no se sintiera “desplazado” por no ser informado directamente por la joven, de lo que podía o no haber acaecido entre las cuatro paredes del cortijo.

—Si hay algo que te preocupa, sabes que siempre estoy dispuesto a escucharte, hija.

Clara, por fin, le miró sonriendo levemente con dulzura.

Apoyó su mano sobre la de él.

—Mi querido Bruno: estoy segura de que a tus agudos oídos ya ha llegado algo… no importa, estoy convencida que mi tata o cualquiera de los otros habitantes de la casa, estarán más que dispuestos a satisfacer tu curiosidad. Solo te diré que me siento entre inquieta y confusa, feliz y expectante… es tan extraño y complicado…

—Despertar a ese aspecto de la vida lo es siempre, en mayor o menor medida, según la persona, sus circunstancias…. Te considero como una hija, sabes que tienes mi cariño, respeto y ayuda. Siempre.

Clara, emocionada, depositó un suave beso en la frente del hombre, pasando su manita por la mejilla afeitada y le dedicó una dulce sonrisa.

—Lo sé, lo sé… y sabes lo mucho que significas para mí. Gracias.

—De nada, hija, de nada. —El hombre se enjugó con el puño unas rebeldes lágrimas que intentaba controlar, sin conseguirlo—. Ahora, será mejor que me vaya. Aún tengo unas cuantas visitas que hacer y mi calesa está muy vieja como para intentar ir más rápido con ella. Me temo que un día de estos, me va a dejar tirado en el camino.

—Bueno, tal vez podamos hacer algo al respecto… —El hombre levantó las cejas sorprendido—. Pero no me hagas caso, pensaba en voz alta.

—Eso me pareció. Pero basta ya de charla. He dicho que me voy y me voy.

Se levantó, besó la frente de la muchacha y la dejó inmersa en sus pensamientos.

Ya a solas, Clara meditó en cómo haría para alejarse de Dante si este iba a comenzar a dejar el lecho, donde al menos le tenían más vigilado.

Sí que necesitaba ayuda.

De todos los de la casa.

Su tata tenía razón: “Cuanto más se recupera, más peligroso se vuelve”.

Cierto.

Peligroso mental y físicamente.

Y este peligro que la asustaba y atraía a partes iguales, resultaba ser lo único extraordinario, maravilloso, excitante… que le había ocurrido en toda su vida.

Repasó mentalmente: Tenía que retomar sus actividades en el jardín, reducidas exclusivamente al riego y poco más. Había dejado incluso sus visitas a la biblioteca, con sus incondicionales y eruditos amigos, los libros; si bien la última vez que había estado allí, fue para localizar los escudos de las joyas que encontró del herido y no como un mero entretenimiento, o para saciar su incontenible sed de saber.

Cerró los ojos, procurando a la vez recrearse en volver a revivir las gratas sensaciones que aquellas actividades reportaban a su espíritu y a su cuerpo.

La sola idea de recuperar su estable vida, la atraía.

En efecto, quería volver a ella, pero al mismo tiempo se negaba a ello, si eso suponía que esta también volviera a estar otra vez vacía, vacía… sin él.

En cuanto a sus paseos a caballo, casi había olvidado el sutil placer de la brisa en el rostro; el

sol calentándole la piel; la sensación de parecer unida a su inseparable yegua como un único ser; el rumor del agua junto al río, maravilloso soniquete en sus oídos, que la acunaba dejándola soñolienta, bajo el verde espesor de los árboles cercanos a la orilla; el alegre canturreo de los pájaros…, en definitiva, la comunión con el paisaje y la Naturaleza.

Si delegaba la vigilancia y cuidado de Dante a los otros habitantes de la casa, mataría dos pájaros de un tiro: ponía tierra de por medio entre ellos y podría regresar a su vida rutinaria.

Perfecto.

Capítulo 8

De nuevo volvía a hacer lo mismo.

El día se acababa… y Clara no aparecía por allí.

Dante sabía que pasaría, aunque si bien, un rescoldo de esperanza, mínimo, pero esperanza al fin y al cabo, le había alimentado a lo largo de las tediosas horas que transcurrieron, sin pena ni gloria, esperándola.

Primero con fe, después siendo realista, se convenció de mantener la esperanza y con posterioridad, simplemente cultivó la resignación… y a esas alturas, la pena y la ira se batían a puñetazo limpio en su interior.

"Pero, ¿qué esperabas, zoquete?"

Dado que se lo merecía, no podía emitir un juicio en contra de ella.

Él en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

Sus manos taparon aquel rostro que no parecía volviera a ver nunca.

Desesperación. Soledad. Vacío.

Ya no era simplemente su cuerpo quien la echaba de menos. No. La unión entre ambos, iba más allá, incluso más allá de lo que ninguno de los dos podía ni siquiera imaginar todavía.

Pero sí presentir que existía.

Él lo intuía.

Vinieron a darle de comer, a proporcionarle compañía…

Todos desfilaron por aquella habitación, todos, excepto la persona que necesitaba, quería, esperaba… y deseaba.

Fue Mina la que se encargó de darle la buena noticia.

A la mañana siguiente dejaría por un corto periodo de tiempo la cama, podría ir hasta el jardín, quedarse un rato allí y regresar posteriormente a la habitación.

Bueno, bien mirado, la perspectiva de salir de ese confinamiento, le subió el ánimo.

Era una mejora considerable de la cual sacaría beneficio.

El aire puro, el sol, un ambiente distinto a esas cuatro paredes…

Definitivamente, era un avance, no tanto inesperado como anhelado.

Tenía que recuperar sus fuerzas.

Hasta el momento, su papel de herido postrado en una cama, no le había hecho justicia.

Se sabía con una energía formidable que en su estado no había podido desarrollar plenamente, pero era cuestión de entereza y tiempo.

Sumido en esos pensamientos, se había dejado hacer como si fuera un niño, tras el consiguiente aseo diario y desayuno, Tomás le había ayudado a vestirse, no sin esfuerzo.

Ataviado con unos pantalones claros, camisa blanca, chaleco marrón y botas negras, se sentía nuevo, como renovado, pero también alicaído porque ya no esperaba que Clara apareciera, la había herido y rechazado, sin quererlo, pero así había sido.

Apoyándose en los fuertes hombros de Tomás y David, atravesó el pasillo y consiguió bajar las escaleras, llegando en su camino hacia la parcial libertad, hasta una pérgola acondicionada confortablemente para su uso.

Dejando a sus espaldas la habitación, en la que su mundo había quedado reducido en los últimos días, Dante percibió, después de su forzado confinamiento, una suave brisa que removió su pelo, el calor del sol en su rostro, cuello y torso… la vida en su estado más puro.

Era increíble que hubiese echado tanto de menos aquellas cosas tan simples, pero así era y hasta ese momento, no se había percatado de ello en toda su magnitud.

Le ayudaron a sentarse, acomodándole los cojines a su alrededor para su mayor bienestar.

Ninguno de los tres comentó nada hasta entonces.

Y Dante solo pudo decir un simple y solitario “gracias” antes de que ambos se alejaran de allí y le dejaran solo.

No había tenido la menor oportunidad de preguntar por Clara, tal vez, ellos se lo imaginaran y, antes de que surgiera la cuestión, habían optado por una actitud silenciosa, distante, y sin perder tiempo se habían ido.

Echó su cabeza para atrás descansándola en el borde superior de su asiento acolchado.

El trino de unos jilgueros cercanos le hizo sonreír.

“Vida”, pensó.

En aquel canto, en el viento, en las plantas de suave perfume, en ese calor tan vivaz que el astro rey le proporcionaba…

Apoyó las manos sobre sus muslos.

Las piernas abiertas.

La respiración profunda, pausada.

Se sentía relajado, en paz.

Una amplia sonrisa embellecía aún más su hermoso rostro masculino mientras él imaginaba en su candente piel, unas caricias todavía más cálidas, sensuales e íntimas.

El chaleco desabrochado, la camisa blanca abierta hasta el ombligo, dejaban entrever los finos vendajes y un torso bronceado, firme y magnífico.

Escuchó unos leves pasos por el césped, apenas inaudibles para cualquier otra persona, pero no para él en sus circunstancias.

Se hizo el sordo.

Prefirió esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Pasaron varios minutos y… decidió actuar.

Muy lentamente se acarició el muslo izquierdo y la entrepierna, subió con parsimonia por el pecho hasta la clavícula, después, dibujó con los dedos sus labios entreabiertos y se atusó el pelo.

Ya sabía que Clara le estaría observando y no podía resistirse a ser malo con ella.

Un pequeño quejido se escuchó en el silencio circundante.

Estaba en lo cierto: ella andaba cerca de allí.

La muchacha se había quedado extasiada observando cada movimiento suyo.

—Clara, ven. —Alzó su mano hacia donde la había escuchado gemir.

—No. Mejor será que me vaya.

Dándose la vuelta, comenzó a alejarse.

Dante no pensó, solo actuó.

Con una fuerza que no sabía de donde la sacaba, se incorporó dirigiéndose hacia ella.

Colocando ante sí sus brazos extendidos, trató de avanzar sin tropezar, pero no lo consiguió. Cayó pesadamente de rodillas, dejando escapar un lamento de dolor.

Clara dándose la vuelta, le vio caído y desamparado. Una desbordante angustia la inundó. Corrió hacia él, se arrodilló a su lado y le apoyó la cabeza en su pecho.

—Lo… lo siento.

Estaba tan abatida…, pues quería formar parte plena de sus nuevos recuerdos y ser su luz, sus ojos, su único y eterno amor.

Verle así, le corroía las entrañas.

Un ser tan magnífico e imponente se encontraba indefenso, más por su ceguera que por sus otras heridas que acabarían por desaparecer.

Sin embargo, tal vez jamás podría volver a ver… ni a recordar.

Terrible, aterrador.

—No importa. La culpa es mía por pensar que podría hacerlo solo —suspiró, dejando un reguero cálido en la piel femenina—. Yo… quería disculparme. No, no me vayas a interrumpir. Todos tenemos nuestro orgullo y esto me está costando mucho esfuerzo, pero tengo que decirlo —suspiró—. Te ruego me perdones por mi actitud. Tú sabes a qué me refiero. Solo sé que me he estado reprochando una y mil veces mi comportamiento del todo punto incomprensible, injusto y desmedido; por favor discúlpame, por nada de este mundo querría hacerte sufrir. No quiero excusarme en mi estado, pero sí creo que mi cabeza está hecha un lío, no me entiendo y te suplico me ayudes a encontrarme a mí mismo… yo…

Clara le interrumpió posando su dedo sobre los labios masculinos. Acunó entre sus manitas el rostro de aquel hombre que la tenía presa. Mirándole, estudiándole, sin palabras.

Besó su pelo, las cejas, los ojos, la nariz… los labios.

Tan suaves caricias como el vuelo de una mariposa.

De todos los besos que hasta ahora habían compartido, sin duda alguna, aquellos eran los mejores.

No había lujuria, deseo, desesperanza…, eran besos de paz.

Una paz que ambos necesitaban y que solo ellos mismos podían darse el uno al otro.

Eran besos de conocimiento mutuo: debilidades, fortalezas, defectos, virtudes… que podían unirse y recorrer juntas el mismo camino.

La joven volvió a acunar su cara en su pecho.

El golpeteo acompasado de su corazón era el mejor sonido para él. Este cerró los ojos dejándose adormecer.

Ninguno hubiera sabido decir cuánto tiempo permanecieron así.

Clara fue la que interrumpió ese íntimo recogimiento, levantándose y causando que Dante lo hiciera también.

Apoyándose en su hombro, se puso en pie y fue llevado hasta el asiento que antes ocupara, donde dejó caer su enorme cuerpo, sentándose trabajosamente con las piernas abiertas.

La cercanía era tal, que él tenía a la altura de su cara el escote femenino, pues la muchacha

recolocaba los cojines a su espalda, para dejarlo cómodamente instalado.

Y entonces…

No quería hacerlo, de veras que no, pero… le fue inevitable.

El hombre viril y apasionado que llevaba dentro, lamió el nacimiento de sus senos con deleite inusitado.

Sin saber qué hacer, Clara se paró en seco.

Aquella húmeda sensación le llegaba hasta la punta del pelo y de los dedos de los pies.

Interpuso entre su piel y los labios más sensuales del mundo, su manita temblorosa.

—No, por favor… no. Apenas, unas palabras susurradas, pesadamente.

—Sí, por favor… sí. —Apenas, unas palabras susurradas, sensualmente—. Tú… mi Clara y tu presencia o el solo pensamiento de ti, me tienen subyugado. Igual ni siquiera lo percibes en toda su amplitud o no quieres saber, pero voy y vengo de la tristeza al deseo por ti, en un vaivén continuo, del que paso de la más profunda desolación al más desbordante de los anhelos.

Bordeó con sus brazos la estrecha cintura, acercándola más todavía a él.

—Clara, mi dulce Clara.

Los dedos comenzaron a enlazarse entre su cabello negro, jugueteando, acariciando y sintiendo la suave textura.

Besó dulcemente la frente masculina, empujando la cabeza hacia su piel.

—Dante, tenemos que ser fuertes. Esto no nos conviene a ninguno de los dos. Tú… estás convaleciente y yo…; esto que ocurre me desborda.

—Bien, debo ser comprensivo, lo sé, ante todo debes sentirte siempre a gusto junto a mí, no puedo dejarme llevar por lo que siento o necesito, por ti y de ti. Precisas de tiempo y te lo daré. En todo caso, yo también lo necesito, en todos los sentidos. Nos vendrá bien a ambos.

Le sonrió a pesar de que él no la viera.

Sería estupendo.

Se sentó a su lado y enlazó sus manitas con las de él, colocándolas sobre su regazo.

Era como haber sellado una tregua, una especie de pacto amistoso que a las dos partes les favorecería.

Aunque, tal vez y solamente tal vez, les sería a los dos difícil de cumplir, dadas sus naturalezas y caracteres.

—Cuando estés más fuerte, iremos hasta el sauce llorón.

—¿Sauce llorón, tienes un sauce llorón? —preguntó sonriendo.

Clara le devolvió la sonrisa junto a sus labios y le susurró con cadencia:

—Sí. Es mi árbol favorito.

Dante se sintió estremecer de pies a cabeza y se declaró en silencio entusiasta de los sauces llorones, desde ese preciso momento y para siempre.

Capítulo 9

El mal tiempo parecía haber dado una tregua y el sol surgía en el cielo orgulloso, vencedor de sus luchas contra las nubes, que batallaban a su vez por ocultarlo.

Como cada mañana desde hacía tres, ambos estaban sentados bajo la pérgola.

Ella leyendo el periódico “La Alhambra” y él escuchándola atentamente.

La joven era una buena compañía, leía a buen ritmo con entonación y gracia.

Su voz juvenil y melodiosa le resultaba de lo más sensual, pero se lo guardaba para sí, no pensaba decírselo, no.

Le era un deleite tal escucharla, que aunque hubiera estado leyéndole las necrológicas, se hubiese sentido en el séptimo cielo.

Después la lectura tomaba otro giro totalmente distinto, esta vez fantástico, proveniente de un libro de aventuras.

El relato sobre un náufrago en una isla desierta, despertaba en él mucha expectación, al fin y al cabo, también se sentía así: era un náufrago, aunque sin vista ni memoria, en una isla desierta, la de su mente; pero con Clara a su lado, su particular Viernes.

Para Dante, no le era un gran trabajo imaginar lo que iba escuchando y, aunque trataba de recordar si ese relato lo conocía, hasta ese momento no había tenido éxito alguno, no le era para nada ínfimamente familiar.

En aquellas horas que transcurrían en tan placentera compañía mutua, el hombre no había vuelto a decirle nada subido de tono; no se le había insinuado. Ni siquiera la había rozado con ocultas intenciones.

Era ella la que se acercaba tanto a él cuando estaban sentados cómodamente en la pérgola, que sus piernas se rozaban o al guiar su mano hacia una orquídea, la había sostenido durante más tiempo del debido… y cuando le ponía una flor en un ojal de su chaleco sin abrochar, las yemas de sus deditos le habían quemado la piel, inflamándola de un calor potente, mágico y residual, pues aún le duraba horas después.

Ninguno comentaba nada.

Para Dante, cualquier cosa le era de gran valor, lo atesoraba y disfrutaba en el momento, y después, a solas en su habitación, lo volvía a revivir y gozar de igual modo.

Hacía lo posible para que ella no viera en sus expresiones, nada que le llevara a pensar que el mero hecho de tenerla a su lado, le afectaba cada minuto más y más.

A veces se sorprendía cruzando las piernas en un afán de ocultar de alguna manera, el efecto que Clara causaba en su entrepierna.

Le inquietaba en verdad que aquel deseo le empujase a echarse sobre ella y poseerla, y desde

luego, no recordaba que fuese un hombre con tan intensas y profundas pasiones.

Era Clara quien se las provocaba, removiéndolas en su interior y estimulándolas, despertándole toda clase de apetitos, y a menudo, se daba cuenta de que cerraba sus manos en un puño, apretándolas con fuerza en su afán de contención.

Aquella voz femenina a la que se había acostumbrado a escuchar, también le hablaba de sus flores, sus tardes bajo el sauce llorón… y sentía en carne propia la misma alegría y entusiasmo que ella, al relatarle anécdotas de su infancia.

Ella le había abierto de par en par la puerta de su vida solitaria e interior, donde ella había vivido, soñado y anhelado que alguna vez esta cambiara, y resurgiera la verdadera vida que ella siempre esperaba poder alcanzar.

Ahora era él quien estaba entrando en aquel mundo, atraído como una polilla a la luz, dejándose fascinar por sus palabras. Y Dante no vivía más que para esos encuentros.

Clara mostraba su forma de ser sin reservas, aceptando su compañía y él no quería dejar nunca de unirse a ella, en sus recuerdos y vivencias, pasadas y futuras.

Así, podría pasarse perfectamente el resto de su existencia.

Esa mañana, los dos paseaban por el camino empedrado que conducía al invernadero.

El sol parecía calentar el ambiente, con un calorcillo la mar de agradable.

Clara no tuvo más remedio que desabotonarse los tres primeros botones de su recatado vestido gris, nadie podía verla y nunca le había importado si su piel tomaba algo de color, pues a la palidez innata de esta, no le venía nada mal un matiz dorado.

En cuanto a Dante, el buen aspecto del que gozaba hacía de aquel hombre un deleite para los sentidos.

Cogida de su brazo, le miraba estudiándolo: simplemente, arrolladoramente magnífico en su apostura, cualidades y encanto personal.

Aquellas salidas diarias de su habitación le eran muy beneficiosas, ya que su genio parecía encontrarse más controlado; el bronceado de su piel, le quedaba de maravilla, iba recuperando su fuerza física por momentos… y no se le había insinuado.

Ya no sabía bien si prefería ese aire de camaradería que flotaba entre ellos o echaba de menos sus palabras y caricias apasionadas. La mente racional pensaba que era mejor así, la otra, la irracional y el cuerpo, despertados a esas sensaciones, no lo creían en absoluto pero aun así, disfrutaba y mucho.

Su inteligente acompañante le sorprendía con citas, pequeños fragmentos de obras de teatro, o poesías románticas que no sabía cómo estaban en su mente, aunque esos ramalazos de recuerdos instantáneos eran prueba de una lenta, pero segura recuperación, por lo menos de algunas partes de su mente, que parecían empezaban a “despertar”.

El buen humor de sus chascarrillos la hacía sonreír de oreja a oreja sin recato alguno, dejando escapar su sonrisa a los cuatro vientos, mezclándose esta con la masculina, igual de desinhibida.

Observarle concentrado mientras trataba de localizar la ruta a seguir de su paseo, como inclinaba su cabeza para escuchar los sonidos ambientales, o simplemente cuando alzaba su cara hacia el cielo…, apretaban sin compasión el nudo invisible que mantenía encadenada a Clara a disfrutar de todas esas vivencias, de su potente y viril presencia a su lado, aun sabiendo que era todo temporal.

¿Qué haría cuando llegara el tan temido día?

Su sonrisa congelada en su garganta la ahogaba y, súbitamente, fue sustituida por un quejido lastimero.

Dante volvió su rostro hacia ella como si pudiera verla.

—Clara, cielo, ¿ocurre algo?

Parados en seco a mitad del recorrido hacia el invernadero, el hombre sin poder ocultar su repentina preocupación, acarició con dulzura la manita que ella apoyaba en su antebrazo.

Ella negó con la cabeza inclinada, sin caer en la cuenta de que él no podía verla.

—Clara, ¿qué ocurre? ¡Por Dios, háblame!

Detenido frente a ella, recorría con sus dedos el rostro femenino en busca de una expresión o de unas lágrimas, tal vez, algo que le dijera lo que le sucedía.

—No…, no ocurre nada —le contestó, sin dejar de mirarle.

La verdad era que aquel sorprendente hombre, tan soberbio, cuya sola presencia empequeñecía lo que les circundaba, tenía una expresión compungida, incluso podía decirse que de miedo.

Su voz le sonaba profundamente turbada.

—Que no pueda verte, no significa que no sepa que algo te sucede. Percibo en ti un cambio brusco de tu actitud, hace unos momentos te reías con mis palabras y ahora, escucho un quejido triste y noto que te has puesto seria y tensa de repente. Algo te preocupa. Dímelo, Clara.

Inclinado hacia ella, la poderosa y alta figura tapaba el sol a la muchacha.

Sus pulgares, delineaban muy lentamente los labios carnosos y entreabiertos de la joven que apenas le llegaba al hombro.

Pero su altura imponente no la amilanaba, al contrario, le prefería así.

Le miró, como si fuera lo primero y más hermoso que sus ojos hubieran visto hasta entonces, en toda su vida… y, justamente lo era.

La preocupación aumentaba visiblemente en su rostro y le confería una belleza, entre poderosa y dulce que la conmocionaba.

Tantos matices en aquel hombre… le hacían tan especial y único…

No pudiendo resistir ni un segundo más en esa angustiosa incertidumbre, Dante hizo algo espontáneo y rotundo. La besó. A pesar de su determinación de no hacerlo, a pesar de su contención en los últimos días, a pesar de…

La besó.

Como si no hubiese podido hacer otra cosa que eso, como si la dolorosa e interminable hambruna que había sentido y padecido, le fuera tan poderosa, tan devastadora que le venciera, solo pudiendo rendirse ante ella y saciarla hasta la extenuación de sus sentidos, doloridos y ávidos.

La sensación demoledora de sus carnosos labios bajo los suyos, contrastando la textura deliciosa de ambos… ¡cuánto la había echado de menos!

—Clara —susurró entregado en su oído.

Manteniendo la distancia entre ellos, solamente sus manos grandes sobre la cara femenina y los labios, eran lo único que tenían en contacto estrecho.

La dulce caricia era envolvente, cálida e intentaba transmitirle confianza, seguridad, ¿afecto?

Clara posó sus manitas sobre las suyas. No para quitarlas, sino para obligarlas a seguir allí, sobre sus mejillas.

La diferencia de tamaño era tan evidente e irrelevante para ambos….

Ante la reacción de la muchacha, Dante analizó rápidamente las opciones: seguir o alejarse. No había más.

Sin embargo, no tuvo que decidirse. Clara fue la que dio un paso hacia él.

Casi pegados, el hombre afirmando sus manos en la espalda de Clara, comenzó a masajeársela con ternura infinita, dando suaves pasadas a todo lo largo de ella, llegando hasta el trasero que apretó y empujó para pegarla a su cuerpo.

Mordiéndole sensualmente los labios, ella le imitó en aquel juego de seducción.

Respiraba por él, a través de él, ambos alientos hechos uno.

Nada podría hacer que se apartaran.

El beso se hizo más intenso, profundo, embriagador, íntimo…

Sus lenguas entrelazadas, se reconocían, se saboreaban y deseaban incansables.

“¡Dios!, podría irme de este mundo ahora mismo, sin pena ninguna”, pensó Clara abandonada al deseo y al placer del momento.

Depositando sus manos sobre la camisa entreabierta, la sensación de aquella textura cálida, viril, era… el Paraíso.

Dante soltó un gemido.

Su beso se acrecentó, se hizo más fuerte e invitador.

Podía explorarle todo lo que quisiera, cuanto quisiera y por donde quisiera…

Al igual que ella le acariciaba, el hombre alzó su mano izquierda y la posó sobre un bien formado pecho, abarcándolo totalmente.

Incluso con la barrera de la tela, las caricias hicieron que el pezón se irguiera enseguida.

Al tener constancia de ese hecho, fue dirigiéndose hacia el cuello, el cual comprobó estaba libre.

Apoyó su frente en la de ella y afloró una media sonrisa en su pecaminosa boca, sin apartar la mano de allí.

—¿Sabes que tienes abierto el cuello de tu vestido, verdad? —susurró roncamente el hombre cerca de su oído. Pues claro que lo sabía, pero pretendía hacerle saber que ahora, él era también consciente de ese hecho.

Clara hizo el ademán de taparse, pero él fue más rápido.

—No, no importa —suspiró—. Ojalá pudiera ver esa piel tan suave, pero tranquila, mi Cielo —, le decía mientras acariciaba su clavícula—, no pasa nada, aunque necesito serte sincero: no puedes hacerte una idea de lo que me ha costado no hacer esto antes, durante nuestros paseos, charlas, mientras leías… e incluso durante tus silencios, y es que intento comportarme como un caballero, de veras, porque eres digna de que así sea, y yo quiero ser digno de tu respeto y confianza, por eso no quisiera que dudaras nunca de ello, pero sé que vuelvo a derribar unas redes, que ni siguiera tú sabes que has extendido ante mí, en las que aun intentando no enredarme, acabo haciéndolo.

—Es… está bien, Dante, no…, no importa.

Tragando saliva cerró los ojos, dejando que su cuerpo apreciara la caricia en toda su extensión y abrigando en su mente, la ilusión de lo que sería estar eternamente así, siendo adorada por él.

Abrió sus brillantes ojos castaños, fascinados como siempre por aquel hombre y su mirada no

dejó de observarle, sorprendida por la sinceridad que él le profesaba, por el hermoso rostro concentrado también en sentir y hacerla sentir, siendo plenamente ignorante de los matices de la misma, que a cualquier espectador que les viera juntos, le harían ver lo que en ella se agitaba.

"Ni contigo, ni sin ti," pensó abatida.

Muy lentamente, se apartó, dejando que el espacio se hiciera evidente entre ellos.

Durante unos segundos interminables, el hombre pareció convertirse en efigie, sin hacer ni el más mínimo movimiento hacia ella.

De pronto, aquella figura impresionante física, mental y emotivamente, abrió la boca para decir algo, pero las palabras murieron en ella, sin haber nacido siquiera.

Echó los brazos hacia atrás palpando el asiento y con desgana, se dejó caer pesadamente en él, descansando las manos en sus muslos entreabiertos, la cabeza hacia atrás, como era su costumbre, los párpados bajados, pero no para que el sol le calentara, sino para concentrarse en no pensar y en buscar una tranquilidad, que tan lejana se le hacía.

Absurdo.

Tenía la respiración algo agitada, seguramente había sido otra vez impulsivo, y desde luego, cien por cien incoherente con lo que se repetía una y otra vez.

"Mantener las distancias, mantener las distancias, ¿cómo demonios debía ser viable hacerlo, si la obsesión de tenerla y de que le tuviera, le carcomía las entrañas?"

Corroía sus buenas y sensatas intenciones, sin miramiento, a bocajarro, con crueldad y cinismo.

Desde su posición de pie, frente a él, retorciéndose las manos y observándole, la joven negaba con la cabeza lo que se moría por hacer, negaba igualmente, lo que debía hacer.

Sus dos personalidades, según el horóscopo, se debatían como habitualmente lo hacían desde que el hombre estaba allí, y las dudas sobre todo, la dejaban desolada y cansada de luchar contra sí misma.

Dejó que la impulsiva Clara venciera y colocó sus manos sobre las de él.

Dante sintió un estremecimiento. En verdad no esperaba ese contacto.

En verdad, no esperaba otra cosa que no fuera la huida de su lado.

Sus manitas fueron avanzando por los brazos musculados, donde un fino vello en los antebrazos, se erizó a su tenue contacto.

La ascensión siguió hasta los anchos hombros, parándose los dedos en espera de que su dueña, decidiera si continuaban hacia el mentón, o bien, dirección descendente por el torso.

Ni una cosa, ni la otra, sino todo lo contrario.

La derecha, se enredó en el suave cabello de la nuca masculina; la izquierda, hizo lo propio con el vello de los pectorales.

Calor. De dentro a fuera.

Dante paró el avance de ambas manos invasoras. Unas finas gotas de sudor resbalaban por la frente contraída ante la frustración; su volcán interior, despertaba por segundos y su ardor le derretía.

—Clara: no soy una estatua, soy un hombre, con deseos, hambre, dudas… y… si tú… continúas… yo…

—Dante: yo no sé… y es mejor que ni me pare a buscar explicaciones. Por… favor… permite que…

—Que te deje hacer, sin conmoverme, sin sentir, ni desear, sin responder… —gruñó—. Dime mujer, dime, ¿qué pretendes? ¿Acaso experimentar conmigo? ¿Saber hasta dónde puedo contenerme sin contestar a tus caricias y poseerte aquí mismo, entre las flores?

Un silencio pétreo y rotundo, se apoderó de ambos y del espacio a su alrededor, como si la vida se hubiera parado en seco a la espera del desenlace.

Solo las respiraciones de ellos, cortaban la atmósfera pesada como un cuchillo afilado y certero, que diera en el blanco de sus emociones y pensamientos.

Dio un leve tirón.

Clara vio cómo el hombre abría sus piernas lo suficiente y la acomodaba entre ellas, sin soltarla.

Aquella pose… de lo más insinuante…

No había dicho ni una sola palabra más, pero esa manera de dejarse expuesto a ella… era muy clara.

La pelota estaba en su terreno. ¿Era eso lo que quería en realidad?

Con las manos entrelazadas a las suyas, se arrodilló. Su vestido extendido a su alrededor como una flor de pétalos abiertos.

El contraste entre la fortaleza y dulzura de sus esbeltos y masculinos dedos, enredados con los suyos, delgados y pequeños, la seducía calladamente y con sutileza.

—No sé exactamente qué es lo que quiero o necesito… Dios mío, solo sé, que… por… mucho que intente alejarme… eres un imán que me atrae. No debería decirte esto, pero es mejor que lo sepas: Intentar no estar contigo, aplacar la necesidad de sentirte… ¡que Dios me ayude!… no ha surtido ningún efecto… es… es algo que no comprendo y que temo llegar a entender. Disfrutamos de nuestros encuentros, de nuestra mutua compañía, pero… considero que sería mejor, mantener las distancias… Un día vendrán a por ti y…

—¿Conque es eso? —gruñó—. “Maldita sea” Piensas que toda esta, digamos, peculiar relación que tenemos, se acabe porque me iré… sin ti… Mi bien, escúchame: eres mi prometida, y a no ser que seas tú quien me eche de tu lado, me temo que nadie lo hará. —Hizo una corta pausa para intentar ordenar con rapidez sus pensamientos—. Respecto a eso del imán me pasa lo mismo, sin embargo, para mí es de lo más natural; de hecho considero del todo punto consecuencia lógica de nuestra relación. Encontrarnos a gusto el uno con el otro, parece prueba de que entre tú y yo la unión es perfecta, y si hablo de lo que yo te hago sentir y de lo que me haces tú sentir…

Clara forcejeó, pero no logró soltarse.

—No… no pretendo incomodarte amor, pero tienes que saberlo, ya que ambos hemos decidido ser sinceros el uno con el otro y es preferible que sea así. Ninguno de los dos puede hacerse el sordo o el tonto, ante lo que nos ocurre, tanto juntos como cuando estamos separados. No tengo que ver para saber perfectamente que hay ciertas señales por las que cualquiera se daría cuenta enseguida, de que estamos unidos más allá de lo tangible. Tu respiración cerca de mí se hace más profunda y a veces, descompasada, también el tono de tu voz y tus palabras parecen susurros entre lastimeros y apasionados…, y hasta cuando no dices nada, puedo oírte, tanto tus dudas, como tus anhelos más profundos. Yo no dejo de pensarte y estoy seguro de que a ti te pasa igual.

Bien, si partimos de este punto, lo único que podemos hacer, independientemente de que

recupere la vista y la memoria es… casarnos, cuanto antes… ya. Yo estoy dispuesto, ¿y tú?

Clara dejó de respirar. ¿Pero y si ya lo estaba? ¿Acaso le tomaba el pelo?

No. No se burlaba. Quería casarse con ella, sin saber las circunstancias de su vida, sin haberla visto, sin apenas conocer su carácter…, sin amarse, solamente porque se sentían atraídos el uno al otro, por deseo, lujuria y necesidad…

Dante acarició con sus pulgares las manos de ella, dando unos pequeños círculos que le quemaban la piel; suavidad de un hombre fuerte, mezclada con dulzura exquisita.

—Ya veo que no respondes, eso me da que pensar.

La soltó de golpe, haciendo ademán de cerrar las piernas.

Clara se incorporó como imbuida en un sueño. La angustia la tenía presa con emociones encontradas.

—Será… que no te gusto lo suficiente, tal vez, nada… o quizás… sea solo sexo… lo que quieres de mí; o peor todavía…, es que no quieres atarte para siempre a un pobre ciego, sin memoria. —Una sonrisa amarga apareció entre sus labios—. Sí, es eso, ¿verdad?

La zarandeó con miedo y angustia, sin intención de herirla físicamente, pero sí mentalmente, necesitaba que ella viera todo lo que él estaba viendo y que le confesara la verdad.

—Responde, Clara, ¿es eso? Si tus sentimientos hacia mí han cambiado desde que nos prometimos, dilo; por doloroso que pueda ser, dilo… lo prefiero al engaño.

Antes de que esta pudiera reaccionar y ser consciente de sus palabras, el hombre que le había abierto su alma, que se le presentaba vulnerable en cuerpo y alma, se levantó, dio varios pasos, y se aferró con fuerza a una de las columnas de la pérgola, adornada con delicados rosales trepadores.

Sus grandes manos temblorosas se aferraron a estos, apoyando el bello y turbado rostro, sin importar que las pequeñas espinas se le clavaran en la piel. Otras más dolorosas, se le hincaban en el alma.

Clara se acercó a él con la cara envuelta en un rictus amargo. Alargó su mano trémula como queriendo acariciarle y la dejó suspendida en el aire.

El hombre con los hombros caídos, la cabeza posada entre sus manos, parecía un niño inmerso en la desolación, y la soledad más dolorosa y cruel.

Se alejó de su lado sin atreverse ni a tocarlo, ni a hablarle. No era tiempo de explicaciones, él no las querría escuchar.

Su mente y cuerpo pendían de un hilo muy sutil, que podía quebrarse de un momento a otro.

Tenía que reflexionar, tenía que saber si la relación un tanto consistente que había nacido entre ellos, era suficiente para un compromiso tan importante y fundamental en la vida de ambos; si es que había una remota posibilidad para ello.

No quería que sufriera, ni por ella ni por nada o nadie, y profundamente le había dañado sin desearlo ni pretenderlo, con su silencio y su rechazo sin mala intención.

Toda aquella situación, la cual se acentuaba cada vez que estaban juntos, les producía daño y placer a ambos.

Se alejó sollozando con el alma encogida.

La enorme figura se fue empequeñeciendo conforme se alejaba, y se fue difuminando entre las lágrimas que nublaban sus ojos, cada vez que se daba la vuelta para verle.

Dolor: una parte de la realidad que jamás había podido soportar y superar del todo.

Ahora mucho menos.

Implicados los dos en aquella maraña, donde esa realidad concreta con sus particulares motivaciones, los tenía apresados, tal vez les sería imposible liberarse, si no lo hacían juntos.

Le miró de nuevo. La misma figura impresionante, convertida en una estatua de sal, atormentadamente inmóvil.

Corrió con la falda recogida entre sus puños, mas sabía que huir, solo era un remedio pasajero.

En cuanto al hombre, Dante estaba deshecho. ¿Cómo había podido hablarle a Clara así?

De nuevo su carácter que descubría al tiempo que el resto de la gente que le rodeaba, era el culpable de que la situación se le hubiera ido de las manos.

Tanta sensualidad compartida, aplastada de un manotazo por sus palabras.

La había asustado, herido, e incluso insultado.

Golpeó con ira la columna, aplastando los pétalos del rosal e hincándose las espinas.

Error, error…, uno tras otro, sin pensar con claridad, ni miramiento alguno. No tenía perdón. Intentar acorralarla para que le respondiera, allí, en ese instante, sin recapacitar; solamente porque le correspondía con avidez, por esa unión que empezaba a nacer entre ellos… ¿podía serle suficiente a él?; en todo caso, no a ella.

Ante la tesitura de perderla, no le cabía otra cosa que hacer lo que había hecho.

Su insensatez, desmedida. Su egoísmo, sin límites.

¿Y era por eso que la quería a su lado para siempre?

Capítulo 10

¡Sí!

¡No! ¡No! ¡No! ¡Un millón de veces, no!

Golpeó con ira la columna aplastando algunas flores más. La blancura de sus puños apretados, se tornó rojiza, al igual que su frente y pecho.

En su mente escuchó la fresca voz y la cantarina risa de la joven, saboreó su roce suave y apasionado, olió su perfume a lavanda, sintió su cuerpecito pegado al suyo…

… Y un angustioso e infinito vacío le traspasó, como si un fantasma hubiese entrado por su espalda y salido por su pecho.

Él estaba perdido. Todo estaba perdido.

La inmadurez que demostraba en sus acciones, le era dolorosa, le provocaba vergüenza e inquietud, no creía que fueran propias de su carácter.

Pasaba de la alegría a la tristeza, de la calma a la tempestad, de la pasión embriagadora y arrolladora, a la indiferencia o el mal humor… en segundos.

No se conocía. Era un libro en blanco.

Nada ni nadie en su pasado, algo y alguien en su presente y ¿qué, quién, en su futuro?

Arañado en las manos, cara y pecho, se retiró unos pasos de la columna.

Atusándose los cabellos pegados por el calor a su dolorido rostro, volvió la cara hacia el sol, cerrando sus ojos a la potente luz del astro.

Acarició y olió el suave perfume de la flor que ella le colocaba todos los días en el primer ojal de su chaleco.

Saborear la intimidad de esa monótona acción le hacía ser impaciente, esperándola cada día como un niño entusiasmado por un dulce; recompensa por haber sido bueno.

Aquellos retazos de felicidad, le eran tan queridos…

Pasaban a formar parte de su lienzo en blanco, el cual iba cambiando su níveo color, por los exuberantes tonos del arco iris, de su arco iris particular: Clara.

Tragó saliva con dificultad, pesadamente. El nudo en la garganta, se le iba haciendo más grande. Hilillos de sudor le bajaban por las sienes, frente y torso.

Se sentía acalorado y pensó que era de todo lo que acababa de suceder.

Entonces, un rayo le atravesó las sienes, hiriéndole. Se quejó dolorosamente, llevándose las manos al cráneo, intentando sujetárselo. Su respiración y las palpitaciones del corazón se hicieron más desacompasadas. Frunció sus oscuras cejas en un rictus agónico. Una potente luz surgió en su cabeza. Abrió, no sin esfuerzo, la boca.

Gritos ensordecedores, cargados de sufrimiento e impotencia surgieron de entre sus labios y

sus dientes apretados.

Por encima del rugido del viento que se había levantado a su alrededor, se escuchó pronunciando un nombre.

—Clara, Clara —susurró.

Trastabilló, llevándose una mano al pecho y… cayó al suelo, inconsciente.

Clara, Clara… repetía también su mente y cada latido de su corazón.

Llegó acalorada, medio muerta de dolor y cansancio.

El calor le era tan sofocante… Sin embargo, lo que podía hacerla caer, no era eso, sino el sufrimiento que albergaba en ella y le ablandaba las piernas, haciéndoselas sentir como de gelatina.

Parada en seco ante la explanada de acceso al cortijo, se rodeó la cintura con los brazos, agachada hacia delante, pues creía que iba a vomitar en cualquier momento. Su pecho subía y bajaba con rapidez, el corazón latiéndole aceleradamente.

Su pelo era una maraña alrededor del rostro, ya que el moño se le había ido soltando conforme avanzaba hacia la casa.

Si aquellos eran los prolegómenos de la llegada de la Muerte, eran de todo punto fríos, agudos, desagradables e insoportables. Y desde luego era así como se sentía.

***

David, cargado con utensilios para el jardín, llegaba por uno de los laterales de la casa y se dirigía en esa dirección cuando la vio.

De rodillas, apenas parecía una niña. Toda hecha un ovillo, cayó de lado sobre el empedrado camino de la entrada.

Corrió hacia ella, tirándolo todo al suelo y con el rostro desencajado de preocupación.

—Por Dios, señorita Clara, ¿qué le ocurre?

Sin esperar respuesta, la miró, estudiando su semblante pálido y mortecino.

Con los ojos cerrados, sin reaccionar a las palmaditas que el muchacho le daba, Clara no parecía estar consciente.

La levantó sin apenas esfuerzo.

Su pequeño cuerpo seguía contraído, inmóvil, la cabeza caída hacia atrás, con el pelo suelto moviéndose al compás del viento y de los movimientos de David para llevarla enseguida a la casa.

Corriendo con ella entre sus brazos, subió de dos en dos, los seis escalones de la entrada principal. Abrió del todo la puerta entornada y cruzó a grandes zancadas el umbral hasta una de las habitaciones de la derecha que era una pequeña salita en tonos beige, con dos enormes ventanales.

La depositó con sumo cuidado en uno de los cómodos sillones de orejeras, y salió rápidamente a pedir ayuda.

Encontró y casi tiró al suelo a Mina, que iba cargada de flores para cambiar las ya marchitas, de las habitaciones de la planta baja.

La mujer se tambaleó y hubo un revuelo de faldas al aire y flores tiradas al suelo. La cara enfadada de esta, cambió al ver la suya descompuesta.

Asida por los antebrazos, ambos se miraron unos instantes.

—¡David! —exclamó asustada.

—Mina, es la señorita Clara…

Llevándose las manos a la boca, la mujer ahogó un grito lastimero y se dejó llevar hasta donde la joven se encontraba, aún hecha un ovillo e inconsciente.

—¡La sales, necesito las sales! David, están en la cocina. ¡Rápido, por favor!

—Sí ahora mismo.

Mientras regresaba con ellas, a la mujer le dio lugar de examinarla con sumo cuidado para comprobar aliviada que no tenía herida alguna.

Pero ¿qué había pasado? Esa mañana Clara estaba bien, incluso de buen humor, y se había ido paseando con Dante como siempre. Seguro que él era el culpable. No había otra explicación más lógica. Sí, él era el que había dado la vuelta, como un calcetín, a la vida de todos y especialmente a la de su niña, desde que estaba allí.

David entró y alargando la mano, le tendió las sales a Mina. Esta las cogió y rápidamente pasó el pequeño bote abierto por la nariz de la joven. Enseguida, Clara reaccionó, poniendo cara de asco y la conciencia de donde estaba, la hizo sollozar.

Todo había pasado, tal y como volvía a recordarlo, intenso, angustioso, las caricias, las palabras, el dolor…

Comenzó a llorar atormentadamente.

Su tata la abrazó con ternura, la misma de siempre a lo largo de los años, mientras le acariciaba la espalda apartándole el pelo de la cara.

David viendo la escena, se retiró en silencio cabizbajo.

Las dos mujeres necesitaban estar a solas y la puerta se cerró muy despacio, sin hacer ruido alguno.

Su niña temblaba tanto debido a un frío extraño en todo su cuerpo, como al movimiento de este por el llanto.

Transcurrido un rato, durante el cual las lágrimas no cesaban de brotar abundantemente de sus ojos enrojecidos, la joven pudo hablar.

—Tata, tata, ¿qué voy a hacer?

—Mi niña todo se arreglará; ya lo verás.

Clara dejó que la mujer la llevara abrazada hasta un cómodo sofá, tapizado en verde oliva a juego con los dos sillones. Ambas se sentaron y la joven descansó su cabeza sobre el regazo, siempre cálido y cariñoso de su niñera, la cual, le susurró una oración que le había enseñado cuando niña.

—Duerme, reposa y no tengas miedo de ninguna cosa, que aquí contigo siempre, a tu lado estaré.

La muchacha repitió medio adormecida las palabras hasta que el sueño reparador, la rindió.

—Duerme, mi niña, duerme —le susurró—. Vas a necesitar ser muy fuerte, mi dulce e inocente muchacha, pues para llegar a la felicidad, antes tendrás que recorrer caminos llenos de amarguras, desilusiones, desengaños…

Besándola en la cabeza, desvió su triste y preocupada mirada hacia el paisaje de páramo y bosque que aparecía por entre los visillos, movidos apaciblemente por el viento.

***

Despertó con frío y amargor en la seca boca. Aún sentía el nudo de lágrimas que la ahogaba. Por mucho que hubiera llorado, no se sentía saciada y su cuerpo le pedía más liberación.

Ya había anochecido y la manta que Mina le había colocado por encima, yacía en el suelo hecha un lío y ella se estremecía con el frescor de la noche.

Una languidez no querida la tenía presa, y sus piernas apenas le respondían, al igual que sus brazos caídos en su regazo. Se sentía muy cansada y triste.

La nerviosa llamada a la puerta, apartó a Clara de sus pensamientos y la espabiló de un soplo.

Tras dar permiso, una Mina sofocada se le acercó.

La joven incorporándose, colocó un cojín en su espalda y esperó.

—¡Niña, niña…, es terrible! —La mujer miró asustada y preocupada a la muchacha que tragando saliva, intentaba verle la cara entre la maraña de rizos que le ocultaban el rostro, aún entristecido.

La joven la miró con gesto adusto y acunando entre sus temblorosas manos las de ella, sus dedos las masajeaban con dulzura intentando calmarla.

—Tata, tranquilízate, nada puede ser tan malo como para que estés en este estado de nervios . —Un mal presentimiento cruzó su cabeza y miró a la mujer fijamente—. ¿Es Dante?

La mujer asintió.

—Algo… algo le ha tenido que pasar, no ha regresado.

—No… no puede ser. Yo le dejé… ”Le dejé solo, en un estado lamentable. Hui de él, de su lado”.

—No he querido despertarte, mi niña, te veías tan cansada… Por eso mandé a Tomás y David en su busca. Todavía no hay noticias, ni buenas ni malas.

Intentando levantarse, chocó con Mina que le impedía incorporarse totalmente ante su calamitoso estado.

—Tata, quiero ir yo también a buscarle.

—No, hija, no. Solo conseguirías cansarte y agobiarte más. Es probable que se haya perdido al intentar regresar solo, pero no hay porqué alarmarse, seguro que ya están de regreso los tres, sanos y salvos.

Clara comenzó a llorar con desconsuelo. Si estaba herido o… muerto…, no se lo perdonaría nunca. No había excusa posible para haberle dejado solo; no había perdón para tanta cobardía. Toda su masculina fortaleza, se veía diezmada por lo cerca que había estado de la Muerte y a pesar de su corpulento cuerpo, estaba herido con heridas exteriores e interiores, que le debilitaban sobremanera.

Sus pensamientos se detuvieron de inmediato, pues un agudo estruendo en la planta baja las hizo dirigirse apresuradamente hacia la puerta, descendiendo con rapidez las escaleras.

Clara bajaba agarrada a Mina hasta que ambas se pararon en seco en el último peldaño, los ojos desorbitados ante lo que tenían frente a ellas.

De pronto la muchacha se soltó de su tata, avanzó con pasos inseguros y se quedó parada a escasos centímetros de los tres hombres, que acababan de traspasar el umbral.

No daba crédito a lo que estaba viendo, a lo que se presentaba ante sus ojos.

Dante presentaba un estado lamentable. Toda su gallardía había desparecido junto con su energía. Parecía una marioneta con los hilos rotos y desmadejado.

Cogido por debajo de los brazos, apoyados estos en los fuertes hombros de Tomás y David, su cabeza caía hacia delante, los pies posados en el suelo por las puntas.

Mina intentó de nuevo abrazarla, pero se deshizo de sus abrazos y tomó entre sus manos la

cabeza de Dante, levantándola con delicadeza.

Miró su rostro: tenía los ojos cerrados, la tez blanca y con sangre.

Un rictus de dolor le traspasaba de parte a parte sus bellas facciones.

Clara sintió sin ningún género de dudas, cómo su corazón emitía un callado, profundo y doloroso quejido Acercó su oído al pecho masculino. La respiración era débil y muy pausada.

No hubo palabras.

Los dos hombres le subieron entre un silencio sepulcral hasta su habitación, depositándolo sobre la cama, que había sido despejada de la colcha por Clara; Dante no pareció darse cuenta de nada.

—¿Dónde le habéis encontrado?

Fue Tomás quien contestó por los dos.

—Estaba tirado en el suelo de la pérgola.

—¿Dijo algo cuando le encontrasteis?

Esta vez fue David quien respondió.

—No, en ningún momento ha dicho nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera se ha quejado cuando le levantabais y traíais a la casa?

—No —dijeron al unísono.

La joven se frotó nerviosa las manos, las sentía sudadas y pegajosas.

—Bien por ahora nada más; muchas gracias a los dos.

Ambos hicieron una leve reverencia y salieron dejándolos solos.

Debía venir el doctor Sandoval.

Clara hizo ademán de llamarles para que le avisaran, pero no fue necesario, pues Mina entró unos segundos después, diciéndole que ya se había ido a buscar al médico.

La tata se le acercó posando sus manos sobre los hombros femeninos.

Quería transmitirle consuelo y tranquilidad; sensaciones que tampoco ella abrigaba.

—Niña Clara, no parece estar mal, solo con unos pocos arañazos.

—Tata, no despierta. Todo el tiempo que han tardado en traerle y… desde que le han encontrado, no ha movido un músculo, ni ha emitido sonido alguno. Esto no es normal.

Él estaba tan bien…; se recuperaba asombrosamente y, ahora…

Entre los rojos arañazos, su demacrado rostro ya no tenía expresión alguna. Ni sufría, ni gozaba. Era una máscara sin vida.

Clara se echó la culpa de todo aquello. Había sido algo instintivo.

Antes de su choque con él, su mente se iba esclareciendo y poco a poco, ya recordaba y citaba fragmentos y chascarrillos.

Sin saber cómo era él antes de que intentaran matarle, el hombre que iba saliendo a luz de entre las tinieblas le gustaba y se veía a gusto disfrutando de su compañía.

Y a él le pasaba lo mismo con ella.

Aceptándola como era y sin ni siquiera haberla visto, parecía no haberle importado lo más mínimo su aspecto físico, y eso era del todo punto una tranquilidad, ya que nunca se había visto como una belleza.

A pesar de que algunos habían intentado en el pasado acercamientos, que ella rechazó de plano con contundencia, nunca se le hubo pasado por la imaginación de encontrase en la situación de algunas conocidas suyas, que se habían expuesto como en un escaparate, para total

deleite y libre elección de unos hombres que no le importaban nada, y a los que ellas tampoco interesaban en absoluto, salvo por su dinero.

Por eso hallarse con ese ser que la veía interiormente, le gustaba.

Tan solo el interés mutuo de darse compañía y conocimientos… de todo tipo.

Tantas cosas encerradas en esas dos palabras…

La entrada del doctor Sandoval, que afortunadamente estaba en las cercanías, la sacó de sus elucubraciones.

El hombre fue directo hacia Dante. Frunció las cejas y palpó su frente, le miró los ojos todavía cerrados, le tomó el pulso, escuchó su corazón y dejó caer sobre la sábana su mano inerte.

Se volvió a mirar a las dos mujeres.

—Ha sufrido una fuerte impresión. Lo mismo está así durante unos minutos más que durante horas, días…

—¿Pero, no se puede hacer algo? —preguntó Clara angustiada.

—Eso depende solamente de él y de su fortaleza. Algo le ha ocurrido que tendrá que superar por sí mismo. Volveré más tarde; ojalá para entonces, haya habido alguna mejoría. Eso espero.

—También lo espero yo —afirmó la joven llena de tristeza y frustración—, y no pienso moverme de su lado; quiero estar aquí para cuando eso ocurra, pase el tiempo que pase.

—Entonces hasta luego, Clara.

—Hasta luego, Bruno, y gracias por venir tan rápido.

Junto a la puerta con una mano posada sobre la jamba, el hombre se volvió a mirarla un instante y en sus tristes ojos, la mujer pudo leer una expresión de compasión y preocupación sinceras. Clara tenía una palidez que inquietaba. Su joven amiga estaba enamorándose de aquel hombre o ya lo estaba perdida e irremediablemente.

Posiblemente ella aún no lo sabía, pero cualquiera que la viera, se daba perfectamente cuenta de ello. Ya no era la simple preocupación de un alma buena y caritativa como era la de la joven. Su ansiedad la delataba, así como la manera en que le miraba, a veces preocupada, otras deleitada… La puerta se cerró, dejando tras de sí a dos seres solitarios y perdidos, buscándose y necesitándose con desesperación.

Capítulo 11

Olía su perfume a lavanda llenando sus sentidos. Aún hundido en su inconsciencia, ella estaba presente siempre. Dulce tormento, puerto seguro, escondida cala donde arriar las velas deshechas de su perdida vida pasada y de la futura por venir.

Regresó a la consciencia de repente, donde una terrible jaqueca le hizo proferir unos graves gruñidos sin poder evitarlo.

Clara se le había acercado hasta tener su rostro a pocos centímetros del suyo.

Dante se llevó una temblorosa mano izquierda a la frente, humedecida de un sudor frío y viscoso, abriendo los ojos y parpadeando nerviosamente.

Durante unos eternos segundos, le pareció… ¡oh Dios!… le pareció… ver… algo… no solamente una silueta desdibujada a contraluz, sino unos brillantes, grandes y preocupados ojos castaños posados sobre él con inusitada devoción.

Intentó sin éxito no cerrar los suyos, no nunca más, para seguir absorto totalmente en su dulce visión, pero le fue imposible. Se sintió desvanecer cuando otra fortísima punzada en la cabeza le hizo gritar de dolor, obligándole a dejar caer con pesadez sus párpados, sin poder resistirse a que la oscuridad le rodeara otra vez, venciendo su deteriorada voluntad.

La muchacha le acariciaba con suavidad la mano derecha, procurando transmitirle calma, pero cuando él había soltado aquel gruñido lastimero, había dejado de hacerlo, fijándose en lo que le pareció vislumbrar; una luz diferente en las pupilas dilatadas de Dante y un destello de vida en aquellos hermosos ojos ciegos.

Su extrañeza fue a mayores cuando creyó que efectivamente, podía verla y él verse reflejado en sus ojos.

Pero la extraordinaria, milagrosa y sorprendente algarabía que aquello le había supuesto en un segundo; al siguiente se desvanecía como la bruma que el viento arrastra a su paso.

Viéndole cerrar sus ojos pesadamente, decidió que también buscaría en sus libros, cualquier cosa relacionada con la ceguera y la pérdida de memoria.

¿Cómo no lo había hecho hasta ahora? ¡Era imperdonable por su parte ese error garrafal! No tenía por qué dejarle todo el trabajo al doctor, cuatro ojos ven más que dos y poseía un incentivo poderoso y arrollador para hacerlo.

Pasara lo que pasara, Dante era un hombre vital, y necesitaba sus cinco sentidos y su mente en plenitud para saborear la vida colmadamente.

Junto al lecho donde el hombre permanecía echado, la joven dio dos suaves tirones al llamador que colgaba cercano a la chimenea, pues necesitaba empezar su búsqueda allí mismo; en ese preciso instante y no quería dejarle solo.

Pocos minutos después, Mina entraba presurosa.

Su querida niña, seria y pensativa, aparentaba una tranquilidad pasmosa, pero ella sabía perfectamente que no era así.

Sentada en la cama cerca del hombre, alzó hacia ella su mirada plagada de matices, hablándole sin palabras de inquietud y determinación.

—Tata necesito que vayas a la biblioteca y me traigas el primer libro sobre medicina que encuentres. Comienza por las estanterías que quedan justo al lado izquierdo de la puerta, frente a las ventanas. Es mejor llevar un orden estricto, para no hacernos un lío.

La mujer levantó una de sus cejas.

—¿Vas a buscar algo sobre lo que le ocurre, verdad?

—Sí tata. Tengo que saber…, tengo que hacer lo que esté en mi mano por encontrar algún método, remedio… o algo que sea útil para que se cure por completo, o para que mejore al menos. No puedo ni quiero perder la esperanza. Bruno no me ha comentado nada hasta ahora, por lo que deduzco que nada ha encontrado, así que he decidido investigar yo también; tal vez tenga más suerte…

—Clarita, hija, solo espero que no te lleves una desilusión…

—Tranquila tata, estoy decidida, voy a ser fuerte, muy fuerte y a guiarme solo por la cabeza y no por mi corazón.

—Bien… no digas más, mi niña, vuelvo enseguida.

Mirándose en un silencio cómplice, suspiraron al unísono, cada una por razones enteramente parecidas y totalmente distintas.

Apenas la mujer desaparecía por el marco de la puerta, Clara tornó a quedarse mirando a Dante que parecía volver atrás, retroceder en su enfermedad; cuando horas antes, consideraba que había adelantado varios pasos en su recuperación. No veía salida a la situación planteada por él y por ella, sus caminos se habían cruzado inesperadamente, con violencia inusitada, y de nuevo esos caminos se bifurcaban en sentidos opuestos y les alejaban.

Él quería más. Lo quería todo. Ella temía y deseaba a la vez lo mismo, pero… era tan arriesgado. El sufrimiento podía ser infinitamente doloroso, desmontando sus vidas para siempre y convirtiéndolas en un eterno caos.

Sumida en esos desconsolados pensamientos, posó las manitas sobre su rostro y acarició su barba incipiente con los pulgares, en la más absoluta de las dulces caricias que Dante le despertara hasta entonces. El tacto de su piel no podía serle menos indiferente y todo su ser, se agitaba con aquellos roces que le producían descargas por todo el cuerpo.

El cabello de Dante, negro como una oscura noche sin luna, reposaba sobre las suaves, blancas y mullidas almohadas de plumas, recordándole que no hacía demasiados días, él se había encontrado en un estado igualmente lastimoso, como en el que ahora estaba, hundido en un mundo lejano, solitario y gélido.

Sintió un tirón interior, un desgarro que ni siquiera había hecho su aparición, cuando su padre se había ido para recorrer el mundo, saludándola asomado a la ventanilla del carruaje que le alejaba de su lado, al tiempo que le veía marchar dejándola sola, sin su presencia ni cariño, tan necesarios para cualquier niña.

Y ese desgarro que la destrozaba por dentro, no se había hecho real hasta que le había conocido a él…

Entonces, nuevas sensaciones, sublimes, inquietantes y devastadoras, la envolvieron en un remolino de agitación, al que su corazón no estaba para nada en absoluto preparado, al igual que su cuerpo.

Una extraña angustia la abrumaba, y se rodeó con los brazos auto protegiéndose de la sensación de vacío que la llenaba, y unos estremecimientos la recorrieron por entero hasta la punta de sus terminaciones nerviosas.

Se sentía responsable del calamitoso estado de Dante y en su atormentada mente, parecía habitar la confusión más completa.

Combatía fieramente, en extenuante lucha contra sí misma, batallando entre las dudas y el hambre de vivir, que él le había despertado.

Le observó.

Bajo sus párpados cerrados, sus ojos se movían frenéticos y la impactante presencia de su cuerpo la mantenían sugestionada… Y Clara asumió decididamente, sin rodeos, como si hubiera tenido una iluminación divina, que su ánimo fluctuaba entre la preocupación y la atracción, entre mirar por una ventana el mundo exterior o zambullirse en él, junto a Dante… y vivir… vivir…

Parpadeó atónita, pues se dio cuenta de cuánto le gustaba mirarle, sintiendo admiración y placer a partes iguales, mientras a través de sus pensamientos, se filtraba la pausada respiración de él y el suave chisporroteo del fuego en la chimenea encendida.

En el exterior se distinguía una helada luna llena suspendida en un cielo, por el cual, unas espectrales y rápidas nubes cruzaban, creando un efecto fantasmagórico.

Aproximó su cara a la de él y su personal aroma la intoxicó, haciéndola beberlo con avidez; sus trémulos labios besaron la bien cincelada y tentadora boca masculina, manteniendo todos sus sentidos alerta ante tan abrumadora cercanía.

Un sutil beso, apenas una suave caricia llena de…

Dante pareció regresar a la vida, pues de repente, le cogió una mano que ella había puesto sobre su hombro derecho y dándole la vuelta con la palma hacia arriba, se la llevó a los labios, haciendo que estos se deslizaran por su sensible piel hasta la muñeca, donde depositó unos besos suaves y ardientes con su boca cálida y jugosa.

La muchacha se apoyó con cuidado sobre el muro fornido de ese pecho varonil que la llamaba en silencio, con un sutil canto de sirena y la arrastraba a la pasión más primaria, mientras acariciaba con anhelo su brillante y poderoso torso.

Clara y Dante, ansiaban su mutuo contacto con una intensidad consternadora, sintiendo el arrebatador magnetismo por tenerse, que sus cuerpos y almas desprendían al unísono.

Un músculo se contrajo en la mejilla del hombre que palpitaba y tenía la mandíbula crispada en un gesto severo.

—¿Cómo te encuentras?

La muchacha esperó la respuesta con el corazón en un puño.

—Clara… mi bien… no… me dejes… nunca… nunca…

La profunda voz de Dante, rompió el pesado silencio y Clara reconoció la entrega sin límites de aquel hombre a su voluntad.

Su primer pensamiento al volver a la consciencia, había sido para ella, para que no se apartara de su lado jamás.

¿Cómo podía no hacer lo que le rogaba aquella atormentada y solitaria alma, poniendo en sus

labios esas palabras? ¿Cómo podía no dejar de escuchar el mismo ruego que su propio ser le hacía? ¿Cómo podía ser de otra manera?

Clara repitió la pregunta, en esta ocasión más calmada, pues él coordinaba bien las palabras y se acordaba de su nombre; había tenido tanto miedo… tanto….

El hombre dibujó con su mano derecha las tenues líneas de su frente contraída.

—Por favor, Dante, dime cómo te encuentras —repitió sin apartar la vista de él.

—Bien. Estoy bien, aunque confundido. No sé qué ha pasado, solo recuerdo que a los pocos minutos de alejarte de mí, algo estalló en mi cabeza y…

La muchacha entrelazó con delicadeza sus dedos a los de él.

—Tranquilo, averiguaremos qué pasó y te aseguro, que encontraremos el remedio.

Pasaron varios minutos, cada uno absorto en sus pensamientos.

Fue él quien acabó con aquella atmósfera cargada que se cernía sobre ellos.

—Dulce Clara, no me dejes.

La aludida suspiró con el corazón encogido. Su mirada enamorada se posó sobre él.

—No pienso irme a ninguna parte Dante, y tú… tampoco… ya no.

—¿Ya no? ¿Acaso… acaso quieres que me quede a tu lado… por fin?

Su tono lleno de expectación, anhelo y regocijo, la desarmó de un manotazo, invisible y certero.

—No deseo que nos separemos, en verdad, nunca lo deseé y el verte así, ha hecho desterrar las últimas dudas que me agobiaban. No quiero que nos perdamos el uno al otro, por nada y por nadie…, nunca.

Una amplia y sincera sonrisa nació en los sensuales labios masculinos, que llenó a la joven de una refulgente luz y un inmenso gozo.

Tras unos minutos en silencio, asimilando ambos la dicha que les envolvía, Dante la abrazó con suma suavidad, queriendo robarle con su presencia y calor, el posible miedo o las dudas que aún le quedaran.

Pero supo que su entrega estaba límpida de ellas, al notar un reguero de sutiles besos por su cuello, creando un camino inmensamente sensual que se dirigía con punzante parsimonia hacia su ombligo, y sus delgados deditos, trazaban ligeras caricias en forma de círculos sobre su enardecida piel.

Era toda una experiencia mística.

Capítulo 12

En pronta contestación a tan intenso y profundo tormento erótico, Dante hizo otro tanto al dejar que el contacto de sus fuertes dedos sobre la piel femenina, le produjera a Clara un delicioso hormigueo.

—Clara, amor, tengo la sangre hirviendo, el cuerpo en llamas. —Una ladeada sonrisa afloró a sus labios—, Seguir por este camino, nos conducirá a…

La joven cortó su diatriba con dos dedos sobre su boca sabrosa de besos mágicos y embriagadores; escapando un suspiro profundo de la suya entreabierta, mientras frotaba su cuerpecito enaltecido contra él.

Una vena latió en la sien izquierda de Dante.

—Dante… Dante… —Colocó una de sus fuertes manos sobre su pecho y el hombre pudo sentir en ella, en su enorme palma, el agitado pulso de su corazón, latiendo por él.

—¡Cómo duele, amor, cómo duele! Noto que estoy esperando; deseando algo, pero no sé qué es, solo sé, que lastima de una manera placentera y la expectativa de lo que sea… me hacer sentir enfebrecida.

El hombre totalmente ensimismado con sus palabras, la acunaba con devoción y alivio infinitos a partes iguales.

—Tranquila, tranquila, mi dulce Clara —susurró el hombre con un deje entre rendido y exaltado—, todo está bien mi adorada hada de los tiernos sueños. Deja de fustigarte y herirte inútilmente, que nuestro futuro nos espera impaciente. Mas somos nosotros los que debemos acercarnos a él sin miedo, juntos y con firme paso.

Se interrumpió para besarla en la frente y dejar apoyados en ella sus labios carnosos y cálidos, bajando estos hasta la boca femenina que empezó a saborear con ensimismado goce, regodeándose en su tacto.

Con esta expectativa, la joven se dejó llevar a un lugar de paz y consuelo, donde los dos eran uno a través de cada beso, de cada roce acompasado de labios y lenguas.

Suspirando al unísono, ambas esencias se entremezclaron y llegaron jugosas hasta sus pituitarias.

No había rincón de aquella estancia que no rezumara amor: las paredes se impregnaban de él, así como el mobiliario…; pues esos dos seres eran materia viva y plena de ese amor, y con su unida presencia eran capaces de cualquier cosa.

Siguieron así, abrazados y besándose durante largos y maravillosos minutos, en los cuales se hablaron de sentimientos, sin palabra alguna que interrumpiera su apacible y dócil dejadez, uno en brazos del otro.

Pero una llamada a la puerta, hizo que la joven se incorporara con celeridad.

El corazón parecía salírsele del pecho y esa agitación tan especial, la cobijaba y fortalecía de manera extraña y completa.

Contrasentido delicioso y mágico.

Intentando recomponer su peinado, vestido y sobre todo, su aptitud seria y sosegada, Clara dio permiso para entrar.

—Clarita, hija, aquí tienes…

Su tata notó al instante que algo pasaba, pero al ver a su niña con una sonrisa en los labios, se tranquilizó…, al menos un poquito.

Mientras se acercaba a la muchacha para darle el libro que traía, se percató de que el hombre tenía mejor color, que cuando había abandonado la habitación minutos antes.

Respirando profundamente, paseó de hito en hito su astuta y cariñosa mirada por ambas figuras, una recostada en la cama y la otra de pie y erguida.

“Bien” pensó “está más que claro que aquí ha pasado algo”.

Asintió en silencio y abandonó la habitación, dando vueltas en su cabeza a lo que había visto y mejor aún, a lo que no había visto pero imaginaba que podía haber ocurrido.

Clara se acercó y se sentó junto a Dante, el cual se atusó el pelo revuelto con ambas manos, sin mucho resultado.

Suspiró. La magia se había desvanecido.

—¿Qué quería Mina? —preguntó con voz ronca, aún impregnada de matices por un deseo frustrado.

—Me traía un libro de la biblioteca. Estoy decidida a cotejar información sobre… —se calló, mordiéndose el labio inferior con cierto nerviosismo.

—Sobre mi ceguera y mi pérdida de memoria, ¿verdad?

—Sí, así es. Creo que aunque el doctor Sandoval esté en ello, yo también puedo y quiero investigar; hay infinidad de volúmenes para consultar.

Dante alargó el brazo buscando tocarla y Clara apresó su enorme mano bajo la de ella.

El hombre cambió poniendo la suya sobre la de Clara y comenzó a rodearla y acariciarla con suavidad.

—Cielo; no te hagas muchas ilusiones, yo no me las hago. “Pero, ¿qué había sido lo que creyó “ver” por unos instantes? No pensaba decirle nada a nadie, tal vez solo era el fugaz recuerdo de esos ojos que en algún momento viera en el pasado…, tal vez”.

—De acuerdo. Sé que no puedo comportarme con vehemencia, debo tener la cabeza fría, aunque sería tan maravilloso si…

—Lo sé, lo sé —susurró.

“Sería tan maravilloso si… si pudiera recordarte y verte sonriendo, o mirándome con deseo, con placer…, y que yo hiciera lo mismo contigo…”

La muchacha se sentó sobre la cama a menos de un brazo de distancia de él y se puso manos a la obra.

Un imprevisto viento se levantó e hizo que la ventana de la habitación se abriera con un fuerte estruendo, golpeando los postigos contra la pared, y les trajo el húmedo olor a la próxima lluvia que se acercaba imparable.

La misma tormenta estallaba con todo su ímpetu dentro de los dos.

Clara abandonó la lectura, depositó el libro a los pies de Dante y fue a cerrar la ventana.

—Dime el color… —Una inoportuna tos le impidió seguir hablando.

La joven se volvió a mirarle tras acabar de cerrarla a conciencia.

—¿El color de qué? —Arqueó las cejas, mirándole intrigada.

—El color de tus ojos.

—¿Mis… mis ojos? ¿Por qué quieres saberlo?

"¿Justo en este momento?".

—Creo que es por pura curiosidad.

"¿Es curiosidad, solo eso?", pensó no demasiado convencida.

—Marrones… mis ojos son marrones y, antes de que sigas preguntando, satisfaré tu curiosidad por completo, diciéndote que mi pelo es castaño, ondulado y hasta la cintura.

—Hasta la cintura —repitió en voz alta.

—¿Satisfecho?

Sí lo estaba, como también estaba aturdido. Clara tenía los ojos castaños… castaños…, del mismo color de los que creía haber visto mirándole al despertar.

—Sí, gracias.

—No hay de qué.

Regresó junto al hombre disponiéndose a seguir con su investigación.

Pero ella miraba las letras bailar en sus ojos al tiempo que su mente se perdía en divagaciones sobre la pregunta de Dante. ¿A qué había venido eso? Tal vez solo fuera ciertamente curiosidad, pero algo le decía que esa respuesta no la convencía nada en absoluto. ¿Y si se había hecho en su mente una especie de retrato de ella y al decirle el color de sus ojos, se hubiera decepcionado, esperando que fueran de un espectacular azul cielo primaveral o verde esmeralda?

Pero no vio nada en su actitud que le dijera que había sido así, su expresión fue serena y atenta a cada una de sus palabras. No le desilusionó la breve descripción de su persona y eso la llenó de relajada alegría.

Él parecía estar quedándose dormido y prefirió no hablarle; de todas formas, así era mejor, pues tenía por delante mucho trabajo que hacer y él necesitaba descansar.

Tan ensimismada estaba que no se percató de que el tiempo pasaba raudo.

La tarde fue cayendo lentamente, proyectando alargadas sombras sobre el jardín y una, cada vez más tenue luz, se filtraba por la ventana entreabierta.

La luna helada, ya estaba perfectamente visible en el cielo, majestuosa y solitaria.

Clara parpadeó intentando amoldar su vista a tan escasa luminosidad.

Fue entonces cuando tomó conciencia de que se iba a dejar los ojos, pegados en el libro que llevaba tanto tiempo consultando, hoja tras hoja, párrafo tras párrafo en busca y captura de algún dato importante.

El manoseo de tantas páginas, la dejó tan ensimismada que ni siquiera pudo darse cuenta del momento en el que él, se había quedado profundamente dormido.

Echado boca arriba, su poderoso pecho se movía acompasado con respiración profunda y serena. Ya sin las aparatosas vendas, el vello que se dejaba entrever por la camisa blanca abierta, era lo más parecido a una suave, mullida y placentera alfombra, en la que Clara soñaba dejarse reposar, acurrucarse y ronronear como un gatito satisfecho y relajado.

No es que roncara, pero un casi desapercibido soplido, escapaba de sus entreabiertos labios.

Ella ya sabía de primera mano cómo estos sabían a deseo, entrega y hombre viril.

Unos sabores sin duda, inmensamente más deliciosos y embriagadores que la misma ambrosía.

Aquel hombre de oscuro pasado, cuerpo de dios griego y carácter impredecible, se le estaba metiendo dentro, muy… muy dentro a través de la piel; tan profundamente, que no quedaría espacio para nadie más…, nunca.

Cerró el libro lentamente, depositándolo sobre la mesita de noche, y frotándose los cansados ojos con energía, se hizo el propósito de mantenerlos cerrados unos minutos, quería saber lo que él sentía inmerso en la oscuridad más absoluta.

Fue un total fracaso. El experimento duró menos de nada, la sensación de infinito miedo la poseyó, angustiándola y haciendo que se sintiera totalmente indefensa, y con un profundo pavor recorriéndola entera.

No sabía de donde sacaba él la fuerza para sobrellevar aquello.

No entendía cómo aun estando así, podía sonreír, hablar relajado y hasta desear…

Su fuerza ante la adversidad, su aplomo ante las limitaciones de su nuevo y terrible estado, eran una lección que estaba aprendiendo de primera mano, con él a su lado.

Sacar valor de la desdicha, tener fuerza y determinación ante el infortunio; luchar, luchar aunque se sientan los pies débiles, sobre arenas movedizas de desesperanza y frustración, porque era eso o dejarse arrastrar hacia el fondo fangoso de la claudicación.

Todas las vicisitudes que hasta ahora la habían atosigado, de alguna manera no eran nada, comparado con aquello que la desbordaba.

Tenía apresados sus cinco sentidos y la mente imparable, daba vueltas a las mismas cosas una y otra vez, envolviéndola en un torbellino sin final.

Desde entonces; desde que le vio tirado y herido a expensas de un futuro de muerte, la cual, trazaba círculos a su alrededor como buitre hambriento ante la visión de carroña; Clara no pensaba que hubiera algo que la sobrepasara, algo que se le escapaba por mucho que ella intentara atarlo corto, pues cualquier problema que surgía en su cortijo, no la dejaba sin fuerzas, sin sosiego como estaba ahora.

La situación la sobrepasaba con creces y le había cambiado la vida de golpe.

Hasta su fuerza de voluntad para aferrarse a la pronta y satisfactoria resolución de los problemas, estaba arrinconada en la esquina más lejana de su determinación.

Obnubilada y desbordada por tantos acontecimientos en tan poco tiempo, su mente y corazón saltaban descontrolados de la dicha al desconsuelo a pasos agigantados, sin dejarle la oportunidad de reaccionar racionalmente, y de la forma más adecuada.

Ya no solo le había dejado acercársele, sino que era ella la que buscando ese algo desconocido, pero profundamente presentido, se le había tirado literalmente a los brazos.

¿Qué era lo que ese hombre había hecho en ella? Sin duda, una puerta cerrada a cal y canto, había sido abierta de par en par por él, sacudiendo y dejando libres toda clase de sensaciones y pensamientos, una especial caja de Pandora olvidada y relegada que liberaba sus particulares demonios.

¿A quién había sacado a la luz inmisericorde? A una Clara aventurera, que tantas veces soñó despierta, con innumerables hazañas junto a su héroe atractivo, fuerte y galante; una Clara

preparada y propensa a sentir filtrarse la vida por su epidermis, hasta el rinconcito más oscuro y solitario de su espíritu. Y también había despertado a una Clara femenina, ardiente y apasionada que se derretía por una simple caricia; más todavía, por unos besos gloriosos que ni en sus mejores fantasías, hubiera podido jamás imaginar.

Casarse. Él y ella. Imposible.

En su fuero interno, sabía que Dante no tenía más propósito que estar juntos, no le veía como alguien frío y calculador, por lo que la posibilidad de que fuera por motivos egoístas estaba descartada; sin embargo, era bien cierto que por su parte sí los había.

Ya no quería soledad y cuando él se fuera, esta volvería a atraparla entre sus garras, y no ambicionaba ya volver a su vida anterior a él…, sin él.

Era ella la que se liaba la manta a la cabeza, para no ver que todo aquello acabaría derrumbándose en cualquier momento, perdiéndole irremediablemente y para siempre.

Incluso más que su partida, le dolería que la odiase y despreciase.

Tendría que hablarle de sus hallazgos pronto, en cuanto el doctor le indicara que podía hacerlo. Mentir no le gustaba y ocultar era como mentir.

Solo sabía de él sus apellidos, ni siquiera el nombre era seguro; pero peor que eso, era sin duda alguna la vida anterior de aquel extraño, que ya no lo era tanto a sus ojos y a su corazón. Tanta gallardía y distinción, tal belleza masculina y encanto únicos, tendrían dueña, una dueña angustiada y deseosa de volver a tenerle entre sus brazos, y cuando eso ocurriese…, ella sería pasto de la soledad más absoluta.

Capítulo 13

No. No podía engañarse, ya que su educación moralista y religiosa, le gritaba hasta desgañitarse que eso estaba mal.

Pero ante la gran ventana que aquel hombre había abierto frente a ella, por donde la vida la reclamaba exultante y a gritos que fuera a su encuentro, no podía reprochársele que necesitara asomarse al exterior y aspirar profundamente ese particular e inigualable aroma, atravesando el alféizar y dirigiéndose sonriente, hacia esa existencia que la esperaba con los brazos abiertos.

La dulce prisión de aquellas cuatro paredes, la había mantenido contenta y a salvo; pero los barrotes, antes seguros e inevitables, ahora la asfixiaban.

Podía seguir sana y salva allí, pero a pesar de haberse sentido plena, una oleada de aire fresco filtrado entre ellos, le acariciaba el rostro con manos invisibles y tentadoras, prometiéndole sensaciones celestiales. Su mente divagó entonces hacia una mañana, dos días antes.

Dante y ella sentados cómodamente uno junto al otro en una manta, y esta sobre la hierba bien cortada bajo el sauce llorón, rodeados de fucsias, jazmines, adormideras, con el trino de unos zorzales y un ruiseñor en las ramas de este, arrullándolos.

Ella le acababa de dar un vaso con limonada y el hombre la bebía como un sediento en pleno desierto, sin tomar aire entre sorbo y sorbo. Su masculina nuez se movía en el esbelto cuello y una sonrisa de satisfacción iluminaba su cara, cuando le pasó el vaso vacío, pidiéndole otro más. Ese sería el tercero.

—¿Más? —Le sonrió satisfecha.

—Sí. Más. Por favor —le contestó con picardía.

El acento intimista de aquellas cuatro palabras provocó un escalofrío en ella, ante las connotaciones que le venían a la cabeza.

Apoyado sobre un codo, con el pelo revuelto por la suave brisa, sus largas piernas estiradas y embutidas en un pantalón ajustado beige; botas negras hasta la pantorrilla, con los tobillos uno sobre el otro, y la camisa abierta despreocupadamente hasta la mitad del pecho… Era un Adonis moreno y displicente que podría tentar a una santa a cometer pecado y a repetirlo infinitas veces, en complacida y exultante dejadez y en infinito éxtasis de los sentidos.

—Está bien, como quieras.

—Estoy sediento, pero prometo saborear el próximo vaso.

—Eso espero, porque me he pasado un buen rato preparándola, ¿sabes?

—¿Tú la has preparado? ¿Para mí?

—Sí y no.

—¿Sí y no?

—Sí. La he hecho yo…, y no porque también es para mí, si es que me dejas algo.

El hombre se mesó los cabellos que le caían hasta los hombros, divertido, con una lánguida y ladeada sonrisa que la dejó sin aliento. Él, indiferente a los estragos que causaba en ella, arrancó una brizna de hierba y se la llevó a la boca.

Clara notó que aguantaba la respiración ante aquel inocente, pero sensual espectáculo.

Estaban tan cerca… y su olor a hombre la hizo temblar.

La juguetona brisa seguía agitando su cabello negro y brillante, y aquella visión creó en ella, un sentimiento de calidez penetrante e intensa en su centro mismo. Parpadeó intentando despejar su mente de esos pensamientos.

—Creo que es hora de que volvamos a casa, ¿no te parece, Clara? —Dante se acababa de incorporar, ofreciéndole la mano para ayudarla a levantarse, pero esta se había quedado paralizada y enrojecida, al posar la mirada en su ingle que quedó a la altura de sus ojos.

La voz masculina parecía impaciente cuando volvió a llamarla. Y entonces notó que su fuerte y enorme mano, la buscaba y encontraba, dándole un pequeño tirón, dejándola de pie y con su cara a pocos centímetros de la de él.

—¿Te ocurre algo?

—No…, no es nada. Estaba distraída. Eso es todo.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. No te preocupes, ¿sí?

“¡Ay, Dios!”

—Si pudiera verte… Tal vez no me lo dices por no preocuparme, ¿es eso?

—No Dante, no. Despreocúpate. Nada hay que me tenga el alma en vilo.

“Nada no. Pero sí alguien… Tú”.

—Bien. En ese caso, regresemos ya.

Reticente a perder el contacto, le soltó la mano, circunstancia que ella aprovechó para recogerlo todo y lo introdujo en la cesta de mimbre que habían traído.

Antes de que intentara de nuevo cogérsela, ella la había dejado descansar con placidez en su antebrazo derecho, sintiendo el calor de su piel filtrarse por la tela hasta su pequeña palma.

Dante había querido quitarle la cesta para llevarla él, pero no le había dejado, así que la llevaba en la mano derecha, balanceándola alegremente.

Inmersos ambos en sus pensamientos, regresaron dando un paseo de lo más agradable, y llegaron a la casa con una agradable sensación de complicidad.

Antes de que entraran, él se volvió enfrentándola y acariciándole las mejillas con manos temblorosas, pronunció su nombre, con un deje de lo más sensual y se mordió el labio inferior, dejando entreabierta la boca como si fuera a hacer o decir algo, aunque ese no fue el caso.

… Y ella sin saber qué decir, lo había visto darse la vuelta y alejarse con paso sosegado, perdiéndose por el costado izquierdo de la casa.

Ahora. De nuevo en la habitación con él durmiendo, estaba intrigada por aquello y no sabía si lo que estuvo a punto de referirle era bueno o malo. Tenía dudas, pero quería esperar a que él se decidiera, a decirle algo al respecto.

Esperaría lo que hiciera falta, al fin y al cabo toda su vida había sido así, una espera continua y persistente, hasta que él apareció en su vida; él, a quien en lo más recóndito de su ser, sabía que había estado aguardando… siempre.

Suspiró, y en ese suspiro se entremezclaron a partes iguales, melancolía y fe. La primera por el tiempo transcurrido y la segunda, por el tiempo por venir. Aún quedaba tanto por hacer, tanto por pasar…

Y en ese momento, Clara buscaba posibles soluciones a las taras que mantenían a Dante en aquel estado, sin memoria, ni vista.

Se acercó a la ventana y miró el cielo estrellado. La noche era el momento del día que más anhelaba y temía a la vez. Necesitaba que esta llegara para desconectar de los trabajos diurnos, de los problemas…, pero la sensación de indefensión que la recorría por entero, ante la tan majestuosa suntuosidad de la Naturaleza, la hacía sentir empequeñecida, débil y muy sola.

Se frotó los cansados y humedecidos ojos. Era maravilloso que por fin aquellos miedos nocturnos se quedasen al otro lado de la ventana, no consiguiendo introducirse en ella hasta el alma.

Aquel milagro era de su Ángel de la Guarda particular. Sí. No cabía duda alguna.

Dante la hacía sentir poderosa cual guerrera antigua, y también quebradiza como el más frágil cristal. Nada la vencería si él estaba a su lado; pero el mismo que le daba la fortaleza, la debilitaba solamente de pensar en su pérdida.

***

A la mañana siguiente, despierto y de muy buen humor, Dante decidió dar otro paseo con Clara. No había querido decirle nada cuando habían estado juntos bebiendo limonada; pero querría hablarle de que la amaba por encima de todo, de sus trabas físicas, de su pasado, incluso de él mismo… Quererla, le era la vida, no había nada más allá de eso y su presencia, entre otras cosas, le resultaba a partes iguales tan reconfortante y excitante…

La muchacha coexistía en él bajo su dermis, en su centro mismo del cuerpo y del pensamiento; desde donde se irradiaba hasta rodear y apoderarse de su última esencia, haciéndose tan necesaria como respirar.

Llamaron a la puerta y el objeto de sus pensamientos, se materializó y le saludó con calma desde el umbral.

La escuchó acercarse, toda elegancia y armonía. Adoraba sus pasos, el tibio aroma de su piel…, la amaba tan profundamente, que a veces, se sentía asustado y desvalido como un niño. Así de indefenso, se consideraba ante la arrebatadora energía que sentía fluir entre ellos y por todo su ser.

Deshacerse de los fantasmas que rodeaban su pasado, podía ser menos arduo, complejo y doloroso, que asegurarse una buena vida para los dos juntos. Independientemente de lo que considerara obvio, como era el hecho de su mutuo amor, no habría barrera o impedimento para no conseguir ese fin.

Ya no era la simple necesidad de una mano amiga para continuar luchando por reponerse lo más posible; era más, mucho más… Todo.

Se aceptaban tal cual eran, como una bendición caída del mismísimo cielo.

No había duda alguna de que su Clara le amaba en su condición actual, independientemente de si en un futuro se producían mejorías o no en cuanto a su situación.

—¿Qué tal estás?

La joven se quedó asomada a la ventana esperando respuesta, sin apenas haberle lanzado una mirada.

—Puedes contestarme, yo te escucho muy bien desde aquí.

—Te lo diré en cuanto te hayas acercado.

—No lo creo necesario.

—Ven.

De nada servían sus intentos de mantener la distancia. Si verle, era un delicioso tormento de deseo, lujuria, abandono y pesar; el no tenerlo a la vista, también.

"Ni contigo, ni sin ti…" se repetía mentalmente por enésima vez más una.

Cansada de luchar continuamente, para no sentir ni ansiar, una sola palabra la vencía.

Así que tomó la mano que extendida le ofrecía Dante, y se dejó conducir por ella con suavidad hasta quedar sentada a la derecha del hombre.

—Bien, ¿querrás ahora contestarme?

Él recorría la palma de Clara con suavidad, trazando pequeños círculos y esta se estremecía visiblemente ante ese roce.

—Ahora que estás a mi lado, me siento bien. Pleno.

La joven seguía con la mirada las caricias. Esas circunferencias hipnóticas que la relajaban, haciéndola entrecerrar los ojos en sutil abandono.

Suspiró tan profundamente que pareció se desinflaba, dejando escapar de entre sus labios carnosos, hasta la última molécula de aire de sus pulmones.

Dante abrió sus ojos concentrándose en intentar verla. Creía fervientemente que lo lograría, a pesar del inmenso dolor que le atenazó las sienes, como si un enorme tambor contuviera su cabeza, y alguien lo estuviese aporreando sin piedad.

El esfuerzo le costó una mueca de dolor que ella no vio. Pero quería; necesitaba intentar verla, así que prosiguió decidido. Parpadeó varias veces con nerviosismo manifiesto, pero convencido de que el premio valía la pena.

De hecho, a la primera niebla que le obstaculizaba la visión, siguió una aparente claridad, que le hizo entrever la cabeza de ella algo inclinada hacia él y su bello rostro serio, distraído como estaba en sentirle, ensimismado y un tanto inclinado, en dirección a su falda, donde ambas manos reposaban entrelazadas.

La manera en que esa mujercita le atraía y atrapaba en su aureola, con el halo que a esta rodeaba, era etérea, apasionante, sobrenatural y única; como ella.

De nuevo parpadeó, esta vez con más energía, y la imagen anhelada, se le apareció como una fluida y sutil presencia. Recorrió su pelo castaño recogido en un moño bajo, la palidez de su cara, donde las largas pestañas daban sombras sobre la suave piel, la pequeña nariz y… su boca, agonía hecha carne.

"¡Dios!" Adoraba cada poro de aquella piel, cada cabello e inflexión de su voz.

Mentalmente se relamía de gusto ante la visión que tenía a su lado. El hecho de poder admirarla sin que lo supiera, le parecía incluso excitante, por no decir, puro y simple milagro.

No habría podido ni vislumbrar en sus mejores sueños que podría contemplarla y adorarla, ya no solo con la mente o el cuerpo, sino con la venerada imagen que le invadía a través de su mirada y que le llenaba la razón.

De repente, Clara levantó los ojos en su dirección.

Capítulo 14

Dante hizo buen provecho de sus reflejos dejando la vista perdida.

¡Por qué poco no lo había descubierto!, pues aún no quería desvelarle la buena nueva, por si esta era engañosa y pasajera. Cuando se decidiera a decírselo, tenía que estar convencido de que su mejoría era permanente, aunque ¿cómo saberlo?

Sintió una fuerte punzada en las sienes y creyó que se desmayaría. Afortunadamente, fueron unos escasos segundos, aunque llenos de angustia, dolor y pesadumbre.

Cuando estos pasaron, no se atrevió a abrir los ojos, era posible que no pudiera verla.

Cogió aire y lo expulsó lentamente.

—Quiero dar contigo un paseo.

—Bueno, si eso es lo que quieres…

"Eso y todo, amor"

—Sí, pero…

—¿Pero?

—En esta ocasión, prefiero ir en otra dirección.

La joven le miró intrigada y en cierto modo expectante, ya que le parecía saber dónde quería que fueran y no sabía qué hacer.

—Quiero que me lleves donde me encontraste.

Ella lo sabía, parecía que pudiese leerle la mente.

—No creo que sea conveniente, está un tanto alejado de aquí y…

—No quiero excusas. Si no deseas llevarme, al menos no des rodeos. No me trates como a un tonto.

—No es eso, de verdad, pero…

—Nada de peros, Clara, puede llevarnos Tomás, y en cuanto a que me sea contraproducente, si es eso lo que te preocupa no temas, creo que he demostrado ser más duro que una piedra, ¿no?

Notó cómo el aliento de la mujer le rozaba la mejilla.

Tomando ese hecho como punto de referencia, el hombre acercó su rostro al de ella.

La olisqueó junto a la oreja, inundándose de su perfume a lavanda.

La relamió allí, nutriéndose metafóricamente de aquella suave carne.

La tocó, sus yemas acariciando sin descanso ni compasión.

La escuchó, apenas un tenue gemido de complacencia y abandono.

La vio con los ojos del alma. Suya.

—Está bien. Tú ganas. Eres tan testarudo…

—Solo cuando creo que es necesario, amor.

A Clara le fue imposible negarse por más tiempo. Que fuera lo que tuviera que ser.

Se incorporó y salió de la habitación con rapidez, dejándole con el cuerpo despierto a todas aquellas deliciosas sensaciones.

A Dante no le importaba que su reacción fuera aquella. Sabía que irían a aquel lugar hoy, sin falta.

***

Un rato después, se encaminaban hacia la gruta con un serio Tomás llevando el carro.

En esa ocasión, el hombre no iba malherido e inconsciente sobre su regazo, ahora Dante, con la espalda bien recta, agudizaba sus sentidos y Clara procuraba tranquilizarse en la medida de sus posibilidades; o sea escasas, pues el temor a que pudiera tener una recaída, a que algo terrible le ocurriera, no la dejaba en paz disfrutar del paisaje que a ella tanto le gustaba.

Su mente y cuerpo, estaban pendientes del hombre que iba sentado a su lado, y el resto del universo, ya no significaba todo su mundo, como hasta entonces.

Con sus manos unidas y sin mediar palabra, sabían que era posible un cambio de sus vidas a raíz de esa excursión.

Durante todo el camino se escuchaba el chirriar de los ejes de las ruedas, el canto alegre de los pájaros circundantes y el suave murmullo del viento entre las ramas de los árboles.

De no haber sabido que se dirigían hacia el bosque cercano, a Dante le daba la impresión de encontrarse en un lugar familiar. Reconocía sobre todo, el aroma adyacente a flores, pinos…; lo cual le indicaba que, aún sumido en su inconsciencia en aquel fatídico y especial día, sus sentidos habían estado alerta sin él darse cuenta de ello.

Llegaron al mismo lugar donde Clara y Mina se habían bajado del carro y seguido desde allí a pie. Igualmente ellos lo hicieron y sin mediar palabra, comenzaron a alejarse.

Dante apretaba la manita de Clara y esta reconocía en ese gesto, tanto los sentimientos encontrados que se debatían dentro del hombre, como las expectativas de este respecto a aquella incursión en ese lugar.

No transcurrieron muchos minutos hasta que la mujer se detuvo, indicando así al hombre que habían llegado.

—¿Es aquí verdad?

La voz masculina se entremezcló con los sonidos de las ramas al chocar entre ellas.

La poderosa nuez subió y bajó cuando él tragó con pesadez, sintiendo una especie de extraño amargor en la boca.

La joven le miró con el rostro constreñido y se le acercó hasta abrazarle por la cintura, apoyando su cabeza en el hombro masculino.

—Sí —susurró quedamente.

Dante suspiró y depositó un suave beso en la coronilla de ella.

Se llevó una mano temblorosa a la cabeza, parpadeó nerviosamente.

A Clara le seguía pareciendo que no había sido buena idea llevarle hasta allí, se lo había repetido mentalmente una y mil veces en el transcurso del recorrido, y ahora la evidencia le daba la razón al ver cómo su semblante empalidecía.

—¿Estás bien?

—Sí. No te preocupes, es solo que… recuerdo el aroma.

—No sé hasta qué punto puede eso ser bueno para ti, pero yo preferiría regresar.

—Deja de temer por mí, por favor. Te aseguro que es necesario hacer esto, pues cuanto más lo retrase, será peor. Necesito despertar mi mente y que reaccione ante cualquier estímulo que la haga mejorar, porque quiero recuperarme, ¿lo entiendes, verdad?

Sí. Ella lo entendía muy bien. Su recuperación sería tal vez con toda seguridad, su partida y su pérdida; aunque igualmente esta mejoría, conllevaría la felicidad eterna.

Le cogió la mano y tiró con suavidad del hombre que se dejó llevar sumiso.

Cuando ambos llegaron a la gruta, la joven dejó la mano de Dante sobre la imagen de la Virgen.

—¿Clara?

—Estás tocando la talla de una pequeña Virgen. Por ella es que Mina y yo estábamos por aquí y te encontré. Puedes reírte si quieres, pero creo que ha tenido mucho que ver en todo esto.

El hombre trazaba con sus dedos los contornos y relieves de la escultura, concentrado en su exploración.

—No digas eso, estoy empezando a pensar como tú. Quizá tu llegada se deba en verdad, a un milagro.

Varias lágrimas se deslizaron por las mejillas de la joven, tanto de tristeza como de alegría; eran un batiburrillo de sensaciones, igual al que se agitaba inquieto en su interior.

El hombre suspiró y la abrazó con mimo.

—¡Ay, Clara, siento tanta paz aquí contigo! Este lugar es…

—¿Mágico?

—Sí. Mágico y tranquilizador… ¡cómo me gustaría poder contemplarlo en toda su extensión y con todo detalle! Estoy seguro de que posee y mantiene una extraña belleza innata, que el paso del tiempo no ha cambiado.

—Tienes razón. Desde que vengo aquí, nada ha variado, todo está igual de solitario, tranquilo y hermoso.

—Igual que tú.

—Eso no lo sabes.

—¡Oh! ¡Sí que lo sé!

La joven le dedicó una mirada de escepticismo y se soltó de su abrazo.

—Será mejor que regresemos. Por hoy ya está bien.

—Como quieras.

La mujer echó una última mirada al lugar y volvió sus ojos hacia el hombre que la esperaba con la mano extendida. Entrelazaron sus dedos y volvieron hasta donde Tomás les aguardaba.

De regreso a casa, cada uno en silencio, se concentraba en ordenar sus impresiones, pensamientos y sentimientos. Y también en no pensar si aquella “no programada visita” al lugar, podía causar más daño que beneficio a la salud física y mental de Dante.

Sin embargo, la positiva actitud y el talante que sostuvo durante esta, hacían sentir a la mujer una cierta y extraña clase de paz, que todavía no se había parado a analizar.

“La vida se abre camino contra todo pronóstico, contra viento y marea e incluso contra nosotros mismos”.

Tras la visita breve del doctor Sandoval, Clara estaba más decidida aún a encontrar entre sus libros, respuestas a todas y cada una de sus preguntas respecto al estado de Dante. Sentía su ánimo al borde de la excitación y de la pura impaciencia, ante la expectativa de un hallazgo que

despejara el tortuoso camino de Dante hacia un final positivo. Pero tendría que esperar a otro momento, ya que su querida tata le había prácticamente obligado a retirarse a su habitación, para una corta siesta que le aseguró le sentaría de maravilla. La mujer le había asegurado que ella cuidaría de él durante su ausencia.

Así que no sin cierta reticencia, se dirigió a su cuarto, echándose vestida y con pesadez sobre la cama y quedándose enseguida dormida.

Cuando despertó, hubiera jurado que solo habían pasado unos minutos, sin embargo, los ruidos de su estómago hambriento la sacaron de su error.

Se desperezó estirando los brazos por encima de su cabeza, bostezó con pereza y se medio incorporó, apoyada en sus manos sobre el mullido colchón. Se dejó llevar por la sensación de lo diferente que podría llegar a ser todo, si en verdad Dante y ella pudiesen pasar el resto de su vida juntos; si hubiese un futuro para ellos dos unidos. Era bonito soñar despierta con algo así, pero también peligroso… y doloroso.

Agitó su cabeza como intentando hacer desaparecer esos pensamientos, se levantó y, arreglándose el vestido y el peinado, salió de allí dirigiéndose directamente a verle; una breve visita para comprobar que estaba bien y bajaría a comer algo.

Llamó a la puerta varias veces y al no oír contestación alguna, entró.

Sobre una pequeña mesa, se podían ver los restos de una cena dispuestos de manera que él pudiera localizarlos sin esfuerzo.

La chimenea encendida, proporcionaba un ambiente cálido y privado a la habitación.

Era la luz del hogar, la única que alumbraba la estancia, proyectando sutiles juegos de luces y sombras sobre el mobiliario, las paredes y sobre…

Instintivamente se llevó la mano a la boca para acallar un gemido involuntario y fuera de lugar. Tan fuera de lugar como ella sentía que estaba; allí, en ese momento.

—Pasa Clara, no te quedes ahí.

Bien. Estupendo. Ahora sí que estaba en un lío. Él sabía que ella le había cogido “in fraganti”… bañándose.

Veía su cabeza echada hacia atrás y en su rostro distendido, se dibujada una expresión de puro deleite, mientras se echaba sobre este, chorreones de agua con la manopla.

Capítulo 15

Los riachuelos que se deslizaban por su cara, brillaban juguetones y resbaladizos por sus ojos, mejillas, boca…, y el recorrido acuoso silueteaba también su mentón y una nuez que se movía al compás de su voz y cuando tragaba saliva.

La joven suspiró tan sonoramente ante tal espectáculo de sensualidad primitiva y varonil, que él dejó suspendida a mitad de camino su mano con la manopla empapada.

“Ya te tengo Clara. Mi mujercita predecible y deliciosa. Ya te tengo y, ¡ah!, ya me tienes tú a mí… esperándote, amor”.

Aparentando no haberse inmutado por la presencia y reacción de ella, aunque todo su ser se derretía expectante, Dante prosiguió con lo que estaba haciendo, estrujando de nuevo la manopla sobre su piel, húmeda y cálida, imaginando lametones, mordiscos de Clara sobre ella y sintiendo su entrepierna inflamada de ansia y anticipación.

¡Y ella tan solo le miraba, Dios! Se removió incómodo, rebosando la bañera.

La muchacha pensó que era por su presencia, él querría intimidad, aunque la hubiera invitado a entrar.

—Per… perdona, yo no sabía que tú, esto, que… bueno… me voy.

—No.

La joven tragó saliva y parpadeó.

—¿Qué te ocurre, es que acaso tienes miedo?

“¿Miedo dices? Tengo pavor”.

—¡Pu… pues claro que no!

—Eso no es lo que tu voz me dice, dulce Clara. Ni tampoco tu agitada respiración.

La joven se llevó una temblorosa mano al pecho, intentando controlar a aquella maldita y al chivato hálito que la había delatado, e igualmente se concentró en tratar de que su voz sonase lo más normal posible.

—Te equivocas por completo, pero prefiero dejarte que disfrutes en soledad de tu baño, además, yo… yo no esperaba…

El hombre sonrió de oreja a oreja, girando a la vez su cabeza hacia donde la muchacha estaba, todavía junto a la puerta.

—No esperabas encontrarme… así…

—Pues no. Hasta ayer mismo, necesitabas ayuda para asearte, esto es una buena señal de que estás mucho mejor.

—Sí. Mucho mejor. El doctor me tranquilizó sobre mi desmayo del otro día y yo me siento fuerte como un toro.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso, y ahora me voy.

—Nada de eso, Clara. —Su potente voz le resonó en la cabeza.

Sumergido en la enorme bañera de cobre, su cuerpo reposaba en completa relajación y en plena comunión con el agua cálida, de la cual se desprendían sutiles volutas de vapor, que emergían y ascendían con sinuosos movimientos.

Frente a la chimenea su silueta se recortaba impresionante, dejando a los ojos de la joven un perfil perfecto, de hombros musculados, al igual que los brazos, largos y fuertes en los que se dibujaban con claridad las venas y que colgaban despreocupados por los lados, rozando el suelo; con sus poderosas piernas sobresaliendo de la bañera, un tanto pequeña para su estatura. En verdad, parecía un decadente dios en toda su solemnidad y gozando escandalosamente de placeres terrenales, pecaminosos e innombrables.

El hombre apoyó en el borde de la bañera sus grandes manos, como haciendo ademán de incorporarse.

—¡No te atrevas! —gritó Clara adivinando sus intenciones.

Dante con el torso completamente a la vista de la joven, paró en seco su maniobra ascendente y soltó una sonora carcajada, dejándose caer y derramando agua fuera de la bañera.

“¡Qué maravillosa sensación de dominio y poderío!”

—¡Ay! dulce Clara. No necesito verte para saber que estás colorada, nerviosa y… excitada, ¿verdad?

—No… No lo creas. Ya te he visto antes. ¿Olvidas que yo misma te he lavado muchas veces? Así que estás equivocado. Lo que temo es que te caigas y yo no podría contigo.

—Bien. En ese caso, ¿serías tan amable de hacerlo de nuevo?

—De nuevo. ¿Quieres decir…?

—Exactamente. Eso es lo que quiero decir.

Clara había caído de lleno en su propia trampa. Con él no se podía dejar de estar en guardia, si no corría una, el peligro de ser derrotada sin misericordia. Y con sus propias armas.

Cerró la puerta y le pareció como si quedara encerrada en una celda sin escapatoria.

Dio un par de pasos y se paró en seco.

—No creo que a esa distancia puedas hacer nada, ¿sabes?

¿Cómo podía ser un encanto y al mismo tiempo un patán? En verdad, estaba a un paso de sustituir su cortedad por pura ira.

—Tienes que acercarte más mujer y, por favor date prisa. Llevo un rato aquí dentro y pronto el agua se va a quedar helada… y yo con ella.

“Lleva un rato dentro. Lo cual quiere decir que…, que ha dado por hecho que yo vendría y… ¡Por Dios, me estaba esperando… y esto es una burda trampa!”.

La furia estalló en Clara.

¡A la porra el efecto que él le incitaba! ¡A la porra la avalancha de sensuales sensaciones que aquella imagen húmeda y atrayente le provocaba! ¡A la porra el tono cínico con el que la había desafiado! ¡Ella le enseñaría a no jugar sucio!

No solo sacaba fuera de su caparazón a una Clara exultante, vivaracha, con ganas de vivir, sino también a una Clara con su corazoncito, que en ese momento estaba herido y lleno de cólera.

Pero antes, le haría esperar otro poquito más. Total, si el agua se quedaba un pelín más fría,

¿qué importaba?

Fue hasta la mesa y cogió un suculento trozo de pollo asado y lo masticó con deleite.

—¡Hummm, soberbio!

—¡Oh, gracias!

Clara se atragantó, bebió un sorbo de vino y depositó el hueso en el plato.

—No me refería a ti.

—Lo sé. Pero no he podido evitarlo —sonrió echando atrás su cabeza con los ojos entornados.

—Vaya, parece que estás de buen humor, ya me gustaría a mí saber por qué.

El hombre sonrió despacio, dejando entrever sus magníficos dientes blancos.

—No puedo decir que estés equivocada en tu apreciación del buen humor que tengo ahora; es cierto y en buena parte, es por mi estado de salud que mejora por momentos, pero…

Clara alzó una ceja, mirándole muy seria y esperó. Esperó… y él no dijo ni una palabra.

Enfadada pudo más su curiosidad.

—¿Pero…?

—Bueno… es complicado.

"¡Complicado dice! ¿Qué sabrá él lo que en verdad es complicado?"

—Bien. Si no quieres decírmelo, pues mejor. No tengo ningunas ganas de perder el tiempo adivinando. Me voy.

—Clara, ven.

A medio camino la mujer se volvió y le miró.

Había dejado de sonreír y en su cara, se veía una especie de anhelo que la ensombrecía.

Suspiró y se le acercó a cierta distancia.

—¿Podrías ayudarme a… asearme?

Puso los ojos en blanco y se acercó aún más, hasta tenerle a un paso de distancia.

Alargó la mano hasta coger la manopla de suave paño que estaba sobre el borde de la bañera.

Paseó su mirada buscando.

—Creo que necesitarás esto.

Extendió su mano derecha abierta, que goteaba al haberla sacado del agua y con la palma hacia arriba, donde reposaba una pastilla de jabón aromático con perfume a lavanda, el jabón de ella por cierto; a cuyo aroma, él se había acostumbrado con quietud, abandono y placer.

Los oscuros ojos se fueron derechitos a los riachuelos de agua que resbalaban hacia abajo desde su mano, y por el antebrazo hasta la axila y el lado derecho del torso, que resplandecía con un brillo cegador a la luz del hogar.

Clara se había arrodillado junto a la bañera y remangado las mangas hasta los codos.

"Cuanto antes acabe, mejor".

De un tirón lo cogió procurando el menor roce entre sus manos y con fuertes pasadas, enjabonó la manopla; todo esto, evitando en lo posible, echar un inconveniente vistazo a lo que había remojándose, con descaro, en el agua.

El hombre abrió los brazos en serena invitación, sonriendo descarado.

—Estoy enteramente a tu disposición.

La muchacha ya sabía que sus palabras solían tener doble sentido, por lo que en cierta medida, la joven prefirió hacerse la tonta, simplemente; y no hacer ningún caso al calor que

sentía aumentar por segundos, y al consiguiente sonrojo que, aunque él no pudiera ver, ella sí que lo sentía agudamente.

Acostumbrarse a todas esas expresiones, plagadas de connotaciones sexuales le estaba costando. Nunca nadie se había atrevido a pronunciarlas en su presencia y menos con tal descaro y soltura; pero allí estaba, junto a un hombre capaz de desmadejarla con su sola presencia, o de provocarla con el más insolente de los descaros.

Desde luego esas facetas tan diferentes de su carácter, también en cierta medida, la atraían y repelían al cincuenta por ciento, pues Dante era tempestad y placidez a partes iguales.

Un hormigueo se le concentró en la boca del estómago "Hambre. Seguro", se dijo.

Y en cierto modo así era. Hambre de horas sin apenas alimento y hambre de toda una vida sin…

Con la manopla goteando entre los delgados dedos, escuchó a través de la niebla de sus pensamientos, la voz poderosa de Dante.

—Clara, no tenemos todo el día, por favor empieza ya.

—Bien, como quieras.

"¿Como quieras? Si tú supieras cómo quisiera, cuándo, cuánto, dónde… Ahora mismo, amor, aquí y ahora".

Se atusó muy despacio el pelo mojado y arremolinado y esperó, el cuerpo en tensión, con la expectativa de su anhelado roce en la piel.

Apoyó sus anchos hombros en el respaldo de cobre y se estiró todo lo largo que era, dejando todavía más al aire sus largas, fuertes y vellosas piernas.

Con movimientos rápidos, la manopla se deslizó por la mano izquierda masculina, subiendo por el musculoso antebrazo de fino vello negro hasta el hombro.

El paño goteaba insistentemente, formando un reguero de agua jabonosa que se deslizaba juguetona por aquella piel, por aquel torso magnífico hasta su ombligo, completamente visible por encima de la línea del agua y en el que el líquido travieso se arremolinó, desembocando en ese especial mar que era el fluido dulce de la bañera, donde la otra mitad de su portentoso cuerpo se remojaba ¿hacía cuánto, minutos, horas…? Al menos eso le parecieron a la joven.

El hombre encogió los dedos de ambos pies; estaba… estaba en la gloria, pues el contacto sobre su piel con aquella forma en la que le rozaba con la manopla, los quedos suspiros que ella emitía, su aliento tan cercano…, le ofrecían felices sensaciones que agradecía al Altísimo, con la más convencida gratitud y reconocimiento.

Clara abrió inconscientemente la boca, pues esta ocasión no se parecía en nada a las anteriores. Esta vez la situación, la atmósfera y hasta los sentimientos eran diferentes, quizá también porque él estaba alerta o por los remolinos del agua con la que Dante jugueteaba; o acaso, fuera la visión de aquel sueño de hombre hecho carne y hueso, disfrutando sin cortapisas ni cortedad alguna de su baño, o por su actitud de abandono a la espera de lo que ella le hiciera…

El caso es que Clara se sentía… mal…, no…, bien…, bueno, de todo un poco.

Mal… porque ya estaban de nuevo sus dos mitades en lucha tanto para seguir allí, como para irse pitando; y a ser posible, sin mirar atrás. Y bien… porque era la única espectadora de aquel rutinario ritual que se había convertido en una delicia contemplar.

—¿Por qué has parado?

A Clara le empezaba a flaquear la determinación que minutos antes la llevara a lavarle,

envuelta y protegida en enfado incontrolable, pues ahora era otra cosa lo que se estaba volviendo incontrolable por segundos.

Tenerle consciente, pendiente de sus actos y a sus expensas, daba una nueva dimensión al hecho de lavarle. Además, estaba lúcido y sentía cada uno de sus movimientos, y podía escucharla si emitía algún ruidito inoportuno y sospechoso.

La tensión nerviosa la tenía como anquilosada, sentía los dedos agarrotados y se debatía ante ese espectáculo de maravillosas hormonas en remojo.

Clara no quería mirar. En serio, y menos todavía, con el rictus de gozo que veía en su hermoso rostro que la ponía nerviosa, muy, muy nerviosa.

—Clara, por Dios, ¿puedes continuar?

El hombre rió interiormente desafiando a su boca a que no dejase salir ni la más mínima pizca de la alegría que sentía, ya que la estaba llevando al límite, primero provocándola para que hiciera lo que él quería, encauzando su ira y que cayera en la trampa que había planeado para ella, y segundo para que la ira diera paso a otra cosa…, mucho más… agradable, digamos.

“No hay nada mejor que saber el efecto que se causa en la persona que te interesa y a la que interesas, para atraparla en la espesa maleza retorcida del deseo”.

Si a Clara le hubieran dicho lo que sería asear a un hombre despierto, o mejor aún, a ese hombre despierto…, no sabía si se habría echado a reír o a llorar, pero de ninguna manera, se hubiera quedado impasible.

Aquel varón no dejaba de cautivarla y exasperarla a partes iguales.

Cuando ocurría lo primero, su indefensión era total, se sentía como un flan de gelatina sacudida y llevada, con rotundos movimientos, hacia una sola dirección: él.

Si era lo segundo, sus ganas de martillearle la cabeza, se tornaban rápido en deseo…

—¡Clara!, ¿me has escuchado? —Su voz profunda sonó esta vez con mayor intensidad.

Capítulo 16

La muchacha dio un respingo al escucharla, entrando en sus pensamientos, tan potente y enérgica que le hizo perder el hilo de lo que hacía y el equilibrio, cayendo su pequeño cuerpo vestido y seco, sobre el enorme cuerpo desnudo y mojado de Dante.

El ruido del chapoteo del agua desbordándose por los bordes, no fue nada comparado al grito escalofriante que escapó de la garganta de Clara.

La muchacha se desplomó pesadamente sobre Dante y este, en un movimiento brusco, la agarró de las axilas alzándola para que el rostro femenino quedase a la altura del suyo y permaneciendo pegados unos segundos, hasta que la joven comenzó a luchar por liberarse e incorporarse, para tratar de alejarse de su tacto arrollador y salir de allí como alma que lleva el diablo.

—¡Suéltame!

—¿Es eso lo que quieres?

La pregunta fue susurrada tan cerca de sus labios que más parecía que la fuera a besar.

—¡Sí, sí, suéltame de una vez! —gritó, ladeando la cabeza.

Clara continuó forcejeando contra aquella pared de roca viva y cálida, sin éxito.

—¿De verdad quieres que te suelte?

No solo se negó a liberarla de entre sus brazos, sino que con una de sus manos, sujetó las dos de ella por detrás de su delgada espalda, dejando que su mano izquierda recorriera con insoportable lentitud, desde los cabellos húmedos hasta sus prietas nalgas, amoldándola a las sinuosidades de aquel particular terreno, que transitaba con tanta lasitud y placer.

Para ella, aunque hubiera ropa de por medio, su tacto la derretía y moldeaba como cera líquida entre sus dedos, y su pecho subía y bajaba rítmicamente y con rapidez, tocando sugerente el de él.

—Por favor, por favor —pudo susurrar Clara, cohibida.

Cuanto más se movía ella, menos decidido estaba él a dejarla marchar. Así que la envolvió con un abrazo propio de un oso enorme, pero mimoso.

Aquel tira y afloja de voluntades, le estaba pareciendo de lo más refrescante e incitante, a pesar de sentir que la temperatura ambiental, había subido unos grados en esos escasos minutos.

Con el cuerpo pesado por la ropa mojada, Clara prosiguió con sus esfuerzos por librarse de aquellos brazos que la sostenían pegada a su pecho amplio y masculino, pero lo único que conseguía era agotarse y ser cada vez más consciente, de que su lucha agradaba al hombre en demasía, y a su maldito cuerpo traidor… también.

Para cuando todo su vestido estaba completamente empapado, la pesadez de este y la inútil

lucha, dejaron a la mujer sin apenas fuerzas, como laxa y Dante la mantuvo atada a él en un fuerte y sensual abrazo, con su mano todavía arrullándola con suaves pasadas.

Su arisca gatita, rehusaba sus caricias, aun conociendo como él que las necesitaba y deseaba.

En esta tesitura, ambos sabían lo que cada cual quería y esperaba.

Clara seguía resistiendo, aunque cada vez con menos energía y quedó paralizada en seco y momentáneamente, cuando notó unos golpecitos cerca de sus muslos.

¿Era aquello lo que creía que la rozaba? ¿Duro, fascinante e invitador…?

Se le secó la boca y Dante aprovechó la postura tan oportuna en la que estaban, para abrir sus piernas, dejando las de esta en medio de las suyas, donde el palpitar de su ingle hizo sentir a Dante al borde de la locura y teniendo ambos pleno acceso a nuevas sensaciones.

No solo allí recibió el peso dulce y sensual de la muchacha, sino que sus pechos se quedaron pegados a su torso y en cuanto a su cabeza, reposaba a la altura de su yugular.

La respiración de ambos se hizo pesada, fuerte y sonora.

—¿Aún quieres alejarte de mí, Clara?

El tono apasionado de aquella voz… dio al traste con sus luchas internas y externas.

Debería seguir firme y luchadora hasta conseguir que la liberara de las ataduras visibles de su cuerpo, y de las invisibles de su mente.

Pero no fue así.

Era una mujer de carne y hueso, sin más necesidad que la de vivir en el sentido más amplio de la palabra, y aquel hombre espléndido, cautivador, el dios Baco del placer, la tentaba a emborracharse de gozo hasta la última gota.

La habitación pareció quedarse helada, concentrando todo el calor existente en aquellos dos cuerpos entrelazados.

El aliento de la joven acariciaba con dedos invisibles la piel ya exacerbada del hombre, prodigándole sutiles estremecimientos a los que este respondía con movimientos reflejos de su sexo endurecido, que chocaba contra ella insinuante y esplendoroso.

—Por Dios, Clara, si te dejo ir ahora, creo que explotaré, y si no… creo que también.

La muchacha dio la callada por respuesta. De todas maneras, aunque hubiera querido decir algo, estaba segura que no habría sido respondiendo a lo que él le había dicho.

Fueron sus labios los que hablaron en silencio, acercándose plenamente hasta el cuello de Dante y plantándole un beso tal, que cuando levantó la vista, observó con alegría que un trozo de aquella piel jugosa, aparecía a sus ojos con un moratón, producto del chupetón que le acababa de dar con toda premeditación y alevosía.

A Dante aquello le sirvió como contestación y válvula de escape, igual que si se hubiera abierto una presa y liberado su caudal.

La tomó por la cintura abriendo sus poderosas manos y abarcando casi la totalidad de esta, comenzó a moverla, arriba y abajo, en toda la larga longitud de su cuerpo, salpicando aún más la ya mojada alfombra con el agua que se derramaba.

Así una y otra vez, con cadencia, imprimiendo un particular e insinuante ritmo, hasta que Clara suspiró ruidosamente y dejó caer su boca sobre los labios varoniles y entreabiertos que la incitaban a devorarlos.

El beso fue duro y posesivo por parte de ella, y entregada a su necesidad de sentirlo, movía sus labios acariciando, mordiendo y lamiendo sin descanso. Era tal el hambre que la vaciaba, que

tenía que llenarse de él enseguida y plenamente.

Dante la dejó hacer, su aprendiza de amor ejercitaba con devota precisión lo que en sus anteriores escarceos él le enseñara, y sentirla de aquella forma, no era otra cosa que el resultado de aquellos y de un alma sensual y apasionada, que se liberaba con cada beso, enardeciéndose con su propio descubrimiento y liberación.

—¡Dante…, oh, Dante!

Suspiró en su boca deliciosa, con las manos enredadas entre su pelo, absorbiendo su esencia apetitosa y gozando su sabor primigenio.

El hombre seguía con esos movimientos que la excitaban; en esta ocasión, con más dinamismo, haciéndola partícipe de la exigencia que su entrepierna tenía de ella.

—Será mejor que te deje ir, porque no creo que pueda contenerme mucho más si continuamos. —Dante la alejó un poco hasta que su mirada se cruzó con la de él en la que había tal gravedad, tal determinación, que a la joven la dejaron seria y pensativa, pues era a ella a la que él daba la última palabra sobre lo que ocurriría a continuación.

Clara tenía que decidir si se le entregaba o ponía tierra de por medio entre ambos.

Dante aguantaba y parecía haberse olvidado de respirar, reteniendo su aliento en espera de la determinación de la joven, que podía llevarle a la mismísima gloria o al mismísimo infierno; pero si se le entregaba, sería a sabiendas de lo que ese acto suponía para ambos, y sin que ella tuviera la menor duda de que se unirían, porque así lo habían querido, sin coacciones ni posteriores reproches.

Los minutos le parecieron meses.

Clara no se movía ni hablaba ¿Qué le estaría pasando por la cabeza? Seguro de las dudas y recelos que la atacaban, procuró no impacientarse, no fuera que su deseo de darse a su pasión femenina, la asustara.

Una mano temblorosa y pequeña rozó su mejilla, y notó en sus labios un pulgar que los dibujaba con serena calma.

—No.

Dante no supo reaccionar en los primeros segundos, porque tal vez eran sus ansias de amarla las que le traicionaron, cuando creyó escuchar que un quedo “no”, surgía armónico de la boca femenina.

Posando sus manos en la cara de ella, esperó ladeando la cabeza hacia la luz de la chimenea.

Clara aprovechó el movimiento y acercó la boca a su oreja.

—No. Ya no me voy de ti.

A Dante pareció que un terremoto le sacudía todo el cuerpo hasta el alma. Se volvió y la joven pudo ver la sonrisa más hermosa que nunca fue testigo de contemplar.

—Mi dulce Clara, gracias… por ti y por mí.

El hombre tocó sus facciones con los dedos, ya que quería cerciorarse de que todo estaba como debía, o había algo en su rostro, que le dijera sobre su verdadero estado de ánimo.

—Estoy bien.

Él asintió en silencio reverente y deslizó sus manos desde el cuello femenino hasta sus clavículas.

—Deberías despojarte de esta ropa mojada, ¿no crees?

Bastante alterada, la muchacha reprimió un amago de miedo y vergüenza, residuos de su

enconada lucha consigo misma y con él. Sus deditos temblorosos intentaron sin éxito desabrochar el vestido empapado, y Dante sonrió al escuchar por lo bajo una exclamación llena de contrariedad que Clara soltó inconscientemente.

—Déjame a mí.

Unas manos grandes y ágiles, abrieron en un periquete la parte trasera del vestido.

A continuación, este y el resto de la ropa, salieron despedidas cayendo lejos de ellos.

Dante la olisqueó poniéndole la piel de gallina, y entre su vello, el hombre notaba ese bendito calor femenino ardiéndole incombustible.

“No puede haber nada mejor en el mundo que esto”, pensó extasiado. Piel contra piel.

Con un movimiento rápido y eficaz, Clara se vio sentada sobre Dante y con las manos apoyadas sobre sus hombros, mirándole impresionada.

—Tranquila amor, todo va a ir bien y quiero que sepas que pararé si eso es lo que quieres, aunque me cueste la vida. Lo haré si así me lo pides.

Una sensación de ternura invadió a la joven, ya que a pesar de tanto deseo y expectación, él era capaz de seguir dejándola llevar las riendas de su encuentro.

Capítulo 17

Estaban ellos dos solos en aquella habitación, con el preludio de unos besos, caricias y sensaciones extremas que les unirían para siempre.

Dante la tomó por el mentón acercándola y la besó apasionadamente, haciendo que ella se estremeciera con su lengua en una sensual pauta, entrando y saliendo de aquella boca carnosa y excitable, y originando que esta le devolviera los besos, con inusitada pasión.

Los jadeos de ambos se tornaron la única canción que se escuchaba en la estancia, por encima incluso de los crujidos de la madera al arder.

Canción de deseo y placer mutuos y a partes iguales.

"Ya no podría parar, aunque un ejército se presentara ante nosotros ahora mismo", pensó Clara.

Para él, las expectativas de fundirse con el cuerpo de Clara, le eran más preciadas que la propia vida.

—Clara. Mi Clara. Dulce y apasionada criatura. Te deseo, amor, te deseo.

Su mano izquierda bajó lánguidamente, cediendo a que sus dedos dejaran un cálido reguero, mientras se deslizaban con pereza desde el cuello a su pecho, al cual masajeó con devoción y delicadeza extrema, haciendo que sus pezones se endurecieran.

Clara gimió ante las caricias e hizo otro tanto con el pezón de él.

Ella estaba aprendiendo a amar, a dar y recibir con él; entre sus brazos, y no podía estar más feliz por su deliciosa y total entrega ante sus requerimientos.

Las manos de uno y otro se deslizaban entonces impacientes por acariciar, por descubrir diferentes texturas y emociones.

La mujer, a horcajadas sobre el hombre, se dejó tocar y tocaba a su vez con un gozo indescriptible, aquellos músculos pecaminosamente viriles de sus brazos y pecho.

El agua despedía volátiles anillos de perfume a lavanda, a hombre y mujer saturados de deseo…, y a un próximo e inevitable placer.

Dante moría por sentirla. Era tal su ansiedad, que ardía de avidez, como una antorcha incandescente, que amenazaba con hacer hervir el agua que les rodeaba.

Clara moría entre sus brazos, abandonándose, con los dedos atormentados por tal agitación de recorrerle el cuerpo, que se notaba tensa e impaciente ante tanta premura.

La joven notó cómo la mano izquierda de Dante descendía dibujando, garabateando pequeños círculos sobre su piel, conforme esta se acercaba hacia su sexo.

Se quedó momentáneamente paralizada, cosa de la que él se percató enseguida.

—No temas, mi vida. Ni a mí, ni a ti misma. Déjate llevar, amor, déjate amar.

El hombre la escuchó suspirar abandonada a su exploración. Sus dedos recorrían con parsimonia los muslos y trasero de la muchacha, hasta llegar a su destino definitivo.

Su estómago se contrajo.

El vello genital fue mimado con maestría y apartado con suavidad, dejando el centro mismo de su ser, expuesto a la incursión de unos dedos largos y elegantes que lo veneraban.

Incapaz totalmente de no salir al encuentro de aquellas caricias tan íntimas, la joven comenzó un ondulado baile apretándose contra los dedos que la hacían querer más, agitándose instintivamente.

—Eso es, amor, muévete así, busca en mí lo que sabes que tanto anhelas.

—¡Ah!

—Bien, eso… está… muy… bien.

Dante creyó que no podría soportar ni un segundo más sin corresponder a esos movimientos con los suyos propios.

Era un auténtico tormento ser paciente y no arrebatarle la virginidad… Ya.

Clara percibió su voz entrecortada y la inmovilidad de Dante.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con la voz enfebrecida de excitación.

En un primer momento, él no supo a qué se refería.

—¿Es que no es así como se hace? ¿O te estoy causando daño?

Su manita descansó en su pecho donde el corazón latía con fuerza.

Apoyando la suya sobre la de ella, gimió.

—No pasa nada. En serio. Todo va bien.

—No te creo. Es mi primera vez, pero he visto…, ya me entiendes…, y sé que tú…

—Que yo…

—Que tú tendrías que estar…

—Que yo tendría que estar…

—Bueno… ya sabes…

—¡Oh!, eso…

—Sí…, eso…

No concebía como estando en esa situación tenía ganas de reír, pero así era.

Se llevó los deditos a la boca besándolos uno a uno, pasando luego a lamerlos también uno a uno, e introduciéndolos entre sus dientes y dándoles pequeños mordisquitos.

—Clara, prefiero que vayamos a tu ritmo, porque si por mí fuera… yo…

—Si por ti fuera…, tú…

—Sí…, yo… te hubiera poseído ya.

Clara parpadeó nerviosa y le miró.

No había la menor duda de que Dante la deseaba, aunque se contenía con todas sus fuerzas y era por eso que no rechazaba sus caricias, pero tampoco las correspondía.

El primer sentimiento de frustración, dejó paso a otro bien distinto de euforia.

—Mi pequeña Clara, ¿estás completamente segura de que es esto lo que quieres? ¿Que te ame?

“Por siempre y para siempre”, pensó Clara ebria de ansiedad.

—Sí.

—Entonces…

Su menudo cuerpo desnudo, mojado y febril, fue levantado, quedando sus pechos a la altura de la cara del hombre.

Unos labios hambrientos y devoradores, se dieron un festín, lamiendo, chupando, besando y mordisqueando…, hasta dejar ambos senos enrojecidos y supersensibles al tacto poderoso de su lengua y boca codiciosas.

Le sopló los pezones mojados con su saliva y la muchacha se estremeció con ímpetu.

—¡Dios, es… es…!

Su cabeza cayó hacia atrás y su cabello suelto le rozó la espalda desnuda con suaves dedos de seda castaña.

Gimiendo sin control, mandó sus manos con movimientos acuciantes por el cuello y espalda masculinos, dejando pequeños arañazos a su paso.

Dante no se interrumpió, más aún, la exaltación de aquella pasión femenina que se desbordaba sin miramiento, le excitó intensamente.

Su pequeña hembra era todo fuego y no le importaba incinerarse en él para siempre.

Ambos juntos, resurgirían de las cenizas como el ave fénix.

Necesitaba poseerla y era esa necesidad la que sentía correr por sus venas hecha lava.

Sus besos maestros hacían surgir en la mujer, una pasión que embotaba sus sentidos, adormeciendo su mente. Estaba más allá del bien y del mal, más allá de todo lo vivido y esperado vivir.

La tomó de las caderas, acercándola a él, arrullándola con voz espesa por el deseo.

—Amor, mi dulce amor.

El aura de poder masculino de todo su cuerpo la excitaba y embelesaba, su voz la envolvía y calentaba.

Dante se sintió lo bastante duro como para estallar, aumentando esa sensación en progresión exacerbada el calor en él, salvaje e indómito, que inflamó aún más su ingle.

El hermoso pelo negro brillaba a contraluz como ala de cuervo y Clara, rendida, exhaló un indefenso gemido de entrega y complacencia.

La joven le miró entre la niebla cada vez más espesa del deseo acuciante, y vio su rostro duro, firme y hermoso, contraído ante la expectativa de su inminente unión.

—¿Preparada?

Sintió cómo la enorme mano del hombre le rozaba la entrada a su ser, produciéndole pequeños espasmos de antelación y anticipación.

Aquella misma mano sujetó la enorme erección, cuya punta la rozó provocativa.

—Estoy… preparada.

La suerte estaba echada, se convertirían en una sola piel, una sola alma, ya no habría marcha atrás.

Inmersa en esos pensamientos, gritó cuando se vio levantada y bajada muy lentamente hacia el sexo de Dante, que poderoso se erguía y que con un pequeño empujón, se hizo paso hacia el interior femenino.

El calor aumentó en ella, un calor vivaz que la indujo a soplar, con los ojos fuertemente cerrados.

Dante prosiguió su camino, con tanto cuidado de no herirla que pequeñas gotas de sudor le resbalaron por la frente.

—¿Estás… bien?

Clara le miró, veía anhelo en su rostro bello y viril, veía esperanza y temor, veía… expectación y entrega íntegras.

—Sí…

La besó con parsimonia, con dulzura infinita y sin esperar a que pudiera decir algo más, la penetró sintiendo como la barrera de su virtud se desvanecía con su intrusión.

Unas furtivas lágrimas corrieron por las mejillas de la muchacha, lágrimas agridulces al haber dejado definitivamente atrás a la Clara niña, para dejar paso a la Clara mujer, que nacía entre los brazos de aquel hombre, majestuoso y tierno.

—Clara…, yo…

—Estoy… bien… sigue…, por favor… sigue.

Suspiró, agitando con su cálido aliento las guedejas que caían sobre la cara de ella.

Tras unos eternos segundos sin palabras, Dante comenzó a moverse con lentitud, por nada de este mundo hubiera querido hacerle daño, pero esa primera vez no podía evitarlo.

Así empezó entre los nuevos amantes una danza gloriosa de amor y placer, cuya melodía resonaba en forma de gemidos por toda la habitación.

El hombre la mecía entre sus brazos vigorosos. Los movimientos precisos y sensuales, lentos al principio, se hicieron cada vez más rápidos y profundos, provocando una danza de pasión, deseo y lujuria en aquellas dos almas, que se reconocían y aceptaban sin reservas, fusionándose en la mayor muestra de rendición y amor, que podían darse el uno al otro.

Alcanzándola hasta el alma, Clara sintió cómo los dos estallaban y Dante la llenaba con su cálida simiente.

Una luz brillante y cegadora, atravesó la mente obnubilada del hombre e infinidad de luminiscentes estrellas estallaron en un caleidoscopio vital.

Pronunciaron sus nombres unidos estos, con los gemidos del clímax.

Ambos, embelesados por la cadencia de aquel ritmo gozoso y embriagador, se perdieron entrelazados entre las ondulaciones de su pasión compartida.

Ya eran solo uno por y para siempre… Por y para siempre.

Pasaron unos minutos, en los que Dante y Clara intentaron recuperar en la medida de lo posible, el ritmo cadencioso de sus respiraciones agitadas.

Ella sentía como sus pezones hinchados tocaban con sensualidad el torso masculino, y unas sutiles caricias la recorrían con parsimonia, dejando a su paso el reguero invisible de profundas sacudidas placenteras.

Seguían abrazados. Ambos cuerpos ligados, pegados uno al otro, formando una escultura de miembros entrelazados como una enredadera, relajándose con cálida dejadez. Aquellos dos seres de pasados diferentes, tenían ahora un presente común.

La fuerte mano del hombre acariciaba con exquisitez las suaves curvas de Clara, prodigándole dulces sensaciones después de su entrega, que le ponían la piel de gallina.

—Lo siento…, yo…

—No digas nada. Todo está bien y yo estoy bien. Nunca, te haré, ni me haré reproches. Esto tenía que pasar, tarde o temprano, y que hayas sido tú… Jamás podría imaginarme a ningún otro.

Entre sus manitas todavía temblorosas, le acunó el rostro hermoso como el pecado y le besó la frente, los párpados, la nariz, parándose especialmente en su boca, cuyos labios aparecían a

sus ojos, licenciosos, tentadores y exquisitos, prodigándole amor en estos besos, que le hicieron entreabrir los labios, dejándola entrar con ímpetu renovado.

Dante acabó correspondiendo a ellos con otros tantos, dulces, exigentes y lujuriosos; caricias y arrumacos que prodigaron una nueva erección, unas nuevas y renovadas ansias de poseerla que eran irresistibles, y que dejaron a ambos despertando de nuevo a la necesidad de amarse.

Sin pensar, el hombre se incorporó con ella enlazada a su cuello, salió de la bañera y la depositó junto al fuego, sobre la alfombra, ambos cuerpos goteando.

—Clara, yo… te necesito, otra vez… Siempre.

La profunda y viril voz, la hizo sentirse deseada y deseante de volver a unirse a él.

—Yo también te necesito, Dante, otra vez… y siempre.

—¡Dios, si pudiera verte! Tus ojos brillantes por lo que has sentido conmigo, por lo que nos hemos dado. Tu cuerpo, pequeño y hermoso…

—… me ves, Dante. Me estás viendo.

Cogió las manos de él entre las suyas y las deslizó por sus pechos de pezones erguidos y duros, y por el vientre, llegando a la entrepierna donde le introdujo un dedo.

—Estás… estás tan mojada.

—Tú me pones así. Ámame. Quiero más.

—No. Debes estar dolorida y aunque lo desee, no quiero hacerte daño.

—Me harías daño si te negaras. ¿No lo entiendes?

En lugar de contestarle con palabras, su boca le lamió los labios, el cuello; así, hasta dejar un reguero de caricias húmedas por toda su piel, para acabar entre sus muslos.

Instintivamente Clara cerró las piernas, dejando apresada la cabeza de Dante entre ellas.

—No, eso es…

Dos poderosas manos apartaron sus muslos dejándola expuesta.

—No temas. Nunca haré nada que tú no quieras, pero recuerda esto, llegará el día en que me lo pidas y yo… te lo daré.

—¿Estás seguro?

Capítulo 18

—¡Oh! ¡Sí, amor, segurísimo!

Depositó allí un sutil beso e incorporándose con agilidad, la penetró.

Ahora ya se conocían en esa particular circunstancia, ahora ya sabían lo que esperar el uno del otro. El claroscuro de las bailarinas formas de ambos desdibujadas por su unión, reemplazaba los definidos contornos de sus figuras.

Clara intentó permanecer impasible ante Dante, pero su cuerpo y mente no la dejaron.

Notó cómo las manos del hombre colocaban sus piernas alrededor de su cintura y la penetración se hizo más profunda.

No llegó a dejar escapar un gemido de sus labios, pues él los atrapó con los suyos, cálidos y hambrientos. Las lenguas entrechocaban vigorosamente, las manos acariciaban sin descanso, las pequeñas uñas se clavaban en la espalda de él, sin poder evitarlo y el movimiento de los amantes se acercaba al éxtasis con acompasada pausa.

Este roce continuado de piel contra piel, de almas gemelas que se descubren, reconocen y aman, representaba el estereotipo más fidedigno de entrega entre un hombre y una mujer.

Con mayor parsimonia que la primera vez, se amaron. Y cuando de nuevo la embriaguez de la culminación les arrasó, se abrazaron dejando que la plenitud del mismo, les arropara con un manto creado por ambas entregas.

***

Clara despertó entre sus brazos.

Dante la tenía pegada a él, con su espalda apoyada sobre el torso masculino, como dos cucharas unidas y escuchando en el oído su relajada respiración.

Se despegó de su cuerpo muy despacio para no despertarle, girando a la vez y, apoyándose en un codo, se quedó observándole unos minutos.

Toda la majestuosidad de aquel hombre, aparecía relajada y feliz con un atisbo de decadente e incitadora sonrisa en su boca. Acercó su dedo índice a los labios que había saboreado largamente y sin cortedad.

Acarició su textura con la misma adoración con la que sus ojos le miraban y asimilaban para recordarlo siempre.

Dante se movió ligeramente y su mano derecha cayó descuidada sobre la cadera femenina, acariciándola.

Ella creyó que estaba despierto, pero aún seguía en brazos de Morfeo, por lo que se atrevió a seguir estudiándolo con detenimiento. Nunca nadie podría desbancarle en su corazón. Le amaba, ¡Dios! ¡Y cómo le amaba!, a su cuerpo de pecado y a su espíritu inquieto, luchador y tierno.

Aún podía sentir como la había idolatrado y poseído más allá del terreno puramente físico. Se le había metido por la piel, entre cada poro de la misma, había atravesado y destruido su soledad. ¿Desde cuándo sabía que él era aquel, a quien su corazón había estado esperando y anhelando?

Sintió un vuelco en las entrañas. De espaldas al tenue fuego que aún surgía de entre los leños de la chimenea, la mortecina luz le iluminaba, arrancándole destellos dorados a su piel, como si de un ser sobrenatural se tratara. Su rostro era todo un poema a la belleza masculina, versos y versos de anonadado embelesamiento, le nacían observando sus facciones. Unas largas y negras pestañas sombreaban sus mejillas, la incipiente barba cincelaba la mandíbula, y la boca era…, un pecado hecho carne, pero sobre todo lo que más le atraía en aquel momento, era la cicatriz de la mejilla.

Sintió un impulso irrefrenable de pasarle la lengua contorneándola, pues la cautivaba, ante la inusual belleza que le daba a su cara y el misterio de cómo se la había hecho.

Débil ante la tentación, no pudo hacer otra cosa que lamérsela despacio, sintiendo la textura y degustando el salobre sabor entrando en sus papilas.

De nuevo él se movió, quedando esta vez totalmente boca arriba, con sus fuertes brazos bajo la cabeza. Su perfil griego era impresionante, así como todo el resto de él. Su amor.

Clara se sentía poseída por una juguetona hada, de instintos igualmente juguetones y decidió admirar en toda su plenitud aquel Adonis vivo que la había hecho suya.

Devoró con ojos ávidos y ensoñadores su nuez, hombros, brazos, pecho y la delgada línea de vello hasta su entrepierna, por cierto que esta parecía tener vida propia y al parecer, se alegraba de que la estuviera mirando.

La joven obnubilada, suspiró, pasándose la lengua por los labios entreabiertos.

Se sintió enrojecer. Fue… rápido, impulsivo y letal. Aquella lengüecilla vivaracha, se apoderó de su pezón derecho, contorneando con tenues pasadas, la pequeña cicatriz y paladeando gustosa la salinidad de la cálida piel masculina y terriblemente sabrosa.

Succionaba como un bebé, saboreando el efecto embriagante que él dejaba en su paladar y sentidos.

El cabello castaño que estaba hecho un revoltijo, le caía desordenado sobre él, eso y su ensimismamiento en lo que le hacía al hombre tumbado y expuesto, no la dejaron advertir cómo Dante levantaba levemente la cabeza y abría los ojos de par en par, al descubrir aquella excitante manera de Clara de despertarle. Igualmente, tampoco vio cómo él dejaba caer su cabeza con lentitud, los cerraba y entreabría la boca extasiado.

Unas enormes y fuertes manos la cogieron por la cintura y la depositaron sobre su ingle, a horcajadas.

—Mi dulce fierecilla, ¿es que no has tenido bastante?

—No podría decir que sí, aunque me costase la vida. Me has drogado dándome a probar un especial néctar, tu particular y única ambrosía, que me incita a querer más y más, sin saciarme nunca.

El hombre le lanzó una sonrisa que podía haberla derretido, dejándola convertida en un pequeño charco a sus pies.

—Entonces debo suponer que tienes sed. Que quieres más de mí…

—Sed y hambre.

—Bien —sonrió pagado de sí mismo—, estoy a tu disposición.

Cesó de sujetarla sobre él y dejó sus brazos abiertos en cruz.

La joven ante su ademán de entrega, no supo por un instante si volver a ponerle sus manos sobre ella para que continuara tocándola o tirársele encima y devorarlo.

La implacable presión de su sexo en el de Clara, le hizo dejar de vacilar y estirándose todo lo larga que era, se acomodó sobre él, al tiempo que su cuerpo era invadido poco a poco por su erección grande y espléndida.

Clara cerró los ojos embriagada, posándose con deliberada languidez sobre él, hasta quedarse sentada sobre esta, y el cuerpo sobre el del hombre.

Estaban pegados formando un solo ente, un solo ser, desde las bocas de lenguas invasoras con movimientos delirantes, hasta donde ambos estaban uno dentro de la otra.

La boca masculina susurró incitante en su oído.

—Cabálgame Clara. Se mi intrépida amazona; poséeme como tú quieras, al ritmo que tú quieras… y exprímeme.

Esas palabras llenas de deseo y entrega, la tenían seducida. Pronunciadas con su voz tan sensual y profunda, la desintegraron de puro goce; ni en mil vidas que viviera, el impacto de estas hubiera sido menor.

La joven se incorporó, tragó saliva y le miró.

No había nada más hermoso y seductor que él, vestido de Adán y esperándola a ella y a sus caricias a que le poseyera y le hiciera suyo.

Sintió agitación en su interior, seguida de punzadas rápidas de placer y los movimientos se hicieron lentos y profundos, recorriéndole en toda su largura, una y otra vez, arriba y abajo, en un ritmo espaciado e intensamente delirante.

—Así… eso es… apriétame en tu interior, déjate seducir por el placer que me das y deléitate en el placer que te ofrezco y te doy. Disfrútame… Disfrútame…

De entre sus dientes, un fuerte gemido escapó cuando Clara aumentó el ritmo y pellizcó sus pezones erectos con sus dedos mojados en saliva.

Impulsivamente, el hombre colocó su mano izquierda en su nuca y la otra en su cintura, empujándola a continuación y haciéndola caer sobre él.

Sus bocas quedaron a escasos centímetros la una de la otra.

—Te juro por lo más sagrado que te voy a hacer sentir infinito placer. Vas a desear que te ame, y posea incluso dormida todos tus pensamientos y sueños, porque van a ser míos. Todo el deseo que sientas será exclusivamente por y para mí. Ahora estoy en tu cuerpo y en tu alma, y no hay rincón tuyo que no sea mío para siempre.

Selló sus palabras con un beso posesivo, enérgico y profundamente sensual, y Clara estuvo segura de que todo lo que le había dicho sería así, aunque a pesar de eso, entre sus brazos y sintiéndole dentro de su ser, el arco iris que la iluminaba de placer era lo máximo a lo que aspiraría en su vida.

La joven escurrió su mano derecha entre los dos cuerpos, dejando que sus dedos jugaran con el vello púbico de ambos, pasando seguidamente a acariciar un musculado muslo y deslizándose hasta rozarle con suavidad donde estaban unidos.

—Aprendes rápido.

—Tú me enseñas bien.

—Y tú eres mi yo mismo, apasionada mía.

El ritmo se hizo más fuerte ante la imperiosa necesidad de sentir el clímax, pero antes de que eso ocurriera, Dante cambió de improviso de postura, poniéndose encima de Clara, sin dejar en ningún momento de seguir íntimamente unidos.

El ritmo imperioso de la pasión, en el cual los dos avanzaban a pasos agigantados, llenos de placer, se hizo cadenciosamente sublime.

La magia del encuentro íntimo invadía la habitación, apoderándose del clima tan propicio para el amor que había en toda ella: desde la alfombra empapada que acogía a los amantes, pasando por el ardiente y arrullador calor del hogar, hasta los empañados cristales de las ventanas.

Capítulo 19

Fuera, una tormenta de grandes proporciones hacía resquebrajarse al firmamento con su poderosa energía, de la que parecían escapar duendes inquietos e impacientes de retozar, entre esos nubarrones oscuros y enormes, llenando el cielo de formidables nubes preñadas de lluvia, que dejaban nacer de sus entrañas de algodón el aguacero.

La cada vez más tenaz lluvia, precipitaba con inusitada fuerza gotas de agua que golpeaban las ventanas, en una rítmica y armoniosa música, que servía de telón de fondo para la entrega total de los amantes.

La melodía les arrullaba y envolvía, haciéndose cómplice ruidosa de su mutua rendición y mezclándose con los susurros que nacían de las gargantas de los dos.

—Eso… es, mi hembra ardiente… Así, así…

Clara se agitaba con un compás cada vez más intenso, provocando al mismo tiempo que el hombre hiciera igual.

—Dante… Dante… esto es…

—lo sé… amor… lo sé…

La joven continuaba la marcha orquestada por sus cuerpos unidos, adelantándose a las acometidas de él, en un tira y afloja, que les sujetaba a las cálidas ondas de placer que les envolvían sensuales y cómplices.

De repente, Dante paró de moverse.

Inquieta, Clara le miró y suspiró para coger aire.

—¿Qué… ocurre?

Su manita quedó suspendida en el aire a medio camino, sin atreverse a tocarle el rostro anormalmente serio.

No sabía si aquel brusco cambio era debido a ella.

El hombre tardó unos instantes en contestarle, ya que su agitada respiración no le permitía ni hablar. Cuando lo hizo, fue como si un punzón de hielo tomara vida, así de fría y dolorosa sonó su respuesta.

—¡No!

Se incorporó, sentándose en sus pies, con el cuerpo tembloroso y la erección dolorosamente perceptible.

Clara se abalanzó hacia él, abrazándole con la angustia reflejada en su cara.

—¡Dante, Dante, sea lo que sea, dímelo!

El hombre tanteó el aire hasta encontrar con sus dedos temblorosos a Clara.

La cogió por los hombros con violencia, la asió con aquellas manos grandes que podían ser

fuertes y delicadas y durante unos segundos, la mantuvo asida pero sin acercarla a su cuerpo y con los ojos fuertemente apretados. Bajó la cabeza hasta que ambas frentes se acariciaron.

Su pecho subía y bajaba con energía, respirando de nuevo agitado.

—Esto no está bien. No es lo correcto, no… —Tragó saliva y en su cara se vislumbró una mueca de angustia como si aquel líquido fuera pura hiel—. No debería de haber ocurrido nada de esto entre nosotros… Nunca.

Clara le acarició los cabellos y se le acercó pegándose por completo a él.

Su boca descansó con suavidad extrema en el lóbulo de su oído derecho, al cual acarició con la ternura más acentuada de que fue capaz en ese momento y le susurró:

—Deja las dudas y sigue amándome, por favor.

Fue ella quien se dejó caer sobre el hombre de manera imprevista, haciendo que este se tambaleara y desplomara boca arriba.

La muchacha aprovechó y se colocó encima suya.

—No pienses. Solo siénteme.

Entonces los labios carnosos femeninos, le rozaron la oreja izquierda y se la mordió, sin demasiada delicadeza, pero en lugar de quejarse, Dante se estremeció, abrazándola contra él.

Era innegable el poderoso hechizo, que contra ellos había lanzado el Destino y ninguno podía ya huir o esconderse; no había montaña más alta o mar más profundo, ni selva más apartada, donde alcanzaran a huir de ese designio que escapaba de sus manos.

Se besaron hasta perder el aliento, hasta notar las bocas doloridas, hasta sentir que la pasión de quererse era tan fuerte como la tormenta que descargaba fuera.

Su particular vendaval de sensaciones y deseo, les llevaba en el núcleo mismo de ese huracán, precipitándoles hacia el clímax. Y este llegó.

Arrasándolo absolutamente todo a su paso, veloz e inacabable como una exhalación, como una centella, excitante, salvaje, embriagador y poderoso.

Dante entrecerró los ojos y después, parpadeó. Sentía todo el cuerpo deliciosamente laxo y pletórico de la paz que sigue al amor, plenamente compartido y sentido.

Recordaba a Clara y cada minuto que habían pasado juntos.

Sonrió abiertamente evocando y reviviendo en su mente, el modo en que su maravilloso cuerpecito desnudo, se le había pegado como una lapa, dudoso, febril y hambriento, con sus espasmos de dulce y arrebatador anhelo ante la culminación de sus encuentros sexuales. Era más de lo que hubiese esperado.

A pesar de saber que ella era la moderación personificada, reconocía que la había atraído y desarmado con pleno conocimiento de causa, y aunque él mismo se había resistido a lo que ambos necesitaban, también ambos, se habían abandonado mutua, plena y conscientemente.

Clara era virtuosa y sabía que jamás se le hubiese entregado, sin sentir profundamente dentro de su ser que así debía ocurrir.

Tras largos minutos de silencio, solamente roto por las intensas respiraciones de ambos, Clara se abrazó al hombre del que jamás podría ya librarse.

Su nueva mutua entrega era la prueba evidente de que ya siempre serían el uno para el otro, pasase lo que pasase.

Ya no era solo cuestión moral o física, ya no. Ahora y para siempre, había cambiado transformándose en algo sublime, delicioso, impetuoso, desbordante y extasiante.

Era del todo punto indudable para los dos, que las ligaduras por las que andaban sujetos el uno al otro, eran las más inigualables y firmes que podían haber entre ellos.

Tras largo rato abrazados y rodeados del particular perfume de su entrega, Clara decidió, o más bien, se vio resuelta a dejarle descansar no sin antes acariciar su negro pelo y depositar en los labios masculinos un beso íntimo y poderoso, tras el cual, trató de esconder todas y cada una de las cosas que bullían dentro de ella.

El hombre apenas le devolvió el beso. Tan exhausto estaba.

Su fornido cuerpo la llamaba en silencio, pero tenía que dejarle descansar y hacerlo ella también. Una deliciosa sonrisa relajada nació de sus labios. Le arropó con una cálida y envolvente mirada y se marchó en silencio.

***

Dante despertó en su cama y siendo aún de noche.

Su cuerpo todavía sentía el ardor de su unión con ella, y si bien esta de ninguna manera era reprochable, se temía que ella lo creería de ese modo.

Apoyó su cabeza despreocupadamente sobre su brazo derecho, aún con los ojos cerrados y se dejó llevar por los recuerdos.

Con la mano libre retiró la sábana que le tapaba hasta la cintura, quedándose desnudo y fue tocándose allí donde ella lo había hecho también.

Así los enormes dedos acariciaron su pelo negro y enredado, la frente, ojos y nariz, parándose unos momentos en la boca, donde introdujo un dedo que lamió gustoso como si fuera la lengua femenina o sus dulces pechos.

Exhaló un gemido profundo, poderoso y se lamió los labios con deleite.

Si quería conservar aunque solo fuera un ápice de su cordura, tenía que parar en ese preciso instante, pero no lo hizo. Era demasiada tentación.

Siguió su camino descendente, ocupándose del cuello, la nuez y los pezones erectos, dibujando la cicatriz y continuando así hasta el abdomen plano, introduciendo otro dedo húmedo en el ombligo.

Para cuando la retozona mano alcanzó su entrepierna, esta se encontraba en un estado de excitación notable y una sonrisa de gozo se dibujó en su cara.

Era indiscutible que se atraían físicamente sin remedio, pero sabía que era muchísimo más que eso. Así pues, esperaba con impaciencia y expectación, el próximo encuentro con Clara, ya no por las connotaciones sexuales a las que pudiera dar lugar y que eran muy profundas y fuertes, sino más bien por el mero hecho de tenerla cerca, de aspirar el aire perfumado que dejaba a su paso, de escuchar el sonido armónico de su voz o la simple constatación de que estaban uno junto al otro.

Alargó la mano izquierda y se encontró acariciando el lado de la cama vacío, pensando que un día no muy lejano, lo ocuparía ella… y para siempre.

Un pensamiento pasó por su mente raudo y veloz: no tenía ni idea de cómo había llegado hasta el lecho, pero no era probable que la joven le hubiese llevado hasta allí, pues era bastante grande y pesado para aquel cuerpecito pequeño y suave.

Sonrió ante la exultante alegría, ante la gozosa sensación plena de una marea íntima y particular de que Clara era suya y él era de ella.

Cerró su mente a todo lo que no fuera aquello y decidió quedarse algún tiempo más inmerso

en sus recuerdos de amor, en espera de que alguien viniera.

***

Clara retozaba entre las sábanas envuelta en sus pensamientos.

Nada más terminar su último encuentro amoroso, había ayudado a Dante a ir hasta la cama, menos mal que podía moverse bien, pues ella no hubiese logrado llevarle sin su ayuda.

Agotado y casi dormido, se había dejado conducir hasta el lecho y su enorme cuerpo se desplomaba pesadamente sobre aquel, aunque a pesar de estar exhausto, el hombre la arrastraba y la dejaba caer sobre su cuerpo, reteniéndola entre sus brazos.

Pero la joven había conseguido liberarse de ellos y le arropaba como si fuese un niño, viendo cómo segundos después, el hombre caía en un profundo y reparador sueño.

Aún no quería analizar qué clase de locura o desvarío se había apoderado de ella, para entregársele y de aquella manera.

El regusto de sus besos y caricias todavía le quemaban la piel y adormecían su mente, explotando en indescriptibles sensaciones. Sentía una especie de cosquillas en los dedos al recordar cómo aquella piel de tacto pecaminosamente carnal, se dejaba acariciar con entrega absoluta.

Dante era magnífico visto en todo su esplendor masculino, dejando a la altura del zapato a cualquier otro, ya fuera real o ficticio. No podía haber nadie que resultara tan majestuoso y ardiente, a la vez que sensible y delicado.

Toda su apostura le resultaba fascinante y sin embargo, aún a su pesar, tenía que reconocer que se abrían en su mente unos rescoldos de culpabilidad por lo que había ocurrido entre ellos.

Asumía la absoluta certeza, de que no tenía por qué sentirse de esa manera; según se mirase, aquello estaba mal, muy mal y por otro lado, era de lo más natural, ya que para ella nunca habría nadie más que él en su vida.

Se le había entregado con plena conciencia de las circunstancias, y debía aceptar que lo que habían compartido juntos, estaba bien, independientemente de las connotaciones moralistas y de su propia educación, pues amar y dejarse amar por quien tu corazón ha elegido, no era síntoma de una posible y desastrosa promiscuidad.

Clara pensaba insistentemente en ello, al tiempo que catalogaba su entrega de “deliciosa e irremediable locura”.

Repasaba la forma en que él le había hecho sentir como mujer, deseada y esperada, adorada y amada hasta límites insospechados.

La maravilla de sensaciones experimentadas la desbordaba y su cuerpo traicionero le hablaba; o más bien le gritaba, exigía, rogaba… pidiendo más.

No podía caer en la tentación de ir en su busca, era demasiado obvio que si se acercaba a su lecho, no sería simplemente por saber si mejoraba de sus heridas y él podía pensar que su interés se había tornado simplemente sexual, aunque no fuera cierto.

Sí que debería procurar no encontrarse a solas con él y en un lugar apartado, pues si bien lo que ambos habían compartido era hermoso, no podía volver a repetirse y aunque le doliera admitir que después de haber descubierto lo que ocurre y se siente, cuando un hombre y una mujer se relacionan íntimamente, sabía que le sería un auténtico suplicio mantenerse fuerte y no abalanzársele deseándole. Buscándole.

Bostezó y eso le hizo recordar que estaba cansada, pero tenía que comer algo antes de

retirarse a su habitación.

Con sigilo se dirigió hacia la cocina con la casa en completo silencio.

Dejándose caer con pesadez en un taburete, devoró con ansiedad un par de manzanas a las que acompañó con un fresco vaso de leche.

De nuevo bostezó, esta vez sonoramente, miró a su alrededor como esperando que alguien la hubiese escuchado.

Sonrió con languidez y regresó a su estancia.

Si alguien de la casa la viera en ese momento, ¿se daría cuenta de lo que había ocurrido entre Dante y ella?

Sus movimientos un tanto lentos; el dolor en ciertas partes de su cuerpo… y sobre todo, la sonrisa dulce y ensoñadora de sus labios entreabiertos y, la extraña brillantez de su mirada, la delatarían irremisiblemente.

No quería tener más reflexiones consigo misma, no quería destrozar con dudas y recelos la maravillosa sensación de plenitud que todavía experimentaba, por haber sido amada y por haber amado tan intensa y profundamente.

Independientemente de que sabía a ciencia cierta que la relación con Dante había dado un giro de ciento ochenta grados, ambos deberían comportarse; pero todas las anteriores veces en las que se hizo el mismo propósito, estas se derrumbaron de un plumazo y, con sinceridad, era lo más probable que ocurriera también en esta ocasión.

Subió las escaleras con cuidado para no hacer ruido y también por su malestar físico, pero no hubiera cambiado ni un solo segundo de su estancia con él, entre sus brazos.

—¡Qué difícil podían llegar a ser las cosas!

Suspiró y varias veces como si con ese acto quisiera insuflarse la fortaleza y el valor que a veces creía haber perdido o dejado olvidados, Dios sabría dónde.

Ya en el interior de su habitación, Clara sonreía con la sonrisa de una mujer pletórica de alegría, y notaba cómo desde lo más lejano e inalcanzable de su ser, la algarabía de emociones, todas ellas maravillosas, le llegaban como en un desbordante e imparable torbellino, siendo la particular corriente, el mejor de los regalos que la vida le hubiese ofrecido y dado a manos llenas, con Dante como mensajero de tan sublime despliegue y como el perfecto instrumento del mismo.

Fue hasta su espejo y se quedó muy quieta mirándose, o más bien, observándose con serio detenimiento en sus radiantes y vívidos ojos.

Se vio con el pelo revuelto a pesar de haber intentado “domarlo” un poco, sus ojos muy abiertos, brillaban como dos estrellas; las mejillas sonrosadas, los labios inflamados de besar y ser besada, con delicadeza y pasión a partes iguales; en cuanto al resto de su pequeño cuerpo, la sacudida de plenitud, la fascinaba extasiándola y su piel poseía un centelleo especial.

No lograba pensar en otra cosa que en su bello y exuberante amante, pues en eso se acababan de convertir. Todo Paraíso, todo Edén.

Desde lo más profundo e inhóspito de su ser, sintió resbalar dulcemente la paz. Una paz que la empapaba, inundándola con suavidad y entrega plena.

La joven dejaba libre a su mente henchida de felicidad, que vagara libre por entre los recientes recuerdos que atesoraría para siempre, y sonrió con dulzura ante estos.

Rememoraba cuando el cuerpo de Dante reposaba en su lecho y como no había podido menos que acariciarle el enmarañado pelo azabache, prendándose de lo suave que lo tenía,

enredando sus deditos entre los rizos morenos, mientras él apenas se había movido ante la caricia.

El niño grande descansaba feliz ¿Qué otra cosa podía querer ella, una mujer de lo más normal? Se habían dado todo y ambos se conocían ya de forma íntima.

Se despojó de la ropa dejándola caer al suelo despreocupadamente.

Capítulo 20

Con pequeños pasos llegó a su cama, pero antes de dejarse llevar por el sueño, se acercó a la ventana, abriéndola de par en par.

El cielo estaba de color oscuro, salvo por la luz de la luna llena, inmensa y poderosa.

Alrededor de esta, unas nubes jugueteaban ocultándola y haciéndola aparecer con su resplandeciente halo.

El particular olor a tierra mojada inundó sus sentidos del perfume a tomillo, romero y otras hierbas aromáticas de los alrededores. Inspiró tan profundamente como pudo, manteniendo los ojos cerrados.

Cuando de nuevo los abrió, divisó a lo lejos el movimiento de los árboles, cuyas copas se agitaban con un vaivén acompasado, y el sonido de estas acompañaba a Clara en su soledad. Siempre se sentía igual de empequeñecida y ensimismada ante las poderosas, intensas e imponentes demostraciones de la Naturaleza; ante tanta belleza explícita, aunque en aquellos momentos, su espíritu se notaba más receptivo, más sensible todavía. Quizá fuera por lo ocurrido, pero experimentaba una plena comunión, una plena unión con el mundo y la vida, como nunca antes lo había sentido.

Si bien la tormenta ya no estaba, sí que había sabido de ella en alguna que otra ocasión durante su encuentro con Dante; pero en justicia, apenas se había parado a darse cuenta de que fuera, esta había sido particularmente intensa.

Antes de cerrar la ventana dio un último vistazo, después se dejó caer en la cama, no sin antes haber retirado la manta, tapándose con ella posteriormente.

Se quedó dormida abrazada a sí misma y con la sonrisa más amplia que nunca antes había tenido.

Los dos tuvieron sueños profundos e intensos, de cuerpos deseados, entregados y amados. Sueños de felicidad y encuentro, fe y sosiego.

El hombre deliciosamente perdido entre la humareda onírica, recreándose en un tacto suave que se fundía entre los dedos, con su roce deliciosamente sensible a sus caricias y requiebros, en los cuales, la joven se le presentaba con unos bonitos ojos castaños de forma almendrada, como los que había creído ver en su breve flash de visión.

Ojos inocentes donde descubrirse y descubrir el mundo circundante completamente.

Ella era y sería su lazarillo, pero no solo para el mundo tangible que le rodeaba, sino también para el de las ideas, sueños y sensaciones, y sabía a ciencia cierta que teniéndola a su lado, incluso podría llegar el momento en que su ceguera no llegase a importarle nada.

Tal entrega podía ser peligrosa si se tratara de otra persona, pero hasta sumergido en sus

ensueños, una voz potente y de tono seguro, le aconsejaba que confiara. En él. En ella.

Siempre podría verla con su mente, manos, boca…, en definitiva con su cuerpo y espíritu.

En cuanto al objeto de sus pensamientos, Clara pasó también una noche de lo más agitada, puesto que volvía una y otra vez a sentir a Dante con ella, bajo ella, sobre ella, y… dentro de ella, ocupándola, reclamándola en cuerpo y alma como su igual.

Infinitos ramalazos de placer, resurgían impetuosos entre las enmarañadas telarañas de sus sueños más febriles, donde la certeza de que todo en verdad, había ocurrido tan solo unas horas antes, le dejaba un rastro de dicha, ilimitada e inimaginable.

Aquella noche tan especial y única, supondría para los dos una auténtica revelación.

Ni siquiera podrían desvincularse de esta, a pesar de que en un futuro no muy lejano, ambos desearían y necesitarían hacerlo sin remedio, y lo que es peor y más doloroso aún, sin quererlo en absoluto.

El nuevo día amaneció con un límpido cielo completamente azul y ni una nube solitaria lo empañaba.

Los árboles cuyas ramas se habían agitado la noche pasada enfebrecidos, se veían adormecidos y acariciados por una suave brisa matutina.

Los zorzales revoloteaban por encima y entre los arbustos cercanos, entonando una sinfonía de alegres trinos. Vida en todo su esplendor.

La clara luz del amanecer se filtraba huidiza por los cristales de la ventana, dejando un reguero de haces de luz repletos de polvo en suspensión.

Clara despertó hecha un ovillo entre sábanas revueltas y su cuerpo parcialmente al aire.

Al incorporarse y quedarse sentada, sintió una fuerte punzada muy dentro de su ser.

No sabía cuánto duraría aquella sensación, pero sí estaba segura de que al querer moverse como ella solía hacerlo, debía tener cuidado de que nadie pudiera averiguar lo ocurrido la noche anterior.

No quería hablar de ello, ni siquiera con él, solo de pensarlo se sentía enrojecer intensamente.

Incluso debería guardar silencio ante Mina, pues a pesar de que su tata era como si fuese su madre, sería mejor poner a buen recaudo ese secreto por el momento.

Temía desde luego ir a ver a Dante. Él la estaría esperando como agua de mayo.

Ahora se hallaba ante la tesitura de correr a su lado, o alejarse todo lo que pudiera, siempre las mismas dudas, siempre; pero siendo realista, su cabeza y su corazón lucharían a codo partido por salir victoriosos. Si nunca su comportamiento había sido la de una cobarde, en esta situación, aún debía ser más fuerte.

Absorta en sus pensamientos llamaron a la puerta, pero antes de dar permiso para entrar, se acomodó las almohadas, tapándose castamente hasta el mentón.

Una Mina con el rostro serio entró mirándola fijamente mientras se acercaba con paso firme, y sentándose al borde de la cama, le ponía una mano en la frente.

—Anoche te retiraste muy pronto ¿Es que estás enferma, niña?

La joven cerró los ojos como intentando que la mujer no viera en ellos la verdad.

—Claro que no tata. Es solo que me sentía cansada. Creo que todo esto me está pasando factura, es mucha la tensión y además, he descuidado mi investigación sobre él.

Necesito averiguar más cosas, aunque sean detalles sueltos, cualquier pista puede servirnos para saber quién le hizo todo ese daño y porqué.

—Creo que estamos en un callejón sin salida. Aparte de lo que has conseguido, no tenemos nada. Esto cada día parece, más uno de esos folletines por entregas de un periódico, que un hecho real. Solamente nos faltaba que fuese un príncipe de incógnito al que querían hacer desparecer para ocupar su lugar.

—¡Ay, Mina! ¡Qué imaginación tienes! ¡Mira que pensar eso!

—Niña, cosas más raras se han visto. Tú piensa si algo así fuera verdad. ¡Menudo lío para todos nosotros!

—Tranquila mujer, tranquila. Es cierto que las dos joyas encontradas parecen ser de un hombre importante con buena posición y dinero, pero de ahí a desvariar pensando que podría ser un príncipe… Prefiero creer que esa posibilidad es muy remota, en serio, porque serían imprevisibles las consecuencias. De todas formas, no podemos descartar una probabilidad así, aunque la creo más de un cuento de hadas.

—Vaya. Por lo menos parece que tomas un poco en serio lo que te digo.

—Tata, puedes creer que lo hago. Sabes de sobra que siempre respeto tu opinión por muy descabellada que parezca.

—Bueno, bueno. Ya está bien de charla —dijo la mujer incorporándose—, quiero que no tardes en bajar a desayunar. Hay algo de lo que me gustaría hablarte y prefiero que tengas el estómago lleno.

—Si es importante, mejor me lo dices ahora. ¿No será sobre… él?

—Pues…, pues…

—Por favor, dímelo. No me puedes dejar con la incertidumbre.

—No pasa nada, salvo que… bueno, al ir como cada día a verle, no paraba de sonreír, gastando bromas a diestro y siniestro. Hasta cuando Tomás le ha comentado la idea que tenías desde hace unos días de retornar a tus ocupaciones en el invernadero, me ha parecido que su sonrisa se hacía incluso más abierta. Debería de haberse enojado teniendo en cuenta que eso volverá a tenerte ocupada y alejada de su lado.

—Si es solamente eso, despreocúpate; seguro que cree que me podrá acompañar. Si supiera lo equivocado que está…

—Al menos su apetito ha mejorando mucho. Acabó con toda la cena. Por cierto que se debieron recoger las sobras anoche, pero ha sido mejor dejarle descansar; parece otro, como si se hubiera recuperado asombrosamente de la noche a la mañana.

Clara se sintió ruborizar. Si su tata supiera…

—Te dejo para que te asees y arregles, niña. —Se agachó y la besó en la frente, acariciando su mejilla con dulzura y mirándola fijamente.

Nada más quedarse a solas, la determinación de enfrentarse a Dante, dejó paso a otra mucho más cómoda para ella: no estar con él y mucho menos pisar su habitación.

¿Cuántas veces iban ya? ¿En cuántas otras ocasiones pensó eso y luego no lo llevó a cabo? Había perdido la cuenta.

Dante estaba contento como unas pascuas y no disimulaba ni un ápice esa alegría.

Su tata no era tonta, ni ella ni nadie de la casa de campo y si no disimulaba…

¿Es que no podía seguir con su carácter a veces relajado, otras huraño o encantador, pero sin pasarse? ¿Tenía que atraer la atención de todos? ¿Cómo podía dejar pasar esa situación sin recriminarle?

No quería, pero veía que era imposible escurrir el bulto. De todas maneras, con la situación tal y como había llegado a estar, no pasaría mucho tiempo sin que se volvieran a encontrar.

Vestida con comodidad y después de hacerse ella misma su habitual moño bajo, descendió por las escaleras, aproximándose decidida pero nerviosa a la cocina, donde se sentó en su taburete favorito.

Mina le sonrió, ofreciéndole un tazón de leche templada y tostadas de aceite, una tentación a la que no pudo resistirse, pues desde pequeña, era su desayuno favorito; si se añadía a esto que lo preparaba su tata…, era un auténtico pecado.

—Supongo que habrás pensado en lo que te comenté antes, ¿no?

Clara tragó el bocado que tenía en la boca antes de contestar.

—Sí. Y me parece bien si está de tan buen humor, tal vez sea porque ha recordado algo…, no sé, o simplemente porque se siente a gusto aquí.

"¡Dios, tata, si tú supieras…!"

—¿Tú crees? A mí no me parece que sea esa la razón. Está muy raro. Fíjate si es así, que ni siquiera se ha quejado cuando Tomás le rasuraba, cuando otras veces, ha sido un completo engorro hacerlo a ti o a cualquiera de nosotros.

—Me parece que estamos elucubrando. Ya nos dirá si es que es el caso y si quiere, lo que ha ocurrido para ese cambio, aunque pienso que no ha habido tal. Lo mismo son las ganas que tenéis de verle mejor lo que os hace ver visiones.

—Niña, no quieras volverme lo blanco negro. Si te digo que hay algo raro, es que lo hay, pero está visto que eres como Santo Tomás, que si no lo ves, no lo crees. ¿Por qué no te dejas caer por su habitación y lo compruebas por ti misma, eh?

Clara soltó una carcajada al ver la expresión de enojo en su tata, sus ojos brillaban de forma muy especial.

—Está bien, está bien. Ya voy en cuanto acabe el desayuno, ¿puedo terminarlo primero?

Un mohín de niña traviesa se dibujó en sus bellas facciones y la pobre tata no tuvo otro remedio que reírse a mandíbula batiente.

—¡Ay, Dios! ¡Qué paciencia hay que tener! ¿Encima me intentas tomar el pelo?

Anda y come, bicho, que eso es lo que eres, has sido y serás siempre —se acercó y abrazó a la muchacha—, come y ya me contarás si quieres, claro.

La joven dio buena cuenta del desayuno, le dedicó una sonrisa reconciliatoria a su tata, la besó en la frente y salió de la cocina, simulando la entereza que no tenía.

Bueno, Clara —se dijo—, ha llegado el momento. Nada de zafarse, ni esconder la cabeza en un agujero como las avestruces; él no dirá media palabra, al menos delante de alguien que no seas tú, lo malo es si estáis a solas, entonces es posible que no se corte ni un pelo.

"Ánimo, suerte y al toro, como suele decir Mina".

Capitulo 21

Llamó a la puerta y al escuchar la viril voz masculina permitiéndole entrar, un escalofrío inoportuno la hizo temblar.

Nada más acceder al interior de la estancia, lo primero que vieron sus ojos fue al hombre que la había hecho mujer, recostado negligentemente sobre unos almohadones situados junto a la ventana, por la cual entraba la brisa que le removía sus cabellos negros y brillantes.

Parecía estar mirando hacia el exterior, absorto en un punto concreto del paisaje, pero no, negó la joven con un gesto de cabeza, eso era imposible ya que Dante estaba ciego.

De todas formas viéndole de perfil, nadie diría que sus ojos abiertos estaban sin vida.

Aquellas largas y espesas pestañas negras, le parecieron por enésima vez demasiado hermosas para un rostro masculino, pero no podía ser de otra manera en una cara como la suya, perfecta. Simplemente.

Para Clara, la apariencia relajada que tenía distaba bastante de la tormenta que retumbaba dentro de ella, con truenos y relámpagos incluidos.

Era increíble el magnetismo animal que todo él destilaba a borbotones y verle con la camisa blanca medio desabrochada y remangada hasta los codos, y vistiendo unos pantalones negros ceñidos a sus infinitas piernas…, era pura tortura masoquista, más teniendo en cuenta que sabía bien lo que estas ropas ocultaban.

Entró y cerró con suavidad la puerta.

El hombre se removió en su asiento, pero no se levantó ni hizo amago siquiera de hacerlo. Dejaría que fuera ella la que se acercase, si quería hacerlo.

Aguardó tenso y expectante unos segundos que le parecieron minutos inacabables.

—Me ha dicho un pajarito que estás muy bien.

El hombre volvió su cara hacia la voz y soltó una sonora carcajada.

—Eso creo yo también mi dulce Clara —reconoció pagado de sí mismo. “Por Dios, acércate, amor. Ven a mí”.

La joven puso los ojos en blanco.

—¡Ay, Dios! ¡Auxíliame y dame paciencia!

—Déjate de pedir ayuda y ven a mí.

El hombre al ponerse de pie, hizo que a la muchacha le entraran unas ganas tremendas de salir corriendo, pero en ese caso, debería de haber sido mucho más rápida, porque antes de decir “Jesús” le tenía junto a ella.

—¿Co… cómo has hecho eso? —preguntó anonadada.

—Bueno he practicado bastante, ¿sabes?

La cogió de la cintura acercándola a su cuerpo y sin mediar palabra, sin pedirlo o advertirlo siquiera… la besó, así sin más. En unos primeros instantes, la joven se dejó besar sin oponer resistencia, aunque manteniendo su boca cerrada a pesar de los intentos de una lengua jugosa de introducirse en ella. Pero conforme el beso se trocaba más intenso y posesivo, entreabrió sus labios para permitirle la entrada y comenzó a sentir que sus sentidos se hacían primeramente agua, para pasar seguidamente a ser vapor. Tal calor se escurría por toda ella de arriba a abajo.

Dante gimió e introdujo su pierna izquierda entre las de Clara, rozando con su rodilla y muslo la ingle femenina con movimientos lentos y pausados.

"Aquello no podía estar pasando", pensó Clara, no era a lo que había ido allí y sin embargo, el círculo mágico en el que Dante los había envuelto, les tenía cogidos, haciéndoles girar en un bucle sin fin.

Como pudo se escabulló de entre sus brazos, respiró con fuerza y se alejó varios pasos de él.

—Te sentirás muy satisfecho de lo que acabas de hacer, ¿verdad?

El hombre adoptó una aptitud seria al escucharla, pero volvió a acercársele, aunque sin rozarla siquiera.

—Me siento vivo gracias a ti, yo diría que casi completamente feliz si no fuera por…

Pero ya veo que mi Clara, la mujer apasionada y sincera de anoche… ha desaparecido.

Furiosa por el comentario, se acercó y le dio una sonora bofetada.

Dante se masajeó la mejilla dolorida, no dejando ver en su rostro ni la más mínima expresión de ira.

—Craso error, mi amor. No has debido hacer eso.

La tomó de la nuca con una mano izquierda poderosa y exigente y se la acercó, besándola deprisa, casi con rabia y seguidamente la cogió en brazos, llevándola hasta el alféizar de la ventana donde se sentó con ella encima.

Clara inútilmente forcejeó.

—¡Suéltame, bruto! ¡Yo no he venido aquí para esto! —gritó, mientras se removía cada vez más furiosa, pero sin conseguir nada.

Entonces el hombre cruzó sus poderosos brazos sobre el pecho femenino, con un abrazo de oso que apenas la dejaba moverse.

Dante no quería hacerle daño ni que se lo hiciera a sí misma con tanta lucha inútil.

—No creas que me vas a engañar, sé que tras esa fachada que pretendes mostrarme ahora mismo, está la criatura más deliciosa, apasionada y buena del mundo, así que no te resistas porque acabarás haciéndote daño tontamente.

El hombre dejó escapar un profundo y lastimero suspiro.

—¡Clara, por Dios! ¡Deja de moverte!

—No y mil veces, no.

—¡Deja… de… moverte… te… digo!

—De ninguna manera, no quiero que pienses que puedes conmigo, ¡jamás!

Estaba tan contrariada y furiosa, que no se daba cuenta de que su femenino y bien formado trasero descansaba sobre la entrepierna de Dante, pero este sí que tenía plena conciencia de ello. Sujetó a la joven por las muñecas y colocó las manitas a su espalda.

Clara dejó de moverse en el acto.

—¿Qué? ¿Entiendes ahora por qué te lo decía? —le susurró con voz más que afectada e

insinuante.

Asintió sin poder emitir sonido alguno.

—Estabas tan decidida a resistirte a mí que no te diste cuenta de que moviéndote de esa forma encima de mí, o mejor dicho, restregándote contra mí de esa manera, me estabas poniendo…

—Bien…, lo he entendido —carraspeó.

—¡Ah, vale, estupendo! ¡Porque déjame decirte que lo que me has hecho, no se quita tan fácilmente!… ¿sabes brujita malvada? —sonrió con la boca ladeada, susurrándole al oído y mordiéndole la oreja.

Clara dio un respingo y echó la cabeza hacia atrás con la boca abierta.

Dante volvió a sonreír, en esta ocasión abierta y sonoramente.

—¿He creído escuchar un quedo gemido, Clara? ¿O es que mis oídos me engañan?

—¡Has escuchado bien, hombre pretencioso e insufrible!

Dante aproximó sus labios.

—Shhhh, mi pequeña leona. Calla y disfruta.

Las poderosas manos sujetaron entre sus palmas los senos femeninos, estrujándolos con suavidad y maestría, adaptándose estos a la perfección al tamaño de sus manos y dibujando con los pulgares los pezones ya enhiestos.

Una lengua traviesa dejaba rastros húmedos y cálidos por su cuello, y sus dientes mordisqueaban la nuca femenina, traspasando su epidermis los estremecimientos que estos provocaban en ella, y a los que la joven reaccionó de inmediato, apoyándose en su hombro abandonada y entregada.

La fuerte y potente erección golpeaba sus glúteos y aquello bien podía definirse como las puertas del Paraíso o del Averno.

—Por favor… basta…, si viniera alguien y nos viera así… yo…

—Tranquila mi bien, tranquila, mi sentido del oído está bastante agudizado, escucharía perfectamente si alguien subiera por las escaleras.

—Pero…

—Deja de poner pegas, por favor, amor. Quiero que me sientas.

El corazón de Clara latía acelerado bajo su contacto y en su centro mismo, la ansiedad del anhelo de sentirle en su interior, la acorralaba con fiereza contra el muro del deseo que la retenía a su lado.

Llegó un momento en el que ya no supo siquiera donde estaban, simplemente sus caricias la mantenían agarrada a la realidad de sentirle.

Dante incorporándola unos instantes pero sin soltarla, comenzó con su mano izquierda a levantarle la falda por detrás, bajándole su ropa interior y manteniéndola aún de espaldas a su torso.

Así de una manera admirable y desenvuelta, consiguió igualmente desabrocharse los pantalones, dejando libre su imponente erección.

Para cuando la joven sintió a esta jugando con su trasero expuesto, le pareció estar tan viva como la noche anterior, de nuevo entre sus brazos y obnubilada por sus caricias.

Unos pequeños hilillos de sudor le surcaban el canalillo de sus pechos acalorados, expectantes y doloridos por ser tocados, besados, lamidos… y su entrepierna, con los recuerdos

embriagadores de sus penetraciones, gritaba por tenerle de nuevo dentro.

—Clara —musitó roncamente—, cuanto más te doy y me das, más quiero. Amor, me he convertido en un drogadicto de ti. Haces que me sienta pleno, vigoroso, completo…

¿Cómo haré para dejar que te alejes de mí, si es eso lo que quisieras hacer? Me siento totalmente perdido nada más irte de mi lado, y no encuentro consuelo salvo en recordarte entre mis brazos, disfrutándome, disfrutándonos y con la esperanza de que volverás junto a mí. Ya ves, dependo exclusivamente de ti para seguir viviendo, pues todo el poder te lo ofrezco rendido y me doy a ti por entero. Tuya es la decisión de hacernos a los dos felices o desgraciados para siempre.

La muchacha no esperaba que aquel hombre enigmático y mágico, le abriera su alma de aquella forma tan turbadora, exaltada y rotunda.

Dante mezclaba con maestría la pasión y la serenidad, de manera que pasaba de una a la otra con un ritmo ágil y dinámico, pues unos instantes antes, la pasión más hambrienta parecía devorarlos y se tornaba quietud con palabras sosegadas y ahora, le entregaba su corazón y su alma, para que las retuviera con ella, junto a su corazón y su alma femeninas.

Por sus mejillas comenzaron a resbalar unas furtivas lágrimas, pues aquel hombre era la esencia misma, el compendio de todo aquello que desde siempre había deseado y esperado. No había nadie igual. No había parangón con ningún otro.

Él era y sería siempre el único.

La respuesta de la joven no fue lo que él imaginaba, y por eso se quedó mudo y parado unos instantes, cuando ella se levantó un poco, le cogió el miembro entre las manitas temblorosas y lo dirigió hacia su entrada.

—Amor, debes estar dolorida. No tienes porqué…

Dante no pudo seguir argumentando ni una sola palabra más, solamente gimió y la levantó cogiéndola por las caderas, haciendo que bajara muy lentamente y penetrándola con delicadeza extrema.

—Dante, mi Dante —susurró mientras era invadida por la magnificencia de su carne de hombre.

Apoyando sus manitas en los duros muslos masculinos, y sus pequeños pies sobre los de Dante, comenzó a moverse instintivamente, subiendo y bajando, ayudada por los fuertes brazos que la sujetaban por la cintura, permitiéndole el movimiento sin que llegase a cansarse en demasía. Las ropas de los amantes crujían ante sus embistes y Clara rogaba porque aquello acabase pronto ya que se moría por sentir el clímax, pero igualmente se negaba a que ocurriera con rapidez, y pedía en silencio que Dante la siguiera empujando, poseyéndola y amándola… eternamente.

Para el hombre, su posesión carnal no era más que una parte de lo que aspiraba y precisaba tener, ya que aquella mujercita tan dulce e impetuosa, pequeña y apasionada, era dinamita volátil, peligrosa y atrayente a partes iguales.

¿Desde cuándo se había convertido en algo tan vital para su supervivencia? De ningún modo podría decidir el momento exacto, en el que todo su mundo hubo girado tan repentina e imprevistamente con ella como eje central. Posesión. Tal palabra contenía en sí misma tantas connotaciones…

Extasiado por el aroma a mujer que penetraba implacable y profundo en su cerebro, el hombre cerró los ojos, haciéndose recordar unos castaños, grandes y brillantes. Desde que estos

se le habían metido en su mente, innumerables ocasiones se le presentaron en las que volvía repetidamente a evocarlos, y a adorarlos como un ferviente creyente a su único dios verdadero.

Sin duda, ese ramalazo de visión no había sido solo un halo fugaz de lo que podría ser volver a ver. Y ahora con ella totalmente entregada a su cuerpo devorador y hambriento, y a su espíritu inquieto y ansioso, no admitía más futuro que aquel.

—Clara —susurró en su oído con voz ronca—, Clara…

"¡Dios!" Aquella profunda y varonil voz la desarmaba por completo…

…Y sucedió.

Los fuertes espasmos femeninos del abrasador, avasallador e inminente clímax, consiguieron que el hombre se derramara en su interior gimiendo descontrolado, mientras era exprimido por las contracciones del interior de Clara.

El éxtasis de ambos les alcanzó como una salvaje marea viva e incontrolable. Como un tsunami de delectación y goce sublime, que los arrastró unidos hacia su privada playa de placer. Los fuertes gemidos de ambos se entrecruzaron, en el inexorable camino del orgasmo mutuo y los dos, hombre y mujer, eran los instrumentos vivos de aquel incorpóreo y real clímax de ambos.

Capítulo 22

Por unos minutos aquellos dos seres unidos en aquel acto tan íntimo y único, solo escucharon sus fuertes respiraciones, que progresivamente iban recuperando su ritmo más o menos normal. El apuesto y viril hombre que tenía pegado a su cuerpo era la quinta esencia del vigor y de la vida hecha carne.

Con tal compañero a su lado, no es de extrañar que Clara no dejara de moverse tras aquella extraordinaria sensación de plenitud, pues necesitaba rozarse sin pausa contra Dante, una y otra vez…, en un afán de prolongar hasta el infinito aquella unión.

Unión perfecta.

En cuanto a él, las femeninas formas que se le ajustaban con perfección a las suyas puramente varoniles, le exhortaban a regresar de nuevo al punto de partida y explorar diferentes límites de embriaguez sensual.

Pero aquella sensación de placidez y lasitud duró bien poco, ya que a Clara le seguían llegando reminiscencias del deleite experimentado, y de nuevo y con reavivado ímpetu, comenzó a moverse como queriendo renovar el gozo otra vez.

De ahí que volvieran a escapar de su garganta gemidos de placer que resultaron ser el mejor afrodisíaco posible para Dante. Su potente virilidad volvió a la vida de inmediato, erigiéndose majestuosa en el interior femenino, tocándola hasta el alma.

Impetuoso, siguió penetrándola, volviendo a moverse y lamiendo su nuca con deleite.

Pero la joven paró en seco, dejando salir de su interior la erguida virilidad.

Dante no supo qué hacer, ni tampoco dijo nada, solo esperó.

Clara tampoco habló, simplemente se encaró a él esperando, la respiración intensa.

Entonces Dante la buscó con las manos abiertas y extendidas, la localizó y colocó sobre sus fuertes muslos abriéndola a él y de nuevo, la muchacha lo tomó en su interior.

De ambos nacieron más gritos incontrolados y sus cuerpos arrebatados no dejaron de moverse otra vez, persiguiendo un nuevo orgasmo.

Volvían a agitarse al unísono, bailando la sensual y exquisita danza de los amantes insaciables, codiciosos y ansiosos, que salían unidos al encuentro del clímax mutuo que le proporcionaría la calma necesitada.

La muchacha le miraba entre la neblina del placer, admirando sus hermosas y adoradas facciones. Dante era apuesto, viril… y se le entregaba con total y absoluta confianza.

Contempló el fuerte latido en su cuello y lo besó allí con devoción, para seguidamente apoderarse de sus labios con vehemencia, abrazándolo con decisión y acariciando su nuca y espalda con sus manitas anhelantes.

Se pegó todo lo más que pudo a él y le ofreció unos gemidos quedos junto a su oído que le hicieron acelerar los empujes.

De repente el hombre paró sus cadenciosos y sinuosos movimientos de apareamiento, la levantó cogiéndola de la cintura y la colocó apoyada en sus manos abiertas de cara a la ventana cerrada.

La joven podía ver a través de esta el paisaje que se extendía a su vista, pero no se percató ni un instante de él; toda ella estaba a la expectativa de lo que Dante fuera a hacerle sentir.

Volviéndole a levantar la falda, el hombre pasó su mano por el sexo empapado y enfebrecido de Clara, produciéndole estremecimientos de anticipación.

Los movimientos acompasados de sus largos dedos, la humedecieron aún más de lo que ya lo estaba.

Se introdujo de nuevo en su interior aterciopelado y cálido.

—Siénteme dulzura y extráeme la esencia misma de mi ser. Quiero notarte rendida y entregada a nuestro mutuo placer.

—¡Sí… sí!

La muchacha gritó sin poder contenerse y eran sus gritos los que abrieron las puertas a un caudal indómito que amenazaba con desbordar a los amantes.

El enorme cuerpo del hombre la tenía atrapada entre él y la ventana, con su ancho pecho pegado a la espalda de ella e inclinado de tal forma sobre la joven, que pudiera sentirle en toda su largura, pegado a ella y manteniendo su penetrante unión, con empujones cada vez más profundos y rápidos.

Las sacudidas de la próxima culminación, resultaban ser muy seguidas a medida que la cadencia se hacía más vertiginosa e imparable.

Sin alcanzar a tocarlo como le hubiese gustado hacerlo, a Clara le parecía que le faltaba el tacto de su piel en las yemas de los dedos, doloridas por la ausencia de su particular y embriagadora textura a hombre y por el calor que su magnífico cuerpo despedía en oleadas enloquecedoramente sensuales y viriles.

La respiración de él en su oído era fuerte, acompañada de palabras suaves con las que le expresaba lo mucho que la necesitaba y lo feliz que era teniéndola así, eran sin duda, una muestra de que le satisfacía y le hacía sentir pleno de placer.

—Dante…, esto es maravilloso… Poséeme…, poséeme… así… ¡Ahhhhh!…

Deseando la evidencia líquida de su encuentro amoroso, la joven aumentó sus movimientos, yendo con un mayor ritmo a su encuentro.

Instantes después, sin poderse contener un solo segundo más y sintiendo cómo Clara se abandonaba al éxtasis, el hombre se derramó en ella, siguiéndola en su camino a la liberación.

El placer hecho cálido líquido, surcó imparable las entrañas de Clara, colmándola y sus contracciones oprimieron la verga de Dante, hasta dejarla sin una gota de su esperma.

Pasaron así un rato, con los cuerpos unidos y saciados, hasta que Dante la incorporó dejándola pegada a su torso, masajeando sus senos y cintura muy despacio.

Como la muchacha no decía nada, un nudo se le formó en la garganta.

—Clara ¿Qué ocurre? ¿Es que te he hecho daño?

La joven agradeció por unos momentos que él no pudiera verla, aunque solo fuera por el hecho de que la expresión de su cara reflejada en el cristal, era toda una alegoría ferviente de lo

que en su interior latía desbocado, y no era otra cosa que el profundo amor por Dante.

Sí. Le amaba y ya no se lo iba a ocultar a ella misma ni un segundo más. Nada de darle vueltas y más vueltas al asunto. Al igual que un alcohólico debe reconocer su adicción para empezar a curarse, Clara debía reconocer igualmente, que su enfermedad existía y que esta y su cura eran solo una, Dante.

Nada de autoengañarse. Le amaba. A su exterior magnífico y sobre todo, a su interior plagado de sombras y luces, de ansiedad y paz.

Ante su silencio, este insistió, pero al no conseguir tampoco contestación alguna en esa ocasión, le dio la vuelta con el rostro descompuesto por la incertidumbre.

La abrazó, acunándola y acariciando su espalda y fue subiendo despacio hasta su pelo, para posteriormente, tocarle la cara.

Fue entonces cuando descubrió que ella lloraba en silencio.

—No llores por favor. No quiero que llores. —Se alisó los cabellos, suspirando—. Esto ha sido un impulso que no he podido contener. Te pido perdón. No volverá a ocurrir si tú no quieres. Si es por eso que estás así, despreocúpate, yo… me tienes seducido, rendido a tus pies. No es una excusa, solo un hecho que no pudo ocultar ni hacer como que no ocurre, pero… ¡Dios! Si pudiera verte, lo necesito tanto… Seguro que entonces no podrías ocultarme nada y yo sabría lo que te aflige o alegra.

Clara no pudo contestar con palabras, sin embargo, se puso de puntillas, acunó entre sus manitas la hermosa y triste cara del hombre y le besó, primero despacio como una leve caricia, poco después, abriendo su boca carnosa para devorar la de él, pasando su lengua y dientes por los labios jugosos e incitadores de él y por último, empujando con su lengua para que Dante la dejase entrar, tal y como la había enseñado.

Su abrazo se intensificó ante tal muestra de deseo explícito y gruñendo afectado, la dejó entrar. Se sucedieron entonces besos largos, lánguidos y liberadores de cualquier tensión existente entre ellos.

A la sazón la cogió y sentándose en el alféizar, la colocó entre sus piernas, dejando la cabeza apoyada en su regazo y sintiendo los acompasados latidos de aquel tierno y único corazón femenino.

—Estoy bien.

—No lo creo. Te he tocado la cara y estabas llorando. Eso no es estar bien.

—Te aseguro que lo estoy.

—Dime por qué llorabas.

—No creo que sirviera de mucho que lo supieras.

—Clara, eso me gustaría decidirlo a mí.

La joven le acariciaba el cabello siguiendo con la mirada las ondulaciones y recreándose en su color negro y brillante.

—Estaba…, bueno…, todo esto es tan insólito para mí…, yo… aún no sé, no he decidido cómo enfrentarme a tantas nuevas sensaciones… Es difícil de explicar.

“Tal vez si le hablaba de aquello, no tendría que decirle…” pensó.

—Sé que debes sentirte como mínimo confundida. Yo también lo estoy. Eras virgen cuando te entregaste a mí. No quiero que te hagas ningún reproche. Déjamelos a mí todos, yo te he abierto los ojos al deseo, a la desesperación del anhelo recién descubierto y no saciado, a la

ansiedad de querer más y más, yo te he desvirgado… He sido un canalla, insensible, egoísta…, y mi pobre y única excusa es que… solo atiendo a mi corazón que grita, se desespera y late por ti.

—Dante, esto es cosa de dos. También yo podría reprocharme mi debilidad y si me apuras hasta mi falta de moralidad, pero no voy a ir por ese camino. Nada de reproches ni culpabilidad. Debo adaptarme a mi nueva manera de ver las relaciones entre un hombre y una mujer. Estoy segura de que es cuestión de tiempo que así sea, aunque debo reconocer que mi imaginación, por muy rica que fuera, no hubiera llegado jamás a fantasear con algo así.

—Y eso quiere decir…

—Quiere decir que no tengo con quien comparar, pero eres…

—Soy…

—Mi perfecto sueño hecho realidad.

—Clara, mi dulce amor, me estás tratando de decir que…

—Eres el hombre perfecto para mí.

—¿Y por eso llorabas?

—Sí. Por eso.

—Cariño me halagas. Tú sí que eres perfecta.

Le besó en la frente, la nariz, los ojos… hasta llegar a su boca carnosa y caliente.

Aquellos labios llenos la alimentaban de sensaciones deliciosas como el mejor de los manjares, del que por mucho que saboreara y comiera no se saciaba.

Tras una larga y maravillosa sucesión de besos y caricias, la realidad se impuso fría y calculadora entre ellos.

Clara le miró decidida a hacer lo que tenía que hacer.

—Debo irme.

Dante no quería, pero se autoimpuso el deber de dejarla partir de su lado, si bien solo fuese por unas horas o un rato, y aunque le costase Dios y ayuda tenerla lejos.

—Está bien, pero prométeme que volverás pronto Clara.

—Sí. Tardaré lo menos posible.

Depositó unos leves besos por todo el hermoso rostro de su hombre amado, dejándole en todos y cada uno de ellos, un trocito de su alma y de su vida.

Él se dejó besar con la rendición de un niño conmovido y tranquilizado por esas suaves caricias.

Capítulo 23

Cuando por fin Clara se deshizo de sus brazos, un escalofrío de pérdida le recorrió los contornos de su cuerpo y esencia, notándose vacía y perdida.

Con un paso firme que le era doloroso mantener, la muchacha se alejó dejándolo sentado con un último y leve beso en los labios con su promesa flotando en el ambiente y en la atmósfera circundante.

Allí quedaban rodeándole en silenciosa compañía, el olor de su encuentro suspendido en el aire junto a la inquietud y el anhelo del regreso pactado.

Para la muchacha el haberse entregado a él otra vez y de aquel modo tan desinhibido, le resultaba del todo punto desconcertante, pues para nada había sido su intención el volver a desear sentirle, y ni mucho menos a abandonarse de aquella manera a la implacable necesidad de dar y recibir amor.

El deseo de notar a ese alguien tan especial a tu lado, de sentir que formas parte de él, de respirar, experimentar y llegar juntos al mismo maravilloso punto sin retorno…

“No existía nada como aquello”, pensó la joven, acariciando la hierbabuena con sutileza y llevándose las yemas de los dedos impregnadas en aquel aroma, a su pequeña y algo respingona nariz.

Ahora, incluso pasadas varias horas desde su encuentro, seguía deseando la incursión de su masculinidad con desesperación, y notaba los restos de su unión humedeciendo su ropa interior, recordándole en silencio lo que habían compartido.

Inquieta por encontrar algo en lo que entretener sus pensamientos y sus manos, deseosas de nuevo de su masculino roce, la joven se había dirigido al invernadero en el que estuvo un buen rato mimando a sus plantas aromáticas.

La sensación de paz que siempre encontraba entre ellas, le era ahora en cierto modo igual, pero diferente.

Ya no era solamente el recordar la placentera armonía, que surgía en su interior rodeada de ellas con la mezcla de los diferentes aromas que llenaban sus pituitarias, sino que esta, se entretejía con la reciente descubierta vida que Dante le había mostrado, que existía con su presencia, su voz… y entre sus brazos.

Sus sentidos agudizados hasta el extremo, le permitían apreciar la sutil pero profunda manera, en que la vida se abría paso exultante y esplendorosa a su alrededor. Mirara donde mirara, e incluso con los ojos cerrados, toda ella era traspasada y acariciada por dedos invisibles, extrayéndole gemidos de su alma.

Ahora veía el mundo a través de los ojos de Dante, de sus besos y presencia perpetua en toda

ella. Ahora vivía por y para ese alguien al que adoraba sin reservas.

Ya no volvería a ser nunca más la misma Clara de antes, aunque en honor a la verdad, aquella Clara que caminaba entre las perfumadas y verdosas plantas, resultaba ser con plenitud, la máxima expresión de la alegría y paz, más próximas a la perfección.

De ninguna manera podría dejar que aquel hombre se le alejara.

Jamás en toda su vida había sido egoísta. No había existido ese defecto en su carácter.

No hasta ahora…, porque tal vez se estuviera comportando así por amor. Le quería para ella sola, por y para siempre, y si debía ser en cierto modo egoísta, pues lo sería por los dos, y con todas sus consecuencias.

Su vida, la de ambos, dependía de ello y fuera como fuera, juntos lo superarían. Juntos.

Siempre.

Con sonrisa ensoñadora en su bello rostro, Clara parecía haber emergido jubilosa del capullo en donde hubiese permanecido aletargada, hasta convertirse en la esplendorosa mariposa de vivos y hermosos colores, que resplandecía a la luz del sol en un excelso arco iris de vida.

Caminaba de regreso a la casa, llevando entre las manos varias ramas de hierbabuena, que ambientarían de forma natural la atmósfera de la cocina.

Se relamió los labios con casi pecaminoso gusto, de solo pensar en lo rica que estaría la sopa de Mina con un par de hojitas, esparciendo su sabor en el caliente y nutritivo líquido, dándole así aquel inconfundible y rico gustillo.

Soltó una pequeña carcajada con una expresión en el rostro entre inocente y pillina, reconociendo que el Amor con mayúsculas, lo era todo y lo podía todo.

Ya no había duda de que volvería a su lado una y otra vez, insistentemente, pues no era de otra manera que pudieran unirse sus almas. Si bien en lo referente a sus cuerpos…, deberían buscar unidos cómo estar cerca el uno del otro sin desearse…, acariciarse…, besarse…

***

Dante escuchaba los sonidos del exterior que se introducían por los cuatro costados de la habitación e igualmente, los dejaba filtrarse desinhibidos entre sus pensamientos.

Entre estos, las sensaciones vividas se mezclaban en un raro cóctel y sentía los labios besados, humedecidos, mordidos, saboreados… con insistencia.

Su carnosa boca era asaltada sin piedad y sin descanso, respondiendo de igual modo y ambicionando también, provocar las mismas sensaciones que él apreciaba en toda su plenitud por todo su cuerpo inflamado.

Llevó su mano izquierda hasta su entrepierna y esta le respondió dando un brinco.

Estaba sin duda alguna excitado y eso que solo había sido un sueño; pero tan real…

La conciencia de ello le llevó a percibir una soledad extraña y fría que le hizo agitarse.

Ya sin Clara no era nadie. Nada.

Ya no anhelaba recordar o ver. Ya no eran prioritarios para él.

Todo lo que quería y necesitaba era a ella y ni siquiera la sombra alargada, espesa y negra de su pasado, que se cernía amenazadora e implacable sobre su cabeza, le iba a hacer desistir de su meta, y esta había cambiado tanto desde que recuperó la conciencia…

Ahora su finalidad no era otra que estar con Clara. La quería en su vida, a su lado, en su cama…, pues en sus pensamientos y sueños, ya era su humilde esclavo y dueño. Aunque el Destino fuera cruelmente juguetón e injusto, quizás guardándole la sorpresa de una mujer en otro

sitio, sabía a ciencia cierta que la elegida de su corazón no era otra que Clara. Se lo decían su cuerpo y sobre todo, su alma.

Independientemente de que los obstáculos, sinsabores y el dolor que aquella persistente necesidad que Dante tenía, de ser solamente junto a ella, les llevaran a desentrañar juntos lo peor de su pasado, la certeza de que al final cualquier cosa vivida les llevaría a no separarse jamás, le era suficiente para luchar. Por él. Por ella. Por los dos.

Sonrió. Una sonrisa que hubiera iluminado la más negra oscuridad.

Ya podía soportarlo todo. Cualquier cosa, cualquier dolor, cualquier revés que le viniera.

No quería saber nada más que una cosa: si ella, su Clara, estaba dispuesta a luchar a su lado por un futuro juntos.

Pero sí. No sería de otro modo. Aquella mujercita era dulzura y fuego, ternura y dureza.

…Y la amaba. La amaba dulce, tierna, apasionada y dolorosamente.

Con el sufrimiento de la espera que parece hacerse eterna.

Con el dolor que supone la anticipación del encuentro tan esperado y que parece no llegar nunca.

Con el padecimiento de las ganas de darse y satisfacerla hasta el extremo.

Con la desazón de necesitar la mutua y unísona culminación de ambos…

Las horas pasaban dejando un invisible reguero de minutos y segundos.

El sol, que poderoso se cernía en el cielo dejando caer sus calurosos rayos sobre la tierra, se fue despidiendo en silencio conforme la tarde avanzaba, y las sombras de los árboles se alargaban sobre la hierba del jardín.

Ya los últimos zorzales rezagados, volaban rápidos hasta sus nidos entre las altas ramas de aquellos árboles, en los que año tras año, volvían a anidar.

La vida paraba su trepidante ritmo y el susurro del descanso nocturno, orquestaba una suave y relajante melodía.

***

Había llegado el momento.

Si ya eran solo uno en ciertos aspectos, debían serlo en otros, como la confianza.

Nada de secretos. Clara estaba dispuesta a hablarle de sus descubrimientos. Antes lo comentaría con el doctor Sandoval, pero estaba casi segura de que el siguiente paso era aquel.

Unas pisadas algo pesadas sobre el camino de gravilla, la advirtieron de que alguien se acercaba. Conocía perfectamente de quien eran aquellas y con una suave sonrisa se giró.

Efectivamente, su querido amigo el doctor, se acercaba un tanto vacilante.

—Mi querida Clara.

La joven se levantó del banco.

—Ahora mismo estaba pensando en ti.

El hombre levantó una ceja.

Ella en un impulso, le abrazó.

Bruno no supo qué decir ni qué hacer.

La joven le ofreció un asiento a su lado.

—Creo que a estas alturas no debe haber tanta formalidad entre nosotros, ¿verdad?

Al hombre le seguía costando responder y asintió con un leve movimiento de cabeza, al tiempo que introducía su dedo índice entre su cuello y el de su camisa, pues de repente, le

parecía que le apretaba.

—Quería verte para hablarte de un asunto que… bueno…

—Sobre él.

—Sí.

¿Cómo era que antes en su mente había dispuesto sus palabras de forma clara y concisa, para exponerle al doctor sus pensamientos y ahora no le salían de la misma manera?

—Lo que te voy a decir, solo Mina y yo lo sabemos, pero creo que ya es tiempo de que tú también estés al tanto.

—Clara me estás asustando.

—¡Oh! No te preocupes. Es referente a él, pero siento que mi descubrimiento puede ser… beneficioso.

—Bien, siendo así…

La joven le miró a los ojos, los suyos bien abiertos y brillantes.

—No quiero aburrirte con los detalles, simplemente te diré, que descubrí dos objetos en la gruta de la Virgencita.

El hombre se tensó.

—Estos objetos son un anillo y una medalla. En el primero, hay grabadas unas iniciales D.T.M., y un escudo; y en el segundo, un escudo por el anverso y un lema por el reverso: “Donde se halle tu Destino, allá tus pasos te guiarán”.

El doctor se levantó y volvió a sentarse. Carraspeó nervioso.

—He estado en la biblioteca consultando libros y al final, he descubierto que sus apellidos son Toscani Montalbán. En cuanto al nombre, sinceramente la “D” podría ser de David, Daniel…; así que decidí llamarle Dante, por lo de que su primer apellido es italiano y además, me vino a la cabeza el autor de la Divina Comedia.

El doctor cogió entre sus manos las de la joven.

—Clara, me parece increíble lo que me cuentas, increíble y magnífico. Si no tienes dudas al respecto, vas por el buen camino de descubrir más sobre ese hombre. Ahora bien, tu prudencia en no ir divulgando por ahí tales descubrimientos es de alabar, por lo que no acabo de entender por qué me lo cuentas a mí.

—Pero, Bruno, si eres como de la familia, aunque me arrepiento de no haberte hablado de esto antes; ahora que lo he hecho, me siento liberada. Sé que podrás aconsejarme si debo o no decírselo a él.

—Entiendo.

El hombre se atusó el cabello pensativo.

—Gracias por tu confianza Clarita. En cuanto a él, le veo muy recuperado, yo diría que está en plenas facultades físicas; pero sin embargo, mentalmente no sé hasta qué extremo esto podría afectarle. Yo… pensaba hablar contigo de lo último que he averiguado, pero ya que me brindas esta ocasión para hacerlo, no voy a demorarlo más.

He estado consultando libros, algunos muy antiguos, otros más recientes, y en base a estos y a mis propias teorías, he llegado a varias conclusiones respecto a la pérdida de memoria. Esta puede ser debida a un traumatismo craneal, fiebre prolongada e incluso a trastornos emocionales relacionados con el dolor y unido a un trauma psicológico, donde la conciencia para autodefenderse borra a este, y todas las experiencias asociadas al mismo. El caso más extremo,

es cuando esa persona olvida quien es, convirtiéndose en una especie de sonámbulo, ajeno a su personalidad habitual, y al estar dormidos sus sentidos de la identidad y la conciencia, la persona puede exteriorizar ciertos impulsos que esta última, despierta, no dejaba aparecer en la superficie.

Clara escuchaba al doctor y se sentía extraña.

Bruno hizo una pausa y la miró, esperando.

—¿Esta pérdida de memoria se refiere a que el carácter de Dante podría no ser el que ahora conocemos?

—No estoy diciendo eso, pero…

—Pero no estás seguro, ¿verdad?

—Con lo que tenemos hasta ahora, afirmar que este es el caso del desco…, quiero decir… de Dante, es mucho decir. Su personalidad es fuerte, arrolladora y es un hombre de firmes fundamentos. Es insensato adelantarnos. En cuanto a decirle lo de las dos joyas… Estamos a miércoles, el domingo sería un buen día para ver cómo ha ido hasta entonces su recuperación; tan solo unos días más para ver que en verdad él está ya bien.

—El domingo.

—Sí Clarita. El domingo, día en que nuestro Señor descansó al crear el mundo, tal vez ese día sea el principio de la creación de su vida también para él y para todos los que nos preocupamos por su pasado, presente y su futuro.

—Sí así es. En cuanto a las joyas, me hubiese gustado enseñártelas para que las pudieras estudiar in situ. Bueno, las tengo en un sitio que me pareció en su momento seguro y no me atrevo a ir por ahí con ellas encima.

—¡Oh, Clara!, no tienes porqué excusarte ante mí. Sé de modo fehaciente, que esas joyas están tan seguras como si estuviesen en una caja fuerte o en el mismísimo palacio del rey.

La joven le dedicó una dulce sonrisa que hablaba de amistad, cariño y complicidad, y se levantó, haciéndolo igualmente el doctor.

Este caballeroso, le ofreció su brazo a la muchacha la cual con una fugaz expresión de preocupación y repentina seriedad reflejada en su rostro, aceptó.

Juntos regresaron a la casa, aunque del mismo modo sus pensamientos se unían, pues ambos pensaban en la misma persona: El señor Toscani Montalbán con su pasado, presente y futuro, formando una gigantesca y algo más aclarada incógnita, para él y para todos los que le rodeaban.

Un misterio que desbordaba a todas y cada una de las personas, que hasta su aparición le conocían, y que se había convertido, en fin, en una especie de ciclón que surgido de improviso y con energía poderosa, les había atrapado a todos de una manera o de otra.

Sin embargo, a ninguna de sus “víctimas”, les pasaba desapercibido que ante tal poderío acumulado y comprimido en su persona, la resolución a tanta incógnita surgida con su presencia inesperada, tendría que ser igualmente avasalladora e inmensa.

De las consecuencias subsiguientes, nadie se podía ver capaz de imaginar ni por lo más remoto, lo que surgiría de estas, y en qué modo y medida les dejarían, una vez resuelto el jeroglífico viviente en el que se había convertido.

La incertidumbre mezclada con miedo a partes iguales, y con una pizca de estrepitoso anhelo de resolución, eran un cóctel demasiado fuerte y difícil de saborear.

Capítulo 24

La luna pletórica, iluminaba con su luz el pequeño y confuso mundo de Clara.

El claroscuro de las sombras, confería al cortijo y los alrededores, una silenciosa y siniestra placidez. Noche de luna llena donde las ilusiones y los temores, entrechocaban en un extraño baile esperpéntico.

En su respectiva habitación cada uno de los dos, Clara y Dante, desplegaban a través de sus pensamientos, sinuosas siluetas de ambos juntos.

Si bien Dante reposaba boca arriba en actitud relajada con ella llenándole por completo, Clara intentaba proporcionarse una quietud que estaba más que lejana de sentir. Así transcurrió un largo rato, hasta que la muchacha ya no pudo más y tras salir airosa de los varios impulsos que había tenido en los anteriores minutos, de marchar apresurada a su encuentro, sucumbió estrepitosamente al último de ellos.

Antes de que volviese a dudar de su resolución, se abrigó con una toquilla de ganchillo color verde hierba, sobre su insípido camisón blanco y con sus pequeños pies descalzos, que ni siquiera esperaron la silenciosa orden de moverse, abandonó cautelosamente su acogedora alcoba.

“Solo buenas noches. Solo eso y me iré”, pensó autoconvenciéndose de su firme e invariable decisión.

Caminó como una autómata por el pasillo en absoluto silencio. Salvo el fuerte latido de su corazón, ella no escuchaba absolutamente nada que rompiera aquella calma. Sus delgadas piernas llevaban a la muchacha hacia su destino, y cuando llegó a este, también su mano fue por libre y abrió la puerta.

Esperaba encontrarle tumbado en la amplia cama todo lo largo que era, dormido…, pero no fue así.

Ante sus ojos, que enseguida se acostumbraron a la oscuridad, solamente rota por la luz lunar que entraba por la ventana abierta, la poderosa imagen del hombre la dejó sin aliento: desnudo e imponentemente viril, su perfil se cincelaba recortado entre los claroscuros de la habitación.

El hermoso rostro, el pecho tallado, el abdomen plano y su sexo… voluptuosamente erguido. Como una estatua de mármol, el hombre aparecía esculpido en toda su plenitud mundana y divina.

De nada le sirvieron los pequeños mordiscos que la joven dejó en sus labios, ni tampoco la contención de su respiración. Se sentía incapaz de abandonar aquel lugar donde él se encontraba. Anduvo hasta quedarse dos pasos detrás de él.

Aquel hombre, que de lejos le había parecido una estatua hermosa y fría, desprendía en su

cercanía excitación, y un calor devastador y acogedor a la vez.

Alargando su pequeña mano temblorosa, Clara se dijo que solo sería una sutil caricia.

Pero esta no llegó a su objetivo.

Dante se volvió y la atrapó entre sus brazos, acercándola hacia su pecho.

La coronilla de ella le llegaba justo al hombro y su sexo erecto le daba golpecitos en el vientre. Estando en esa tesitura, Dante aprovechó la tan dispuesta situación y bajó su cara hasta tenerla donde exactamente quería. Y entonces la inspiró. La inspiró como si quisiera introducir su esencia misma, su aroma a lavanda y mujer, hasta el último rincón de su cerebro y dejarlo saturado.

Clara sintió una fuerte y enorme mano que empujó su trasero hacia él.

Sus cuerpos estaban tan pegados.

—No te esperaba.

Apenas fue un susurro en su oído, pero la hizo estremecer de pies a cabeza.

—No podía irme a dormir sin desearte las buenas noches.

—Yo no podía dormir sin tenerte así.

La acarició de arriba abajo mientras la hablaba quedamente.

—Clara me eres tan necesaria, amor…, pero esperaba que te quedaras en tu cuarto por el bien de los dos.

—Sé que no debería haber aparecido. No sabes cuántas veces me he ido repitiendo mientras venía hacia aquí, que solo sería desearte buenas noches e irme, pero sin embargo, en lo que respecta a ti, mi sensatez me abandona completamente.

—Lo sé, amor, lo sé. Pues la mía se escapa con la tuya, a Dios sabe dónde.

Agachó su cabeza hasta que sus labios ardientes se unieron a los de ella.

Entre ellos había habido besos apasionados, devoradores, provocativos, lujuriosos…

Aquel beso era el más tierno y entregado que se daban. Sin las connotaciones propias del deseo carnal más imperioso e imparable. Era un beso suave, apenas una caricia entre bocas carnosas y cálidas.

La joven percibía en toda su plenitud, cómo aquel cuerpo desnudo y pecaminoso, contrastaba con el suyo vestido y recatado.

La toquilla resbaló de sus hombros y cayó al suelo.

Sintió humedad en su sexo.

El hombre se apartó de ella un par de pasos, dejándola sola y fría.

—Será mejor que te vayas.

La joven vio como Dante llevaba su mano izquierda hasta su pene, tapando su erección.

Sin embargo, tuvo tiempo de fijarse en cómo la punta de este brillaba.

Parpadeó.

Su casto beso no dejaba de ser un beso y a ambos les había afectado.

Sintió humedad en su camisón.

También aquel beso los humedecía por igual.

Acortó la pequeña distancia entre los dos y posó su manita sobre la de él.

Dante suspiró pesadamente. No quería dejarse llevar. No quería amarla esa noche, pues sabía que tampoco la dejaría irse después… Nunca.

—Clara vete, por favor.

Sin el menor atisbo de haberle escuchado, la muchacha cogió con su manita libre la de él y la llevó hasta su entrepierna.

Los largos y delgados dedos masculinos, notaron a través del camisón la humedad femenina y cómo se empapaban enseguida, de la savia que fluía del centro mismo del cuerpo de Clara.

—Me deseas.

Afirmó la joven, moviendo sus dedos a lo largo de la erección.

—Sí.

El hombre introdujo su dedo índice en ella.

—Y tú a mí.

Clara aferró ese dedo invasor en su entrada.

—Sí.

De repente, la alzó como si fuera una pluma, tan ligera era entre sus fuertes brazos.

La mujer sintió su espalda apoyada en la pared y el frío en sus pantorrillas, rodillas, muslos y sexo, conforme Dante le subía el camisón hasta la cintura.

—Pídeme que me pare —habló con su voz enronquecida.

—Nunca.

—¡Pídemelo! —volvió a decirle aún más poderosa su voz.

—¿Es que acaso quieres que muera?, pues eso sería lo que pasaría si tú no me deseases, tocases, amases…

Aquel hombre grande, fuerte, viril, era como arcilla moldeable escuchando a Clara susurrarle al oído palabras de amor.

Apoyó su frente en la de ella.

—Entonces, tenemos un problema, ¿verdad?

—Sí. Lo tenemos.

La mujer que no había conocido varón hasta estar entre sus brazos. La joven que había mantenido una lucha encarnizada contra ella misma, incesantemente una y otra vez, y que consecutivamente había perdido la batalla; la muchacha que siempre soñara con alguien así, entrando y quedándose para siempre en su vida, y Clara que solamente respiraba porque él estaba junto a ella y la quería…, dejó de luchar, de pensar y nada más se dedicó a sentir, a él y a ella misma.

Dante desabrochó con rapidez los botones del camisón, tiró de este y se lo bajó hasta dejar sus hombros y pechos al descubierto.

Seguidamente, la sujetó con una mano bajo su trasero y con la otra llevó su erección hasta su hogar, dentro de ella.

La penetró con su sexo poderoso y candente.

El gemido femenino le inundó los sentidos, y escuchó que de su boca también escapaba uno fuerte y profundo.

Ella acarició los anchos hombros con sus manos y le rodeó el cuello con sus bracitos.

Por unos momentos la dejó solo agarrada así y unidos internamente, mientras posaba sus manos abiertas a ambos lados de su cabeza.

—Tú y yo somos unos inconscientes. Nos comportamos como dos adolescentes desenfrenados. ¿Crees que esto es normal?

La pared interior de su vagina presionó a Dante, era parte de su respuesta. La otra parte de

esta, fue la succión del labio inferior y posterior mordisco del mismo.

Él la dejó hacer y ella así lo entendió.

Pellizcando sus pezones, lamiendo sus labios, cuello y clavícula, descendiendo por su torso duro y abdomen plano… hasta enredar sus deditos en la mata de vello púbico de ambos.

Dante se llenó las manos poderosas con sus senos plenos, y los pulgares juguetearon con los pezones endurecidos y supersensibles, bajando por su vientre hasta que la asió por las nalgas, subiéndola y bajándola, una y otra vez…, en un ritmo acompasado y escuchando el chapoteo que aquel baile erótico provocaba.

Pero Dante de repente, paró en seco y la levantó, dejando escapar de sus entrañas su pene dolorosamente erguido y mojado por los fluidos entremezclados de ambos.

Clara protestó, brotando de su garganta un quejido de dolor por la pérdida y el vacío que este conllevaba.

El hombre la depositó en el suelo erguida y se arrodilló ante ella, como un siervo medieval lo haría en señal de vasallaje ante su dueña.

Desde donde estaba, la joven veía unos anchos hombros, su cabeza agachada y el negro pelo veteado de luz de luna.

Él se puso de rodillas y las yemas de sus dedos comenzaron un viaje ascendente desde sus piececitos hasta su entrepierna, parándose con vagancia premeditada en sus pantorrillas y en la parte interna de los muslos y percibiendo la suavísima piel que se erizaba a su paso.

Cuando el viaje sensual llegó a su objetivo, que no era otro más que donde minutos antes su virilidad había estado encajada, la olió.

Sus fosas nasales se impregnaron del olor a mujer, a su mujer, tan personal y único como ella misma, y a la miscelánea, a la mixtura de este con el suyo propio, tan masculino, viril y exclusivo.

Entreabrió los labios y chupó sediento, su lengua la humedeció al instante aún más.

No sabía cómo ella reaccionaría ante lo que pretendía hacerle, y para no perder ni un segundo más del preciado tiempo del que disponían, Dante acarició su vello y lo sopló.

Clara se movió instintivamente queriendo pegarse aún más a la pared, aunque le era del todo punto imposible, ya que lo estaba completamente, desde que él la había depositado en el suelo.

Aun así, intentó retirarse, e hizo ademán de cerrar las piernas e impedir su acceso.

—Déjame amarte Clara.

Su voz viril, poderosa y enronquecida por el deseo, le llegó a lo más profundo de las entrañas.

—Pero…

—Déjame mostrarte cuanto deseo tu placer, amor. Déjame sentir que mis caricias te derriten; cómo te disuelves entre gemidos y vuelves a rehacerte con otras, moldeada por mí. Tu deleite es tu gozo y hacerte sentir así, es el mío.

Unas temblorosas manitas descansaron sobre su cabeza. Atrapaban su cabello al tiempo que él acariciaba sus entrañas. Y le dejó poseerla de aquella manera.

Con dedos hábiles y plagados de mimos sublimes, se abrió paso hasta su centro mismo, donde su pequeño y endurecido botón, le recibía despertado de su letargo.

Cuando sus labios la besaron allí; cuando su boca la saboreó como un hambriento ante un exquisito bocado, y sus dientes la mordieron delicadamente, Clara se le entregó sin reservas.

Durante un rato el hombre se dio un festín, hasta que supo sin la más mínima de las reservas, que ella estaba preparada y tan ansiosa como él de unirse, por lo que Dante se incorporó, levantándola con sus fuertes brazos, hasta dejar su rostro arrebolado a la altura del suyo, serio por la pasión y hermosamente masculino.

La miró devorándola… y la besó. Y en aquel beso arrebatador, ambos entremezclaron y saborearon sus esencias plenamente embriagados.

Clara vigorizada, degustó con ansiedad el sabor del hombre y su propio gusto, en aquella boca devoradora e incitante hasta el extremo.

Dante enervado, persiguió con pasión y sin descanso sus labios, lengua, paladar y dientes, impregnándose e impregnándola de los dos.

Los imparables y profundos gemidos se sucedieron en un único concierto, en un dueto de voces bien acopladas y conectadas.

De nuevo la penetró de un solo y poderoso envite, y segundos después, ninguno pudo resistir más la pasión que los invadía, la necesidad del mutuo e infinito placer que les inundaba a partes iguales, y que les desbordaba arrastrándolos hacia la dicha más feliz que se pudiera imaginar. La entrega mutua sin reservas ni tapujos.

Llegaron al unísono, acoplándose en un clímax más allá de las estrellas, más allá de todo lo que no fuera ellos y su mutuo amor.

Tiempo después, despertó acurrucada entre sus brazos, y parpadeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad del cuarto. Todavía era de noche y la luna seguía iluminando poderosa en el firmamento.

Para Clara era el momento de irse.

Debía volver a su habitación. Lo sabía, Dios, lo sabía. Pero dejarle, aunque tan solo fuera por unas horas, ya le rasgaba el alma. Y sin embargo, no había otra alternativa.

Le miró con el corazón encogido de amor.

Su hermoso rostro varonil se le aparecía en actitud relajada. Dante dormía como un niño grande, tranquilo y feliz.

Con sumo cuidado, le apartó la enorme mano de su cadera izquierda. Él soltó un leve gruñido, pero no despertó.

Capítulo 25

La joven movió entonces muy despacio sus piernas desnudas, hasta dejarlas pendiendo del colchón y acto seguido, se incorporó muy lentamente.

Pisó el suelo y el camisón se deslizó por su cuerpo y la tapó castamente.

Buscó con la mirada su toquilla, la recogió, se la puso sobre los hombros y comenzó a dirigirse hacia la puerta.

Antes de desaparecer por ella, volvió a mirarle, deleitándose en el cuerpo más sexy que podía haber imaginado.

Dante se había dado la vuelta y quedaba de cara a ella, destapado y desnudo.

Metro ochenta de pura vida, fuerza y perfección varonil…, y había sido todo suyo; suyo incluida su alma.

Desistió de hacer caso a una vocecita tentadora para que volviera a su lado y cerró despacio la puerta, no sin antes lanzarle un beso.

Abrazada a sí misma, la toquilla le procuró un calor artificial, que apenas le quitaba el frío que sentía fuera del cerco de su amado abrazo, acogedor y seguro.

Regresó a su cuarto inflamada de paz y alegría infinitas. Dejó caer sobre los pies de su cama la toquilla y el camisón. Dormiría desnuda. Se desplomó sobre su lecho, abrazándose a la almohada y su respiración se fue haciendo por momentos más relajada y profunda. Una dulce sonrisa entreabría su boca.

… Y soñó. Soñó plácidamente con un maravilloso hombre de brillantes ojos azules, ojos que la miraban fijamente y llenos de amor.

¡Ya comprendo! Te alejas de mí, porque no quieres estar atada a un patético y maldito ciego ¿No es así?

La sujetó por el brazo con fuerza, tanta fuerza que la mujer se quejó entre sollozos por el intenso dolor.

Con un gesto despectivo la dejó libre de su mano, cuyos dedos la habían atenazado como una garra, quedándole señales en la sensible y blanca piel, marcándosela…

Dante despertó sobresaltado al escuchar entre sueños su voz enérgica y dolorosamente angustiada, gritando. Un sudor frío y pegajoso, le corría por la frente y el pecho, y una amarga sensación le llenaba la boca.

Solo había sido un mal sueño, solo eso.

Instintivamente, extendió el brazo. Su mano tocó… el vacío. Ni rastro de Clara.

Creyendo que seguía dormido, lo alargó de nuevo y también notó que las sábanas estaban frías. Ella se había ido hacía tiempo y volvía a estar solo. Comprendía aunque sin ninguna

alegría, que aquello tenía que ser así, pero estaba dispuesto a que las cosas tomaran un nuevo rumbo, rumbo que él mismo trazaría pronto, muy pronto.

Respiró profundamente y su amplio pecho se elevó.

Horas antes, en aquella y otras partes de su cuerpo, Clara había dejado un reguero de besos cálidos y húmedos, que le habían arrebolado la piel y hervido la sangre en las venas. Ambos se habían saboreado y devorado a besos, y excitado recíprocamente hasta extremos de puro éxtasis.

Se durmió con una dulce sonrisa en los labios y soñó que soñaba con unos ojos castaños, con un pasado, presente y futuro junto a ellos.

***

Con el nuevo día llegó la rutina diaria de la vida del cortijo andaluz. Cada uno de sus habitantes, iba y venía a sus quehaceres con gusto y eficacia.

Clara escuchó que llamaban a la puerta, al principio con suavidad, pero después más insistentemente.

Entre sueños dio permiso, mientras se desperezaba y abría sus ojos, para ver a una Mina pálida y seria entrar en el cuarto.

“Dante”, pensó.

Sintió una bilis amarga subirle por la garganta.

—¿Es Dante?

De un salto, con el alma encogida, abandonó la cama y se dirigió hacia la puerta, sin importarle su desnudez.

—No, hija, no es eso. Aunque sí parece relacionarse con él.

Volviéndose a mirar a su tata, la muchacha dejó suspendida su trémula mano dirigida hacia el frío pomo. Un extraño desasosiego la invadió de inmediato.

Se dejó caer, deslizándose por la pared decorada hasta sentarse en el suelo.

Su cuerpo temblaba y se abrazó, como en un intento de calentarse y protegerse a la vez, de lo que estaba por venir.

Un sentimiento de pérdida la penetró, asentándose en toda ella y la invadió por entero.

Mina se le acercó llevando consigo la colcha, que echó sobre ella hasta dejarla tapada a la altura de la barbilla, depositando unos suaves besos en el pelo y le habló con lentitud, entre susurros.

—Hay un hombre esperando en la salita. Dice que es familiar de Dante. Pero si quieres mi opinión, no se parecen mucho físicamente.

—Bien, tata. Dile que iré en un momento.

Como la mujer no se moviera del sitio, supuso acertadamente que aún había algo más.

La miró, esperando.

Mina la observó con un halo de tristeza en los ojos.

—Le… acompaña una mujer. No han dicho qué parentesco les une a ella con ambos.

Clara cerró los ojos. “Su mujer “. Tembló involuntariamente.

Su mundo estaba por desmoronarse de un momento a otro irremediablemente.

El temido día había llegado y no estaba preparada. Ni aunque hubieran pasado mil años, jamás estaría preparada para ello.

El cómo supieron que él estaba allí, era lo de menos en esos momentos. La familia de Dante se encontraba en su salita. Venían por él.

Su tata depositó un solitario beso en su frente.

Ya sola, Clara paseó su mirada por la habitación, como si fuera la primera vez que la viera. Un fuerte amargor a pérdida le llenaba las entrañas. Quería llorar, gritar, morir…

Había tardado un poco más de lo que acostumbraba en vestirse, aunque solo fuera para darse tiempo a serenarse en la medida de lo posible.

Ni se planteó tomar algo de desayuno. No le entraría ni un solo bocado.

Su mente iba frenética entre los innumerables pensamientos que la tenían distraída.

Tal vez la mujer era su hermana o prima, una amiga de la infancia, la mujer de su pariente… tal vez, tal vez…

La inesperada llegada de aquellos dos extraños, hacía que le rondaran en la cabeza varias posibilidades; sin querer de ningún modo que la más acertada de todas ellas, fuera la verdadera.

También le preocupaban los derroteros que aquella visita inesperada pudiera tomar. Las intenciones respecto a Dante y a todos ellos.

Unos pasos pequeños a lo largo del pasillo, la alejaban de la seguridad de la ignorancia, y la acercaban a la más absoluta y dolorosa verdad.

Bajó lentamente las escaleras, dándose tiempo de tranquilizarse lo suficiente, como para no dejar entrever la tormenta que rugía implacable en su interior.

Debía tener calma, ahora y después de que aquellos extraños, le hicieran partícipe del asunto que les traía a su casa.

Una plegaria muda, honda, revoloteó entre sus labios y… entró.

Desde el umbral, sus ojos se dirigieron hacia la figura de espaldas frente a la puerta, que observaba con detenimiento el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

En un primer vistazo, el hombre le pareció más alto que ella, pero algo menos que Dante. Su ropa era elegante, de buen corte y se le adaptaba perfectamente a la delgada y bien proporcionada figura; en cuanto a su pelo, este era castaño y le caía lacio hasta la base del cuello, tenía aquí y allá vetas de un color parecido a la ceniza.

Al darse este la vuelta para ver quien había entrado, Clara le miró directamente a los ojos, que le parecieron del color a la miel de caña, que solía tomar con hojas de lechuga desde que era niña.

Con una amplia sonrisa en unos labios algo más finos que los de Dante, pero también bellos, el desconocido se dirigió a ella, dando varios pasos hasta quedar a una corta distancia de la joven, a la cual le pareció demasiado corta por cierto, a juzgar por los dos pasos que ella dio hacia atrás, para retirarse de esa proximidad.

Unos dientes blancos, perfectos, se dejaron ver.

El hombre besó la pequeña mano con fervor y la miró sin dejar de sonreír.

—Mi querida señorita Villegas. Cuánto me alegra conocer por fin, a la persona que ha rescatado de la muerte a mi hermanastro. Nunca podré pagarle lo que ha hecho por él. Usted y por supuesto, todos los que han ayudado en su recuperación. Pero, le ruego disculpe mis modales, antes de seguir, me presentaré: mi nombre es Arturo Toscani de la Fuente y permítame, que le presente, a la señorita Gabriela Rojas, prometida de mi hermanastro.

“Su prometida… Su prometida…” repetía el eco en su mente.

“No está casado, ¿cabía la esperanza de que…?”

“Locura… locura…”

Clara posó su mirada en la tal Gabriela, y supo de inmediato, que Dante jamás podría quererla a ella, a una simple mujer recluida en un cortijo andaluz.

Era la antítesis de aquella belleza de cabellos lacios rubios oscuros y ojos verdes, pero pequeños y sin brillo, que la observaban desde su asiento en el sofá.

Pareció sentir que algo se desgarraba en lo más profundo de su ser. Las piernas le flaquearon. La boca la sintió seca, como si masticara serrín. El corazón le dio un brusco vuelco y escuchó con nitidez extrema, cómo su alma se rompía en miles de diminutos pedazos.

Tras unos instantes en los que se quedó mirando perpleja a los visitantes, reaccionó.

La mujer también la observó desde su asiento, con cierto deje de curiosidad y malicia, antes de levantarse y saludarla, estrechándole la mano con la suya enguantada.

—Estoy encantada de conocerla, señorita Villegas. No sabe la deuda tan grande que tengo con usted.

A la joven le pareció que tanto su voz como sus palabras, no le eran del todo dignas de confianza. Había algo. Algo… que no lograba identificar, pero que le hacía desconfiar.

Nunca se había equivocado, pues tenía un sexto sentido que cuando conocía a alguien, enseguida sabía si podía confiar o no; y en el caso de aquellas dos personas, la respuesta era muy clara: un rotundo y revelador “no”.

Simulando una sonrisa le estrechó la mano.

—Les doy la bienvenida a mi casa. Por favor, siéntense.

Paseó su mirada por el tresillo de la salita, y le pareció que sería demasiado confortable para una visita, a la cual hubiera querido despachar con prontitud, o mejor aún, que jamás se hubiera presentado. La atmósfera parecía pesada e irrespirable. El tic—tac del reloj sonaba interminablemente, y Clara creyó morir y volver a nacer al ritmo del mismo.

Su pequeño cuerpo, estaba allí con aquellos desconocidos, pero su mente y espíritu, ya reposaban abandonados entre los brazos seguros de Dante.

“Dante… Dante… Dante…” Cada latido de su triste corazón le nombraba.

¿Cómo haría para verle con ella? ¿Cómo haría para dejarle marchar? ¿Cómo haría para seguir viviendo sin él?

Sabría entonces de primera mano lo que quería decir: “morir de amor”, dolorosa y literalmente. Estaba segura de ello.

Pasaron varios minutos en los cuales parecía que el silencio se podía cortar.

Entre aquellas tres personas, la distancia era infinita, aunque estuvieran sentadas tan cerca unas de otras, en el pequeño y agobiante universo que era aquella habitación.

Para Clara, la bofetada invisible que había recibido con la llegada de aquellos dos extraños, la había dejado señalada, marcada con fuertes dedos infinitos e inmisericordes.

Mina sirvió un pequeño tentempié, que apenas fue consumido por el hombre, no así por ninguna de las dos mujeres.

El tiempo transcurría, y tras haber sido la anfitriona perfecta, ofreciéndoles ese pequeño refrigerio, y la consabida conversación vacía sobre el tiempo y otras banalidades varias, esta parecía dirigirse sin remisión al tema clave: Dante.

Capitulo 26

Intentó tragar una saliva inexistente, y trató de no echarse a llorar con desesperación;

trató, en fin, de seguir viviendo, aunque su corazón hacía rato que había dejado de latir en su pecho, encogido y seco por el dolor de la inevitable pérdida.

De repente, el hombre se irguió en su asiento y la miró con el ceño fruncido.

—Verá usted señorita Villegas. Aunque su compañía nos es muy grata, no puedo perder más tiempo y confesarle el motivo de que estemos aquí, aún a sabiendas de que no tendría que explicarlo en absoluto.

—No. No tiene porqué —contestó Clara sin apartar sus ojos de él.

—Bien. Sabemos del sacrificio que habrá sido tanto para usted, como para el resto de los que están aquí, el haberse dedicado día y noche, al cuidado de mi hermanastro Dante.

La joven dio un respingo en su asiento. Aquel extraño había dicho un nombre. El mismo que ella al tuntún, le había asignado al desconocido en su momento.

El hombre continuó hablando como si no se hubiese dado cuenta de ello.

No fue el caso de la mujer que sí se percató.

—Nunca podremos agradecer lo suficiente, todas las atenciones, todos los cuidados y desvelos, que han tenido con él; sin embargo, nos es del todo punto esencial saber en qué condiciones se encuentra. Si ya le es posible viajar, o en cuánto tiempo podría ser capaz de hacerlo. También, si tanto su estado físico como el mental son satisfactorios.

En fin, nuestra prioridad es que esté tan recuperado que pronto regrese a casa con nosotros.

Para la muchacha, la sola idea de perderle le suponía convertirse en un zombi, en una triste sombra para el resto de su pobre y solitaria vida, pero hasta ahora, todas las divagaciones sobre esa posibilidad habían sido eso, solo divagaciones. La certeza, la realidad pura y dura, se imponía implacable e inquebrantable.

Sintió una angustia, que nada tenía que ver con la causada por una mala digestión. No.

Ella sabía que aquella tenía su origen, su nacimiento, en la impotencia por conseguir que él se quedase a su lado para siempre.

Dejó por un momento de pensar en el negro vacío, que cada vez se iba apoderando más de todo su ser. Debía tener los pies fríos y la cabeza caliente, pues no era el momento para regodearse lastimosa en su pérdida. Ya tendría el resto de su vida para hacerlo.

En escasos segundos, era de vital importancia decidir si hacerles partícipes de todas y cada una de las nuevas facetas que Dante poseía.

El no saber nada de cómo era antes de conocerle, jamás le había reportado más incertidumbre, que la propia de saber si era libre o no y el porqué de su estado; el resto, carecía

de verdadera importancia.

Sin embargo, ahora debía ser objetiva, lo más que pudiera, y analizar si era conveniente exponerles, todo o una parte de la presente situación.

Dudaba… Muchísimo.

Su tata, ejemplo vivo y tierno de la sabiduría popular, siempre le decía: “Ante la duda mejor abstenerse”.

—Señor Toscani. Antes de nada, me gustaría ofrecerles mi casa, si es que no han encontrado sitio en la posada del pueblo.

—Para serle sincero no hemos pensado en ello. Creíamos que mi hermanastro estaría en condiciones de viajar de inmediato, pero si usted nos ofrece quedarnos, es porque no puede hacerlo todavía, ¿verdad?

La joven se levantó volviéndoles la espalda. Sus manitas se frotaban nerviosas la una contra la otra. Cuando se volvió les miró con frialdad.

—El doctor Sandoval vendrá pronto. Todos los días visita a Dan…, al señor Toscani dos veces: una por la mañana y otra al atardecer. Estoy segura de que él es la persona más indicada para ponerles al día de su estado.

Vio un atisbo de contrariedad en aquellos dos pares de ojos que no dejaban de mirarla.

—¿Y no podría adelantarnos algo? —La joven rubia parecía impaciente por saber.

—Preferiría que fuese el médico quien hablase de ello. Yo tal vez no sepa explicarme como debería, y podría incluso, alarmarles innecesariamente.

Gabriela se levantó bruscamente. Fue hasta la ventana cercana. Respiró profundamente varias veces y se volvió, para mirarla sin siquiera parpadear, manteniendo una pose demasiado estudiada y de contención, como si fuese a perder los buenos modales y dedicarse a levantar el tono de la voz.

—Verás Clara ¿Puedo tutearte, verdad?

Clara asintió sin ningún entusiasmo.

—Debes comprender, que al menos puedes decirnos si está herido gravemente o no.

Si permanece postrado en una cama o puede dar pequeños paseos… Algo. Algo que nos haga sentir más tranquilos.

Los verdes ojos echaban chispas, pero no por la lógica desesperación que una prometida pudiera sentir, ante el estado de salud de su prometido. En aquellos ojos, no había… ¿amor?

La vehemencia cercana a la ira, que su tono de voz daba a sus palabras, le resultaba al menos, y como mínimo… chocante.

Ella también hubiera pedido unas palabras de consuelo, de tranquilidad, pero sin perder jamás la compostura y los buenos modales.

Además, en aquellos ojos de un verde hierba ajada, no leía ni una pizca de preocupación debida al amor. Era otra preocupación menos romántica, menos sublime.

Clara suspiró.

No toda persona enamorada, dejaba ver en su rostro y expresiones, ese amor. La gente podía esconder muy bien esos sentimientos. ¿Se habrían dado cuenta de que ella no era así? Un cercano perfume a rosas la trajo de vuelta a la realidad.

Gabriela estaba de pie junto a ella, avasallándola con su cercanía y altura, invadiendo su espacio; actitud a todas luces impropia de la buena educación.

No se gustaban. Pura y fehaciente realidad. Las dos mujeres eran tan dispares… Sol y luna. Frío y calor. Blanco y negro.

A Clara le recordaba a las brujas de los cuentos, si bien ella era hermosa, pero su interior no. Toda fachada.

—Puedo decirte para tu tranquilidad; la de ambos, que es una persona muy fuerte.

Está recuperándose bien, aunque con lentitud.

Gabriela se volvió a mirar a Arturo.

Por unos instantes, a Clara le pareció ver en sus rostros un halo de complicidad, más allá de la natural calma, que las buenas noticias podrían reportarles.

Su otro yo se negaba a ser tan mal pensada, pero su instinto le advertía.

Ambos le sonrieron al unísono.

Arturo se acercó a Gabriela y le tomó las manos entre las suyas.

—¿Ves, mujer? Estábamos más preocupados de lo que debíamos.

—Sí, es cierto.

A la joven no le pasó desapercibida, la íntima manera en que se miraban y tocaban, aunque fuese solamente unos instantes. Había aprendido que cualquier mirada, cualquier roce, era preciado tesoro para los amantes…

… Y eso parecían ser.

"Deja de pensar esas cosas, Clara", le reprendió una vocecita interior.

Ambos volvieron a acomodarse en sus respectivos asientos.

—Desde luego, ha pasado… por momentos muy críticos y aún precisa de mucho descanso. Viajar no sería conveniente todavía.

El hombre lanzó una rápida mirada a Gabriela y seguidamente a Clara. Se levantó.

—Bien. En ese caso abusaremos de tu hospitalidad. Pocos días, espero.

Clara fue hasta un extremo de la habitación, tiró del llamador, y con rapidez, puso al tanto a Mina, la cual diligentemente se ocupó de todo.

Así, pasada una media hora, dos habitaciones en el piso primero al fondo del pasillo, quedaron preparadas para ser ocupadas.

A Clara le hubiese gustado que aquellos desconocidos se hubieran ido por donde habían venido; mejor todavía, que nunca hubieran aparecido, pero sin embargo, les tendría alojados en su casa, sabía Dios durante cuánto tiempo.

En cuanto a los indeseados invitados, ambos se retiraron a sus respectivos cuartos para refrescarse y descansar tras un viaje agotador.

Al menos eso le comentaron ambos, resaltando una y otra vez, el periplo lleno de angustia y expectación, que habían sufrido durante su viaje, ante la incertidumbre de saber cuanto antes, algo sobre Dante.

Durante la espera no dijeron nada en absoluto. No dieron pista alguna de cómo habían dado con él.

La joven se negaba a aceptar que alguien en el cortijo o que el doctor Sandoval, se hubiera ido de la lengua. No. Eso era impensable.

Sentada junto a la ventana de la salita, la encontró su tata. Cabizbaja. Su rostro perfilado y la mirada perdida en un horizonte que no veía.

Una pequeña y conocida mano se posó en su hombro.

La muchacha sintió el calor que esta trasmitía a través de la tela de su vestido y deslizó la suya sobre esta. Un suave beso quedó prendido en su coronilla.

No hubo palabras. No hacía falta. En aquellos momentos, la comunión entre ambas mujeres era total y única.

Clara apoyó su cabeza en el pecho de Mina, suspiró y cerró los ojos. Quería volver a su vida de antes. Quería volver a ser niña, pensar y sentir que su mundo era perfecto.

¿Perfecto?

Entre ambas mujeres el silencio se extendió arropándolas con plácidos y tibios dedos.

Capítulo 27

Arturo se dejó caer con despreocupación sobre la mullida cama. Se aflojó el pañuelo impoluto del cuello y desabrochó varios botones de su camisa blanca.

Había encontrado a su hermanastro. Por fin.

La angustia vivida todos aquellos días, dejaba paso a una serie de preguntas, a las cuales tenía que encontrar respuesta enseguida, y era del todo punto imperante, que Dante pudiera regresar a casa. Cuanto antes mucho mejor.

Sus pensamientos se desviaron de súbito. La tal señorita Villegas era un personaje complicado. Nada más verla, supo que su bonito y pequeño cuerpo, escondía una mujer de profundos contrastes.

¿Qué pensó su hermanastro al verla?

Sabía a ciencia cierta que Dante era hombre de fuertes pasiones, y seguro que sus ojos azules, heredados de su progenitor, no habrían dejado ni un solo centímetro de su cuerpo sin devorarla, aún y a pesar de su estado.

Incluso a él, que no tenía el mismo gusto en cuanto a mujeres se trataba, la joven no le había resultado indiferente…

Pero no estaba allí para enredos amorosos. No estaba allí para líos de faldas.

Llegar hasta aquel lugar les fue arduo, tedioso, agotador y desesperanzador; pero le habían encontrado. Regresarían los tres a casa y recuperarían sus vidas anteriores.

Recuperarían el tiempo tan tontamente perdido. Los hermanastros volverían a estar juntos y Gabriela con ellos. Como fue siempre en el pasado. El trío indestructible e indivisible.

Estaba seguro de que la vida era bella, y la suya, hermosamente bella y excitante.

Sonrió. Y su sonrisa fue atractiva, sensual y maquiavélica…

***

La menuda mujer iba a ser un frugal problema.

Nadie pudo nunca conseguir, que se desviara de su objetivo. Lo que quería lo conseguía y punto; siempre se salía con la suya y en esta ocasión, no sería diferente.

Si bien, no le pasó desapercibida la mirada triste que Clara había mostrado en su rostro durante su entrevista, no era contrincante para ella, e incluso lo encontraba normal.

En el fondo la comprendía, y hasta podía permitirse el lujo de tenerle un poco de lástima, ya que el hermanastro de Arturo, podía ser el sueño hecho realidad para cualquier mujer… Y sin duda, también para esta.

Pero Dante era suyo y ninguna antes se pudo hacer con él. Ahora tampoco, y menos aquella pequeña pueblerina. Su primera toma de contacto dejaba las espadas alzadas.

Se permitiría concederle el beneficio de poder enfrentársele por conseguirlo, solo por divertirse un poquito. No soportaba el tedio. Tampoco hacerse con lo que quería sin más, así que su nuevo juguete, le ofrecía muchas posibilidades.

Estaba tan decidida a dejarla acercársele, que no dudó ni un momento en tenderle una pequeña trampa.

No la había visto todavía junto a Dante, pero no le cabía duda alguna de que sus ojos, rostro y cuerpo, no podrían ocultar ante unos ojos escrutadores, y sabedores de lo que debían de observar, lo que en verdad esa tal Clara sentía por él.

Todo parecía ir viento en popa.

Tanto Arturo como ella estuvieron buscándole; primero con gente a los que dieron instrucciones precisas, pero ante la incompetencia de estos, optaron por ser ellos mismos, los que se hicieran cargo de las pesquisas necesarias, comenzando por la última pista que tenían de su paradero.

Afortunadamente, esta había sido la acertada.

Y ahora se encontraba en una habitación un tanto austera para su gusto, más bien sosa en cuanto a decoración, e incluso la ropa de cama, era de un color que a ella nada le gustaba. “¡Lavanda! ¡Por Dios santo!” Ansiaba ver a Dante. Estar a su lado. Recrear su mirada por la figura alta y musculosa de aquel hombre increíble. Mirarse en sus ojos azules que la enredaban en deliciosas ensoñaciones. Necesitaba aproximarse a él con cada centímetro de su cuerpo.

Estaba segura de que la vida era bella, y la suya, hermosamente bella y excitante.

Sonrió. Y su sonrisa fue atractiva, sensual y maquiavélica…

***

Ajeno totalmente a la presencia de aquellos inesperados invitados, Dante se encontraba incorporado en su cómodo lecho y rodeado de mullidos cojines.

Su enorme cuerpo al fin relajado, pero no así su mente. Aquella pesadilla le recomía las entrañas. No podía explicarse, cómo después de una noche como la que pasaron juntos Clara y él, esa clase de inquietudes le acechaban.

El subconsciente podía ser en muchas ocasiones, fuente inagotable de placeres o angustias, pero no se dejaría llevar por aquello que tan real le había parecido, aunque no lo fuera.

La situación era otra y tan diferente, que le parecía que era esta, la que tenía la textura de un sueño. El más dulce de todos.

De repente, un rayo le atravesó las sienes. Se llevó las manos a la cabeza. La potente luz que surgió en esta, le hizo gritar desoladamente.

“¡No!”, pensó “Otra vez no”.

Como en la vez anterior, tragó saliva con dificultad, pesadamente y sintiendo que el nudo en la garganta, se le iba haciendo más grande.

Hilillos de sudor le bajaban por las sienes, frente y torso. Se sentía acalorado. Su respiración y las palpitaciones del corazón se hicieron más descompasadas.

Frunció sus oscuras cejas en un rictus agónico. Abrió no sin esfuerzo, la boca y se escuchó pronunciando un nombre.

—Clara, Clara —susurró llevándose una mano al pecho, y… perdió la conciencia.

Tiempo después y sin saber cuanto había transcurrido, abrió muy despacio los párpados.

Alzó su mano izquierda a la altura de sus ojos. Gimió dolorosamente y los cerró.

Lo reconocía, estaba asustado. Era la segunda vez que le pasaba aquello y no tenía respuesta alguna de porqué. Recordaba que la vez anterior creyó… ¿ver?

Temía y al mismo tiempo, esperaba que volviera a suceder. Y ahora había tenido la percepción, de que su mirada recorría sus largos y delgados dedos, recreándose unos instantes en las venas que se traslucían bajo su piel.

La esperanza de que esas fuertes punzadas hacían como si algo en su mente despertara, era señal de que podía estar recuperando la visión.

Hablar con el doctor era una cuestión prioritaria, que no podía posponer ni un solo día más, pues cuanto antes supiera si aquello era prueba inequívoca de que empezaba a recuperarse, mejor.

Todo. Cualquier sacrificio por doloroso que fuera, lo soportaría por Clara. Por los dos.

***

La llegada del doctor Sandoval fue… esperada, temida…

Llevado a la salita y tras las presentaciones, el hombre se dio unos pocos minutos para recapitular los hechos acaecidos.

Relató todo lo ocurrido hasta el momento. Si bien se había guardado los dos datos que creía de mayor importancia: pérdida de memoria y ceguera.

Por supuesto Clara hizo lo mismo, y tras la exposición de los hechos, se abatió sobre los presentes un silencio sepulcral.

Bruno sentado junto a Clara en el confortable sofá, la miraba a través de sus lentes con una expresión en su rostro entre preocupado y a la defensiva.

Arturo se levantó de su asiento y paseó por la habitación, con las manos cruzadas a la espalda.

—Entonces, doctor, si no le he entendido mal, a mi hermanastro le propinaron una colosal paliza que casi le cuesta la vida. ¿No es así?

—Efectivamente. Y aún se encuentra convaleciente de esta. Incluso a pesar de su fortaleza, no podrá viajar en un futuro cercano.

Gabriela le observaba con atención. Su rostro serio y con un rictus grave en los labios.

Podía imaginarse perfectamente como la mente de Arturo trabajaba, asimilando los datos, estudiándolos y analizándolos.

—Bien. En ese caso, creo que deberíamos buscar un alojamiento por un periodo indefinido, pues no quisiéramos ser una molestia para Clara.

La joven se mordió el labio por dentro.

—Nada de eso, Arturo. Tanto tú como Gabriela, podéis quedaros todo el tiempo que sea necesario.

Ya está. Lo había dicho. Aunque fuera solo por amabilidad o por educación; pues sentía como si hubiera dejado entrar al lobo en el corral.

—Gracias, Clara. Entonces, solucionado ya el tema del alojamiento, le ruego doctor, nos diga si podemos ver a Dante. Siempre y cuando no le sea perjudicial para su total recuperación.

Bruno pensativo, se mesó la barbilla. Dudaba, pero al fin y al cabo eran familia.

—Primero me gustaría hablarle yo. Ponerle en antecedentes para que no le sea demasiada impresión vuestra presencia, y retrase de algún modo su recuperación.

Arturo y Gabriela se miraron un instante. Suficiente. Ambos asintieron en silencio.

—Ahora si me disculpan, subiré a verle. Por cierto, Clara, si eres tan amable de acompañarme…

La aludida se levantó de inmediato y le precedió en la salida. Pero antes se volvió a mirarles.

—Solemos cenar a las ocho en punto. Espero veros entonces.

—Por supuesto, Clara —contestó Arturo—, y de nuevo gracias por tu hospitalidad.

Capitulo 28

La joven rió con una sonrisa que no le llegó a los ojos, asintió y salió cogida del brazo de su querido amigo el doctor.

Nada más trasponer el umbral y cerrar la puerta tras ellos, la muchacha apoyó su cabeza en el hombro del hombre, el cual le apretó la mano intentando infundirle valor y fuerza.

En cuanto a quienes se habían quedado en la habitación a solas, Gabriela se levantó impetuosa y se acercó a la puerta.

Pegó el oído en esta. Nada.

Volviéndose hacia el alto hombre, que serio la miraba, se dirigió a él con pasos firmes y poco femeninos.

—Sé que nos ocultan algo, lo presiento. ¿No te pasa a ti lo mismo?

—Sí. Maldita sea, sí.

La mujer suspiró apretándose las manos con energía.

—Hoy no le veremos. Lo sé.

—Yo también lo creo así.

—No podemos perder la paciencia. Ya ha pasado lo peor. Le hemos encontrado. Está vivo y nuestros esfuerzos han sido recompensados.

—Desde luego. Y si por eso tenemos que aguardar unos días a verle, que así sea.

Arturo la abrazó, depositando un sutil beso en la coronilla, mientras su mirada se perdía en la puerta cerrada y su mente trabajaba incansable.

Dante estaba bajo el mismo techo que ellos. Se había acabado la incertidumbre de saber sobre su paradero, y esperar no era ningún problema para ellos.

El tic-tac del reloj seguía su paso continuo, sin prisa ni pausa, contabilizando cada segundo, cada minuto… y dejando en su interminable transcurrir, la atmósfera de la habitación cargada de una especial música, que acompañaba los pensamientos de ambos, dirigidos por los mismos derroteros.

El tiempo que estuvieran allí, les era propicio; este corría a su favor.

Y llegaría el día en que los tres regresarían a sus antiguas vidas.

Retornarían al modo de vida al que estaban acostumbrados, y por el cual, estarían dispuestos a hacer lo que fuera necesario para protegerlo y conservarlo.

Pero eso tendría que esperar un tiempo aún indefinido, durante el cual aquella situación no esperada, les brindaba la oportunidad de nuevas formas de entretenimiento.

Ajenos a aquellas dos personas, a aquellos dos intrusos, Clara y el galeno subieron las escaleras despacio. Ambos sabían que la verdad era inevitable y esta había que decírsela a Dante

sin más retrasos.

Cuando llegaron junto a la puerta de la habitación se miraron.

—Clarita, hija. El momento ha llegado. Este hombre debe saber que su pasado ha venido a buscarle. Yo le hablaré primero, preparando el terreno para que tú le pongas en antecedentes sobre sus parientes. Tienes que ser fuerte. Sé que tus sentimientos hacia su persona, han ido cambiando hasta transformarse en algo más, y por eso sé también de tu sufrimiento. Mi querida criatura, tu corazón repleto de amor te delata, aunque no temas, solo quienes te conocemos desde siempre sabemos de ello.

La joven bajó la vista al suelo y le miró cuando este le cogió la barbilla y le alzó el rostro.

—Le amas y por ello, le dejarás partir.

Clara sintió que un quejido luchaba por salir de entre sus labios. Lo reprimió no sin esfuerzo. Pero sí le fue inútil luchar por no dejar escapar de sus ojos unas lágrimas saladas y amargas como la hiel, que le resbalaron por las pálidas mejillas.

El doctor la abrazó y apretándole la mano, llamó a la puerta.

La potente voz de Dante les dio permiso para entrar.

Instintivamente la joven se enjugó las lágrimas con un pequeño pañuelo de encaje blanco bordado con diminutas flores del minuto, que había sacado de su puño izquierdo.

Dante podía ser el hombre más fuertemente viril que ella hubiera conocido nunca. El ser con el encanto más avasallador y desbordante del mundo, pero en aquel momento, de pie junto a la chimenea, con el pelo revuelto y apoyado sobre la repisa de esta, se le veía vulnerable e incluso desvalido.

La muchacha llevó su manita derecha a su pecho, donde sintió cómo su corazón latía desbocado.

“¡Dios, le amo!” y supo que aunque viviera mil vidas, ninguna sería completa de dicha, sin él en ellas.

—Pasa, Clara, y usted también, Bruno.

Ambos se le quedaron mirando y ninguno supo cómo debían enfrentar la tarea por la que estaban allí, y frente a frente con aquel hombre a la expectativa.

Fue el doctor Sandoval quien dio el primer paso. Se le acercó y posó su mano sobre el duro hombro masculino.

—Verás, Dante. —El hombre carraspeó nervioso—, hemos venido a hablar contigo de algo que ha sucedido.

Dante se dio la vuelta dirigiendo su vacía mirada hacia donde creía que ella estaba.

Asintió en silencio y fue a sentarse en el borde de la cama.

Clara fue a situarse junto a él, pero se quedó de pie, luchando por reprimir las ganas de acariciarle que le hacían sentir picor en las yemas de los dedos.

Le pareció como si él la mirase de reojo, pero no, era imposible. Simplemente había ladeado un pelín la cabeza en su dirección.

—Veo que tu recuperación es mucho más que satisfactoria, sin embargo, no estoy seguro de que lo que tenemos que decirte, no sea la causa de que esta se ralentice o incluso, retrocedas en los progresos que has conseguido hasta ahora.

El hombre alargó el brazo derecho intentando alcanzar a Clara.

Esta atrapó su cálida y enorme mano entre las suyas pequeñas y heladas, pero no hizo

ademán alguno de aproximársele, pues no se veía capaz de resistirse a su cercanía sin abrazarle.

El doctor vio la escena y pensó apesadumbrado que estaba delante de dos seres que se necesitaban y amaban, con desesperación y entregas absolutas.

—Dante, no quiero ni debo demorarme un minuto más, y aunque temo tu reacción, solo espero que lo que estoy a punto de decirte, no te perjudique en modo alguno.

Bruno alzó la vista y suplicó en silencio, luego miró a Clara, la cual asintió.

—Ahora mismo, en la salita de la planta baja, hay dos personas que te conocen y han venido a llevarte de regreso a casa. Un caballero que dice ser tu hermanastro y una mujer que dice ser tu prometida.

La mano que Clara sujetaba, apretó con fuerza las suyas hasta hacerle daño, pero esta no hizo ademán de apartarlas; sabía que tenía que estar allí, admitiendo con su presencia y contacto que estaba a su lado.

Dante bajó la cabeza con una seria expresión en su bello rostro. Las largas pestañas sombreaban sus pómulos y en su carnosa boca, una mueca de dolor le hacía fruncir los labios.

La joven y el doctor se miraron expectantes ante las posibles reacciones a la noticia, pero él siguió así por interminables segundos.

Entonces Dante se sentó con pesadez sobre el lecho, sin mediar palabra alguna mientras se acariciaba el pelo.

Clara no pudo soportarlo y acercándose, dejó reposar en su regazo la cabeza de Dante.

Este rodeó su cintura con la mano libre y cerró los ojos, suspirando profundamente.

El aroma femenino de ella le impregnó los sentidos, mas también aspiró el perfume de la tristeza y desesperanzas absolutas, que emanaban de esa mujer. Su mujer.

No quería dejarla. No quería volver a su vida anterior sin ella a su lado, fuera esta la que fuera, y encontraba en todo aquello, una perversa mueca de regocijo del cruel destino, que se cebaba en ambos con saña, saboreando su triunfo sobre ellos.

—¿Clara? —preguntó sin fuerzas.

La muchacha tragó con trabajo las ganas de llorar.

—Sí, Dante. En efecto. Todo lo que has escuchado es cierto. Un hombre y una mujer, aguardan a que Bruno les dé permiso para verte y también esperan poder llevarte de regreso con ellos en cuanto sea posible.

El doctor bajó acongojado la cabeza, se ajustó las lentes sobre la nariz y salió sin decir nada más.

Sobre su regazo, la cabeza masculina se movía con ímpetu en una negación sin palabras, mientras los dedos femeninos le atusaban el cabello.

El suave clic de la puerta al cerrarse, advirtió al hombre de que estaban solos y logró articular una sola palabra, pero que lo contenía todo.

—No.

Clara le alzó el rostro y contempló sus bellos ojos húmedos, a través de los suyos también humedecidos. Quiso morir en ese momento junto a él. Lo prefería un millón de veces, antes que quedarse y verle partir para siempre.

La apretó con fuerza contra su cara. Necesitaba sentirla pegada. Y entonces comenzó a frotar su mejilla arriba y abajo, sintiendo en su piel, la textura de la tela de su vestido y su ingle.

Depositó besos suaves y de ritmo cadencioso en su entrepierna, al tiempo que la acercaba

hasta tenerla entre sus piernas abiertas.

De repente, se dejó caer sobre su espalda y la joven aterrizó sobre él. La cama se quejó ante tal invasión.

—Dante… —susurró presa de tristeza y deseo.

—No.

—Pero…

No la dejó hablar. La besó interrumpiendo así sus posibles objeciones, dejando estas atrapadas entre sus labios, los cuales mimó con infinita veneración.

Al infierno con todo. Fueran quienes fueran esas dos personas, no tenía la menor intención de irse con ellas y dejar a Clara. Nada ni nadie podía obligarle.

Profundizó el contacto de sus bocas, haciéndolo fuego incandescente que les quemaba por doquier.

La muchacha intentó zafarse de su abrazo, pero sabía que eso era engañarse a ella misma y a él. Quería pegarse a su cuerpo, filtrarse en su alma, como el agua de lluvia en la tierra reseca hasta hacerse uno solo, en perfecta comunión y convirtiendo en un vergel el suelo baldío. Dejó de resistirse y contestó a su beso con otro tan vehemente como el suyo.

El sonido de los gemidos de ambos, acarició las paredes, los muebles y objetos de la habitación, haciéndose eco y cómplices, de lo que estaba ocurriéndoles a aquellas dos personas ante su presencia inanimada.

Si aquellas cuatro paredes, si aquellos objetos, pudieran testificar lo que en realidad estaba ocurriendo allí…

No solamente eran un hombre y una mujer con sus deseos a flor de piel. No, había más, mucho más, la necesidad de reconfortarse mutuamente ante la pérdida que se cernía sobre ellos; la soledad que seguiría a esta, la infelicidad de la separación, los largos, tediosos e interminables días y años, que se avecinaban implacables y oscuros, uno lejos del otro; el terrible sentimiento de pérdida irremediable…

¿Cómo podría vivir sin él? Gritó su alma en silencio lastimada.

¿Cómo podría vivir sin ella? Gritó su alma enmudecida y lacerada.

***

Clara se había escapado con esfuerzo del abrazo de Dante. Había huido despavorida de su lado, cubierto su rostro de saladas lágrimas.

Corrió hasta llegar a su cuarto donde se encerró echando el pestillo a la puerta.

Debía reflexionar. Exprimirse el cerebro antes de que fuese demasiado tarde, y Dante se alejara de su lado para siempre. No quería. No podía creerse aún lo que se acababa de complicar su vida, ya de por sí embrollada tras la aparición de Dante.

Ahora las altas y frágiles torres de su castillo de cristal, se tambaleaban cimbreantes con los cimientos apoyados en terreno movedizo, propenso a terremotos.

La falla y el epicentro, se localizaban ambos allí mismo, y el derrumbe, la debacle era inminente si no hacía algo pronto, pero ¿qué?

Ya más que decidida a no dejarle marchar, no tenía más remedio que planificar el cómo, pues el cuándo ya lo sabía.

Tan solo de pensar que no tenía otra salida que soportar la presencia de Gabriela y Arturo, se le revolvían las entrañas, pero contaba con varios días para actuar, y pondría su alma en ganar

esta contienda, a no ser que Dante decidiera marcharse.

No podría retenerle a la fuerza. También debía tener esa opción en cuenta, por menos que le gustara.

***

Dante la dejó ir.

Poniéndose en su lugar, reconocía por lo que su Clara estaba pasando, si bien sabía que ella era fuerte e inteligente, y actuaría en consecuencia después de recapacitar.

Cerró con fuerza los puños. Se negaba por completo a perderla. “¡Ni prometida ni gaitas!” Lo tenía claro como el agua. De ninguna manera se iría. De ninguna manera la dejaría. Eso no tenía discusión alguna. Era así y punto. Reparar los posibles daños que su firme resolución acarreara, sería lo mínimo que tendría que hacer, pero siempre y cuando, no perjudicara en nada, a su relación con Clara.

Ya no era por un sentido egoísta de tenerla a su lado; francamente, le importaba tan poco volver a ser el hombre que fuera antes de conocerla, que prefería seguir sin vista y sin recuerdos, pero con ella.

Aquel otro hombre se había ido. Esfumado para siempre.

Este nuevo, surgido de las tinieblas y la amnesia, era el que quería ser para siempre.

Pensaba que aun recuperándose del todo, su vida anterior había muerto con el Dante desconocido que dormitaba en su interior, en la más profunda y oscura mazmorra de su mente. Y allí tendría que seguir estando, pues él quería ser como era ahora, sin mirar atrás, y para eso haría lo que fuera posible y hasta lo imposible.

Capítulo 29

La mujer, poseída por una desagradable sensación de decepción, intentaba no dejar salir su insufrible frustración, con los gritos que acostumbraba a vociferar, cada vez que algo la contrariaba sobremanera. Quería ver a Dante. Saber la magnitud de sus heridas.

Quería… Pero aún con la negativa de que eso todavía no era posible, ella no dejaría que esta la alejase de su propósito.

Esperó pacientemente a la hora de la cena, acicalándose lo mejor que pudo, pues deseaba estar brillante y hermosa. Por lo que optó por un lujoso vestido de gasa rosa, con adornos en el pelo de la misma tonalidad. A su piel y color de cabello, le favorecía muchísimo.

Con paso decidido, se dirigió al cuarto que ocupaba Arturo, llamando despacio a la puerta. Esta se abrió y un imponente hombre, alto y elegantemente trajeado, la miró de arriba abajo, con un brillo especial en sus pupilas.

—Verdaderamente hoy estás especialmente hermosa, Gabriela.

La mujer rio satisfecha con el halago, a pesar de estar más que acostumbrada a ellos.

—Y tú especialmente atractivo y adulador, Arturo.

Hizo una pequeña reverencia y aceptó el brazo que el hombre le ofrecía.

Bajaron sin articular palabra, y al llegar ante la puerta del comedor, sus ojos se cruzaron miradas de connivencia.

Entraron y vieron que su anfitriona les esperaba de pie, rígida y seria. Era evidente que su presencia no le agradaba en absoluto.

De un rápido vistazo, les impresionó desagradablemente su aspecto, Clara vestía uno de sus sosos vestidos oscuros, y su bonito cabello, soportaba estirado las sujeciones de unas crueles horquillas en un moño bajo.

Su cara pálida denotaba preocupación, y un cierto halo de melancolía rondaba sus ojos.

Con un gesto de la mano les indicó que tomaran asiento.

Clara ocupó el lugar destacado en la mesa, frente a la puerta y Arturo se sentó a la izquierda de ella. Gabriela a su derecha.

“Estoy rodeada por el enemigo” pensó “aunque es mejor tenerlo cerca y vigilarlo”.

Arturo se fijó con disimulo en su perfil…, y le sedujo lo que observó: su pequeña frente, la nariz ligeramente respingona, plagada de pecas; los labios carnosos y bien formados…, incluso le atrajo la curva de su barbilla y la piel del cuello.

“¡Increíble!”

No era la típica belleza a la que su gusto estaba acostumbrado, pero estaba seguro que bajo aquella apariencia anodina, latía una mujer vibrante, y a pesar de que no estaba en su ánimo

ningún acercamiento a ella…, no sería sacrificio alguno propiciar uno. De sus anteriores fantasías, de no procurar acercamiento alguno para con su anfitriona…;

bueno… "rectificar es de sabios" —se dijo con una sonrisa ladina bailando entre sus labios, mientras dirigía su mirada de Clara a Gabriela.

Esta se repetía incesantemente, que debería soportar con estoicidad la presencia de Clara, y que había hecho muy bien, en aparecer ante ella en todo su esplendor; desde luego, entre ambas no había color. Eran tan distintas…

Inmersos cada cual en sus pensamientos, se sirvió el primer plato, consistente en sopa de picadillo con hierbabuena.

Tras comenzar a cenar sin hablar ni una sola palabra, el hombre decidió que sacaría el tema de su hermanastro, sin demorarse un minuto más.

—Clara, tanto Gabriela como yo estamos impacientes por saber…

—Entiendo perfectamente vuestra preocupación. Si bien el doctor aconsejó, como yo bien suponía, que ambos tendréis que esperar unos días antes de poder ver a Dante, por no perjudicar su estado.

Gabriela la observaba, estudiando su serio rostro. Se veía claramente que se resistía a que lo inevitable ocurriera. Sonrió para sus adentros. Clara se sentía atraída por Dante, justo lo que había pensado. "¡Ah! ¡La psicología femenina que tan bien conocía!"

…Y conocía a Dante. Todo vigor, varonil belleza, virilidad e inteligencia. Lo raro hubiera sido que aquella pequeña mujercita, no se hubiese sentido atraída y atrapada por su voz potente y embriagadora, entre sus masculinas y excitantes garras, rodeada por sus fuertes y musculosos brazos, anhelante de sus fogosas y sexuales caricias…

Aunque le quedaba por descubrir hasta qué punto sus cavilaciones eran ciertas; hasta qué punto había surgido la intimidad entre ellos.

Gabriela la miró circunspecta.

—Lo entendemos perfectamente, Clara. Pero… tú debes creernos a nosotros, cuando te decimos que necesitamos verle, para saber que está todo lo bien que se puede esperar, tras su aterradora experiencia y que también él querrá vernos a nosotros. Hemos tenido días más que suficientes para sentirnos preocupados, ofuscados e incluso desalentados por su paradero, y llevados al extremo de creer que jamás sabríamos nada nuevo; solo que había desaparecido y no daba señal alguna de vida.

Clara la observaba, estudiándola. Tenía don de palabra sin duda, y todo lo que decía era completamente razonable.

Sin embargo, se negaba a confiar en ellos, y necesitaba unos días para poner en orden sus sentimientos, pensamientos y su manera de actuar ante aquella intrusión, en su idílico mundo con Dante.

Las defensas altas y fuertes de su particular cosmos, se veían amenazadas por aquellas dos personas que provenían del exterior, y tenía que luchar como fuera, para que su universo siguiera intacto.

—Entiendo Gabriela. Pero debes saber, que esperar unos pocos días para vosotros es nada, comparadas a las posibles consecuencias, que podrían sobrevenir si actuamos con precipitación. Créeme cuando te digo que si estáis tan verdaderamente preocupados como se os ve, saber de él aun sin verle, os será de mucho alivio, y total, no creo que os resulte demasiado sacrificio esperar

un poco más.

Ambas mujeres se quedaron mirándose con fijeza. Era una lucha de voluntades que ninguna quería perder. Sin embargo, Gabriela sabía que no estaba en su terreno, así que asintió, no sin hacerle ver a Clara con su mirada, que aquello no había hecho más que empezar y que al final sería ella la que saldría vencedora y con Dante del brazo, dejando a Clara plantada y sola, reina absoluta de su patética e indeseada vida.

Arturo las observó en su rifirrafe dialéctico. La pequeña Clara tenía agallas, pues enfrentarse a Gabriela no era cosa de broma. La conocía muy bien. Sabía de su crueldad, autocomplacencia, y también sabía de primera mano, lo terriblemente brutal que podía llegar a ser, si una criatura a la que considerara por debajo de ella, tenía el cinismo y la insensatez suficientes para enfrentársele. Y eso era precisamente lo que su anfitriona acababa de hacer, y todo, al fin y al cabo, por un hombre aunque este fuera su hermanastro.

—Es cierto Gabriela —intervino conciliador—. Haremos lo que Clara dice. Dante necesita tiempo y eso es lo que le vamos a dar. Nuestro primordial interés es su total recuperación ¿verdad? Pues entonces esperaremos.

Cogió con sus dedos largos y finos la delicada copa tallada, llena de vino, la alzó y propuso un brindis.

—Por Dante y su regreso a casa. No sabe los quebraderos de cabeza que hemos tenido por su culpa, pero han valido la pena todos y cada uno de ellos.

Gabriela secundó el brindis, y en cuanto a Clara, esta apenas levantó su copa, cosa que no pasó desapercibida a ninguno de los dos invitados forzosos, que tenía sentados a su lado, compartiendo su mesa y alojados en su casa, a la espera de caer como buitres sobre su presa.

El resto de la velada transcurrió entre vanos comentarios, sin regresar en ningún momento al tema, que tanto a unos como a otros, interesaba de verdad.

Terminada la cena los comensales se desearon buenas noches.

Clara se escabulló a su cuarto, ensimismada en un profundo mutismo.

Tanto Arturo como Gabriela, se dirigieron en cómplice silencio, a sus respectivas habitaciones y después de un fuerte apretón de manos y el deseo de un buen descanso, cada cual entró en la suya.

Para la mujer, aquella situación no le venía grande. En peores circunstancias se había visto, pero no por ello tenía que gustarle ni un ápice, por lo que Gabriela podía sentir la frustración, recorriéndole las venas como un caballo desbocado.

Tras la oscura puerta de madera la atmósfera le oprimió el pecho. Ni se molestó en echar el pestillo. Avanzó hasta los pies de la cama y se desprendió con prontitud de sus ropas. Desnuda se paseó de un lado a otro, inmersa en sus pensamientos.

¿Cómo podría soportar encontrarse tan cerca de Dante sin poder estar junto a él sin desearle, mirarle, acariciarle?

La tortura sufrida durante aquellos días pasados sin saber nada de su paradero había sido más que suficientes para toda una vida, y aparte, no le hacía la menor gracia el complot entre aquella pequeña mujer y el doctor, para que tuvieran que esperar unos días antes de presentarse ante él. “¡Se sentía tan impaciente por ello!”

No veía el momento en que los tres marcharan de aquel lugar alejado de la mano de Dios, donde Dante había ido a parar.

Tenía tantos planes para ella y él… Planes de lujo, viajes, sexo…

Junto a la coqueta poblada con los utensilios de peinado y frasquitos con perfume y otras esencias, que ella usaba regularmente, el espejo le devolvía su imagen. Como siempre hermosa, incitante e irresistible. Le sonrió más que complacida, a la mujer que se estudiaba sin vergüenza, paseando los ojos con descaro y placer por su figura.

Dante la encontraría tan deseable como siempre… y no se le resistiría. Hombre de fuertes pasiones, sabía cómo hacer que estas le nublaran la conciencia, dejándole a su entera disposición.

Desde que supieron dónde estaba, tanto su mente como su cuerpo se prepararon a conciencia para el reencuentro, que sería apoteósico.

Dante suponía el parangón. La culminación de todos los hombres que había conocido.

Un compendio de lo que siempre buscaba en cualquier otro. Inteligente, fuerte, valeroso, viril e insaciable… Resistírsele era imposible e impensable.

Pero Clara…

No la creía capaz de quitárselo. Simplemente no estaba a su altura, tanto física, ya que le llegaba por el hombro, como intelectualmente.

A Dante le gustaban de su estilo. Mujeres de mundo. Decididas. Sabiendo lo que quieren. Y luchadoras hasta conseguirlo, de modales refinados cara a la galería, aunque no tanto en la cama. Mucho tendría que haber cambiado para dejarla, y eso le resultaba imposible de imaginar.

Pero Clara…

Le gustaba tanto como un dolor de muelas a medianoche. Esa mosquita muerta, de ojos almendrados, dulce voz, cuerpo menudo y falsa cortesía, no le gustaba en absoluto.

Tal vez le hiciera pasar algún que otro insignificante apuro, aunque para el tiempo que se quedarían, estaba segura de que sería ella, quien se lo haría soportar a Clara y comenzaría enseguida; era la guerra sin declarar abiertamente, y sería la primera en golpear. Se echó sobre la cama y sonrió pagada de sí misma.

Pronto se iría de allí, vencedora y del brazo de Dante, ambos escoltados por Arturo.

Dante. El solo pensamiento de aquel semental, la humedecía. Tanta experiencia con los hombres, le era del todo punto inservible con él.

Nunca reconocería su debilidad ante nadie, pero así era.

A pesar de sus muy escasos encuentros, el recordatorio de su cuerpo tan cercano al suyo, la había dejado siempre deseando; casi, casi suplicando más.

Ella que podía tener a quien quisiera, había encontrado la horma de su zapato en las negativas de Dante. Tras un solitario y escueto encuentro amoroso satisfactorio, aunque del todo insuficiente para ella, pues quería más, pero él nunca se lo dio.

Cuando lo recordaba, volvía a notar la perentoria necesidad de unírsele, y a pesar de no querer ser esclava de sus bajas pasiones…, lo era irremisiblemente. Al fin y al cabo, tenía su orgullo, a pesar de que este se iba con viento fresco cuando se trataba de él.

“¡Maldita fuera ella si no lo conseguía de nuevo!”

Atrapada por aquella necesidad urgente de poseerlo, esta le nublaba la armonía y la racionalidad con las que gobernaba su vida, viendo ante sus ojos, como ambas se desvanecían como el humo, haciendo de su entendimiento un puro y desvaído bosquejo.

Se palpó necesitada de sentir en su piel las caricias de un hombre, y de ese hombre en particular.

Manoseó su figura con cada vez mayor deseo. Sus manos se recreaban en cada sinuosa curva, en cada pliegue de su ardoroso cuerpo, imaginando que eran otras manos, otra boca y lengua, la que se regodeaba en ella con deseo cada vez más exacerbado.

La piel se le erizaba, sintiendo escalofríos por donde estas iban dejando un reguero de deliciosas sensaciones. Boca arriba y expuesta, hurgó en su interior emulando los movimientos del sexo de un hombre, de aquel hombre en concreto. Primero con un dedo, luego con dos y hasta tres a la vez.

El calor que se desprendía de su ser era cada segundo más intenso, llegándole a la última fibra de su cada vez más excitado cuerpo.

Ni siquiera podía recordar la remota ocasión en que este reaccionara así, y estaba segura de que era debido a la cercanía de Dante.

En su mente, se entrelazaban jugueteando los recuerdos reales vividos con él y las ensoñaciones que le habían causado.

Cada situación experimentada, aunque fuese una conversación intrascendente, la había matizado eróticamente en la soledad de sus pensamientos, dándole el énfasis, las connotaciones sensuales, que en ella latían fértiles y exuberantes.

El caudaloso y salvaje cauce del torrente de sus deseos, se desbordaba inundándola de inquietud e impaciencia.

Le ansiaba como a ningún otro.

Capítulo 30

Se restregó con fervor una y otra vez, adaptando sus movimientos a la creciente ola de placer que amenazaba con rebasarla.

Independientemente de las posibles connotaciones que aquel acto en solitario tuviera para los devotos; a ella le parecía una cobardía e hipocresía, hacer caso omiso a aquellas exigencias físicas, que como cualquier persona necesitaba satisfacer.

Era humana, estaba viva y necesitaba sentirse así, en compañía o a solas.

“Dante. Dante” susurró con la boca entreabierta y con los ojos cerrados, extasiada de los sentimientos que su sola presencia en su imaginación, le causaban.

Todo su cuerpo se agitó en un estallido con el clímax que la desbordó.

Entre sus gemidos incontrolados y mordiéndose los labios entreabiertos, se escuchó llamarle de nuevo, consintiendo vencida por el incalculable placer, a que la placidez le entumeciera los huesos y los músculos, dejándola blanda como gelatina.

Sudorosa tras la experiencia vivida, se abrazó a sí misma, acariciándose con languidez.

Cerró los ojos y soñó con el hombre que no podía quitarse de la cabeza, ni de su piel.

***

En la habitación cercana a la de Gabriela, Arturo desnudo sobre la cama, analizaba la situación casi con los mismos pensamientos. Casi…

El contratiempo de no ver a Dante era solo una molestia; tarde o temprano se verían las caras y tenía ganas de verle.

Su hermanastro perdido daba señales de vida y eso era como poco interesante. Eso era bueno. Y en cuanto a su anfitriona….

Clara, la dulce, pequeña y fuerte Clara.

Metro y medio de carne y huesos a punto de caramelo… Y él era tan, tan goloso…

Clara parecía reacia. Tal vez su actitud protectora se debiera a que estaba encandilada por su hermanastro. No le extrañaba. Hubiera tenido que ser de piedra para no estarlo y aquella menuda criatura no lo era en absoluto.

“De esta agua no beberé”… Pues sí. El haber pensado en no tener nada que ver con su anfitriona, era hablar antes de tiempo y erróneamente.

Era él, quien empezaba a sentirse dolorosamente duro en cuanto sus ojos la veían o su mente la evocaba.

“Clara. Clara”.

Aún sin querer enredarse, reconocía su atracción por ella. Su sola presencia le transportaba a unos peligrosos derroteros, donde su imaginación se regodeaba a sus anchas con encuentros

amorosos altamente sensuales.

“¡Y pensar que no era su tipo!” “¿Seguro?”

La ansiedad creciente que notó en su entrepierna, le contestaba silenciosa que sí. Que su atracción resultaba obviamente real.

“¡Bah!” Toda aquella locura sería pasajera en cuanto descargara su tensión sexual.

Entonces vería que Clara solo era lo que parecía, una apocada mujer, sin atractivo alguno. No al menos, para sus gustos exigentes y altamente refinados.

Una amplia sonrisa socarrona y repleta de malicia, le surcó la cara.

La perspectiva de jugar al gato y al ratón con ella, le pareció atractiva; así dejaría transcurrir el tiempo ejercitando una de las cosas que mejor sabía hacer: seducir, todo un arte del cual se sabía un maestro.

No quería que su espera fuese tediosa y si para eso tenía que acercarse a Clara, lo haría.

No era nada que le fuera un obstáculo. Al fin y al cabo, tan solo se trataba de un juego.

“Y a mí siempre me ha gustado mucho, muchísimo jugar”— pensó estimulado, divertido y expectante.

Tan excitado estaba, que se vio especulando con quien descargar la fuerte presión de sus genitales. No había mucho donde elegir, pues la tal Mina, aún en su hermosura, no le provocaba deseo alguno. Así que salvo Gabriela y Clara, la casa adolecía de joven y atrayente compañía femenina de su interés, para lo que tenía en mente.

Su siempre inmenso apetito carnal, debía ser aplacado cuanto antes, sin tener que echar mano a métodos alternativos, menos satisfactorios a los que recurría si no tenía otra opción más complaciente.

¡Ah, mujeres! ¡Mujeres como Gabriela, hermosas y complacientes, o como Clara fachada solemne, pero interior ardiente…! ¡Nada mejor para apaciguar y aliviar a un hombre tan viril como yo! —exclamó en la soledad de su habitación.

Jugaría. Jugaría y ganaría. El premio era Clara y no estaría nada mal, conseguirlo frente a las narices de Dante. Tal vez hasta consiguiera tener a las dos mujeres para él solo, y la vez… Tal vez…

Veía aquella opción como la más acertada, mientras aguardaba el esperado reencuentro con su hermanastro, y pondría manos a la obra enseguida, ya que negarse a sí mismo lo que surgía a borbotones de su naturaleza de vividor, no le reportaría nada agradable, y desde luego, no estaba para nada dispuesto a hacer ni el menor sacrificio, en aras de una actitud noble y desinteresada. Lo que había maquinado en la soledad de su cuarto de no acercarse a Clara, lo había hecho en un momento de debilidad o primigenio desinterés; gracias a Dios o a Lucifer, que este había sido efímero.

Ante tales pensamientos, su majestuoso cuerpo reaccionó de inmediato, y Arturo apreció cómo su erección cobraba vida propia, exigiéndole con punzantes movimientos, que pasase a la acción de inmediato, dejándose arropar entre los ardientes brazos de un cuerpo cálido y complaciente.

Pero prefirió esperar, eligiendo autocomplacerse, pues aún no era el momento de descargar su pasión en fémina alguna, a pesar de saber que en su naturaleza no estaba la actitud sumisa de un celibato muy prolongado, sin apetitosa carne femenina cerca con la que recrearse en los juegos amorosos.

Pronto. Muy pronto regresaría a su antigua vida, la cual incluía el deleite de placeres siempre deseados y disfrutados al máximo.

Ser un hombre. Un verdadero hombre en el más amplio sentido de la palabra, tenía esas connotaciones, esos vínculos, y a él le gustaban en demasía.

Sabía bien lo que hacer y cómo hacerlo, por lo que comenzó su mente a divagar de una otra mujer: Gabriela, Clara… y viceversa, al tiempo que su mano derecha acariciaba aquella enorme verga enhiesta, al principio con calma, y después, con energía aumentada, a la par que su excitación. La despierta mente que poseía, le transportaba a lugares donde sus exigencias sexuales, eran de sobra reconfortadas y sentía cómo se acercaba al clímax a pasos agigantados.

Casi a punto de derramarse sobre la cama, colocó su pañuelo para que el cálido líquido cayese sobre este, pero…

"No. Aún no". Los movimientos de sus caderas y mano derecha, se ralentizaron de pronto. Tenía que recrearse en aquello más aún, por lo que se resistió a desahogarse tan pronto. Cuanto más durase, más disfrutaría; mejor sería la culminación y posterior sensación de plenitud y languidez.

El placer solitario no podría nunca sustituir al que sentía con una hembra, pero había llegado a unas cotas bastante agradables y elevadas en esos menesteres.

Sin embargo, poco le duró la tenacidad, ya que su libido campaba por sus respetos y le exigía sin miramiento, que acabara enseguida con lo que había comenzado y sin más demoras.

Casi con frenesí, sus movimientos se aceleraron, su cuerpo tenso y absorto en el placer cada vez más intenso, se retorcía sudoroso, escapando de su boca entreabierta gemidos de gozo, al tiempo que mantenía su cabeza ligeramente echada hacia atrás y apoyada en el cabecero.

La mano libre, introducía los largos y delgados dedos en su boca, chupándolos, para bajar humedecidos hasta pulsar los duros pezones, arrastrándose sinuosa por su amplio pecho y firme vientre, hasta caer sobre sus testículos, masajeándolos, sopesándolos, colmados de su preciada carga.

Su cuerpo firme de músculos bien definidos se tensaba entero, insinuándose sus venas en ellos, cual torrentes por los que circulaba la vida, la avidez y apetencia ilimitadas.

Gabriela, Clara… y viceversa; día y noche, agua y aceite, luz y oscuridad.

Con los ojos entreabiertos y brillantes de deseo, las imágenes de ambas mujeres sobre su cuerpo, acariciándolo y humedeciéndolo por todas partes, le favorecieron el pistoletazo final que necesitaba.

La cálida simiente escapó de su interior, como un río desbordado de cauce impetuoso, empapando el pañuelo, manos, muslos y vientre del hombre que profería pequeños gemidos y gruñidos de delirio, con su cuerpo contorsionado en pleno éxtasis.

Se pasó la húmeda y rosada lengua por los labios carnosos, relamiéndose de gusto por el orgasmo sentido, y por la expectación de que este sería más auténtico muy pronto, cuando una mujer en concreto, se derritiera de placer entre sus brazos.

Suspiró profunda y placenteramente. Le bastaría eso por el momento. Si bien sabía que aquello era tan solo un paréntesis, una pequeña y satisfactoria pausa en la consecución de su verdadero objetivo, y este no era otro que la obtención del gozo con una hembra; lo demás era… suficiente, pero con limitaciones.

Como pudo se limpió los restos de su acto, tirando el pañuelo humedecido bajo la cama.

Languidecido, se puso de lado enfrentando su rostro a la ventana. Pronto, muy pronto, todo iría a las mil maravillas. Sonrió relamiéndose como un gato satisfecho, saciado y atrevido, pues obtendría absolutamente todo lo que quería y más, incluso alguna que otra compensación extra por el tiempo perdido.

Sí. Las cosas se desarrollaban tal y como había supuesto que lo harían, salvo el pequeño contratiempo que estaba a punto de solventar.

Se durmió con pensamientos más que satisfactorios y un profundo regusto de auténticas complacencia y victoria en todo su ser, que le hizo experimentar la más absoluta alegría por la consecución absoluta de lo que quería, sin trabas y plenamente.

***

Otro día se hacía paso, con un hermoso sol colgado del cielo límpido y azul.

Clara desayunó muy temprano, poco y rápido. En honor a la verdad, no quería echarse a la cara a sus dos invitados forzosos.

Se dirigió hacia su zona favorita, en la que se rodeaba de sus plantas aromáticas, ya que el simple hecho de trabajar en ellas, la relajaba abriéndole la mente.

Tenía mucho en que pensar, y aquel especial lugar la ayudaría como en otras tantas ocasiones había sucedido.

Mientras tanto esperaría con impaciencia la llegada del doctor Sandoval. Bruno le era en extremo importante en su vida, y necesitaba de su siempre reconfortante presencia.

Faltaba ya poco para que Dante recibiera a Arturo y Gabriela. De ese hecho, dependía todo, y lo temía, con un miedo poderoso, rotundo, contundente e imparable que la aturdía y dejaba indefensa. No era tanto el temor de perderle, como el temor de que su salud sufriese un serio revés. Dante lo era todo para ella, pero ante la tesitura de no tenerle a su lado, o de que recayese sin visos de mejorar nunca más; prefería con mucho lo primero, por mucho que llegase a echarle de menos y por muy profundamente que sufriera por ello para siempre. No podía desear ningún mal a la única persona que le había abierto la mente y los cinco sentidos a la vida, con mayúsculas.

Ya no era dueña de sí misma. Ya no quería volver bajo ningún concepto a su antigua vida, que ahora le parecía estar a tanta distancia de ella, como ella lo estaba del sol.

No quería pararse a pensar en nada que no fuese su futuro en común con aquel hombre, que Dios, el Destino o lo que fuera, le habían puesto en su camino.

Pero sabía que tenía que ser lo más discreta posible que pudiera.

Su cara era el espejo de su alma, y en aquellas extrañas e imprevisibles circunstancias, aquellos dos intrusos, nunca, nunca debían ver en su rostro, nada en absoluto que les llevase a poner en terrible peligro a Dante, a ella e incluso a todos los que les rodeaban.

Una enorme mano se posó en su hombro, haciendo que Clara diera un respingo y se volviera con miedo reflejado en sus ojos por unos pocos segundos.

Arturo, alto, guapo, imponente, la envolvía con su presencia fuerte y depredadora.

En sus ojos, un brillo diferente a ningún otro, le hablaba en silencio de peligro y en su boca…, una sonrisa depravada que la hizo estremecer, con un extraño frío helador recorriéndola por entero.

La mujer dio varios pasos hacia atrás, hasta chocar con el tronco de un cerezo que le impidió seguir alejándose.

—Buenos días, Clara. No sabes cómo me alegro de verte.

La profunda voz de Arturo, en la que un deje de inminente peligro se atisbaba, solo le hizo ponerse a la defensiva; si es que tenía alguna duda de que su presencia no era en verdad amenazadora.

La joven abortó una mueca de desagrado que luchó por desfigurar su expresión falsamente plácida.

—Buenos días, Arturo. Espero que hayas descansado bien.

—Bueno. No del todo.

Clara parpadeó.

—¿No del todo?, no comprendo.

—Bien, mi dulce y querida Clara. Con gusto te expondré los porqués de mi incómodo descanso: en primer lugar —comenzó a explicarle al tiempo que su dedo índice acariciaba la suave y pálida mejilla de la muchacha—, te diré que he extrañado mucho el colchón, a pesar de ser este bastante cómodo, y en segundo lugar. —Ahora su pulgar contorneaba sus labios—, aún más, he extrañado no tener compañía femenina.

Las últimas palabras fueron susurradas a escasos centímetros de su boca, y Clara vio una punta de lengua sonrosada sobresaliendo insinuadora.

Sintió que se sonrojaba y que un escalofrío rodeado de repugnancia, la recorría y la dejaba helada y asqueada. Se apartó rápidamente.

El hermanastro de Dante, a su estilo, era hermoso en su exterior, pero su interior no.

Definitivamente no.

Tal vez le hablara así porque se había enterado de que la relación entre Dante y ella, había traspasado con creces la relación paciente-enfermera. Cabía esa posibilidad; si bien no la veía viable, puesto que en sus encuentros amorosos habían sido discretos.

“¿Acaso se me nota en la cara?” pensó asustada más por Dante que por ella.

—Clara. Clara, ¿te pasa algo?

La muchacha volvió a la realidad, cuando una mano cálida le rozó la barbilla, y vio la sonrisa socarrona de Arturo que la hizo ladear hacia la derecha la cara, y desear salir corriendo de allí.

—No… No… Nada. ¿Por qué?

—Bueno. Unos instantes antes estabas pálida. Yo diría que incluso más que estos días atrás y ahora te veo enrojecida. ¿Es que mis comentarios te han ofendido? Si es así, te ruego que me disculpes. No fue mi intención.

—No te preocupes. No me has ofendido. Es solo cansancio acumulado.

—Sí. Me imagino que siendo tan pocos para cuidar de mi hermanastro, la tarea ha debido ser agotadora. Además, él puede llegar a ser un enfermo terrible.

La joven sonrió aún sin quererlo. Sí. Dante era un enfermo terrible…, adorable…, e irresistible.

—Vaya. Veo que sonríes. Eso quiere decir que efectivamente, has sido testigo directo de lo pesado que puede ser en ciertas circunstancias.

La miró intensamente, como queriendo desnudar tanto su alma como su cuerpo.

—Supongo que sabrás lo bonita que te pones cuando sonríes, ¿verdad?

Bajó la cabeza hasta dejarla a la altura de su frente.

—Hummm. Hueles tan bien, Clara. Tu perfume es una mezcla deliciosa y exquisita a

naturaleza, juventud, vida y mujer, que desde luego, es difícilmente resistible para ningún hombre que se precie de serlo; como es mi caso. Te lo aseguro.

Ahora su boca junto al oído femenino, hacía que su cálido aliento rozara la piel de ella, pero al contrario de como le ocurriera con Dante, Arturo no la conmovía, no la alteraba ni dejaba cargada de deseo, tanto físico, como intelectual o espiritual.

Cierto que era muy atractivo. Sin embargo, nunca antes como en aquel momento, tenía fehacientemente la seguridad de que, aun siendo el único hombre sobre la tierra, nunca podría entregarse y yacer del mismo modo que con Dante; ya que ante aquella presencia enorme y poderosa, no sentía mariposas en el estómago, ni tampoco humedecerse cierta parte de su persona, o necesitarle para vivir con solo verle e incluso con solo pensarle.

Con Dante le ocurría eso y mucho más…

… Con él, todo un mundo repleto a rebosar de expectativas, sensaciones y experiencias que traspasaban lo corpóreo, la habían ceñido en un abrazo vivo, latente y único.

En cambio, este hombre que la avasallaba, que la intentaba seducir con palabras vanas y cargadas de connotaciones sexuales, apoyadas en acercamientos físicos rayanos a lo indecoroso, la dejaba doblemente fría, pues no concebía deseo alguno hacia su persona; y además, la hacía sentir tal recelo que llegaba al frío físico.

—Arturo. Yo…

—Tranquila, mujer. No voy a violarte y vuelvo a pedirte perdón por hablarte con tanta sinceridad, pero es que tienes algo que me hace dirigirme a ti sin tapujos. Sin pensar en lo que debo decir o hacer, cosa que me sorprende mucho, puesto que yo suelo ser muy reflexivo tanto en mis palabras como en mis actos; pero contigo…, veo que me cuesta más, infinitamente más…

A pesar de que pretendía incomodarla y asustarla con sus palabras, era él quien acababa de estremecerse con su revelación. Arturo enmudeció. No. Ni él mismo se reconocía admitiendo en voz alta y delante de aquella mujer, lo que hasta ahora había decidido ignorar, pues aquel encaprichamiento era solo lujuria, necesidad física, primitivamente sexual.

Pero aun luchando consigo mismo, la verdad se imponía: Clara empezaba a metérsele dentro, a pesar de que él no quisiera.

Capítulo 31

En cuanto a Clara, esta no tenía medio de escabullirse. Allí seguía entre un cerezo y un hombre, por el cual tenía muchas reservas y dudas, a cada segundo más grandes y profundas.

—Clara, Clara. Me haces decir y hacer cosas que no quiero. Estoy empezando a pensar que eres una especie de brujita, que me está hechizando y no sé todavía, si eso me disgusta o me pone…

—Por favor, te ruego no sigas.

Arturo inspiró de nuevo su personal perfume y se enderezó todo lo largo que era frente a la joven. Era apuesto, inteligente… y malvado.

—Por supuesto, mujer. Y para que veas mis buenas intenciones, te dejo sola.

La muchacha le vio irse decidido y acaparando el espacio circundante con su fuerte presencia. Conforme sus pasos le dirigían lejos de ella, fue recuperando la tranquilidad y la respiración acompasada.

“Ni media palabra a Dante. Clara, ni media palabra ¿Entendido?”

Y no por temor a Arturo, no. Su temor era por él. No quería que los hermanos se pelearan por ella y, aunque estaba muy recuperado físicamente, no creía que tanto como para enfrentarse a su hermano, o a una impresión fuerte que retrasara su mejoría mental.

No quería demorarse allí ni un segundo más, no fuera a aparecer Gabriela, la otra persona que tampoco le inspiraba nada bueno.

Con paso ligero se dirigió al invernadero, no sin mirar de vez en cuando a sus espaldas, para no tener otra sorpresa desagradable, mientras observaba la alta figura de Arturo siluetearse en el horizonte.

En cuanto al hombre ya no tenía duda alguna, y mientras se alejaba, en su rostro se veían a partes iguales frustración y un humor de mil demonios. “Maldita Clara”.

Estaba que explotaba literalmente, pues la mosquita muerta de Clara no lo era tanto, ni le era tan indiferente como pensó. Debería tener cuidado, más del que pensaba. Sin ella quererlo, estaba seguro cien por cien, que le estaba enredando en su tela de araña de distanciamiento e indiferencia y… le gustaba mucho. Demasiado. Sus pantalones le apretaban en la entrepierna, y no sentía ningunas ganas de liberarse de aquella presión como la noche anterior, pero no tenía problema con eso, ya sabía a quién asaltar con su apetito irrefrenable.

***

Más tarde y no muy lejos de donde Clara estaba, dos personas se colocaban bajo el sauce llorón. Gabriela y Arturo cambiaban impresiones en voz baja, después de un opíparo desayuno a solas.

—No creo que el regreso nos resulte agradable, querida. Me temo que tendremos problemas —afirmó Arturo convencido.

—Yo también lo creo. Clara le tiene agarrado y no soltará a su presa tan fácilmente.

—¿Así que lo sabes?

—¿El qué? —inquirió Gabriela frunciendo el entrecejo.

—Tú ya me entiendes…

— ¡Ah, eso! ¿Qué nuestra anfitriona está encariñada con Dante? No me preocupa.

Lo verdaderamente preocupante es él. ¿Crees que hay algo serio entre ellos?

—No lo sabré hasta verlos a ambos juntos —replicó Arturo.

—Si han llegado a intimar y no es solo atracción, eso es difícil de ocultar.

—Bueno. Según el caso. Fíjate en nosotros —rebatió el hombre secamente—. Querida:

nosotros no tenemos una relación, hipotéticamente como la suya. ¿Sabes? En nuestro caso, existe una asociación, en la que ambos nos satisfacemos cuando nos apetece y punto; totalmente independiente de que además busquemos otras compañías, tú por tu lado y yo por el mío. Una buena relación de carácter privado, sin sentimientos profundos de por medio, salvo el profundo placer que yo te doy y tú me das, claro. —El hombre le acarició con el pulgar los labios—. Sabes que se puede muy bien disimular, como nosotros hacemos con tanta maestría.

—¿Sabes, Arturo? Oírte hablar así, me hace experimentar cierta quemazón y…

—¿Y?

La mujer bajó la vista al bulto que tensaba los pantalones masculinos, sonrió levantando su mirada poco a poco, recorriendo la anatomía de Arturo con parsimonia, y los ojos entrecerrados donde la lujuria se dejaba entrever.

Este apoyó la espalda contra el tronco, entreabrió sus piernas, le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí. Gabriela quedó pegada a su cuerpo, con las manos apoyadas en su pecho y el rostro a escasos centímetros del de Arturo.

El beso fue necesario. El beso fue inevitable.

A pesar de saber que no era nada conveniente, ni prudente hacerlo, y menos en aquel lugar abierto a miradas y a la luz del día, ninguno de los dos pudo contener el deseo de intimidad, que les atraía el uno al otro como la miel a las abejas.

Gabriela bajó su mano izquierda hasta el bulto de los pantalones del hombre que se entrechocaba contra su ingle.

—Reconozco querido que esta es una de las cosas que más me gustan de ti.

Arturo sonrió contra su boca.

—¿Ah, sí?

—Sí, por cierto. Te pones enseguida en situación…

Una enorme y cálida mano apresó un pecho estrujándolo no sin cierta fuerza.

—¡Qué le voy a hacer! Soy un hombre de intensas pasiones, con un apetito voraz… y tú eres un bocado exquisito, querida… —afirmó con la voz enronquecida por el deseo.

—¡Oh, sí! ¿Y cuánto hace que no “comes en condiciones”, querido?

—Yo diría que desde nuestro último encuentro.

—¡De eso hace solo una semana!

—¿Tanto? ¡No me lo puedo creer! ¡Así estoy, que muerdo! —Arturo le había dado un pequeño, pero muy lascivo mordisco en la oreja con sus perfectos dientes, dejándola deseosa de

más, deseosa de que aquella boca la recorriera por entero, proporcionando un reguero de placer húmedo a su paso.

Ambos sonrieron abiertamente ensimismados el uno en el otro, mientras las caricias se iban sucediendo cada vez más llenas de deseo, con muchos más mordiscos, chupetones, manoseos…, que los hacían sentirse a cada momento con mayor avidez.

Ajenos a cualquier espectáculo que su conducta estuviera produciendo; por supuesto también ajenos a nada que no fuera su mutuo placer, y solamente medio protegidos por las espesas y caídas ramas del sauce llorón, no se hicieron eco de que una figura de rostro serio, les observaba a través de una ventana del segundo piso.

Esta presencia tuvo mejor visión de todo lo que ocurría, cuando Gabriela y Arturo surgieron con sus cuerpos entrelazados de debajo del árbol, y ya sin la protección de este, seguían con sus juegos amorosos.

El ardor que les consumía parecía estar despojándolos de la sensatez necesaria, para no descubrir su relación, al menos todavía.

—Arturo, Arturo… Para…, para…, por favor.

El hombre, con los ojos enfebrecidos y brillantes, la devoraba insistente con la mirada, los labios y las manos.

—Anoche te eché mucho de menos, querida. No sabes cuánto…

Gabriela dejó escapar una carcajada de complacencia. Sabía pero que muy bien, de lo que él le estaba hablando, pues sus relaciones íntimas eran tempestades incontroladas, donde la lujuria se regodeaba por entre sus cuerpos, apoderándose de ambos en un frenesí sin control.

De ahí que sus escarceos amorosos, o más bien lujuriosos cien por cien, fuesen el cordón umbilical perfecto para dos seres como ellos, tan parecidos en cuanto a apetitos de diferentes exigencias, como por supuesto, en cuanto a las sexuales se refiere.

Podía decirse que eran almas gemelas en esas cuestiones tan concretas, y en otras…

Gabriela se apartó sin previo aviso, pues de repente en la cabeza de la mujer se hizo un hueco la cordura. No era ni el momento ni el lugar para esa clase tan particular de juegos.

Se deshizo del abrazo del hombre, y del entramado invisible de placer y deseo, que a partes iguales la paralizaba pegada a él.

La mujer le observó seria e incluso confundida, y se alejó de Arturo con rapidez, echando a correr hacia el cortijo.

El hombre la vio alejarse al tiempo, que se llevaba su mano derecha a los pantalones, donde una dolorosa erección se los tensaba en demasía, dando fe de cómo de excitado se encontraba. Doblemente excitado… y frustrado.

Aquella sensación no le gustaba nada en absoluto, pero la remediaría muy pronto.

“¡Maldita Gabriela! ¡Me enciende hasta el extremo, y luego me deja plantado sin satisfacer mis necesidades perentorias!”.

“¡Maldita Clara! ¡Tan distante, menuda y excitante!”.

Pero él tenía para ellas y para muchas más…

***

Dante parecía estar inmerso en una burbuja, a la que le quedasen escasamente pocos minutos de aire en su interior, hipotéticamente estanco.

En su cabeza, fogonazos de conciencia le asaltaban, y esta le dolía a rabiar, cada vez con

mayor intensidad. Se la acunó entre las manos, apretándola con energía, en un inútil afán de contrarrestar las punzadas que aumentaban en intensidad y tiempo.

Gritó. Y el dolor fue tan agudo que arremetió contra la pared, golpeándose en ella una y otra vez.

Giró el cuello en dirección a donde creía que estaba la ventana, y abrió los ojos acercándose con pasos indecisos.

La luz del sol le deslumbró por unos instantes que parecieron eternos…

"¡Veo, Dios, Veo!" Temblando, cerró los ojos. Su corazón latía acelerado golpeándole el pecho.

Se dio ánimos en silencio y tardó unos minutos en abrirlos. En esta ocasión no ocurrió lo que tanto temiera. Esta vez, siguió hipnotizado la trayectoria de una golondrina, que surcaba de parte a parte el cielo límpidamente azul.

No quería saber cómo había ocurrido aquello. Ahora no. Solamente esperaba que continuara esta nueva situación por mucho tiempo, tal vez para siempre.

Ahora también empezaba a recordar. Recordar hechos pasados puntuales que no le hicieron sentir precisamente orgulloso. En particular algunos relacionados con cierta mujer. Porque aunque quisiera excusarse por sus necesidades, le era del todo imposible hacerlo; solo pensar en que él y ella…, aun sabiendo que también era la amante de su hermanastro, y de otros tantos, anterior y posteriormente…

Se dejó caer sobre la cama, pero se negó a dormir a pesar de estar totalmente agotado física y mentalmente.

Tampoco quería cerrar los ojos. Sin embargo, Morfeo tenía otros planes para él, y como un sonámbulo se dirigió adormilado hasta el sillón cercano, donde dejóse caer después de haberse despojado de su ropa por completo. En unos segundos, se quedó dormido profundamente.

Largo tiempo después, se despertó sintiendo un extraño escalofrío que le estremeció y recorrió de la cabeza a los pies.

Llegó como pudo a la cama, arrebujándose entre las sábanas y la colcha, buscando desesperado calor, pero la sensación no se iba.

Tras innumerables vueltas sobre el lecho e incapaz de dormir, se levantó de repente, desnudo, acercándose a la chimenea con paso firme y sin tropezar con nada, pues ya conocía perfectamente, donde estaba cada cosa en la estancia.

El hogar tenía rescoldos del fuego ardiente que caldeara el ambiente la noche pasada, totalmente insuficientes, para apaciguar el gélido e incontrolable frío, que sentía surgir desde dentro de sus entrañas hacia afuera.

Aunque no provenía de ahí lo que sentía. No. Aquella glacial sensación… era desnaturalizada. Nada de culpar al otoño, que era en verdad una estación de transición como la primavera; pero que en aquel lugar, este apenas existía y se dejaba solapar por el cercano invierno.

Dante tuvo un estremecimiento, se masajeó las sienes, al principio con delicadeza, pero esa primigenia suavidad, dio enseguida paso a unos masajes más contundentes, conforme la sensación de sacudida aumentaba.

Esta ya le era penosamente conocida; en parte la deseaba y en parte la temía.

Sabía que era el preludio de lo que a continuación le sobrevendría.

Capítulo 32

Estaba preparado en buena medida, pero se sentía incapaz de sobrellevar aquella experiencia sin resistirse en cierto sentido al sufrimiento que esta conllevaba.

De nuevo el rayo traspasaba su cerebro, con las sienes latiendo intensamente y otra vez, la potente luz cegadora, se unía a su respiración y palpitaciones aceleradas.

Clara debía saber lo que le ocurría y esperaba que ese día no pasase sin comentarlo con el doctor, luego…

Parpadeó y vislumbró la repisa de la chimenea, la cual inspeccionó posando sus ojos en el resto de la habitación.

¡Podía ver! Pero no sabía por cuanto tiempo.

En su cabeza afloraban salvadores los dulces ojos castaños de Clara, la razón de su existencia, a la que quería contemplar en diferentes actividades diarias sin que lo supiera, observar sus reacciones ante su presencia, estudiar su manera de moverse y anhelaba contemplarla pensativa, alegre, irritada…; estaba seguro que sus ojos y todo su cuerpo serían una explosión concentrada de energía, potente y hermosa a la vez.

Cerró los ojos y se preparó.

Por sus otras experiencias sabía que al abrirlos de nuevo solo habría oscuridad.

Dejó escapar un largo y profundo suspiro. Seguidamente, retuvo el aire en los pulmones y volvió a abrir los ojos. Se había dado la vuelta y contemplaba el lecho que unos minutos antes ocupara. Le parecía tan increíble que se carcajeó sin medida.

Su risa fuerte recorrió cada recoveco, cada rincón de la habitación, haciendo eco de su alegría a todos y cada uno de los muebles y objetos que en ella había.

No cupo en sí de gozo.

Aquello parecía tener toda la pinta de un milagro, si bien, lo verdaderamente importante era que estaba dispuesto a lo que fuera, para conseguir un buen mañana para Clara y para él juntos, por supuesto.

Fue hasta la ventana. En los primeros momentos la luz le pareció cegadora y parpadeó nerviosamente, pero aquella sensación fugaz, dejó paso a la inquietud de asomarse y contemplar el paisaje circundante.

De hecho estaba a punto de hacerlo, cuando vislumbró movimiento no muy lejos de allí.

Lo primero en que pensó fue dejar de intentar descubrir qué era lo que le había llamado la atención, pero precisamente la curiosidad consiguió más que ninguna otra cosa, y se decidió por averiguar lo que pasaba en el exterior, de ahí que se mantuviera oculto pero sin dejar de observar.

Las dos figuras entrelazadas las conocía demasiado bien… Esa mujer estaba allí y el hombre que la acompañaba era su hermanastro.

Se manoseó los cabellos ya revueltos.

Gabriela y Arturo. Arturo y Gabriela. La pareja ideal. Perfecta. Tal para cual.

Independientemente de su cariño filial hacia Arturo, este nunca le impidió tener una clarísima idea del trasfondo que su hermanastro poseía, y en cuanto a Gabriela, aquella hermosa y pécora mujer…

Una maldición en toda regla escapó de su boca contraída en una mueca de asco e indignación a partes iguales, y no le quedó la menor duda de que muy pronto descubriría el juego que se traían entre manos. Por lo que Dante, testigo mudo de las carantoñas que ambos se prodigaron, experimentó un solaz extraño, mezclado con una parte de ansiedad y otra de ganas de cortar por lo sano todo aquello que lo había perturbado, desde hacía ya tanto…

Se mesó el cabello alborotándoselo aún más. “Paciencia hombre. Ante todo paciencia”.

Con dos zancadas de sus largas piernas, se dirigió hacia la cama en la cual se sentó, para posteriormente, recostarse boca arriba todo lo largo que era, con la cabeza sobre los antebrazos y la mayor de las sonrisas en su sensual boca.

Ya había visto suficiente y estaba impaciente, feliz, esperanzado…, y también estaba furioso, encolerizado, expectante…

Un compendio fulgurante y extraño de diferentes sensaciones se apoderaba de él por completo, pero la sola idea del cambio que aquellos hechos iban a producir, le era más que suficiente para conseguir su objeto principal.

Independientemente de que pudiese ver, no sabía por cuanto tiempo, si bien había corroborado que este era cada vez más extenso, y eso constituía la base perfecta para sus planes de futuro, tanto inmediato como a largo, larguísimo y maravilloso plazo.

Imbuido en esos pensamientos le encontró Clara.

Su esbelta figura tendida en el lecho la subyugaba e impulsaba hacia allí sin remisión posible, por lo que se le acercó sin demorarse más inducida por su cercanía.

Si bien en los primeros momentos parecía que no se había dado cuenta de su presencia, pues parecía estar dormido, ya que todo su cuerpo seguía en la misma posición sin moverse y con los ojos cerrados. Esta impresión le duró lo que un suspiro, cuando una grande, poderosa y veloz mano le sacó de su error en un periquete, asiéndola y tirando de todo su pequeño cuerpo, volátil cometa movida por su irrefrenable y fuerte viento, que la llevó a caer sobre la cama a su lado.

—Hola, mi dulce Clara. —La voz de barítono apenas era un susurro, pero a la muchacha le pareció la atravesaba de parte a parte, derritiéndola a su paso.

—Hola, Dante. Siento haber interrumpido tu descanso.

—No estaba descansando, amor. Solamente dejaba pasar el tiempo esperándote.

Aún con la mano sujetando la femenina, la otra se dedicó a acariciarle el rostro notando en las yemas de sus masculinos dedos, la suave piel que le enardecía los sentidos y los deseos.

La arrimó todavía más a su recio cuerpo, hasta dejarla acoplada con la espalda apoyada en el pecho masculino.

Para la joven, la premura con la que él realizaba sus acciones respecto a su contacto, no le dejaban duda ninguna de los lazos que ya tenían formalizados entre ambos; de las mutuas necesidades sensoriales y cognitivas que se desarrollaban entre ellos, profundas y

embriagadoramente complejas e intensas, como para tenerlos unidos en esta y en infinitas vidas posteriores.

Clara se dejó acomodar entre sus brazos. La mujer sentíase tan bien, tan en paz y completa con él abrazándola, acariciándola, protegiéndola…, que no hubiese querido que el tiempo pasase nunca.

Ante aquella circunstancia que los dos valoraban sobremanera, cada minuto, cada segundo era más valioso que el oro, y con tanta reconocida valía, atesoraban esa cercanía en todo su complejo contenido.

Apoyó sus manitas sobre la que él mantenía en su cintura. Recorrió los largos y delgados dedos de uñas bien cuidadas, las pequeñas venas del anverso de las manos, hasta subir muy despacio y ceremoniosamente por la muñeca hasta el antebrazo de fino vello.

Entonces ocurrió. Sin quererlo y sin poder evitarlo.

En su fuero interno, una fina lluvia empezó a empaparla por dentro, emprendiendo y promoviendo que aquella llovizna interna saliera a la superficie, como agua subterránea que brota al exterior, liberándose de su interior confinamiento.

Y empezó a llorar. Lloraba en silencio. Se había hecho una experta en ello, pues no quería que él lo supiera. Las saladas lágrimas resbalaban y caían a su pañuelo de encaje sin que él fuera consciente de ello. Dante la siguió abrazando y acariciando con total lasitud, dejando que sus caricias la relajasen hasta que la joven dejó de llorar.

Sí. Él se había dado cuenta de ello, aunque decidió no comentarlo, pues no quería que se viese más frustrada y dolida.

No supieron exactamente cuánto tiempo estuvieron abrazados.

El hecho era que Clara le vio tan cansado que no dijo ni una palabra, y esperó a que él se quedase profundamente dormido, para deshacerse de su abrazo con delicadeza y dejarle descansar en la soledad de su habitación.

Abrazada a sí misma, se dirigió a la suya en la cual entró con paso lento, tirándose en el lecho boca abajo. Allí continuó llorando hasta que también se quedó profundamente dormida, al igual que un bebé tras una rabieta.

Cuando tiempo después llamaron a su puerta, se desperezó sintiendo entumecido el cuello de alguna mala postura, y la piel tensa ante la sequedad de las lágrimas en ella.

Mina entró y se la quedó mirando.

—Clarita, parece como si un caballo te hubiese pasado por encima.

La joven rio entre dientes. Más una mueca que una sonrisa.

—Me he quedado dormida sobre la cama y creo que me he hecho daño en el cuello.

La tata se acercó frotándose las manos y con gesto triste.

—A ver. Déjame ver. Hummm. Me parece que necesitas un masaje.

—Sí, por favor.

Antes de hacer que Clara se echase en el lecho, a Mina no se le pasó que esta tenía los ojos enrojecidos con secos y blanquecinos regueros de lágrimas por la cara.

—Además de quedarte dormida de mala postura, ¿has estado llorando, verdad?

Clara asintió y Mina suspiró silenciosamente. Ya sabía ella que aquel hombre haría sufrir a su niña durante mucho tiempo. Quizá para siempre.

La muchacha daba pequeños gemidos de placer conforme las milagrosas, cálidas y cariñosas

manos de su tata le devolvían la salud a su lastimado cuello.

—Clarita. Dante te espera para ir a dar un paseo.

La aludida dio un respingo de todo punto involuntario. Tal vez fuera porque mientras su tata le había estado masajeando, había intentado dejar su mente en blanco, de todo lo que no fuese la agradable sensación de los dedos de su tata, y la curación casi inmediata de sus dolores.

Clara se incorporó alisándose el vestido y colocando en su sitio algunos cabellos sueltos de su moño.

—Está bien. Dile que enseguida voy.

Así dio por terminado el pequeño lapsus temporal en el que las dos mujeres habían estado inmersas, como si de otra dimensión se tratase.

Antes de irse, Mina la abrazó sin mediar palabra, ya que con los ojos y su caricia le hablaba.

La joven vio cómo aquella se retiraba para llevar su mensaje a Dante.

Se lavó la cara en la palangana, donde volcó agua fría hasta casi hacer que esta rebosara, sumida en sus pensamientos. Suspiró. Se estaba volviendo una despistada de cuidado, por tener su mente donde no hubiera debido tenerla nunca.

—¿Por qué tardas tanto, Clara?

La impresionante voz masculina la espantó y se llevó la mano al pecho.

—¡Dante, por Dios! ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Por qué no estás en tu cuarto esperándome? ¿Es que nadie te ha dicho que esto no se hace?

El hombre apoyado en el dintel de la puerta, alzó una ceja y sonrió con descaro.

—Por orden, mujer, por orden. En primer lugar, como puedes observar, te estoy esperando. En segundo lugar, si estoy aquí no puedo estar allí, y en tercer lugar…

No tuvo tiempo de seguir con su disertación puesto que una fina toalla de lino se le estampó en mitad del pecho.

—¡Ay!

—De “ay” nada, que ese trozo de tela no te ha hecho ningún daño.

—Eso es lo que tú dices, pero yo… Yo me noto un no sé qué por aquí… —dijo señalándose justo el lugar donde su corazón latía.

Aún sin quererlo, la joven esbozó una rápida y traidora sonrisa.

—Venga, venga, que no ha sido para tanto quejica.

—¿Cómo que quejica?

Dio un par de pasos y se paró en seco.

Clara ni se inmutó. Todo lo contrario. Fue ella la que se le acercó hasta ponerle la manita donde él acababa de quejarse; cerró los ojos y aspiró su innato perfume a limpio, y a hombre. Este suspiró, haciendo que la manita subiese y bajase al mismo tiempo que su magnífico y fuerte pecho y sintiendo ambos el calor de la cercanía. Recorrió con sus palmas abiertas la espalda femenina, y se la acercó hasta tenerla tan pegada que parecían siameses. La mujer descubrió tal excitación en ella misma y en él, que le costó Dios y ayuda, desprenderse de sus brazos y poner algo de espacio entre sus cuerpos.

—Venga. Vámonos ya.

Dante asintió serio, abriendo y cerrando las manos rítmicamente; de repente las sentía frías y vacías.

Capitulo 33

Clara salió de la estancia. Se volvió a esperarle y se colgó de su brazo. Ambos disfrutando de su cómplice compañía y silencio.

Así estuvieron hasta que llegaron a su destino.

El sauce llorón parecía darles la bienvenida, agitando con suavidad sus largas y esbeltas ramas, al compás de una melodiosa y placentera brisa vespertina.

Como ya sabía la ubicación de lo que les rodeaba, la mujer dejó que el hombre buscase y encontrase en un periquete su sitio favorito, en el que se dejó caer no sin cierta pesadez. La mujer ocupó su lugar habitual a su lado.

A Dante se le veía algo cansado, o tal vez, fuera su imaginación.

Sentada a su lado, los pensamientos no la dejaban en paz ni en esa atmósfera tan relajante, y se descubrió a sí misma quitándose no sin cierta irritación, las traidoras lágrimas que empezaban a caer por sus mejillas.

“Llorona, más que llorona. En eso me he convertido”.

Hubiese preferido hacerlo en la soledad de su habitación, aunque el amasijo de sentimientos y preocupaciones que merodeaban su mente, la tenían en baja forma y nada más verle, había estallado en mudos sollozos. Otra vez.

Tener el Paraíso en las manos y ver cómo este se va a deshacer entre los dedos, le causaba tal congoja, que creía sinceramente que nada más salir Dante de su vida, caería al suelo sin vida, con el corazón literalmente destrozado por el dolor.

¿Cómo no pensar en esa, cada vez, más certera posibilidad?

¿Cómo no dejarse llevar por la tristeza y la impotencia? Al fin y al cabo era una mujer.

Una simple, menuda y patética mujer frente a un mundo real y cruel, que la golpeaba sin miramiento, en espera de hacerla despabilar para aceptar lo inevitable.

Aún ajeno a esos pensamientos tan desalentadores, el hombre que estaba sentado bajo el sauce llorón, sabía perfectamente lo que pasaba. También en su espíritu se aglutinaban impenitentes y constantes, los desalentadores presentimientos más funestos e imprevisibles sobre el futuro de ambos; fuera este común o no.

Callado, dejó que la misma atmósfera que los envolvía como en un capullo a la oruga, le diera pistas sobre lo que ocurría allí. A ella.

Ya no era tan solo por la respiración irregular femenina, sino también por su actitud silenciosa, e incluso por el movimiento de sus manos y el frufrú de su falda, la cual se agitaba al compás de los movimientos nerviosos de la joven.

Se obligó a hacer un supremo esfuerzo, ya que necesitaba verla con urgencia.

Levantó la cabeza al cielo como implorando ayuda, bendición, valor y entereza.

El astro rey se filtraba entre las ramas del sauce y le calentaba las facciones, enviándole con sus cálidas caricias de dedos invisibles, la carencia armoniosa y milagrosa del prodigio de la vida.

Volvió la cabeza hacia donde sabía que estaba ella, y esperó a que el conocido dolor le atravesara la cabeza de parte a parte. Seguidamente parpadeó nervioso, haciendo que sus ojos se abriesen a un compás demasiado lento para su gusto y deseo, pero creía firmemente que teniendo un poco de paciencia conseguiría su objetivo.

Y este llegó. Como llega la riada, avasallador, enérgico, desbordante e imprevisto, pues no creía poder tener tanta suerte y llegar a verla otra vez.

Clara no emitía sonido alguno, pero podía contemplarla enjugarse el llanto, y mirarle de soslayo un par de veces, con devoción y con dolor a partes iguales.

Y él, haciendo un hercúleo esfuerzo, aguantaba el tipo.

Algo positivo en cierta medida era que su vista iba y venía, si bien el fuerte y penetrante dolor, remitía en cada ocasión, más pronto que en la anterior, afortunadamente; y además, se estaba haciendo un experto. Disimulaba muy bien tanto el malestar que sentía como la alegría que le afectaba, viendo lo que le rodeaba; sobre todo, viendo a Clara.

Ahora podía admirar cómo los rayos del sol jugueteaban con su cabello, veteándolo de luz; el pequeño, bonito y cálido cuerpo junto al suyo, los bellos rasgos del rostro amado, o cómo sus mejillas se sonrojaban con candidez, cuando Clara dirigía sus ojos hacia su entrepierna.

Parecía leerle el pensamiento. Sentir lo que ella sentía y desear también lo mismo.

La tarde era del todo punto encantadora, y en la atmósfera, la placidez más absoluta les rodeaba.

La vio desabrocharse tres botones del recatado vestido que llevaba. Tragó saliva y su nuez se movió violentamente. Verla hacer aquel acto inocente, desencadenó en todo su ser una inusitada e inminente necesidad, de saborear la parte de nívea piel que iba quedando al aire.

Clara se sentía acalorada, y ajena totalmente al torbellino interior que causaba en su acompañante, se refrescaba con un pequeño y blanco abanico de crochet calado, y se soplaba el escote en busca del necesitado frescor.

Por su parte, Dante procuraba mirar hacia otro lado, si bien con escaso éxito, pues la más mínima oportunidad de poder contemplarla le era valiosa, mucho más que el mismísimo oro, incluso que su salud.

Se acarició el cabello y suspiró.

La mujer volvió entonces la cara hacia él, y se le acercó hasta estar a escasos centímetros de su rostro. Le miró, o mejor dicho, le estudió con detenimiento: las ondulaciones del pelo, sus ojos, la nariz, la cicatriz, los labios…

Hacer que no la veía era una cosa, pero su cercanía… Dante creyó que no podría resistir un segundo más sin tomarla allí mismo.

—¿Qué pasa, Clara?

La joven quedó como paralizada, dudando en hablarle o no.

Al fin y al cabo ¿qué podía decirle? ¿Acaso que en un impulso urgente y avasallador, había necesitado acercársele, pues sentía un aterrador vacío sin él pegado a ella? ¿Que le necesitaba y deseaba con ansia y sin vergüenza?

El hombre callado, prefirió no insistir. Si no quería hablar no iba a obligarla.

La alzó sin esfuerzo y la sentó en sus muslos, para enseguida ponerle la mano en la nuca y acercarla a su pecho parcialmente al descubierto.

El suave vello le hacía cosquillas en la mejilla y el olor a hombre la aturdía.

Escuchó los fuertes latidos de su corazón retumbando en sus oídos ¡Nunca música más melodiosa y querida para ella! Y la canícula del ambiente, no fue nada comparado a la que su varonil cuerpo desprendía.

Comenzó a darle pequeños y sutiles besos por el cuello a los que el hombre respondía enredando con sutileza sus dedos por entre el desmadejado moño.

Una pequeña y húmeda lengua surcaba de arriba a abajo la piel del cuello y torso, parándose con frenéticos lengüetazos en la cicatriz junto a la tetilla inhiesta.

—Clara…, no… sigas.

La aludida alzó la vista y le vio con los ojos cerrados y la voluptuosa boca entreabierta.

Sin hacer el menor caso, volvió a dedicarse a acariciarlo y a apoyarse en su torso.

El hombre respiraba fuerte y su pecho la hacía subir y bajar al mismo compás. Su cuerpo se irguió, y las fuertes contracciones en el bajo vientre la recorrieron por entero.

La sensación de sentirse plenamente mujer con él la desbordaba, llenándola de una desinhibición totalmente desconocida hasta entonces. Y le quería ahora. Bajo el sauce llorón en plena naturaleza.

—¿Quieres que me pare?

—Si no lo haces…

—Si no lo hago…

Dante la incorporó. Sus manos grandes, y poderosas bajo el trasero de Clara, dejándole el escote a la altura de la boca. Se sucedieron lametones, besos y chupetones…

Clara con los ojos cerrados, le dejó el camino libre hasta que sus pechos quedaron a merced del deseo de él.

Dante la miró unos instantes. Suficientes para recordarla siempre. Tenía una expresión de delicada satisfacción, que le dejó perplejo, con los ojos cerrados y en espera de más; rendida, sumisa y deliciosamente excitada y excitante.

Embriagada y vencida por lo que le hacía, la mujer era la personificación viva, latente y embriagadoramente femenina de la dicha más absoluta.

Y todo por él.

—Mejor será dejarlo.

—¿Por qué?

—Clara, mi amor. Sabes dónde nos llevará todo esto si seguimos.

—Sí, lo sé. Pero no puedo ni quiero, luchar contra lo que siento y me haces sentir.

—Lo sé. Lo sé ¿Crees que a mí no me pasa igual? Entre tus manos, pegado a tu cuerpo delicioso…, no hay circunstancia en la que no quiera estar contigo o dentro de tu ser. Dulzura. Me derrito por ti.

—Pero no podemos ni debemos, ¿verdad?

El hombre asintió compungido y dolorido en su masculinidad punzante.

—Sí, mi bien. Sí.

Él recordaba perfectamente que no mucho antes, dos personas creyéndose a salvo de miradas

indiscretas se habían arrullado bajo esas mismas ramas, y no quería que fuesen descubiertos en parecidas circunstancias.

La besó con rapidez y la levantó de su regazo, poniéndose de pie junto a ella.

Clara no opuso resistencia y se cogió de su brazo. Los dos inmersos y unidos en un compartido silencio, volvieron a casa.

***

Tras una más que silenciosa y corta cena, cada cual regresó a su aposento.

Al parecer a nadie le apetecía hablar de nada, ni siquiera del tema últimamente favorito de todos y cada uno de ellos.

Eso sí. Las miradas serias e incluso “asesinas” que los comensales se lanzaron unos a otros, eran todo un poema a la guerra fría, en la que todos estaban inmersos.

Ni qué decir tiene, que para las dos mujeres y para el hombre que compartieron mesa y mantel esa noche, podían afirmar sin temor a error alguno, que sus mentes seguían un único e intrincado camino, que conducía al mismo destino: Dante.

No hacía falta ser un lince para saber con certeza, que tanto a las damas como al caballero que comían en absoluto silencio, la persona que se encontraba en el segundo piso enclaustrado en su habitación, les reportaba una inusitada y específica ansiedad, según el caso de cada cual: Clara y su amor recién descubierto. Gabriela y su obsesiva decisión de quedárselo como fuera. Arturo y el pseudolazo de parentesco que les unía.

Un galimatías de tal magnitud y de tan inusitada envergadura, que les estaba poniendo al límite de sus capacidades.

Ya en su cuarto, Clara se dejó vencer por el cansancio físico y psíquico, durmiéndose enseguida con una amada imagen en su cabeza.

En cuanto a Gabriela, la exacerbada lujuria la mantenía en un estado de predisposición al apareamiento nada convencional.

Para Arturo, la sola idea de aparecer por la habitación de una, o incluso de las dos compañías femeninas que había tenido cenando, le enervaba.

Así las cosas, cada cual cogió a Morfeo de las orejas, pies o cuello, y durmió como buenamente pudo.

Capítulo 34

Nada más abrir los ojos a la claridad que entraba por la ventana, Gabriela se decidió de inmediato a vaguear otro rato más en su cama, estirándose como una gata satisfecha.

De camino idearía su plan. ¡Qué bueno era despertar con la mente despejada!

Los fantasmas que durante el día anterior le estuvieron circundando sin piedad, le parecían ahora un tanto infantiles. La noche, y con ella un sueño reparador y repleto de felicidad, la había dejado con un regusto a dicha, que saboreaba aún despierta.

Para Clara, el día había llegado demasiado pronto, ya que había conseguido soñar con un futuro dichoso, que no quería haber tenido que dejar marchar cuando despertó.

***

Respecto a Arturo, este maldijo su mala suerte. La noche se le presentó casi en duermevelas por culpa de su “apetito” , y no dispuesto al desahogo solitario, miríadas de imágenes lascivas lo asaltaban en las ocasiones en las que conseguía dormirse.

De esta guisa, el hombre bajó atropelladamente las escaleras y fue a desayunar.

Al menos esa clase de apetito estaría pronto saciada.

Pensando en dar un paseo, recordó su anterior encuentro con su anfitriona. Tal vez volviera a repetirse. Risueño ante la expectativa, acabó su matutino ágape y salió afuera. En verdad era un bonito día, y sonriendo encantado se aventuró a dar aquella caminata que tanto le apetecía.

Sus pasos firmes y decididos le llevaron a donde una Clara absorta en su trabajo, ni se percató de su presencia. La joven de espaldas a él, le ofrecía sin saberlo una buena vista de su trasero, inclinada como estaba sobre la hierbabuena.

Cogiéndola por los antebrazos, la levantó y pegó a su pecho, haciéndola sentir en la espalda el duro muro de su firme torso.

Un brazo en su cintura y la mano libre tapándole la boca.

—No vayas a gritar, Clara. —La voz masculina sonó rotunda en sus oídos con extraña tranquilidad.

Visiblemente asustada, esta asintió.

Entonces Arturo fue descendiendo su mano desde la boca de Clara hasta sus pechos, manoseándolos indecorosamente.

El susto primigenio de ella, dio paso inmediato a la ira, resistiéndose ferozmente a su íntimo contacto.

—¡Suéltame!

Forcejeó inútilmente y su sencillo peinado quedó desecho en un abrir y cerrar de ojos.

—Chisssssss. Calma, querida, calma. No grites.

—¡Suéltame, maldito!

—Te dije que no gritases —le gruñó al oído.

No sin cierta violencia contenida, la puso de cara a él y la besó.

Su diferencia de alturas se hizo más que evidente, cuando la erección de Arturo le rozó el vientre y para tener un mejor acceso, el hombre la levantó sin esfuerzo, cambiando su posición hasta tener la cara de Clara a la altura de su rostro.

Arturo era más grande y fuerte que ella y la sujetaba pegada a su cuerpo con una mano en su trasero, y con la otra apoyada fuertemente en su nuca, atrayéndola hacia él.

—Pequeña leona de ligeras y delicadas garras. Apuesto a que mi hermanastro ya ha tenido más de una ocasión de sentirlas en su cuerpo… ¿O me equivoco?

De nuevo la besó, introduciendo la boca de Clara en la suya, devorándola por unos instantes. Seguidamente liberó sus labios.

—¡Qué dulzura! Eres todo un descubrimiento entre tanta pueblerina y en este sitio tan, tan…

Las últimas palabras fueron pronunciadas en un susurro que finalizó en otro beso.

Clara logró despegar sus labios de los de él, henchida de furia.

—¡Sabía que había algo en ti que no me gustaba!

—¡Ay, Clara! ¡Me hieres profundamente!

La joven forcejeó, asqueada ante sus acercamientos lascivos e indeseados.

¡Qué distinto un hermano de otro! Los besos de Dante la elevaban al séptimo cielo con deseo y amor; en cambio, los de aquel bello monstruo, la hacían caer a un abismo negro y sin fondo, lleno de aversión y rechazo.

Se pasó la mano vacilante por la boca, intentando quitarse la sensación espeluznante de aquellas siniestras caricias.

—Cuanto más te resistas, más daño sufrirás. Clara, querida, no temas. Solo intento descargar un poco el ardor que me corroe. Puedes estar tranquila que no pienso violarte. Es simplemente un acto de debilidad. Ya sabes cómo de frágiles somos los hombres ante las mujeres, ¿Verdad? Sobre todo, si estas tienen ciertos encantos que nos atraen sin remisión… “Sin quererlo”, pensó.

—¡Eres… Eres despreciable!

Su pequeña y temblorosa mano le golpeó con fuerza la mejilla izquierda.

El hombre enfurecido, alzó la suya hacia su rostro, con ademán de devolverle la bofetada, pero en el último segundo se contuvo. Sonrió y su sonrisa heló la sangre de Clara en sus venas. Era la expresión del mismísimo diablo en su agraciado rostro.

Atrayéndola de nuevo hacia su viril y enfebrecido cuerpo, Arturo arremetió contra su boca en un beso duro y contumaz, que la hizo dejar por unos momentos de luchar para liberarse, obligándola a someterse sin escapatoria, rodeada de aquellos brazos duros y fuertes que la apresaban, siendo devorada por aquella boca cuyo ardor en sus besos avasallaba a la mujer, que volvía a rebelarse aun viéndose perdedora.

El hombre sabía besar y lo hacía descargando en ese acto la medida justa de sensualidad, lujuria y apremio necesarios, para dejar indefensa a su presa y conseguir su propósito final, que no era otro que la consecución del placer.

La boca invasora, se servía complacida el exquisito banquete de los labios femeninos, y cuanto más saboreaba, más quería tomar de ellos; cuanto más se le resistía, más le atravesaba el deseo.

Los desesperados movimientos del pequeño cuerpo de Clara para liberarse de él, no le disuadían de dejarla marchar; al contrario, el roce de aquellas voluptuosas formas femeninas contra su anatomía plenamente masculina, le hacían arder en un fuego que no se consumía, sino que se abastecía, atizado con la leña de la perentoria necesidad.

El toma y daca no parecía acabar para ninguno de los dos combatientes, que en sus respectivas posiciones, de ataque y defensa, se encontraban enfrascados en aquella lucha de voluntades.

La mente de Arturo se encontró desbordada por la sensación lujuriante inducida por Clara, pero del mismo modo su juicio se debatía por dejarse arrastrar a la absoluta perdición sensual, o liberarse apartando a su presa del estrecho círculo de deleitable influencia del que era poseedor absoluto; y aunque creyera que había sido el dueño de la situación en todo momento, las dudas le sobrevenían atropelladamente.

Él había impuesto lo ocurrido, pero en el fondo podía parecer que solo por su fuerza física y su determinación. Pensar siquiera en que hubiese sido tan víctima como ella de aquella situación, como mínimo le desconcertaba, porque la mujer no tuvo que echar mano a su fuerza para manejarle, sino que con su sola presencia, le habría atraído a tal comportamiento impetuoso y erótico. Podía llegar a ser verdaderamente peligroso que ella tuviese ese poder sobre él, dejándole ansioso de más encuentros mundanos con ella de compañera.

Colocó los brazos lapsos a ambos lados de su cuerpo, dejándole deshacerse de su abrazo atenazante y la mujer aprovechó para golpearle de nuevo.

Arturo se acarició la mejilla con una terrible expresión de cinismo en su rostro. Su bien perfilada boca, mostraba una mueca de satisfacción y contumelia a partes iguales. El descaro y la insolencia parecían ser su sello personal.

La muchacha trastabilló y cayó al suelo sobre sus nalgas. Se levantó con rapidez recogiéndose la falda y huyó.

Solo quería alejarse de aquella presencia maligna, que le agitaba el espíritu con unas sensaciones de peligro y desastre.

Sin pararse a mirar lo que Arturo hacía, corrió hacia su casa. Su refugio. Donde estaban los seres a los que ella quería y necesitaba, incluido Dante. Su amor.

Arturo la vio distanciarse de allí con pasos rápidos hasta hacerse apenas una silueta difuminada en la distancia, y obsequiándola con una mirada entremezcla de regocijo y odio, que la hubiera asustado hasta la raíz del cabello de haberla visto.

—Mi querida Clara, no esperaba menos de ti —musitó—, y pienso disfrutar de esta cacería. De cada… cada segundo… —musitó al tiempo que se relamía los carnosos labios saturados del regusto de ella.

Clara llegó sin resuello y con lágrimas resbalando por sus mejillas, encendidas con una miscelánea de ira, dolor y aprensión.

No vio a nadie por los alrededores. Se atusó el vestido y el cabello con rapidez.

Entre una amalgama de antipatía, indignación e impotencia, su mente hacía cábalas de cómo deshacerse de aquellos intrusos.

Venían a llevarse a su amor; su hombre. A arrancarlo de su vida para siempre. Venían a hacerla sufrir; a ella… y a Dante; venían a… ¡Dios, no quería ni pensarlo siquiera!

Su instinto le había advertido sobre ellos. Pero el haber hecho caso omiso a su sexto sentido,

a esa parte de su carácter que la forzaba a dar una oportunidad y no sacar conclusiones apresuradas; de no juzgar con anticipación, la tenía atrapada. Y liberarse de todo aquello, le iba a costar mucho. Tal vez demasiado.

Debía esperar que Gabriela fuera en verdad como se le presentaba: reservada, artificial, superficial…; ahora bien, Arturo era un calavera y la actitud de ambos estando juntos, le podía indicar si observaba con disimulo, que el dicho que su tata le enseñara de niña, era totalmente cierto: "Dios los crea y ellos se juntan". Si entraba en esa tesitura, la mujer era tres cuartas de lo mismo pero en versión femenina; lo cual quería decir…

***

La alta figura dejó caer el fino visillo que había mantenido estrujado en su puño.

Una profunda rabia le reconcomía las entrañas contaminándolas de un deseo fuertísimo e incontrolable por actuar contra Arturo.

"¡Maldita sea!"

Su querido hermanastro era el mismo de siempre: atractivo, cínico, cruel y depredador.

Ahora recordaba con nitidez pasmosa, tantos y tantos detalles de su pasada existencia, que le aturullaban la mente con continuos fogonazos de clarividencia.

Verle devorando a besos y miradas lascivas a Gabriela, le era del todo tan familiar que ni se había inmutado lo más mínimo; sin embargo, el acoso del que Clara había sido víctima por su parte, estaba fuera de toda posibilidad de olvido y perdón.

Con cualquier otra mujer él hubiera tenido carta blanca, pero ella era todo un compendio de virtudes, sentimientos y pasiones, que su hermanastro con su aguijón emponzoñado, y el corrosivo veneno que este desprendía, no debía ni rozarla siquiera; y ya no solo porque fuera suya, sino también porque la joven era demasiado sublime para alguien como Arturo.

Clara no era ni siquiera de su gusto. Sus preferencias siempre habían ido por otros derroteros. Pero le conocía bien desde siempre, por aquello de que Arturo era el mayor, y sabía fehacientemente, que la cacería de víctimas propicias le daba mucho placer: el acoso y derribo de la pieza, la consecución y posterior sumisión de esta, la consumación y el consiguiente e implacable posterior abandono…; eran demasiadas tentaciones para dejarlas pasar.

Y resultaba que había puesto los ojos en Clara, y sabía totalmente convencido que no se lo permitiría, aunque para ello tuviese que enfrentarse a Arturo y al mismísimo Lucifer.

Aunque para ello se viera obligado a desvelar su milagrosa mejoría, antes de lo que quisiera, irse con ellos y alejarse de ella, dejándola sola. Pero a salvo.

Por otra parte, el regocijo le inundó agradablemente, ya que Clara se había negado a sus exigencias, e incluso le había abofeteado toda indignada, furiosa… y bellísima.

"Bien hecho mi amor. Bien hecho".

Se recostó en la cama reflexionando sobre los pasos que debía seguir de ahora en adelante, y una oscura nube le surcó la mente, una nube que igualmente oscureció sus hermosos ojos azules.

***

Clara llegó a su cuarto hecha un manojo de nervios, indignación e ira.

Buscó distinguiendo entre la marea salada de sus lágrimas, la pequeña bolsa de tela oscura donde guardaba las dos joyas que encontrara. ¿Hacía cuánto? ¿Días, meses o incluso años…? El tiempo desde entonces había transcurrido de otra manera, pasando por encima de su vida; a veces, como un soplo de fresca brisa revitalizante, y otras, como grisácea y aterradora bruma

agobiante.

Temía contarle a Dante sus descubrimientos, pero ante la amenaza de aquellas dos personas, no tenía otro remedio que provocar un adelanto de los acontecimientos.

Si a Dante le ayudaban a recordar algo, cualquier cosa relacionada con estas, sería positivo y estaría en mejor disposición de enfrentamiento.

No quería hacerle daño por nada de este mundo, aunque eso fuera tener que renunciar a él; pero tampoco permitiría que ellos se aprovechasen de sus desventajas, en su propio y ladino beneficio.

No podía esperar al domingo a pesar de ser la experta recomendación del doctor.

Dante debía saber. Y ella se encargaría de "abrirle" los ojos, aun temiendo una reacción negativa del hombre, que hiciera que este llegase incluso a odiarla. Las circunstancias la tenían atada y la arrastraban hacia el abismo que se había abierto a sus pies, desde la aparición de Gabriela y Arturo.

Pasara lo que pasase, era preferible que todos supieran a qué atenerse. Sobre todo él.

Solo rogaba a Dios que lo que estaba a punto de hacer, no se volviera contra ella y sobre todo, contra Dante.

Ocultó la pequeña bolsa de tela dentro de su manga derecha.

"Debes hacerlo. Debes hacerlo", se repetía mentalmente intentando apaciguarse y auto convencerse de que era lo mejor.

Llamó con dos golpecitos indecisos y entró.

Dante estaba de pie. Se volvió y la vio demacrada, con la preocupación reflejada en su bello rostro adorado.

Cerró los ojos. Debía recordarse que nadie sabía de su recuperación. Ni siquiera ella.

—¿Sí?

—Tengo… Tengo que hablarte de algo…

—¿Qué quieres, Clara?

—Yo… yo…

—Bien, si te refieres a lo que ocurrió entre nosotros…

—No es eso…

—Entonces…

Dio varios pasos recelosos hasta quedar a la distancia de un brazo del hombre.

Este aspiró su perfume a lavanda, cuya fragancia le inundó placenteramente el alma.

La joven sacó la bolsa y cogiéndole su mano izquierda, la depositó en ella.

—¿Qué significa esto, Clara?

Su viril voz resonó fuerte en la habitación.

—Esto es… tu pasado. Dante.

El hombre sopesó la bolsa sin atreverse a hacer nada más.

La muchacha le miró esperando.

—¿Mi pasado, dices?

Un destello de indecisión envolvió aquellas palabras.

—Te lo mostraré.

Abrió la bolsita y dejó caer sobre su enorme palma los dos objetos que guardaba.

Dante los encerró en su puño. Respiró profundamente y lo abrió.

Las dos joyas titilaban a la luz del sol filtrado por el ventanal abierto, y la mujer los miraba como si hubiese entrado en trance.

—Encontré estos objetos en un lugar muy significativo para mí. Fue… un milagro.

Nada más tenerlos en mi poder me puse manos a la obra. Tras consultar varios libros, al fin descubrí tus apellidos y en cuanto al nombre, reconozco que fue algo que decidí al azar y solo, este ha hecho que fuese el verdadero.

Clara habló atropelladamente, casi sin tomar aliento. tenía que hacerlo así o no lo hubiera dicho nunca.

El hombre cerró de nuevo el puño aprisionando en su interior las joyas, y haciendo que sus nudillos se tornaran blancos.

Capítulo 35

—Eso quiere decir que sabías hace tiempo todo esto y…

—El doctor me aconsejó no decirte nada todavía, temiendo una reacción adversa por tu parte. Pero visto el desarrollo de los últimos acontecimientos y tu recuperación, decidí arriesgarme y hablarte de ello sin perder un minuto más.

Se pasó las joyas a la mano derecha. Las yemas de sus dedos detectaron las letras grabadas y el escudo labrado. Los reconocía. Claro que los reconocía. Los llevaba puestos cuando… Una aguda punzada le cruzó de parte a parte el cerebro.

Su grito ahogado asustó a la mujer, que le sujetó como pudo al ver que él se retorcía y caía hacia delante, presa de un dolor insoportable.

Se desplomó de rodillas y las joyas quedaron junto a él. En el suelo. Olvidadas.

Clara se desesperó, pues aquello era lo que tanto temía. Se había arriesgado y perdido.

Ahora su amor sufría por su causa.

Ella también se arrodilló y lo atrajo hacia sí, apoyando su cabeza de hermoso pelo negro en su pecho, y le acarició acunándolo con delicadeza extrema.

Ninguno sabría decir el tiempo que estuvieron así, pero al volver a incorporarse, Dante la alzó y abrazó en silencio.

La enredada madeja de la vida, colmada con los nudos de un enrevesado Destino, se iba poco a poco deshilvanando; poco a poco y desenlazaba el intrincado galimatías que mantenía envuelto entre ella.

Si el insoportable silencio pudiera pesarse o medirse…, este sería como las rocas de un acantilado: agrestes, macizas e inmensas.

Después de lo que les parecieron largos minutos, Dante se encontraba mucho mejor y ambos se sentaron en el suelo junto a la ventana.

Enlazados, o más bien fundidos en un abrazo cargado de inquietud y necesidad, fue Clara la que habló primero.

—Creí que ibas a recaer. Me he llevado un susto de muerte.

—No te preocupes, amor. No es la primera vez que me ocurre algo así, pero reconozco que en esta ocasión ha sido diferente, sobre todo porque estabas conmigo.

—Perdóname. Dante. Yo…

El hombre con infinito mimo acunó entre sus manos su carita.

—Sé tus razones y las agradezco. Tarde o temprano debía enfrentarme a lo que era hasta ahora, y al menos, has sido tú quien lo ha hecho con las mejores intenciones, e intentando causarme el menor daño posible.

Suspiró haciendo que su pecho se alzara provocador hacia Dante.

Este creyó que no resistiría la tentación de hacerle ver que él acababa de ser testigo de ello.

¿Cuándo pensaba decirle que había recuperado la vista milagrosamente?

No. Por ahora no. Aunque cuando lo hiciera sería de una manera especial.

Se incorporó arrastrando con él, el menudo cuerpo de ella.

—Vete ahora, por favor. Necesito pensar.

—¿Estarás bien?

—Tranquila, mi dulce Clara. Esta vez he podido dominarlo mejor y creo que si hubiera más, cada vez me costará menos controlarlo.

—De todas formas, no pienso alejarme mucho de aquí.

El hombre sonrió. Ella era fuerte y dulce, incluso enérgica e inquieta; era su luna y sol; día y noche. Paz y excitación.

La besó con rapidez, sabedor de que si los besos eran más prolongados y profundos, no la dejaría irse. Ni ella querría hacerlo.

Entrecerrando los ojos, la vio alejarse con el rostro desencajado de preocupación.

La muchacha le dejó allí y no le vio la cara, cerrando la puerta sin volverse, pues de lo contrario, hubiese descubierto tantas cosas…

El hombre jugueteó con las joyas pasándolas entre sus largos y delgados dedos.

Ya había reconocido a los dos extraños; intrusos en su recién encontrado Edén.

Recordaba sus distintas y parecidas personalidades, pero todavía se le escapaban muchas cosas, de las cuales la principal era la razón de sus terribles heridas.

Porque todo tiene su porqué, y se estremecía solo de pensar en cuáles habían sido las causas y motivos, que le llevaron a cómo estaba ahora.

“Cautela y observación disimulada”, pensó.

Ser circunspecto e inteligente, sin descubrir el as o mejor dicho; los dos ases ocultos que tenía, y que le llevarían a conseguir la felicidad para Clara y él. Juntos.

***

Nuevamente se repetía el ritual de anteriores ocasiones, el retirarse cada cual a su habitación en absoluto mutismo, salvo los consabidos saludos de rigor y después de una casi silenciosa cena, durante la cual, Clara hizo todo lo posible por no mirar a Arturo, ya que su sola presencia le recordaba lo acontecido junto a la hierbabuena.

Y de nuevo los tres comensales volvían a dedicarse a sus respectivas maquinaciones en sus alcobas.

Gabriela estuvo totalmente segura de que debía poner en marcha su idea en ese preciso momento. Si bien no había tenido que darle muchas vueltas, no por ello creía que fuese a terminar siendo un rotundo fracaso.

Sobre su elaborado camisón amarillo pálido y de exquisita textura, se colocó una bata a juego y salió silenciosa al pasillo, encaminando sus pasos seguros hacia su objetivo.

Solo dudó unos instantes antes de abrir con el mayor de los sigilos, la puerta de aquella habitación.

Tan solo iluminada por los rescoldos de las ascuas del fuego en la chimenea y de la luz lunar, la mujer advirtió un enorme bulto sobre una también enorme cama.

Sonrió malévolamente. Estaba donde quería estar y desde ese instante en adelante, todo iría

bien. Pero que muy… muy bien.

Sin hacer ruido se aproximó al lecho y se despojó de la bata. Retirando con sumo cuidado la sábana, se introdujo en la cama acercándose a la persona que dormía allí.

De repente, una enorme y cálida mano se posó desinhibida en su cadera, y comenzó a acariciarla con suaves y rítmicos movimientos por encima del camisón.

El enorme cuerpo desnudo del hombre se le acercó con una sola maniobra, pegándose al suyo como una lapa.

En un principio la mujer se dejó hacer, pero al sentir que aquellas caricias se dirigían ascendentes hacia sus pechos poniendo sus pezones erectos, no consiguió contenerse y respondió acariciando a su vez, la erección que chocaba contra su ingle.

Sí. Aquello era el Paraíso y él su particular Adán y serpiente a la vez. Todo tentación y lujuria desenfrenada.

Aun siendo como era una experimentada mujer en esas lides, tenía que reconocer con cierta humildad, que sucumbía como una recatada virgen ante aquel hombre.

Los escalofríos de puro placer le ponían la piel de gallina, y la creciente humedad en su entrepierna, daba silenciosa y acuosa fe de que su ardor aumentaba a la misma par que sus ganas de sentirse llena por entero, por su potente virilidad.

Una interminable y poderosa pierna velluda se dejó caer todo lo larga que era sobre las de Gabriela, viéndose esta tumbada boca arriba e inmovilizada bajo aquella enorme y espléndida masa perfecta de huesos y músculos.

El acoso y derribo al que su cuerpo excitado se estaba viendo sucumbir sin remedio, hizo que ella actuara.

Buscó la boca masculina devorándola. ¡Cómo le deseaba! Necesitaba sentirle desde la raíz del pelo hasta las uñas de los pies.

Toda su fuerza de voluntad se desvanecía como la bruma ante aquel macho de tan potente aspecto viril.

Ningún otro la había hecho llegar al orgasmo como él. Casi con solo mirarla le había sido poco más o menos que imposible, no llegar al clímax.

Aquello la hacía sentir tan vulnerable…, cosa que no le gustaba en absoluto, pero en lo referente a él, Gabriela la fuerte, decida e implacable, desaparecía dejando en su lugar a Gabriela la mujer, débil e indefensa ante su sola presencia.

Conforme el hombre regalaba caricias cada vez más incitantes y tentadoras a aquel atrayente cuerpo femenino que tenía debajo, este iba saliendo de su ensueño, no sin demorarse lánguido al hacerlo.

Efectivamente, aquellos tórridos preliminares amorosos con esa mujer que se retorcía entre sus brazos como una gata en celo, eran muy incitantes y al ir poco a poco tomando conciencia de sus actos, también comenzó a sentir que algo no iba bien…

Tocó el camisón plagado de adornos. Demasiado ostentoso.

Recorrió las piernas. Demasiado largas.

Respiró el perfume. Demasiado intenso.

En su mente se produjo como un fuerte golpe seco, y tomó rápidamente conocimiento de que recordaba algo, o más bien a alguien.

“¡Gabriela!”

Se incorporó y separándose de ella como si del diablo se tratara, dio varios pasos alejándose de la cama, al tiempo que se pasaba la mano por la boca, intentando quitarse la desagradable sensación que en los labios tenía al haberla besado, y con evidente asco indisimulado, se los restregó igual que si hubiera besado a una babosa repugnante.

La mujer le observó con una expresión irónica.

—Vaya, vaya. Cualquiera diría que no te alegras de verme. ¿Es que ya no me deseas como antes?

—¡Gabriela! ¡Fuera de aquí!

—¡Oh, vamos, querido! ¿Es así cómo se trata a una dama?

—Tú no eres ninguna dama, salvo de nombre, y en efecto, que este te viene grande.

—Tan brusco como te recordaba. Pero incluso así, no puedo evitar ponerme caliente.

Gabriela se encontraba apoyada sobre sus codos. Recorriéndole, comiéndole con la mirada y lamiéndose los labios.

Dante se pasó las manos temblorosas por la cara y el pelo. Aquello no podía estar pasando. Respiró profundamente. Un sueño. Eso era. Un maldito sueño del que tenía que despertar. Ya.

—He dicho fuera, Gabriela. No me obligues a olvidar que soy un caballero, y me vea forzado a echarte de malos modos.

La mujer se levantó dirigiéndose hacia él con pasos lentos y sensuales, y cuando lo tuvo al alcance, sus bien cuidadas y perfumadas manos, recorrieron con deseo el pecho del hombre, jugueteando con su fino vello, aunque las caricias apenas duraron unos segundos, pues de un manotazo apartó aquellas garras de su piel y la miró.

—Lo sabía —sonrió victoriosa—, me deseas a pesar de que intentes hacerme creer que me rechazas. Estoy aquí para hacer lo que más te apetezca…

La invitación quedó suspendida en el aire.

Le besó los pezones, humedeciéndolos, mordiéndolos y tirando de ellos hasta hacerle daño, mientras su mano derecha masajeaba su trasero, y la izquierda se dedicaba a trazar la envergadura de su verga, una y otra vez.

Dante la cogió por los brazos y la apartó con brusquedad.

—Estate quieta, Gabriela. Ya nada será como antes. Y te equivocas de medio a medio, si crees que comportándote conmigo como una vulgar ramera, vas a conseguir algo de mí, que no sea mi profunda repugnancia por tu contacto.

La mujer sintiéndose profundamente insultada, se apartó un par de pasos, pero no se rindió. “No. Todavía no”, pensó, recordando las increíbles sensaciones que en otros tiempos experimentara con él. Con una lasciva sonrisa y sin dejar de mirarle, se recogió el camisón con ambas manos, sacándoselo por la cabeza y arrojándolo a sus pies.

De nuevo pegó su cuerpo voluptuoso al de Dante, restregándose con indolencia premeditada, besuqueando su firme torso. Dante no pudo más y la apartó con rudeza.

—Creo que te equivocas de hermano, querida.

No la deseaba. Ya no. Ni siquiera le gustaba… ¿La había deseado o incluso encontrado hermosa alguna vez? Si en una única y maldita ocasión se había acostado con ella, había sido solo por lujuria, por las exigencias que cualquier hombre tenía y que necesitaba satisfacer. Pero ahora todo era distinto. Él era distinto.

Le cogió la cabeza entre sus manos echándosela hacía atrás, al tiempo que la levantaba sin

mucho miramiento. Acercó su cara a escasos milímetros de la de ella.

—¿Tú crees?

—Aléjate de mí lo máximo que puedas, Gabriela. Te lo advierto. No quiero tenerte cerca. Solo en una ocasión hubo sexo entre nosotros. Lo demás fueron insignificantes escarceos, e incluso estos, acabaron mucho antes de que yo desapareciera. No vuelvas a intentar atraparme en tu tela de araña con tus jueguecitos sucios. Ya no caeré como antes. Nunca más.

Gabriela le apartó las manos de su cara y le abofeteó el rostro.

—¡Eres un cerdo, Dante! ¡Y un maldito hijo de perra! Estabas disfrutando de mis atenciones. No lo niegues. Siempre he sabido cómo complacer a los hombres, y tú no eres diferente de cualquier otro. Que ahora me vengas con remilgos, me hace sospechar que es otra la que se ocupa de… La que te chu…

—¡Ni se te ocurra decirlo, Gabriela. Cualquier acto de amor en tus labios se vuelve sucio y rastrero como tú!

—¡Amor! ¡Ja! ¡No me lo puedo creer! Esa pequeña, sosa e insignificante pueblerina, y tú, todo hombría, vigor y pasión… ¿Juntos? ¡No me hagas reír!

—Créeme. No siento el menor deseo de hacerte reír, pero sí que siento unas ganas irrefrenables de retorcerte el cuello.

—Si es como en aquellas ocasiones en las que la pasión te hacía rodearlo con tus grandes manos, y…

—¡Gabriela!

Dante le tapó la boca con su mano y sintió como la lengua de la mujer le lamía la palma.

La apartó rápidamente.

—De nuevo te equivocas de hermano, querida.

—Creo que no, querido.

—¡Vete, Gabriela, y no vuelvas nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca! Lo que pudo haber entre nosotros, se acabó, y jamás. ¿Me oyes bien?, jamás debió pasar.

La mujer le fulminó con los ojos encendidos de ira; recogió el camisón, se lo introdujo por la cabeza dejándolo caer por su cuerpo y se encaminó hasta la puerta. Detuvo su marcha en el umbral y puso una mano en el pomo. Sus ojos le miraron unos segundos y antes de salir, volvió y besó su boca, devorándole y dejando un reguero húmedo en ella, y en la barbilla. Se pasó la húmeda lengua relamiendo sus labios, aún con el sabor masculino en ellos.

—¿Sabes, Dante? Esto no ha acabado. Más bien no ha hecho más que empezar.

Por fin abrió la puerta y salió en silencio, aunque por dentro gritaba de coraje.

A pesar de la ira que la consumía, no quería poner sobre aviso a nadie. Así que cerró despacio, apoyándose en la pared contigua y bajando la vista hasta sus manos, que temblaban de frustración, deseo y pura rabia contenidos.

Capítulo 36

Sus pasos le llevaron hasta la estancia que ocupaba Arturo. Entró sin llamar y sin esperar el posible recibimiento que este le hiciera. Estaba ardiendo de furia y ansia.

Respecto a la primera, tendría que posponer su desahogo; en cuanto a la segunda…

Retiró la sábana metiéndose en la cama y se pegó al cuerpo desnudo del hombre al cual asaltó sin miramientos. Este se puso de lado aún dormido, quedando uno frente al otro.

La mano de Gabriela fue directa al punto que quería, y el cual no era otro que su entrepierna. Inmediatamente el órgano masculino se movió contra su palma y Arturo despertó, depositando su mano sobre la de ella.

—Vaya, vaya ¿y a quién tenemos aquí? —murmuró en su oído con voz pastosa—. ¿Es que acaso me equivoco, o mi muy querido hermanastro te ha rechazado dejándote desesperadamente caliente, y vienes a que yo te apacigüe ese insoportable calor que sientes?

—¡Ah, ya cállate, Arturo!

El aludido sonrió junto a la boca femenina y le mordió sin contemplación el labio inferior. El sexo entre ellos era…

El hombre no fue para nada cortés en su acercamiento. Directamente le levantó de un tirón el camisón, desgarrándolo a continuación.

Dejó al aire los genitales de Gabriela, de quien escapó un gruñido de satisfacción, sintiendo por unos pocos instantes el aire frío de la habitación en ellos.

En seguida lo que experimentó fueron los roces cada vez más rápidos y fuertes que Arturo le proporcionaba con su verga.

—¡Hummm! No hay nada mejor que una mujer frustrada de deseo y dispuesta a que la satisfagan!

La besó y lamió: los labios, el cuello, los pechos…

Y cuando quiso seguir bajando, Gabriela se lo impidió posando sus dedos sobre los humedecidos labios masculinos.

—No. Primero yo.

Deslizándose libidinosa y reptando como una sinuosa serpiente de cascabel, la mujer descendió humedeciendo con su lengua y sexo, cada centímetro del cuerpo del hombre que quedaba expuesto hasta llegar a su objetivo.

Acercó su nariz al vello púbico masculino e inhaló su perfume.

—Siempre me gustó tanto tu olor…

Le sopló y recorrió con su cara toda la envergadura de su erecto falo.

—Nunca me cansaré de esto, amor. Nunca.

Una lengua húmeda resbaló ansiosa por su longitud, empapando aquel trozo de cuerpo masculino tan magníficamente grande y erguido, recogiendo unas brillantes gotas de la punta, que saboreó con inusitado placer; y seguidamente, se concentró en sus testículos, a los cuales, dio el mismo tratamiento líquido. Con la mente nublada por el deseo, la mujer dejaba escapar de entre sus labios pequeños gemidos, y Arturo se regodeaba ante las exquisitas sensaciones que aquella desinhibida boca le proporcionaba magistralmente, observando a la mujer apoderarse de su cuerpo y disfrutarlo sin vergüenza.

—Hummm. Estás casi tan bien dotado como…

Arturo le cogió la barbilla y la obligó a mirarle. De sus ojos saltaban chispas.

—¡Nunca, óyeme bien! ¡Nunca me compares con nadie y menos con mi hermanastro!

¿Entendido?!

—¡Oh, venga! ¡Solo pretendía azuzarte un poquito, querido!

—Pues te aseguro que eso no conviene nada a tus propósitos, querida. Todo lo contrario.

Por unos momentos pareció que la magia, que el clima propicio para el sexo se había desvanecido de aquella atmósfera impregnada de deseo; pero Arturo pareció reflexionar y le introdujo su dedo índice en la boca, y ella lo lamió interesada, respondiendo así a lo que pensaba de aquello.

Inmediatamente volvió a dirigir su mirada a la enorme erección que tenía a escasos centímetros de su cara, y sonrió acercando sus labios a esta, sorbiendo las gotas de la punta. El hombre alzó una ceja. Una risita ladina surcaba su boca.

—¡Ah, Gabriela! —exclamó entrecerrando los ojos—. ¡Eres tan terrible y adorablemente traviesa, insolente, indecente…!

Por respuesta, comenzó un baile de labios, lengua y dientes, de modo que al hombre le resultó en extremo doloroso, el no aliviar con una demoledora acometida final su carga seminal, en el interior de aquella boca provocadoramente sensual.

Sin embargo la puso a cuatro patas, optando así por montarla por detrás y penetrarla entre sus nalgas redondeadas y ciertamente apetitosas, habiendo sido mojadas por sus dedos ensalivados previamente. Nada más introducirse en ella, Arturo se dejó llevar.

Sus empujones suaves al principio, se convertían en fuertes y cada vez más profundas embestidas.

Gabriela emitía quejidos lastimeros impregnados de deseo incontrolado, e hizo ademán de querer volver a la postura anterior, pero él la sujetó con fuerza por las caderas, impidiéndoselo. Más aún, la poseyó con un ritmo frenético e incansable, que hizo gritar a ambos, al tiempo que se descargaba dentro de ella.

Con aquella mujer el sexo siempre era así.

Arturo nada más recuperarse del increíble orgasmo, la empujó, cayendo esta en la cama sobre su espalda. Le separó las piernas y contempló sus genitales inflamados y humedecidos.

—Eres todo un placentero espectáculo para la vista, querida.

—¿Solo para la vista, querido? —Se relamió los labios como gata que ha saboreado y comido un delicioso pescado, pero que quiere más.

—Tienes toda la razón —sonrió socarronamente devorándola con los ojos—, para la vista, el olfato, el oído, el tacto y el gusto…

El hombre se relamió los carnosos labios, dejando entrever sus perfectos y blancos dientes.

Para Gabriela era tan maravilloso despertar en alguien como él tal deseo…, y ese mismo se hacía presente en todo su cuerpo, en todo su ser nada más verle la expresión en su viril rostro, por lo que no se perdía detalle e igualmente le comía con la mirada, disfrutando de aquella impresionante visión masculina. Le deseaba de tal forma, que la desesperaba sobremanera sentirse a expensas de aquel deseo incontrolado, pues la convertía en una mujer vulnerable. La hacía creerse frágil e incluso lánguida en cierto modo, y eso no le gustaba nada en absoluto, pero el sexo con Arturo era impresionante y la recompensaba de esa sensación de “debilidad”.

Aquella pseudo-indefensión ante sus instintos y necesidades más básicas, solamente las experimentaba con él, y con…Dante; pero mientras con uno daba rienda suelta a su ser más primitivo y conseguía sus propósitos plenamente, con el otro…, era su frustración la que aumentaba por momentos, y sin visos de ser aplacada.

En el rostro de la mujer surgió una mueca que el hombre vio.

Entonces Arturo la sacó de sus pensamientos de una manera… asombrosa, y no pudo contestarle con palabras, pero sí con profundos gemidos, pues la lengua masculina depositaba en su entrepierna lametones, al principio lentos y cortos, para pasar posteriormente a hacerlos rápidos y largos, sobre toda la superficie del sexo femenino.

Le quedaba tan poco para llegar…, pero todavía no; por lo que se apresuró a elevarle el rostro a la altura del suyo y besarle con frenesí.

La mezcla del sabor del hombre y del suyo propio, le era un afrodisíaco casi tan potente y adictivo como el sabor de su blanquecina semilla en su boca y garganta.

Capítulo 37

—Quiero comerte hasta que descargues en mi boca tu orgasmo.

—Sí. Hazlo…, hazlo… ya —gimió enfebrecida de deseo.

Nuevamente Arturo descendió por aquel sensual, encendido y sudoroso cuerpo que tanto gusto le daba siempre, fusionándolo con el suyo, también sudoroso y encendido.

—Arturo, hagámoslo… como tú ya sabes…

Ante tal propuesta el aludido subió por el cuerpo caliente de la mujer, dejando un camino de besos y mordiscos húmedos a su paso. La besó fervientemente en la boca y rápidamente colocó entre los labios femeninos su verga. Y esta vez no paró. No le dio tregua alguna.

Gabriela pegó su pelvis todo lo que pudo a la boca de Arturo moviéndose sin cesar, saliendo al encuentro de aquellos labios de lametones enloquecedores, mientras el hombre le introducía toda la longitud de su erguido sexo en aquella cueva cálida y receptiva.

Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

Gritó. Gritó. Gritaron.

—Eso es…, querida, disfrútame tanto como yo te disfruto a ti —gruñó ante un nuevo y desbordante orgasmo a la par que el de ella—. ¡Dios, eres increíble! —exclamó extenuado—. Con ninguna de mis amantes me ocurre igual.

—Tú también eres increíble. ¿Pero qué es esto?

Recogió con sus dedos los restos del semen de Arturo y le miró risueña.

Llevó esa mano a su sexo remojándola y entremezclando su líquido al de él.

—¿Se te ocurre qué puedo hacer ahora?

No esperó la innecesaria respuesta. Paladeó el sabor y lo dio a probar al hombre, que lamió sus esencias desde la punta de los dedos femeninos hasta la palma.

Arturo la besó con ardorosa lascivia, entrelazando sus lenguas, vertiéndose el uno en el otro. Degustándose.

—¡Pero qué rico estás! —exclamó aún perdida en la marea del placer alcanzado.

—Y tú estás para comerte —le susurró.

Tal vez aquella especial relación que mantenían entre ellos podía llegar o no a ser algo permanente en un futuro, pero lo que ambos sí tenían claro, era que se compenetraban divinamente en la cama.

Arturo se puso de lado y atrajo hacia su cuerpo a Gabriela, la cual se acurrucó entre sus brazos, dejando que el hombre la acariciara perezoso, arriba y abajo, mientras le chupaba los senos.

La mujer ronroneó como una gata en celo, lamiéndose los labios y entreabriendo su boca con

la anticipación de un nuevo juego sexual.

—No sé tú. Pero si continúas por ese camino querido, voy a calentarme otra vez.

¿Estás ya preparado para un nuevo combate cuerpo a cuerpo?

Succionó sonoramente los pezones erectos haciendo gemir a Gabriela y llevó una mano de la mujer a su verga.

—¿Contesta esto a tu pregunta, querida?

—¡Hummm! Sí que la contesta, fuerte y claro, querido. Fuerte y claro…

***

Clara se encontraba en la situación más lastimera que nunca antes había vivido.

Le dolían los ojos de llorar, sintiéndolos hinchados; igualmente le dolía el cuerpo entero de tanto estremecerse, y haber reprimido las poderosas ganas de gritar y echar a patadas, a los dos intrusos inesperados que le estaban destruyendo su particular Paraíso.

A pesar de que su tata la tuviera envuelta entre sus brazos consolándola, no había fuerza humana que lo consiguiera.

Mina creyó que envejecía de un soplo varios años. Tal era la tristeza tan profunda e insoportable que sentía por el sufrimiento de su niña; y eso que toda aquella debacle, no había hecho más que empezar.

—Mi niña, ya basta. Así solo conseguirás enfermarte.

—¿Y qué más da, tata? ¿Qué más da?

—No digas eso, Clarita. Hija, tú siempre has hecho frente a los contratiempos, con fe, fuerza e inteligencia.

—Pero, Mina, esta vez no es lo mismo. Esta vez está en juego mi vida; la vida de él, la nuestra. Y no sé si debo hacerlo y cómo.

—Por supuesto que sabes. Nada de renunciar ni de darte por vencida sin haber comenzado a luchar. No cedas así, sin más. De verdad que no te conozco.

—Yo tampoco me conozco, tata. Este dolor es más de lo que puedo soportar. ¡Desisto!

¡Abandono! ¡Tiro la toalla!

—¡De eso nada, niña! ¿Acaso vas a renunciar a él? ¿Se lo vas a dar en bandeja de plata a esa bruja engreída, sin siquiera luchar? No creo en absoluto que la tal Gabriela esté bebiendo los vientos por Dante; yo diría que más bien por el tal Arturo, y en cuanto a este personaje, me da en la nariz que no es el cariñoso hermano que intenta aparentar.

—Yo también tengo mis dudas. No les veo trigo limpio. Pero eso puede ser causado por mi antipatía hacia ambos. Me parece que no soy nada objetiva.

“Aunque el episodio entre ella y Arturo… era para desconfiar, en efecto”, pensó estremeciéndose.

—Pero yo sí, niña, y te digo que no estamos siendo injustas por no fiarnos de ellos.

Diré a todos que les vigilen.

—¿No estás siendo un poco paranoica?

—¿Para… qué?

Sin quererlo Clara esbozó una tenue sonrisa.

—Quiero decir si no estarás siendo algo obsesiva y ves lo que en realidad no hay.

—De eso nada. Tengo edad suficiente para saber que estos dos no son de fiar. Así que deja de llorar, lávate la cara y ve a tu cuarto. Te conviene descansar. La batalla ha empezado y debes

estar fuerte, mi niña. Al enemigo ni agua. ¿Entendido?

—Sí, Mina. Sí.

La mujer le besó la coronilla con dulzura.

Clara fue a su cuarto. Hizo lo que le había recomendado su tata y se dispuso a dormir, con camisón esta vez.

Mina llevaba razón, a ninguna de aquellas dos personas les movía ni el amor fraternal, ni el de prometida. Si bien debía estudiarles a fondo, para descubrir pese a sus bien estudiadas poses, qué era en realidad lo que se traían entre manos. Aunque fuera lo que fuera, podía poner la mano en el fuego a que Dante no la dejaría.

Ni ella lo permitiría.

Su tata era capaz de insuflarle la determinación, el empuje que a veces a ella le faltaban, y esta vez también lo había hecho y conseguido, con sus bien acertados consejos y sus palabras cariñosas y sabias.

Durante bastante tiempo, no dejó de dar vueltas en la cama sin poder pegar ojo. Quería y necesitaba hablar con Dante.

De repente se vio entrando en su habitación. Se sentó en el borde de la cama.

Una alta figura desmadejada se encontraba sentada en un sillón. Con las piernas abiertas y relajadas en aptitud disoluta; con el cuerpo desnudo por completo, y la cabeza ligeramente ladeada y apoyada en aptitud sosegada.

Clara no fue consciente del gemido que surgió de lo más hondo de su ser, y Dante no hizo el menor movimiento, fingiendo que seguía dormido, aún después de escucharla.

Sabía bien quien era esta vez la persona que le contemplaba, con aquel característico perfume a lavanda. Por unos momentos dudó en abrir los ojos. No quería llevarse una desilusión si no podía verla, pero por otro lado, se moría de ganas de comprobar si podía deleitar su mirada por toda ella, recorriéndola por entero.

Tras unos momentos en los que no escuchó nada, ni el mínimo atisbo de que la mujer se hubiera movido, decidió arriesgarse. Abrió con lentitud sus ojos y…

La joven, ahora junto a la ventana abierta y cuyo camisón se traslucía, le miraba devorándole silenciosa. Sus hermosos ojos brillaban con intensidad.

Le vio pasarse la lengua por los labios y parpadear nerviosamente, dejando a su vista sus femeninas curvas bajo el casi transparente camisón.

Su cuerpo, o más bien una parte concreta de este, reaccionó moviéndose.

—¿Clara?

—Sí.

—Ven.

A pesar de negar con la cabeza, la observó andando despacio hasta quedar a la distancia de un brazo.

El perfume a lavanda se intensificó, envolviéndolo.

Quería mirarla con detenimiento, optando por taparse la cara con una de sus manos.

Por entremedias de sus dedos la vería sin que ella lo supiera.

Sus pequeños dedos desabrocharon varios botones del camisón, mientras se le acercaba un poquito más con cada pedacito de piel que iba dejando al descubierto.

Dante tragó saliva.

La joven sentía aquella quemazón especial recorrerla por entero. Aquel fuego que ya sabía reconocer perfectamente.

Él lo era todo para ella: vida, sueños, paz, placer… y solo pensarlo la hacía arder.

Dante tragó saliva trabajosamente al notarla tan cerca suya, que podía sentir su calor corporal. Contempló extasiado el triángulo oscuro de entre sus piernas.

Se agarró al reposabrazos con fuerza, hundiendo sus dedos hasta tenerlos blancos del esfuerzo; costándole Dios y ayuda, no alargar la mano para acariciarlo y humedecer sus dedos con su néctar.

La muchacha se arrodilló justo delante de él.

—¿Estás bien?

"No. Maldita sea. No estoy bien".

—Todo lo bien que se puede estar tras la noticia recibida —Su voz sonó extrañamente rabiosa.

Él le acunó entre sus grandes manos la cara y le acarició cadenciosamente los pómulos con los pulgares.

Ella quería tocarlo pero sus manos quedaron suspendidas en el aire. Agachó la cabeza compungida.

Dante aprovechó para mirarla de nuevo: el largo y ondulado cabello, cómo sus largas pestañas ensombrecían sus mejillas, la pequeña nariz, la boca carnosa e invitadora…

Al volver a mirarle ella, el hombre apartó por un momento las manos de su rostro, y sus miradas quedaron prendidas una en la otra.

El tiempo pareció quedar detenido. En suspenso…

Clara observó aquellos hermosos y amados ojos como si la estuviesen mirando y movió negativamente la cabeza.

Dante los cerró de golpe y esperó. Ojalá no se hubiera dado cuenta, pues aún no quería decírselo para no darle vanas esperanzas. La sentó en su regazo.

—He intentado ser fuerte. Hacerme a la idea de que debo echarme a un lado y dejarte ir con tu prometida, pero…

—Escúchame bien, Clara. Nada de alejarte de mí. ¿Me oyes? Nada. Tal vez esa mujer crea que va a quedarse conmigo como si de un trofeo se tratara, pero está muy equivocada. No le pertenezco. Y créeme cuando te digo, que no pienso irme a ninguna parte, y menos aún sin ti.

—Pero…

—¿Es que aún te niegas a verlo, amor? La mujer, el hombre y el supuesto compromiso se pueden ir por donde han venido. Soy tuyo y tú mía. Esto es lo que nos importa y espero que estés preparada para luchar por nosotros. Yo desde luego lo estoy.

Dime amor. ¿Estás dispuesta?

Esperó su respuesta. Sin embargo esta no llegaba. Al menos tan rápida como hubiese querido.

—¿Clara?

Esta le acarició la mejilla, besándole con delicadeza la cicatriz, la nariz, los labios…

—Eso es un sí. ¿Verdad?

Un fuerte "sí" golpeó contra su boca, la cual besaba cada vez con más vehemencia.

—Esta es mi chica —le susurró aliviado y sensual.

Cuando la enorme y cálida mano izquierda del hombre comenzó a darle caricias un tanto más eróticas, la muchacha con todo el dolor de su alma se apartó, poniendo entre ellos varios pasos de distancia.

—No creo que esto esté bien. —Se restregó con virulencia las sienes, con el rostro contraído de dolor—, aunque estar contigo sea lo que deseo más en mi vida, debo contenerme y contenerte. Esta situación pronto se aclarará. Tengo plena fe en ello y mientras, me exigiré; me obligaré a no buscarte y solamente estar a tu lado con alguien más acompañándonos.

—Si crees que alejándote de mí y de lo que ambos sentimos el uno por el otro, podrás hacerlo desaparecer o relegar al olvido, te equivocas.

—No. No es eso lo que quiero. El equivocado eres tú. Yo… solo quiero que todo vuelva a…

—A ser como antes de que ellos vinieran. ¿Verdad?

—Sí.

Dante se levantó y fue a acercársele con paso decidido.

Clara anduvo hacia atrás hasta que sus pies se enredaron en algo que estaba tirado en el suelo.

Se volvió y agachándose lo cogió entre sus frías manos, comprobando que se trataba de una fina bata de lino.

Temblando, acercó la prenda a su cara y la olisqueó.

Capítulo 38

¡Rosas! ¡Olía a rosas! El mismo perfume que Gabriela acostumbraba usar.

Dante se sintió morir al verla con la cara descompuesta. Sus hermosos ojos se empañaron de lágrimas y una mueca cruzó su bello rostro como si estuviese saboreando el más amargo de los sabores. Como si su boca supiese a hiel.

—¿Qué significa esto, Dante?

—¿A qué te refieres?

Clara reflexionó. Pues era cierto. Él no podía ver lo que ella estrujaba entre los dedos.

Se la tiró a la cara.

El hombre la vio venir, pero no hizo ademán de cogerla y la prenda cayó a sus pies.

Se inclinó y tanteando a su alrededor, dio con esta y la recogió.

Estaba perdido. Clara creería que aquella maldita mujer había estado allí con él, lo cual era cierto; si bien, no habían hecho el amor como probablemente ella pensaría que había ocurrido.

Fuera unas nubes que presagiaban tormenta, rodearon y taparon a la luna, y a su fiel séquito de estrellas brillantes.

Arropado por las cada vez más abundantes sombras, Dante se atrevió a mirarla.

Su corazón pareció agrietarse al verla abrazada a sí misma, echada hacia delante y doblada de dolor.

Agudizó sus oídos. Pero no escuchó ni el más leve sonido que proviniera de ella, aunque sabía que lloraba desconsolada. Rajó la tela con la fuerza de sus poderosas manos y de una rabia descontrolada y desbordada. La tiró a su espalda y fue a abrazarla.

Ella al notar que unas fuertes manos intentaban acercarla a un pecho cálido y fuerte, se apartó con brusquedad.

De nuevo la arrimaron, y entonces, comenzó a golpear con inusitada furia aquellos pectorales que había adorado en otro cercano tiempo.

Dante no se resistió, pero seguía sin soltarla.

—Desahógate, mi dulce Clara. Y cuando lo hayas hecho del todo, permíteme que te cuente…

—¿Que me cuentes qué, Dante? ¿Una mentira piadosa o la verdad? —suspiró y tragó saliva dolorosamente—. Ella ha estado aquí contigo. Entre tus brazos.

Disfrutándote. Disfrutándola. Y con las prisas de no ser descubiertos, se ha dejado olvidada la bata cuando huía de aquí furtivamente. ¡Me siento enfermar!

Forcejeó una y otra vez sin descanso, hasta que se creyó desfallecer de impotencia y pena, sintiendo cómo con un reguero de lágrimas resbalaba por sus mejillas, y dejándose caer desmadejada contra el pecho masculino, igual que una marioneta con los hilos cortados.

Y así se sentía, como una muñeca rota de la que se habían servido y burlado, que ahora tiraban sin contemplaciones y riéndose de ella en su cara.

—Es cierto. Ha estado aquí.

—¡Apártate de mí!

—¡No, Clara, no! ¡Déjame explicarme! ¡Por favor! ¡Por favor, amor!

La acorraló contra la pared.

—Ella… vino a verme. Quería meterse en mi cama pero la rechacé. Reconozco que al principio creí que eras tú, pues estaba profundamente dormido, soñando contigo y respondí a sus caricias; pero me ocurrió algo… —suspiró—, conforme me iba despertando, respiré su perfume. Noté el tacto de un camisón que no era el tuyo, y… supe que era la mujer que había aparecido aquí reclamándome. La eché, prometiéndole que si se le ocurría volver, ya no sería tan caballeroso con ella y que mejor ni lo intentara.

Clara gimió. ¡Cuánto le había costado escucharle sin intentar huir de nuevo!

Tan lejos como pudiera.

—Está bien, está bien. yo… no sé si creerte todavía. Me reservo el derecho a dudar.

Dante se apartó dejándole libre el camino. Si quería irse no podía retenerla. Le había dicho la verdad. Ahora era decisión, suya si creerle y luchar juntos contra todo, o destruirlo de un plumazo.

Clara notó el frío que le había dejado su separación.

—Esa mujer parece una dama…

—Tú lo has dicho. Parece.

Dante fue a sentarse al borde de la cama y esperó. Esperó como el reo espera la sentencia exculpatoria o condenatoria, que le devuelva su vida o le lleve a la destrucción absoluta y definitiva. Esperó con el pecho sobrecogido de un dolor seco, punzante y crónico. Si hacía por mirarla, no podría fingir ni un segundo más, y se echaría a sus pies abriéndole su corazón con la nueva realidad que le envolvía. La realidad de su recuperación.

Clara tragó pesadamente una saliva espesa, que la ahogaba al tiempo que retorcía sus manitas con nerviosismo. Aún con la cabeza agachada mirándose el filo del camisón, le preguntó en un susurro lastimero.

—¿La recuerdas bien, verdad?

El hombre alzó la cabeza mirando hacia el techo, que le parecía iba a caerle encima de un momento a otro. Suspiró.

—Sí.

Escuchó a la perfección como un gemido lastimero se escapaba del pecho femenino. Un quejido repleto de dolor e indefensión.

—¿Y qué…? ¿Qué…?

—¿Qué recuerdos tengo de ella o qué siento o he sentido por ella? Bueno…, tal vez quieras saber cómo me ha afectado tenerla cerca de nuevo…

La muchacha hizo ademán de volverse y salir corriendo de la habitación, pero en el último instante, frenó el movimiento impetuoso de sus pies y al contrario de lo que en un principio pensaba hacer, no solo no escapó de allí, sino que se acercó hasta tener al hombre a escasos dos pasos.

Se arrodilló, posando sus manitas sobre los muslos masculinos. El hombre abrió sus piernas

para dejarle acercarse más hasta que ella quedó totalmente encajada entre ellas.

Le miró como si fuera a ser la última vez recorriendo su rostro amado con devoción.

¿Qué se suponía que iba a hacer ahora? ¿Dejarle el camino libre a esa víbora? ¿Luchar por un futuro juntos? ¿Huir cobardemente y esperar resignada los acontecimientos tal y como viniesen, sin intentar cambiarlos? ¡Tanta incertidumbre!

Cerró por unos momentos los ojos y se dejó llevar por una extraña y fugaz paz.

El silencio se adueñó de la habitación, cortado este solamente por las respiraciones agitadas de ambos.

Dante fue el que tomó la iniciativa, posando con dulzura sus fuertes y enormes manos sobre las de Clara. Esta hizo un tenue amago de quitarlas de allí y de destruir la sensación que estas daban a todo su cuerpo, pero las dejó donde estaban.

—He recordado una patética y frustrante ocasión en la que…, cedí débilmente a sus…

encantos, y… yo era menos experto en cuestiones de mujeres; sobre todo de mujeres como ella, todo fachada. Y me aproveché de su buena disposición. Ambos lo hicimos.

Si lo quieres saber, no he sentido nada más que desprecio y asco por ella y por mí mismo. En cuanto a si me ha afectado; aparte de eso, tan solo quería que se alejara lo máximo posible de mí. Su presencia me hacía sentir sucio. Y sí. Me ha afectado sobremanera, pues la conciencia de que no eras tú, me ha bastado para dejarme frío y lleno de ira.

Clara apartó sus manos de las de él. Dante sintió que se le escapaba el aire de los pulmones y no podía respirar. Su amor se alejaba. Lo rechazaba.

Con un rápido movimiento, la joven acarició el enmarañado pelo masculino, buscó sus labios y los besó con parsimonia. Para el hombre fue toda una sorpresa, pues creía haber perdido su amor para siempre, pero ante esa muestra de su fe inquebrantable, le devolvió los besos con la misma intensidad.

—Siento tu sufrimiento tanto, como el haberte hablado de este asunto, pero hemos demostrado que nuestro mutuo amor puede con todo. Sé que vamos a tener que seguir siendo fuertes, aunque nada ni nadie, podrá nunca interponerse entre nosotros, mi vida.

—Está bien, Dante. Admito que tus palabras me han dolido; mas tu silencio hubiese sido mil veces peor y más destructivo, que la verdad por muy dura que esta fuera.

Mientras ellos estén aquí, su presencia será una dura prueba para los dos…

—Pero todo saldrá bien. Ya lo verás.

Siguieron abrazados largo rato, disfrutando de su mutua y cálida compañía, hasta que la joven se despidió de él y se dirigió a su cuarto, donde pensaría en cómo alejar a aquellas víboras de su amor, su hogar y su vida para siempre.

***

Con las sábanas bajadas hasta sus pies, Gabriela se desperezó indolentemente desnuda.

Estaba satisfecha y sentía todo su cuerpo más que dispuesto a tener sexo matinal. En cuanto al hombre en cueros cuyo lecho compartía, nada más sentir este el movimiento a su lado, se volvió encarándolo y exponiéndose en toda su radiante plenitud viril.

Depositó su mano derecha sobre el vello de la entrepierna de su compañera de cama y lujuria, e inició un suave masaje.

Sus largos y hábiles dedos se abrieron paso entre los pliegues rápidamente humedecidos por sus caricias, y sintió en su pene un fogonazo de deseo y anticipación. La mujer se removió

inquieta y risueña, comenzando un especial baile en el cual sus caderas salían al encuentro de aquellos dedos libidinosos, que la hacían estremecer de placer.

—Hummm… A esto llamo yo un buen despertar. —Su voz pareció salir de un lugar apartado. Tan suavemente habló.

—Lo mismo digo, mujer —susurró en su oído mordisqueándolo.

—Si sigues por ese camino, Arturo…

—Tú decides qué hago. Me paro o…

—¿O?

—Te deseo los buenos días como es debido. Soy un hombre al que le gusta dejar a las mujeres con un buen sabor de boca desde por la mañana.

Gabriela dio un respingo y gimió al sentir dos dedos interminables introducirse en su sexo, y gritó al notar tres.

“Sí, eso es. Un buen revolcón al despertar augura un buen día”.

La mujer chupó y mordió a su vez el cuello del hombre. Una rotunda señal púrpura apareció en su masculina piel, y la verga le golpeaba enhiesta su vientre.

Capítulo 39

Escalofríos. Uno tras otro. Encadenados a lo ancho y largo de todo su sensual y varonil cuerpo de macho en plena ebullición. Extraña sensación para alguien tan experimentado como él; pero así era, y solamente con aquella hembra.

—Bien, mujer. Si no me hablas claro, entenderé por tus actos que obviamente me deseas aquí y ahora.

—Eres muy perceptivo, Arturo. Y no me tomes el pelo. Sabes bien que si no hubiese querido nada contigo, ni te habría dejado manosearme siquiera.

—De acuerdo. Así pues, querida mía, no más preámbulos. No más demoras.

Con la mano derecha sobre su cabeza, la emplazó a que se deslizara bajando por su cuerpo esbelto hasta tener a la altura de la boca su falo.

—Demuéstrame cuánta hambre tienes —susurró roncamente.

La mujer sonrió.

—Sí que estoy hambrienta, sí. No sabes cuánto.

Sin más tardanza, lo cogió sopesándolo en su mano izquierda y empezó a masajear toda la largura tomando buena nota de cada vena y cada gota que escapaba furtiva. Lamió, besó y sorbió hasta dejar a Arturo a punto. Entonces se paró en seco y le miró. En verdad, era un hermoso espécimen de macho en toda la amplia extensión de la palabra, y la expresión de placer en su bello rostro, la hizo sentirse especial.

Él también la miraba con los ojos fulgurantes y más llenos de deseo que viera jamás.

"¿Y si… y si…? ¿ Tras toda aquella lujuria… había algo más… profundo… y duradero?

Negó enérgicamente con la cabeza y el hombre alzó una ceja.

Retomó entonces sus sensuales caricias con ánimo renovado, hasta que de nuevo le dejó a las puertas del éxtasis. Sin embargo, este tomó las riendas de la situación y con agilidad y rapidez sorprendentes, la colocó a cuatro patas, introduciéndose sin pérdida de tiempo dentro de su ser. Dentro de su cálido trasero.

Se escucharon gemir, jadear, suplicar… Hasta que ocurrió. Fue tal el estallido de placer que ambos sintieron, que a la vez se agitaban, gritaban y convulsionaban, moviéndose, bailando en la más sublime danza que unos amantes puedan gozar.

Ella se desplomó laxa sobre la almohada, con el peso del hombre en su espalda.

—Arturo, Arturo… —susurró con los ojos entrecerrados.

Este la recorrió pausadamente con los dedos y se dejó caer a su lado, boca arriba.

—Gabriela, Gabriela… —susurró también con los ojos entornados.

Tras varios minutos así, ambos los abrieron al unísono, y sus miradas se quedaron una

prendida de la otra como nunca hasta ahora. ¿Tal vez estaban descubriendo algo muy intenso y peligroso, que los dos no querían conocer de ellos mismos? ¿De ellos dos juntos?

Una mano posesiva quedó apoyada sobre la nuca femenina, atrayendo su rostro al suyo.

La besó como nunca lo había hecho. Como nunca imaginó que lo haría, a ella ni a nadie.

Y parte de él; una parte oscura, solitaria y remota se le fue escapando, filtrándose en ella silenciosa, pausada y entregada, sin el menor atisbo de lucha o recelo.

En cuanto a la mujer, aquellos besos le parecieron como si fuesen los primeros que alguien le daba; como si en realidad, estuviera descubriendo arrastrada por la marea de estos, un lugar perdido y hasta ese momento desconocido, donde hallaba un vestigio nuevo de algo que no sabía nombrar. Ni siquiera se atrevía a hacerlo.

Para ambos, algo se había roto entre ellos, y ninguno sabía o quería pararse a pensar qué era; mucho menos saber a donde les llevaría.

Simplemente, lo dejarían así… Simplemente.

***

La encontró atareada y sumida en su trabajo, por lo que se permitió observarla a su entero placer. Una sonrisa diabólica asomó a sus labios llenos, y los dientes blancos resplandecieron al sol. Notó que su verga daba pequeños golpecitos a su pantalón. Sí, ella también se alegraba del espectáculo.

Una Clara ajena por completo a la diversión totalmente no deseada que ofrecía, se afanaba en el cuidado de sus hierbas aromáticas, a las que mimaba con paciencia, esmero y delicadeza. Se había despejado la garganta del agobiante cuello de su vestido.

En verdad hacía un día espléndido que invitaba al solaz, dejando a un lado por unos momentos todo lo demás.

Arturo la estudiaba con forzado detenimiento. ¿El sexo con Gabriela le había despertado más aún la libido? Pues para él era toda una victoria, no arremeter contra ella y poseerla allí mismo. Sí. A esos extremos de lujuria había llegado por ella. Un enigma que le era totalmente incomprensible a su calculadora mente y a su exigente cuerpo. ¿Cómo de serle indiferente hasta el tedio, su manera de verla se había ido transformando a la vez que la iba conociendo? También era cierto que al sospechar que era muy probable que su hermano sintiera algún interés por aquella mujer, le supuso el acicate último que necesitaba para ir a por ella.

Y allí la tenía. Tan sola. Tan expuesta. Con aquel trozo de piel al aire y sus femeninas formas dejándose insinuar.

Tenía unos pechos del tamaño que le gustaban, y mientras los admiraba con los ojos, sus manos se abrían y cerraban como si los estuviera tocando, sopesando, magreando y disfrutando.

“Vaya, vaya. Pero si me siento como cuando era apenas un chaval, descubriendo placeres exquisitamente carnales y pecaminosos”.

Le encantaría un trío con Clara y Gabriela, aunque mucho se temía que esta última quería la exclusividad en sus encuentros amorosos y no le compartiría con ella.

“En fin. Basta ya de cavilaciones y pasemos a la parte más divertida y gozosa”, se dijo resueltamente.

A todo esto, la joven se daba la vuelta para regresar… Cuando le vio.

Su instinto le gritó que huyera y eso comenzó a hacer, cuando el hombre con varias zancadas la tuvo a su alcance.

Impulsivamente colocó sus manitas temblorosas sobre su cuello en un vano intento de taparse.

Arturo vio su gesto. Sonrió de oreja a oreja y un desconcertante brillo surcó los ojos masculinos, que la hizo notar un inesperado y desalentador escalofrío.

Él apenas pudo reprimir la ansiedad que sentía y la punta de su lengua relamió sus labios con codicia.

—Buenos días, Clara. Ya veo que sigues un estricto orden en tus tareas diarias.

—Buenos días, Arturo. Yo… ya me iba.

Al ver que se interponía en su camino de huida, optó por dirigirse hacia su derecha; tal vez consiguiera marcharse por allí, pero él fue más intuitivo y rápido. No pensaba dejarla irse de rositas.

—Espera, mujer, espera. —Le apartó con sus enormes y fuertes manos las suyas de su garganta—. No seas cruel y déjame ver lo que ocultas con tanto recato.

Ante sí resplandecía una piel hecha para ser acariciada, adorada, y sobre todo, devorada por alguien con un apetito tan voraz como el suyo.

No pudo evitar que su experta lengua surgiera de su boca de nuevo.

—Y pensar que lo único que quería era hablar contigo de Dante… ¿Cómo he cambiado de opinión nada más verte?

—Déjame en paz, Arturo. Te lo ruego.

—Mi querida Clara, no puedo, de veras… Y no sabes cómo me gustaría que tus súplicas se refirieran a…

Sus forcejeos fueron inútiles. Lo sabía. Y a pesar de eso, lo había intentado. ¡Dios si Dante estuviese allí, pondría a aquel odioso hombre en su lugar para siempre!

La abrazó con firmeza y se dejó deleitar unos segundos por su perfume y su cuerpo.

En verdad era exquisita y quería probarla sin perder un minuto más.

Le sujetó la cabeza con una mano… y la besó. Era una droga, un afrodisíaco, un narcótico que le estimulaba por entero. La besó a conciencia. Y cuanto más lo hacía, y cuanto más ella se resistía, más vehementes eran sus besos…; y de tanta excitación, le dio un chupetón en el cuello, señalándola.

Ella paró en seco su resistencia.

—Bueno, bueno. Si lo llego a saber, antes lo hubiese hecho. Así que si no quieres una ronda de chupetones, te sugiero que te abandones a mí.

—Por mucho que lo quieras o desees, Arturo. Sabes que me eres del todo punto indiferente.

—Vamos, Clara. Soy plenamente consciente de mis encantos para las mujeres, y tú no eres una excepción. Reconócelo.

—Lo único que reconozco es que tu apariencia de caballero es solo eso, apariencia.

Porque eres un canalla.

Temiendo haberle ofendido la mujer le miró esperando su reacción. Esta no fue otra que unas carcajadas.

—Sí. Es posible que lo sea. Pero un canalla encantador y atractivo. Y ahora. Clara.

¿Por dónde iba?

Su abrazo se hizo más fuerte. Su beso más posesivo y violento, dejándola con dificultad para respirar.

“Dios ayúdame por favor. Rescátame”.

Su ruego fue atendido cuando escuchó que la llamaban. Quien fuese no estaba muy lejos de ellos.

—¡Maldición! —gruñó Arturo entre dientes—. Quiero que de hoy no pase el que pueda ver a mi hermanastro, y hablar con él largo y tendido ¿De acuerdo? Y en cuanto a lo que nos ocupaba hasta la inoportuna interrupción, no creas que hemos terminado.

Esto no ha hecho más que empezar y te prometo, que la próxima vez nada ni nadie me entorpecerá ni frenará. Es una promesa Clara. No la olvides.

Antes de soltarla y alejarse, la besó y rozó su vientre con su dura erección. En pocas zancadas desapareció de allí como si nunca hubiese estado.

La mujer se dejó caer al suelo y sentada la encontró Mina.

—Niña, me estoy dejando la voz llamándote ¿Es que no me escuchabas?

La ayudó a levantarse y la miró en silencio. Toda la regañina que pensaba soltarle se le quedó dentro al verla pálida y temblorosa. Clara se abrazó a ella y le contó lo sucedido.

Conforme la joven avanzaba en su narración, en el rostro de Mina se iban dibujando a la perfección los distintos estados de ánimo por los que iba pasando.

—Tienen que irse y cuanto antes mejor. ¡Maldito hombre! ¿Es que no respeta nada? ¿Es que no tiene bastante con la tal Gabriela? ¡Son tal para cual!

—Mina, Mina. Para o te va a dar algo.

—Tranquila, que lo único de lo que me dan ganas, es de…

La muchacha se hubiese reído de verla, si no fuera por lo mal que estaban las cosas.

Cada vez peor.

—Volvamos a casa y cuéntame para qué venías a buscarme.

Las dos se abrazaron, dejando que cada una se intentara relajar en lo posible con la presencia de la otra.

No podía retrasar ni un minuto más lo inevitable. Así pues la reunión sería después de la siesta. Entonces se decidiría el futuro. La suerte estaba echada.

Si bien Mina lo único que quería cuando fue a buscarla era hablar de cuestiones meramente domésticas; regresando a la casa, acordaron no demorar más el encuentro de Dante con Arturo y Gabriela. Era hora ya de poner las cartas sobre la mesa y jugarse el todo por el todo.

Durante la comida, Clara había trasmitido la noticia a sus dos forzados huéspedes. Estos habían reconocido lo acertado de la misma, y se retiraron a sus respectivas habitaciones esperando el momento.

En cuanto a la joven, entró en la estancia de Dante después de ser invitada a hacerlo.

El nudo en su garganta presagiaba con ahogarla en un instante, pero no había forma humana de aplazar los acontecimientos.

Capítulo 40

La figura recortada a contra luz, esperaba sin moverse a que ella se acercara.

Se arrojó a sus brazos, literalmente, y en ellos buscó la fortaleza que creía perdida.

Unas manos grandes y suaves le acariciaron el pelo y la espalda. Un cuerpo enorme y cálido la recibió sin reservas. Unos labios carnosos la besaron con parsimonia y deleite.

—Después de la siesta, nos reuniremos en la salita con…

El fuerte suspiro del hombre hizo subir y bajar su pecho, y con este el rostro de la mujer a la que adoraba y valoraba más que a su vida.

—De acuerdo. Cuanto antes se acabe todo, mejor. Solo quiero que me prometas que pase lo que pase, nunca olvidarás que eres mi vida, Clara.

Esta agarró con fuerza las solapas de su nívea camisa entreabierta, hasta que sus nudillos se blanquearon, y depositó sutiles besos en su masculino pecho.

Al no haber respuesta, Dante acunó la cara amada entre sus manos y la besó.

—Clara, mi amor, contéstame. Te lo ruego.

La aludida lamió con su lengua el torso adorado, y afirmó silenciosamente con un movimiento de cabeza.

—No, así no. Quiero oírtelo decir.

—Está bien. No… lo olvidaré, pero…

—Nada de peros amor. Ni en sueños creas que te voy a dejar. Poco a poco voy acordándome de retazos, y estos recuerdos me ayudarán cuando tenga que enfrentarme a ellos. Ya verás. Todo irá a las mil maravillas. Se irán por donde vinieron y tú y yo, descubriremos la magia que es vivir día a día, juntos para siempre.

La muchacha se dejó llevar por las ensoñadoras y seguras palabras de su amor, y en verdad deseó y rogó fervientemente a Dios que todo saliera como él decía.

—Me retiro a mi cuarto. Es mejor que nos vean aparecer por separado. Así evitamos suspicacias y malos pensamientos; sobre todo de tu supuesta prometida, con la que tengo todavía una conversación pendiente, de mujer a mujer.

—Sé a lo que te refieres. Y sería mejor que no le dieras a entender que descubriste lo que dejó intencionadamente en mi habitación. Ten cuidado con ella. Es rencorosa y traicionera. Una vez que se marca el objetivo, es imparable, peligrosa e imprevisible.

—Ya decía yo desde que la conocí, que no me inspiraba confianza y lo de la bata…

—Digamos que precisamente la olvidó allí, para que tú la encontraras y te descubrieras. Como aún no has dicho nada, sus invenciones sobre nuestra relación son solo eso. No tiene pruebas y debemos ser cautos; no darle el menor atisbo de que está en lo cierto. La estrategia no

le ha salido como quería y procurará intentarlo otra vez.

Debemos dejarlo pasar por el momento. Tranquila, mi Clara celosa y posesiva.

—¿Celosa yo? ¡Qué más quisieras!

Le besó y salió corriendo, dejando a Dante con una amarga sonrisa en su rostro.

***

Clara fue la primera en entrar en la salita. Estaba sola. El techo y las paredes parecían acercársele, agobiándola y ahogándola. Tenía que hacer la interpretación de su vida, Si hasta ahora Dante no había sospechado que su hermanastro la había acosado, era porque sabía muy bien disimular, y en esta ocasión tan importante y trascendental, su dominio de la actuación tenía que ser perfecto.

Se permitió unos momentos de debilidad paseándose preocupada, impaciente e incluso temerosa. ¡Había tanto en juego!

De nada sirvieron las palabras que interiormente se decía y repetía insistente, con las que intentaba darse ánimos y fortaleza. Una cada vez más enorme y profunda grieta se había abierto en su protegido mundo de cristal, y amenazaba con destruirlo hasta los mismísimos cimientos. Sin oportunidad ninguna de reconstrucción.

Entonces entre sus amargos pensamientos, se filtraron unos pasos decididos que se acercaban a donde ella se encontraba.

Tragó una espesa saliva, quizá la más pegajosa y amarga de toda su vida.

Aquellas pisadas eran en extremo tan rotundas en su acercamiento, que imaginó se trataba de Arturo. Solo un hombre como aquel, se veía plenamente consciente de su poder en aquellas circunstancias, y sus zancadas así lo afirmaban.

Agudizó el oído y escuchó cómo se mezclaban con sutileza otras, unidas estas últimas a un frufrú de faldas.

Era de esperar que no viniera solo, por cierto. Se traía con él a su querida Gabriela. Ni siquiera habían hecho la pantomima de venir por separado.

No importaba. Ya que a estas alturas, el choque se produciría de todas formas.

Decidió cubrirse con una invisible capa de entereza y dureza a prueba de terremotos, bien conocidos por aquellos lares.

¿Qué pasaría con Dante? Ella estaba sana, pero él… No existía manera humana de saber lo que podía ocurrirle a su amor. Ni tampoco de evitarlo. Todo dependía de su fortaleza, aunque ella estaba dispuesta a ahorrarle todo el dolor posible.

¡Qué desinteresado, misterioso y adorable era el verdadero amor!

Se miró en el espejo que había sobre la chimenea, y seguidamente dirigió su mirada hacia un retrato de su madre, que la miraba con una expresión en su bello rostro de placidez absoluta.

Se persignó. “Mamá, mamá. Ayúdame”. Rogó silenciosamente.

***

Antes de dirigirse hacia donde Clara les esperaba, tanto Arturo como Gabriela se habían estado dando ánimos de la mejor manera que sabían.

Ni qué decir tiene que su encuentro les repuso a ambos una enorme y placentera gratificación física, y les había renovado las energías para su definitivo encuentro con su anfitriona, y con Dante.

La mujer se arregló en último extremo, el escote de su pomposo y rosado vestido para ocultar

a la vista de cualquiera, los varios chupetones que lucía en sus pechos.

Ni siquiera el posible descubrimiento de sus actividades recientes, les había parado a la hora de procurarse mutuo placer.

En cuanto al hombre, los suyos se encontraban perfectamente tapados, pero presentes en doloroso y deleitable recuerdo por su cuello.

Justo antes de entrar en la estancia, se dieron un silencioso y significativo apretón de manos, unido este a un leve beso en los labios, no exento este de lenguas húmedas, lujuriosas y juguetonas.

La puerta se abrió unos instantes después y Clara los invitó a pasar en silencio.

La joven tomó asiento en un sillón y les invitó a hacer lo mismo en un sofá frente a ella.

Se observaron. Se estudiaron unos minutos eternos.

Fue Arturo quien rompió el hielo mirándola con fijeza a los ojos.

—Bien, Clara. Aquí estamos, por fin.

La mujer rubia le dirigió una mirada de completo júbilo. Se creía ya vencedora sin ni siquiera haber empezado el combate, aunque su rostro era de una seriedad total.

—Arturo, lo bueno se hace esperar. O eso dicen.

—Sí. Estoy plenamente de acuerdo contigo, pero ¿no te parece que falta alguien para que la dicha sea completa?

Nada más acabar de hablar se escucharon unos golpes en la puerta. Esta se encontraba entreabierta, y por ella Dante había echado un rápido vistazo a la situación que se le planteaba, antes de hacerse notar.

Clara hizo amago de salir rauda a la puerta, pero se contuvo en el último momento, detalle que para sus invitados no pasó desapercibido; aunque estos no dijeron nada.

—Clara, ¿estás ahí?

La viril y cálida voz del hombre le traspasó la piel, y no le cupo la menor duda de que juntos eran invencibles.

Se levantó y fue a su encuentro. Terminó de abrir la puerta y se le acercó.

Juntos llegaron hasta el otro sillón y el hombre se dejó caer pesadamente.

Tanto para su hermanastro como para su prometida, a Dante le ocurría algo.

Arturo se levantó de repente y pasó su mano por delante de los ojos sin vida de su hermanastro.

Un gemido ahogado escapó de la garganta de Gabriela y se tapó la boca. En sus ojos una expresión de pánico se dibujaba.

En cuanto a su acompañante, este juntó sus cejas expresando con ello su contrariedad.

—¿Pero qué significa esto? —bramó.

—¿A qué te refieres, querido hermano? —preguntó Dante aún a sabiendas de la respuesta.

El aludido tomó de nuevo asiento, no sin antes mirar a Gabriela unos segundos.

—Bueno. Ya sabes la verdad.

—Sí, ahora la sé. Pero tenían que habérmelo dicho nada más llegar a esta casa.

—Eso no era posible hasta que el doctor Sandoval lo creyera oportuno —habló Clara—. Ante todo había que considerar su bienestar, para que su recuperación no se viese alterada por nada ni por nadie.

La mirada castaña pasó de uno a otro de sus invitados. No iba a permitir ni el menor

reproche. Lo primero era lo primero, y esto no era otra cosa que Dante.

Gabriela se movió incómoda en su asiento y se acercó inconscientemente a Arturo, pegando su falda a la pierna derecha masculina.

—¿Dante, estás bien?

El hombre dejó escapar una cínica sonrisa y le contestó de igual manera.

—¿Tú qué crees?

—Bueno…, yo… Tienes un aspecto magnífico. Te ves…, ejem, estás como siempre, si no fuera por…

—Si no fuera por mi ceguera, ¿no?

Clara quiso alargar su manita y posarla protectora sobre la inmensa de él, pero no debían dar pista alguna de su relación.

—Bueno. Ciertamente estoy infinitamente mejor que cuando Clara me encontró. Si no hubiese sido por ella…; pero no hablemos de eso, es día de congratularse pues nos hemos reencontrado.

—Por supuesto, hermano. Después de todo hay que dar gracias a Dios.

—Bueno. No logro recordar si alguno de nosotros tres era devoto o no, pero nunca está demás tener al Altísimo de nuestro lado, ¿verdad?

Arturo carraspeó y se echó hacia delante en su asiento, entrelazó sus manos y apoyó los antebrazos sobre sus rodillas.

—Dante, no estamos para acertijos. Exactamente ¿qué has querido decir con eso?

El hombre volvió a mostrar su perfecta y blanca dentadura, y esperó a que fuese Clara la que hablase.

Esta le miró y afirmó en silencio.

—Justamente lo que ha dicho. Sus heridas físicas cicatrizan bien, pero por desgracia, no sabemos por qué no ve, ni recuerda.

Sus interlocutores volvieron a mirarse.

—¡No puede ser!¡No! ¿También has perdido la memoria? —La voz femenina sonó extrañamente compungida y amarga, con un deje de dolor.

—Efectivamente. Así es. He de confesar que no me ha quedado otra que soportar estoicamente las diversas fases de mi estado; muy dolorosas algunas, tanto físicas como mentales, pero he llegado a conseguir un cierto grado de aceptación de mi nueva situación, nada desestimable.

Arturo tornó a una postura misteriosamente cómoda en su asiento.

—Sin embargo, Dante, esa afirmación de tu pérdida total de memoria, no es del todo exacta, ¿verdad?

—He recuperado retazos de ella. Por ejemplo, os recuerdo a ti y a Gabriela. Bueno, sé que somos hermanastros de padre, que eres mayor que yo…; y en cuanto a ti, Gabriela, lo único que consigo recordar es que nunca hemos estado prometidos.

El hermoso rostro de ella palideció y se mordió la lengua para no contestar.

—Hermano, hermano. En verdad, eso que afirmas es muy grave y preocupante, pero seguro que terminarás recordando ese detalle.

—Dudo que eso ocurra alguna vez. Sobre todo, teniendo en cuenta que es muy significativo, y suficientemente importante como tú dices, para no recordarlo, ¿no te parece?

Gabriela se levantó de improviso y se acercó junto a Dante, cogiéndole las manos entre las suyas. El hombre las apartó de un único y contundente tirón, dejando a la mujer anonadada y llena de ira.

Clara se sonrió para sus adentros. Aquella manipuladora no tenía nada que hacer con él.

—Dante, estoy segura de que con un poco más de tiempo, todo volverá a ser como antes, y regresaremos los tres juntos a nuestra antigua y maravillosa vida.

—Gabriela, Gabriela. No sabes cuánto te agradezco tus palabras de ánimo, pero…

no creo que nada vuelva a ser como antes. Aún sin recordar demasiado de cómo era en el pasado, te puedo afirmar sin duda alguna, que en el hipotético caso de que hubiera habido alguna vez un compromiso entre nosotros, te libero de él desde este mismo momento. Además, no creo que uno de mis rasgos sea el egoísmo y eso exactamente sería yo, un maldito egoísta, si quisiera retenerte a mi lado, al lado de un pobre y patético lisiado. Despreocuparos los dos por mí. Si mi salvadora me lo permite, tengo planeado quedarme en su acogedor hogar, hasta que me restablezca por completo; en cuyo caso, se os haría llegar a la mayor prontitud, la buena nueva, por supuesto. Así pues, me retiro con vuestro permiso y el de Clara. Me siento un poco fatigado y este reencuentro me ha excitado sobremanera.

Dante se incorporó y dejó su mano suspendida en el aire, esperando que Clara se la cogiera y le llevara fuera de la salita hasta su cuarto.

Capítulo 41

—Bien, hermano. Me congratulo de saber que al menos estás vivo. Y tienes razón, tendremos más momentos como este para reunirnos. Descansa y no le des muchas vueltas a la cabeza, que tú has sido siempre así, y ahora no te conviene.

—Sí, Dante. Descansa y recupera tus energías. Siempre fuiste una fuerza viviente, indómita e implacable.

—Reitero a ambos mi alegría de volver a encontrarnos, aun en estas indeseadas circunstancias. Hasta más tarde entonces.

Clara se volvió a mirarlos.

—Si queréis esperarme, no tardaré en regresar, pues supongo que ansiaréis hacerme algunas preguntas.

—Aquí nos encontrarás, Clara —contestó Arturo secamente.

Tras la puerta cerrada de la salita, un hombre y una mujer se abrazaron sin pronunciar palabra. Estaban sorprendidos de ver a Dante y de verle así. Era increíble.

En cuanto a la otra pareja que subía con parsimonia las escaleras, tampoco se dijeron nada con palabras; eso sí, el hombre prácticamente oprimía hasta casi el dolor una manita pequeña y fría, al tiempo que la mujer se cobijaba en un abrazo cálido y esperanzador.

Así entraron en el dormitorio de Dante, el cual cerró la puerta con el pie y pegó su espalda a esta, atrayendo a su vez el cuerpo de la joven hacia el suyo.

—Clara, mi Clara. Espero haberles dejado lo suficientemente convencidos de que aquí no hacen nada quedándose. Ni que tampoco regresaré con ellos. No me agradaría tener que ser mucho más explícito.

La mujer se le abrazó todo lo que pudo, escuchando el rítmico latido de su corazón.

—No es que les conozca mucho, pero no se irán tan fácilmente, y menos sin presentar batalla. Seguro que en cuanto me reúna con ellos, me levantarán dolor de cabeza con sus preguntas, y su afán de conseguir explicaciones a todo, incluso a las que ni nosotros tenemos siquiera respuestas.

El hombre le acariciaba la espalda y el pelo besándola en la coronilla. Sus caricias eran tan relajantes y necesitadas.

La mujer hizo un hercúleo esfuerzo y se separó de él lo suficiente, como para evitar la tentación de seguir allí, entre sus brazos protectores y deseados.

Le besó en los labios con dulzura, la misma con la que él impregnó sus propios labios y besos. Apartándolo suavemente de la puerta salió de allí, camino de su encuentro con los lobos hambrientos.

Dante sabía bien lo que la reunión había supuesto para Clara. Su entereza. Su saber estar, no hacían más que reiterar la valía de su pequeño gran amor. Otra no hubiese estado tan a la altura de las circunstancias. Con ese temple de dama de buena cuna y elevada educación. Ya se había hecho todo un experto en el disimulo, y se permitió observar a Arturo y Gabriela alguna que otra vez.

Sus semblantes y expresiones corporales, no le dejaban duda alguna de que algo tramaban, pero no se atrevía a elucubrar qué y la envergadura del mismo.

Lo que sí le supuso todo un compendio de contención, fue la rápida imagen del cuello de Clara, en el que había descubierto de soslayo una marca.

"¡Maldición!". Le costó Dios y ayuda, no abalanzarse sobre su hermanastro y matarlo a golpes al descubrirla. El muy canalla no respetaba a su mujer, y tenía que pagarlo caro, pero aún era pronto para aquello.

Se dejó caer con pesadez en la amplia cama y apoyó su cabeza sobre sus manos cruzadas detrás.

Cerró los ojos y se sumió en el sosiego, que en aquella estancia se respiraba, pues en verdad necesitaba de esa tranquilidad.

Se acarició los labios donde todavía sentía el beso de Clara y suspiró. Su pecho grande, fuerte y masculino se ensanchó de orgullo, amor y posesión.

***

Antes de entrar, Clara se dio unos instantes para dejar que una invisible capa de dureza e indiferencia, la cubriera de pies a cabeza, haciéndola inmune.

Fuesen como fuesen los siguientes acontecimientos, estos tenían que resbalarle como las gotas de lluvia caen y se escurren por los cristales, sin estropear su superficie en absoluto. De igual modo, debía dejar fluir las palabras y gestos, sin que vieran sus antagonistas que le afectaba; aunque su interior llegara a encontrarse convertido en un profundo y doloroso caos.

El desagrado previo que la presencia de sus invitados le causaba, se veía incrementado a cotas desproporcionadas, tras el primer encuentro de Dante con ellos.

Ella no podía elegir por él. Todo dependía de lo que quisiera hacer, y si bien, él había dejado claro que de allí no se movería, no podía dejar de pensar en el paso siguiente que Gabriela y Arturo darían a continuación.

La simiente de la incertidumbre, florecía abonada magistralmente por manos igualmente competentes, y esta se les intentaba enredar sinuosa y amenazadora hasta estrangularlos.

***

Tanto Gabriela como Arturo, no se quedaron nada conformes del encuentro con Dante.

Tampoco les había gustado que la pequeña anfitriona estuviera presente. La entrometida no les dejó oportunidad ninguna de abordar a Dante solo.

Tal vez les hubiese ido mejor sin aquella intromisión, ya que una cosa era que estuvieren en su casa, convaleciente uno e invitados otros; y otra muy diferente, que se metiera en sus asuntos de familia. Lo mismo era que ya se creía con derecho…

La mujer paseaba de un extremo a otro de la habitación con gesto enfurruñado.

El hombre la miraba de reojo mientras se daba pequeños golpecitos en los labios.

—¡Ya siéntate, mujer! ¡Me aburre verte así!

Gabriela se paró en seco y con paso firme se le acercó. Cuando tuvo su cara casi rozando la

de él intentó, abofetearla sin éxito, ya que le cogió la mano a mitad de camino. Sabía bien de sus arrebatos y salidas de tono cuando nadie la veía en su salsa.

Con él no tenía que disimular.

—¡Eh, eh! ¡No hace falta que saques tus garras conmigo! Mejor ocúltalas para después. Y dirígelas hacia otras personas.

—Por mucho que intente contenerme, la cosa no pinta bien. Al parecer Dante ha encontrado el Paraíso, junto a esa… a esa… y, en este lugar tan… ¡Ah! ¡Estoy tan enfurecida!

—Querida, guarda tu enfado bajo siete llaves, ya sabes lo que dicen: "Se cazan más moscas con miel que con vinagre". Así pues, te aconsejo saques tu dulzura afuera y utilízala con cabeza.

Arturo le alzó la cara y la miró fijamente; su tono al hablar se hizo menos amable.

—No te comportes como una niña encaprichada, con un juguete que quiere conseguir a toda costa. Utiliza el cerebro y no los pies. Piensa, reflexiona y actúa con cordura; no estúpidamente. ¿Me he expresado con claridad?

La mujer se pasó la mano por el rostro, queriendo eliminar la saliva que le había caído.

Arturo estaba tan enfadado… Y no quería que lo pagara con ella.

Afirmó en silencio y se apartó dando un tirón para soltar su mano todavía sujeta.

—Así me gusta. ¿Ves? Creía que no te resultaba nada difícil comportarte… ¿O me equivoco?

—¿Arturo, no te has dado cuenta de que no estoy para bromas? Te lo digo en serio.

Déjate de chanzas conmigo. Queremos que Dante vuelva con nosotros cuanto antes, y no sé cómo lo vamos a conseguir.

—Tarde o temprano lo hará. Estoy más que seguro, de que cuando le informemos de sus responsabilidades, regresará. Además, para eso contamos con tu ayuda inestimable.

¿No? Apuesto que tú solita lo conseguirás.

—No estés tan seguro.

—¡Oh vamos! Siempre has tenido, digamos, un sexto sentido para lograr que los hombres hagan lo que tú quieres y cuando lo quieres.

—Pues…

—¿Pues qué?

Al ver que permanecía en silencio, se le acercó y la cogió de los hombros con cierta brusquedad.

—¡Gabriela, mírame y contesta de una vez!

—Con tu querido hermanastro no es lo mismo.

—¿Eso quiere decir que tus encantos no le afectan? ¿Cómo estás tan segura, eh?

—Deja de zarandearme o no diré una palabra más.

La soltó. Se cruzó de brazos pero continuó a un paso de ella.

—La otra noche cuando fui a tu habitación, venía de verle y…

—¿Y qué, Gabriela?

—No solo me rechazó, sino que me insultó y echó de allí sin miramiento. ¡Maldito sea mil veces!

—¿Pero te crees que no lo sabía? Cuando acudiste a mí, no me importó que vinieses en ese estado tan…, digamos, característico tuyo, en el que se ve perfectamente que necesitas un hombre.

—¿Y no te importó ser el segundo plato?

—Gabriela, no seas niña. Atacándome así, no me haces daño, ni me irritas; sabes que eso no funciona conmigo; más bien cuando yo no te hago el menor caso, vas a refugiarte en brazos de otros, sin pérdida de tiempo.

—No quiero que sigamos por ahí. Estamos en una situación que se nos va de las manos y no me gusta nada. Sabes que no me agrada no tener todo atado y bien atado, y este es el caso.

El hombre le besó la mano y le sonrió como si no hubiese problema alguno.

—Querida, juntos somos un buen equipo; nos compenetramos muy, pero que muy bien…

—No me puedo creer que estés pensando en lo que creo que estás pensando.

—Bueno, los rifirrafes me excitan…

La besó con hambre y avidez, sobando con los labios su carne, que le respondía de igual modo.

Se separaron de golpe cuando escucharon unos pasos acercarse.

—Es nuestra querida anfitriona —afirmó Arturo—, vamos allá.

Volvieron a sus asientos y segundos después, la puerta se abría, entrando Clara.

El hombre se levantó en señal de respeto.

—Bien, cuando queráis empezamos.

Acomodándose en su sillón favorito, cruzó las manos en su regazo y aguardó.

Arturo comenzó a pasearse de un lado a otro con las manos entrelazadas a la espalda y gesto huraño en su rostro.

—Clara, antes que nada, me veo en la obligación de expresar nuestro profundo descontento, por la manera en que se ha llevado el asunto de mi hermanastro. Tanto misterio era en verdad innecesario para nosotros, pues desde un principio se nos tenía que haber informado de su situación; hemos estado muy preocupados y ahora veo que con razón. Gracias a Dios, que la fortaleza de Dante es extraordinaria, pero me gustaría saber si el médico que le visita, es lo suficientemente bueno para los cuidados que él necesita. Estamos dispuestos a hacer traer los mejores especialistas si es necesario, y desde luego, aguardaremos hasta que nos acompañe de regreso a casa.

Capítulo 42

La joven le dejó hablar y analizó mentalmente su contestación.

Sin dar la más mínima muestra de miedo o desasosiego, les miró a ambos antes de contestar.

—Ya sabéis que el doctor Sandoval expresó con total claridad, los pasos a seguir antes de reencontraros con Dante, y supongo que el enfado primigenio que pudieseis sentir, se desvanecería al ver que ese aplazamiento había sido del todo punto necesario para Dante, que es lo primero que nos tiene que importar y preocupar a todos. Sobre su profesionalidad, me es grato deciros que pondría mi vida en sus manos, sin el menor de los temores y con plena confianza en su buen hacer. En cuanto a la última cuestión, no me corresponde a mí responder, si bien Dante lo ha expresado con claridad. Estoy segura que no le importará repetíroslo.

La mujer rubia se levantó, acercándosele intimidante.

—Me parece, Clara, que no quieres ver la realidad tal y como es.

—De hecho, la veo perfectamente, Gabriela.

—No, no lo creo en absoluto. Dante es un hombre de negocios muy importante. El tiempo que esté ausente, deberá recuperarlo rápidamente, y cuanto más tarde en volver, será peor. Además, aunque no niego que esté bien aquí; como en su casa, no lo estará en ninguna parte. Seguro que rodeado de sus cosas, su mente despertará antes y volverá a ser el de siempre.

—Estoy de acuerdo contigo. Mi hermanastro es un hombre de usos cotidianos y rutinarios. La luz se hará en su cerebro nada más rodearse de su vida anterior, recuperándose enseguida.

—Me alegra ver vuestra sincera preocupación, pero también es cierto, que puede ser contraproducente enfrentarlo de golpe a su anterior vida. No habéis tenido en cuenta que aún no sabemos cómo le afectará su encuentro con vosotros. Ojalá sea positivo para él, pero habrá que esperar acontecimientos. ¿No os parece?

Ambos se miraron en silencio y la miraron a ella.

—Me parece que habéis olvidado que Dante no solamente no recuerda nada, sino que tampoco ve nada.

—Nosotros seremos sus lazarillos, si hace falta —contestó con rabia la mujer.

—Gabriela, la cuestión no es esa. Él no querrá salir de aquí donde se cree a salvo, tranquilo y feliz.

—¿Feliz? ¿Has dicho feliz? ¿Cómo se puede sentir así, tal y como está?

—Difícil de creer. ¿Verdad? Y sin embargo, te aseguro que es la verdad.

—La verdad, Clara, es que será de nuevo feliz, pero entre mis brazos.

—¡Gabriela! —exclamó el hombre.

La mujer retó con la mirada a Clara y esta tuvo que contar mentalmente hasta diez para

calmarse. Aquella víbora de rosa, pretendía alterarla y hacer que perdiera los papeles.

—Es la verdad, Arturo. Tu hermanastro y yo…

—Ni una palabra más, querida. ¿Me has entendido?

El hombre se le había acercado y fulminado con la mirada.

—Tranquilo, Arturo. Me pongo en el lugar de Gabriela y supongo que yo también estaría histérica, porque las cosas no estuvieran, ni salieran como quiero.

Si las miradas matasen, Clara hubiera dejado de existir en ese preciso momento.

La mujer rubia suspiró, llenando sus pulmones de aire y su cuerpo de autocontrol, cambiando radicalmente de aptitud y acercándose a Clara, le sonrió.

—Querida. Espero me disculpes. Yo… me he dejado llevar por un arrebato de mal genio, pero quiero que comprendas la posición en la que Arturo y yo estamos. Sé que después de dejar las cosas claras, todo irá bien en beneficio de Dante, y para ello estoy dispuesta a cuidarle día y noche el tiempo que haga falta.

La joven dio un respingo.

—Tendrías que preguntarle al doctor, aunque yo no perdería el tiempo con ello. Dante está acostumbrado a que nosotros le cuidemos, y respetemos sus momentos de soledad, reposo y asueto. Si te entrometieras podrías perjudicarle sin querer.

—No hay que molestar al buen médico con estos detalles, mejor será que Dante decida, y seguro que verá con buenos ojos que yo le haga compañía.

—¿Y tú qué opinas, Clara? —preguntó llena de malicia.

—Gabriela, por ahora mejor dejamos las cosas como están. Acabamos de conocer su estado y no creo que sea bueno venirle con esto —afirmó Arturo, harto ya de ver a esas dos mujeres disputándose a su hermanastro.

—Estoy de acuerdo con Arturo y dejemos de comportarnos como niños. Hay que ser conscientes de que la salud de Dante es lo primero, y cualquier cambio podría acarrearle efectos negativos.

Clara ya no podía soportar ni un segundo más a aquella mujer creída, caprichosa e insufrible. Se levantó alisándose la falda, y decidida a salir de allí enseguida, se dirigió a la puerta.

Sus interlocutores la miraron con los ceños fruncidos.

—Si me disculpáis, creo que ya no hay nada más que decir. Voy a seguir con mis tareas, pues voy un poco retrasada tras esta amena conversación con vosotros.

Salió de allí con paso rápido y decidido, dejándolos a los dos con la palabra en la boca.

Nada más verse solos, Arturo zarandeó con violencia a Gabriela.

—¿Pero se puede saber qué te ha pasado? Tú la de los nervios de acero, la que no se inmuta por nada ni nadie. No puedo creer que hayas perdido los papeles de esa manera, y frente a esa… mujercita de nada.

—¡Suéltame, bruto! ¡Me haces daño!

El hombre la dejó escapar de sus garras y la vio frotarse los brazos con energía y cara de dolor.

—¡No he podido evitarlo! ¡Clara me sulfura! ¡Me saca de mis casillas y de buena gana la golpearía hasta arrancarle de la cara su expresión de superioridad! ¿Pero qué se ha creído la metro y medio esta? ¡Conmigo no va a poder, te lo juro! ¡Arturo, te lo juro!

El hombre se echó a reír sin poder contenerse. Sus carcajadas avivaron aún más si cabe, la

furia que anegaba a Gabriela por los cuatro costados.

—¡Maldito seas, Arturo! ¡No te rías de mí!

Tenía los ojos sacados de sus órbitas, inyectados en sangre y las uñas prestas a ser clavadas en el rostro masculino. Se le acercó para abofetearlo, pero paró en seco al verle la expresión. Arturo no era hombre que dejara pasar una ofensa, ni siquiera viniendo de una mujer; pues si le golpeaban, él devolvía el golpe y con creces, ya que su fuerza era más que evidente, y su sentido del honor no se veía afectado por pegar a una fémina. No hacía distinciones, ni retenía su mano por ese hecho. Gabriela lo sabía en carne propia, y si bien en otras ocasiones, aquella violencia les llevaba a mantener un sexo salvaje y placentero, aquel no era el momento propicio para dichos juegos íntimos.

Había demasiado odio. Demasiado rencor e ira como para que el compendio de todas esas negativas emociones, diera paso a algo totalmente distinto.

A la sazón, la mujer se acercó a Arturo como una gatita buscando caricias con su paso sinuoso y una amplia sonrisa. En verdad, sus cambios de humor eran constantes, e incluso tediosos a veces, pero formaban parte de su especial y distintiva personalidad, y como tales, él había sabido manejarlos a la perfección.

La abrazó y acarició desde su pelo hasta las caderas, arriba y abajo, sin detenerse.

La mujer se dejaba acariciar y daba pequeños suspiros de complacencia, apoyando su mejilla en la varonil, y aspirando su particular y embriagador aroma tan masculino; tan excitante y tan de macho dominador.

—¡Ay, Arturo, tú sí que me entiendes, solo tú!

—Por supuesto, querida. Por supuesto.

Y ella sabría aquella misma noche lo que era enfrentarse a él. Para eso utilizaría sus potentes, poderosas y eficaces armas, y en su terreno. La cama.

***

“¡Pero se habrá visto mujer más odiosa! Un minuto más allí y hubiera hecho algo de lo que luego me hubiese arrepentido, aunque de buena gana le habría arrancado hasta el último de sus pelos, de color amarillo pollo”. Clara pensaba furiosa, al tiempo que sus rotundos pasos la conducían hacia el sauce llorón. Gabriela tenía el don de sacar de ella lo peor; su lado oscuro y bárbaro, y con él daba una vuelta completa a lo irracional; ida y vuelta sin paradas, lo que la hacía querer con todas sus enfurecidas fuerzas cogerla a solas, y dejarle claro lo que pensaba. Aquella víbora envuelta en seda, oliendo a rosas rancias, y con ese deje en la voz que acaba dando dolor de cabeza. ¿Cómo Dante podía haberse sentido atraído por ella? ¡Hombres!

Iba por la mitad del camino cuando cambió de opinión, pues la verdad era que no sabía adónde ir, ya que en ningún sitio se sentiría bien. Estaba hasta el gorro de aquellas dos personas. El ambiente en la casa se había enrarecido y Dante… No sabía qué pensar, así que no había más que hacer que alejarlas de allí, lo más lejos posible y para siempre.

Clara estaba tan ensimismada en sus amargos pensamientos que sin darse cuenta, prácticamente chocó contra algo duro y enorme.

Ese algo era más bien alguien, y al verse ceñida a un cuerpo cálido y fuerte, volvió a la realidad enseguida. Dante la retenía con sumo cuidado entre sus brazos. Ella vio cómo bajaba la cabeza hasta tener sus labios junto a los suyos.

El beso fue irremediable y certero, llegando a su alma y atravesándola de parte a parte.

El hombre acarició su cuello donde estaba el chupetón, presionó y dejó sobre este un lengüetazo, como si quisiera lamerlo y hacerlo desparecer. Clara era suya. Solamente suya.

La joven se dejaba hacer con el mayor de los abandonos, y pidió en silencio a Dios, que no la privara jamás de la presencia de él.

—¿Ya has hablado con ellos, verdad? —preguntó cerca de su oído derecho.

Suspiró y asintió con la cabeza.

—Imagino que no ha sido nada grato tu encuentro.

De nuevo afirmó sin palabras.

—Quieren la opinión de otros médicos, que vuelva con ellos y hasta entonces, Gabriela se ha ofrecido a cuidarme. ¿No?

Clara le miró. ¿Cómo lo sabía?

El hombre sonrió.

—Sé que es eso lo que te han dicho, aunque sé también que les habrás hecho ver que de eso nada. ¿Verdad?

—Exacto, pero… no estoy tranquila. Son gente que saben de su poder y ni siquiera tú les eres rival.

—Amor, eso es lo que se creen, porque me ven como un inválido de cuerpo y mente, fácilmente manejable. Pero tú y yo sabemos que no es así.

—Creo que no se han molestado nunca en conocerte. Ambos tienen una idea preconcebida de ti, y lo que te ocurre ahora, solo la altera para tu perjuicio. Dante, ¿qué vamos a hacer?

El deje de angustia que percibió en su voz no dejó impasible al hombre, que la abrazó y cogió en brazos, depositándola sobre su regazo al tiempo que se sentaba sobre la hierba circundante.

—¡Te vas a poner perdido!

—No me importa. Solo quería tenerte así.

La mujer se dio la vuelta y su espalda quedó pegada al torso masculino. Las manos de él se entrelazaban con las suyas sobre su regazo. En esa postura miró a su alrededor buscando paz. De igual modo, el hombre se recreó también y pensó en lo agradable que sería verlo todos los días junto a ella. ¿Cuándo pensaba decirle que veía y que su mente despertaba poco a poco de su sueño inducido e impuesto?

No sabía cómo lo podía soportar sin desvelárselo y hacerla partícipe de su dicha.

—Dante, necesito saber lo que vamos a hacer.

—Vamos a darles cuerda. Vamos a dejar unos días más, hasta que ellos muevan ficha y actuaremos en consecuencia.

—No sé. Les veo con poca paciencia y con ganas de irse contigo.

—Es comprensible. Este no es su elemento. Aquí están descolocados.

—¿Y Gabriela?

—¿Gabriela?

—Sí. La mujer alta, rubia y petulante, que me saca de quicio a cada momento.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Le dejé claro que se aleje de mí, y en caso de que no se dé por aludida…

—Dime qué harías, pues ese caso es más que probable.

Capítulo 43

—Ya se me ocurriría algo. Tranquila amor. Soy tuyo solamente, celosilla.

—Pues sí, celosa. ¿Qué pasa? A estas alturas, disimular delante de ellos me ha destrozado los nervios, sobre todo cuando la muy… bruja te ha comido; sí, te ha comido con los ojos y no dejaba de ti ni mijita.

El hombre estalló en carcajadas. Estaba en un polvorín con dos mujeres prestas a la lucha por él, y le parecía divertido y… peligroso. Gabriela podía ser una terrible enemiga. Sucia y cruel jugadora que podía intentar dañarla enormemente.

—Clara, tranquila. Lo estás haciendo muy bien y cuanto más tarden en averiguar que nos queremos, mejor. Los dos son bastante elitistas y al creerse superiores, no les gustaría nada nuestra relación. Yo tengo cierta posición, aparte de que una mujer despechada es terrible, y esta más. Despreocúpate, que de ningún modo mi decisión de estar juntos se vería afectada en absoluto.

—Lo sé, lo sé. Nuestro amor nos hace fuertes e invencibles.

—Así me gusta. Somos invencibles e indivisibles.

Se dio la vuelta y su rostro sonrosado por el sol quedó a centímetros del suyo.

Él la miró con tal éxtasis, que la piel se le puso de gallina y faltó nada para hablarle del milagro.

—Estás temblando. ¿No te encuentras bien?

Tragó saliva y le dedicó una medio sonrisa.

—Me encuentro en el cielo. ¿Cómo no iba a estar bien?

Le abrazó pegando su carita a la de él.

Unas pequeñas nubes blancas y esponjosas, surcaban el cielo mirando desde su altura como dos extraños habían dejado de serlo, convirtiéndose en un solo cuerpo y una sola alma, debilitados y fortalecidos al mismo tiempo por su amor.

***

Efectivamente la noche se presentaba gloriosa.

Arturo pretendía acabar con el aplazamiento forzoso y dedicarse a Gabriela en cuerpo y alma… Sobre todo en cuerpo… Las siguientes horas se las prometía repletas de gozo.

Unos pequeños golpes en la puerta de su cuarto, le advirtieron que su bruja ya estaba allí, lista para su particular aquelarre.

Decidió recibirla de pie e iluminado por la luz que entraba por la ventana.

La mujer irrumpió en la habitación y le miró.

—Imaginé que te gustaría más encontrarme de esta guisa.

Arturo, desnudo en todo su esplendor, la estudiaba con sus manos sobre las estrechas caderas.

La mujer lasciva, se relamió.

—Bien pensado, querido. Siempre es un gran placer verte así, te lo aseguro.

Se le acercó y tras un beso abrasador, se apartó, dejándolo con un par de narices.

—¿Y ahora qué?

—Antes de continuar, quiero planes. Sí, planes. Necesito pasar a la acción e irnos de aquí ya, con Dante. Por supuesto.

El hombre se atusó el cabello, suspiró y se sentó al borde de la cama. El sexo desenfrenado tendría que esperar un poco, pero solo un poco. Se prometió silenciosamente.

—Bien. Se me ocurre que convenzamos a mi hermanastro de su vuelta a un lugar más civilizado, o tal vez, darle lo que traemos con nosotros, y que haga lo que quiera después. También se podría convencer a Clara de que le deje en paz, pero me he fijado en ella al verlos juntos, y… le quiere.

—¡Maldita sea tú también te diste cuenta. ¿Verdad? ¡No sé qué le ha visto, o mejor dicho, qué no le ha visto, es tan…!

—¿Corriente, pequeña, pueblerina, sosa…? “Aunque no lo creas Gabriela, sí que tiene algo. Te lo puedo asegurar”, pensó.

—¿Y eso es todo? ¿No hay nada más? Te creí con más inventiva.

—Bien, pues piensa tú también. No me lo dejes solo a mí. Además, prefiero consultarlo con la almohada, si no te parece mal.

—¡Oh!… Bien. Entonces te dejo, así tienes toda la noche por delante.

Arturo se levantó y como una exhalación, se le adelantó apoyando su mano abierta sobre la puerta antes de que ella la abriera.

—¡Eh, eh, no tan rápido, querida! Tú misma has dicho que tengo toda la noche…, y la pienso aprovechar, pero no solamente para pensar…

—Desde luego eres incorregible. Nos vemos en circunstancias poco favorables y ni por esas, se te desinfla la… libido.

—Bueno, tú dirás cómo me la ves.

Los ojos verdes femeninos se encontraron una erección en toda regla, que con sus leves empujoncitos en su entrepierna, la reclamaba exultante y provocadora.

—Es indiscutible que debemos pasar a la acción.

Nuevos golpecitos afirmaron su conformidad.

—Gabriela eres un bocado tan exquisito, que me cuesta no devorarte de un solo mordisco.

—Arturo debes controlar tu apetito.

—¿Es que quieres que le ponga freno?

—No. Me gusta tu manera de… saciarlo, pero esta noche lo haremos más suave y despacio. Confía en mí. Te gustará y quedarás igual o más colmado todavía.

Gabriela era una arpía. Mujer sin conciencia capaz de atrocidades terribles, pero… en la intimidad…, aquel fuego que exudaba, la hacía incandescente, y a él le gustaba más que nada arder sumergido entre sus brasas.

***

Estaban allí por algo importante.

Sabía con exactitud que su hermanastro y él nunca fueron los parientes perfectos.

Ambos gustaban de una vida relajada con pocas obligaciones y repleta de placeres, pero mientras Arturo no ponía límite a su depravación, Dante se imponía freno mucho antes de llegar a dicho límite.

Sus desavenencias habían surgido entre ellos desde siempre, y ya desde el principio, tuvieron constancia de que sería así. Con el paso de los años, cada cual había dejado claro cuál era su espacio, y los bien definidos límites del mismo. Ni uno ni otro se atrevió jamás a traspasarlo. Jamás salvo…

Aunque más bien, no fue ninguno de los dos quien lo hizo; una tercera persona se entrometió en aquel acuerdo tácito, y rompió de golpe y porrazo las normas establecidas. Y como no podía ser de otra manera, esa manzana de la Discordia era una mujer. Sí, una mujer; pero no una cualquiera. Aquella fémina fue el detonante del cambio radical que perturbó sus vidas.

Un relámpago le cruzó el cerebro. Recordar, aún le dañaba y sin embargo, ahora que se había producido su reencuentro con ellos, debía obligarse a hacerlo.

Con la frente perlada de sudor, Dante se volvió a concentrar. Pasaron por su mente imágenes dispares, fogonazos de situaciones ya vividas, pero apenas reminiscencias de dichos hechos acaecidos.

Rememoraba frases sueltas, risas estridentes, susurros… Se le aparecían jardines, suntuosas habitaciones de altos techos, damas cuyos rostros no le decían nada…, y acabó su introspección con el rostro y la figura de Clara.

Dejar que sus meditaciones se difuminasen ante sus recuerdos de ella, le producía paz, pero había demasiado en juego para permitirse ese ansiado solaz.

De nuevo procuró someterse a ese dañino experimento de concentración, y se vio transportado: ante sí un bosque por el cual cabalgaba a medio paso, donde envuelto en el silencio de tan majestuosa naturaleza, hacía parar a su semental negro y recreaba su mirada por todo lo que le circundaba. Aquella apreciación de tal belleza, le daba un poco de sosiego a su atribulado espíritu. Descubrió entonces una roca de extraña forma y proporción, que se entreveía surgiendo del entramado formado por hojarasca, ramas secas, musgo… Bajó de su caballo y descubrió al apartar dichas ramas, que se trataba de una cueva. Su curiosidad venció con rotundidad a su sensatez. Entró. Vio sin creérselo, una pequeña figura de una Virgen con su hijo en brazos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y sintió unas manos invisibles que le empujaban a su encuentro.

Fue como una revelación. Al instante, algo indescriptible pasó veloz por su mente, se quitó su anillo y su medalla, y los depositó tras la figura que silenciosa, le veía emplear con ligereza y destreza sus dedos para despojarse de aquellas valiosas joyas.

Su hermanastro le había reprendido su falta de prudencia al querer ir solo, e internarse por aquellos lugares tan solitarios; y él, como no cabía esperar menos de un Montalbán, cabezota e imprudente, se había metido de cabeza en aquella aventura.

No es que fuese particularmente creyente, pero sintió en aquel lugar tan especial, que debía elevar una humilde plegaria al Cielo.

Regresó junto a su corcel y subió a este con la agilidad que le caracterizaba. Sentía una inmensa paz, que le hacía ver las cosas con más claridad; tal vez la menuda mujer y su pequeño infante, le acababan de desvelar lo que no había visto hasta ese momento.

De repente, los ecos de unos cascos que se aproximaban a donde él se encontraba,

terminaban de un plumazo con dicha tranquilidad.

Antes incluso de que pudiese azuzar a su alazán para buscar algún lugar donde la espesura del follaje fuese mayor, se vio rodeado por varios jinetes con vestimenta oscura; los rostros tapados por negros pañuelos y sombreros también negros, calados hasta las cejas.

Su semental inquieto alzaba entonces las patas delanteras, y relinchaba enseñando unos grandes dientes; también él presentía, al igual que su amo, que se acercaba el peligro y la situación no les era nada favorable. A pesar de considerarse un buen adversario, estaba en considerable desventaja numérica.

Varios jinetes le rodearon amenazadores. Aquellos hombres iban a por él…

Dante soltó una exclamación de dolor. Los recuerdos le hacían sufrir, pero debía seguir esforzándose en revivir lo ocurrido.

Sentado al borde de la cama y de cara al ventanal entreabierto, dejó que una gratificante brisa le refrescase el rostro sudoroso. Se llevó una temblorosa mano al pecho y notó el trepidante latido de su alterado corazón. Estaba muy excitado por lo que su mente le iba revelando poco a poco. Pero debía continuar. Tomó varias veces aire, soltándolo despacio. Su amplio pecho subía y bajaba en cada inspiración y expiración, y la calma volvía a envolverle reparadora. Cerró los ojos, y de nuevo se vio en el bosque. Esta vez logró vislumbrar entre los hilos de sangre que le caían de la frente, cómo dos de aquellos desconocidos hurgaban en sus alforjas buscando. Ignoraba lo que podría ser, pues hasta ese momento no habían pronunciado ni media palabra. Conocían bien lo que tenían que hacer; sus movimientos eran impecables, calibrados al milímetro; cada cual se dedicaba a realizar su cometido. Todas sus acciones eran desempeñadas eficazmente y con premura.

Hombres aguerridos, sus ropajes eran simples, incluso rayando lo humilde, pero había algo que no encajaba. Ese algo no era otra cosa que sus monturas. Magníficos caballos, bien cuidados e incluso mimados, por el buen trato que recibían de sus respectivos jinetes, con palmadas y susurros para calmarlos. Unos simples forajidos no montarían corceles así. Aquellas criaturas de cuatro patas eran en verdad valiosas, y nadie en su sano juicio las llevaría a esas correrías. A esos pillajes.

No supo bien en qué momento podría haber sido, pero el que parecía el cabecilla, por fin se había dirigido a él. Se concentró en el recuerdo de sus palabras, pero le fue imposible darle sonido a lo que el desconocido articulaba. Sus labios gesticulaban con rapidez. Entonces aquel individuo desmontó, y con aire presuntuoso se le acercó. Le cogía de la pechera y su enorme puño se estampaba sobre su rostro. El impacto certero le hizo sangrar el labio y se hubiese caído hacia atrás, si aquel hombre no le hubiera sujetado con enorme fuerza. Un nuevo golpe, seguido de varios más, le dejaban por fin inconsciente, sin haber tenido oportunidad de defenderse, o conocer a sus atacantes.

Capítulo 44

Dante se acercó a la ventana y miró a través de esta el paisaje.

“Tengo que continuar. Se lo debo a Clara y a mí mismo”, pensó.

Apoyó sus palmas abiertas en el cristal y la frescura de este, le alivió el calor que sentía.

De nuevo de regreso a sus recuerdos, volvía a abrir los ojos y ante su sorpresa, otro de aquellos extraños le registraba concienzudamente. Empezaba a notar frío y supo que era debido a que su ropaje iba quedando hecho jirones, conforme aquella bestia lo iba apartando con fuertes tirones, rasgándolo sin miramiento para encontrar. ¿Qué?

Su medalla. Tal vez la querían, y aunque era una joya de mucho valor, no creía que tan exhaustiva exploración se debiera solamente a ella. Dante gritó de desesperación. No conseguía descubrir la causa por la cual había acabado allí. Aquellos forajidos llevaban un propósito claro y no daba con él.

Se imponía un descanso forzoso, pues se sentía agotado, extenuado y furioso.

Al menos su mente comenzaba a abrirse a él, y eso era muy bueno.

Pronto sus remembranzas comenzarían a llegarle con más soltura, más concreción y acabarían por desvelarle todos y cada uno de los misterios que aún guardaba su mente.

Se dejó caer con pesadez manifiesta sobre el lecho que le acogió dulcemente.

Ya no quería seguir con la incertidumbre de tantas cosas. Tantas incógnitas sin resolver.

Prefería mil veces la realidad por cruda que esta fuera, que vivir así.

Aunque su salud se viese en algún momento en situación precaria, debido a su insistencia en recordar, era ese el precio que estaba dispuesto a pagar; ese o cualquier otro precio sería insignificante, si con eso conseguía su fin.

Se imponía un receso en ese agitado redescubrimiento de su pasado, sobre todo por el bien del futuro junto a Clara. Era por ella, por lo que se autoimponía un descanso, no fuese a recaer y su debilidad e indefensión, dieran pie a que su hermanastro y Gabriela se aprovechasen.

En verdad no se fiaba ni un ápice de ellos. No le inspiraban confianza alguna.

Pero ¿qué era lo que querían aquellos dos? Se presentaban ante la casa de Clara, como si nunca hubiesen roto un plato, con aptitud de preocupación y anhelo por su persona.

Sabía que detrás de toda aquella parafernalia había algo; un trasfondo profundo y oscuro, incluso peligroso, si los dos andaban juntos metidos en él.

De nada serviría que su cabeza estuviese a punto de estallar, por el esfuerzo de imaginar las razones poderosas por las que se encontraban allí. Todo caería por su propio peso, y eso ocurriría muy pronto. Se había cansado de que ambos intentaran jugar al ratón y al gato con Clara. Los acercamientos de Arturo, no le hacían sino llenarse de ira y furia apenas contenidas; y en cuanto

a Gabriela… La arpía arremetería contra su propia madre, si esta tuviera la insensatez de cruzarse en su camino.

Distraídamente pasó sus dedos por el anillo, que volvía a estar en su dedo corazón y también acarició la medalla que pendía de su cuello. Eran emblemas de su vida pasada.

Pruebas de su linaje, sus raíces y sin embargo, en aquellos momentos, tan solo le pesaban como una losa. Eran un lastre que tiraba de él hacia unas profundidades oscuras y solitarias. Aquellos símbolos impuestos por su cuna le recordaban sus obligaciones, pero nunca podrían alzarse y derrumbar los gruesos muros de su determinación. De buena gana, renegaría de todo para llevar una vida placentera entre los brazos de su amada; sin artificios, ni lujos, pero llena de amor junto a Clara.

Tenía que hablar con ella y cuanto antes mejor.

Lleno de la predisposición necesaria para el siguiente paso a seguir, Dante se dejó llevar por un sueño reparador e ineludible, en el que niños con los ojos y cabellos de Clara jugueteaban al sol entre risas, persiguiendo a otros con sus propios rasgos, bajo la atenta y amorosa mirada de sus progenitores.

***

El doctor de pie frente a Clara parecía un alma en pena. Puesto al tanto de lo ocurrido, se atusaba la barbilla con aire ausente, mientras la mujer se mantenía erguida de espaldas a la ventana de la salita.

—Así que ya se han encontrado.

—Sí.

—Y todo parece haber ido bien.

—Sí.

—Siempre supe que este hombre era en verdad de una fortaleza admirable, pero…

—Pero…

—No sé si las consecuencias serán a posteriori. Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir y eso nadie lo sabe con certeza absoluta, ni siquiera tú que eres el mejor médico que conozco.

El aludido le alzó la barbilla con el dedo pulgar e índice. La miró como un padre mira a su hija, con la misma devoción, el mismo respeto y una gran dosis de cariño. La joven le sostuvo la mirada y vio en sus brillantes ojos verdes, la fortaleza, la determinación y la inteligencia que siempre le habían caracterizado. También se dio cuenta de que había una parte de su alma, a la que nunca había llegado y en la cual guardaba como un tesoro, trazos muy significativos de su existencia.

—Mi querida niña. Estoy más que seguro, de que sean cuáles sean las motivaciones de este encuentro, todo acabará desliándose como un ovillo de lana. Ahora mismo todo está hecho un lío, pero cada cosa y cada cual, acabará en su sitio.

La mujer bajó la mirada y se apoyó sobre el fuerte pecho de Bruno. Este la acogió amoroso entre sus brazos y dejó que buscase consuelo una vez más; como en tantas otras ocasiones desde que ella apareció en su vida para quedarse. El rítmico latido del corazón masculino, le llenó el espíritu de una calma adormecedora, y supo que efectivamente se estaba quedando dormida, cuando el doctor, la colocó sobre el sofá y procedió a taparla con una suave y acogedora manta de croché, realizada en un caleidoscopio de colores. Depositó un cariñoso y sutil beso en su

frente y sonriendo se acercó hasta la entrada para dejarla descansar.

Nada más cerrar la puerta tropezó con Mina, quedándose ambos paralizados.

Esta le contempló alzando sus ojos. Tanto la tata como Clara eran prácticamente de la misma estatura, llegándole ambas a Bruno por el hombro, y por tanto también, esta debía levantar la cabeza para poder mirarle.

El hombre la había cogido por los antebrazos para que no cayese.

Ninguno se atrevía a decir la primera palabra, pero si algo era cierto, este algo era que a lo largo de los años desde que se conocieron, ambos se comprendían sin palabras.

Pero sí que eran necesarias en esa ocasión.

—Clara está agotada física y mentalmente.

—Sí. Lo sé —afirmó Mina pestañeando nerviosamente.

—La he dejado dormida, y es conveniente que siga así hasta que su cuerpo decida que ya está descansado, y despierte por sí misma.

—Bien. Entonces no la molestaré y daré orden de que nadie lo haga.

Mina dejó de mirarle. No quería que viera su dolor, ni su miedo, ni…

Bruno en un acto reflejo, le alzó el rostro con un dedo y no le permitió que rompiera el ángulo de visión. Escrutó con parsimonia el nacimiento de su pelo, la pequeña frente, las cejas, los ojos, la nariz, los labios entreabiertos… Nada. Y sin embargo, todo había cambiado, incluidos ellos dos.

Los años transcurridos daban buena fe de ello.

—No temas, mujer. Ninguno en esta casa va a permitir que le hagan daño a Clara, y menos tú o yo. Si Dante es el hombre de su vida, ya pueden aparecer mil arturos o gabrielas, que no habrá fuerza humana que los separe.

Por unos momentos, Mina se vio tentada a dejarse ir y apoyarse en Bruno; a creer a pies juntillas, en que esas palabras eran sagradas como el mismo evangelio.

En verdad necesitaba su consuelo, su fortaleza; en verdad la vida había sido muy dura y no parecía tener suficiente… nunca, abocándolos al sufrimiento una y otra vez; una y otra vez… con aterradora prepotencia y crueldad.

Ambos parpadearon al unísono, y de igual forma se separaron varios pasos.

El galeno se alisó el cabello, la saludó con una breve inclinación de cabeza, y le dio la espalda disponiéndose a salir.

—¡Bruno!

Una temblorosa mano quedó suspendida en el aire.

La mujer cuyo rostro conocía a la perfección había pronunciado su nombre, con una mezcla rayana entre la ansiedad y la esperanza. Era una persona muy fuerte, había tenido más que suficientes pruebas de ello, pero sabía de su debilidad por Clara; la misma que él sentía por ella, por lo tanto, no era de extrañar que necesitara consuelo.

Ambos padecían de la misma crónica enfermedad.

Llenó sus pulmones de un aire denso, pegajoso y los sintió espesos y pesados.

Lentamente se volvió y la miró.

—Mina.

El nombre femenino fue apenas un susurro.

La vio dar los pocos pasos que los separaban y cómo su dedos se movían acariciando el aire.

Alargó su mano y la de ella se perdió dentro. Sus dedos ahora entrelazados se reconocieron e impulsivamente le besó la palma, alzando la mirada y encontrándose esta con la de la mujer. Verdes y marrones entremezclándose en un juego tornasolado de colores y sensaciones, ahondando en la consciencia de cada cual.

—Por favor, relájate un poco, mujer, o caerás enferma y tendré que recetarte un jarabe reconstituyente, de sabor verdaderamente horrible.

Sin quererlo una leve sonrisa afloró a sus carnosos labios.

—No creas que me asustas, doctor. Sabes que si con eso pudiera arreglar todo esto, me tomaría una cucharada sopera el resto de mis días…, mañana y noche si me apuras.

El hombre también esbozó una sonrisa que llegó hasta sus ojos.

—Y yo gustoso la tomaría contigo, pero…

—Sí ya lo sé.

—Volveré mañana como de costumbre, si es que no me necesitáis antes. Espero que no sea ese el caso.

—Yo también lo espero.

El silencio reinó entre ellos por unos segundos.

Salvo el importante asunto de Clara y Dante. ¿Había otro por el cual intercambiar unas frases de simple urbanidad? ¿Qué más podían decirse sin entrar en arenas movedizas?

La cercanía era peligrosa, dolorosa en extremo y a partes iguales. La mujer pestañeó inquieta. No había manera humana de impedir aquel acto reflejo que la dejaba expuesta.

Su hermosa boca se entreabrió como si tuviera plena autonomía, y quisiera dejar salir a las palabras prohibidas sin tener ella, ni arte ni parte.

El hombre no pudo más que acariciar con su verde y brillante mirada aquellos familiares labios. Una sensación de apacible y complaciente remembranza, le asaltó apoderándose de todo su magnífico cuerpo y toda su dolorida alma. Haciendo un hercúleo esfuerzo de contención, Bruno dejó que un suave, pero eficaz piélago de relajación fuese inundándole, y al mismo tiempo acorralando hasta hacer desaparecer, la imperiosa necesidad de abrazar a la mujer. El impulso había sido casi incontrolable…, casi.

—Bien, entonces gracias y hasta mañana, Bruno.

—Hasta mañana, Mina.

Tanto el contacto físico de las manos como el visual concluyeron. El hombre encaminó sus pasos a la salida. La mano izquierda sujetando con demasiada fuerza el asa del maletín.

Mina se abrazó sintiendo frío. El mismo frío que la hacía tiritar hasta en pleno verano.

Le siguió con la mirada, viéndolo traspasar la puerta y cómo se alejaba con su personal deje al andar. Decidido, enérgico y rítmico.

Los ojos vidriosos a causa del llanto quedaron clavados a su figura, hasta que esta se perdió en lontananza.

Capítulo 45

Durmió hasta altas horas de la noche. Cuando se incorporó del sofá, Clara estaba algo dolorida; aunque dicho mueble era bastante cómodo desde su punto de vista, era bien cierto, que no lo suficiente como para dormir muchas horas seguidas en él.

En su mente revoloteaban una sucesión de imágenes inconexas, de voces y sonidos que habían hecho de su descanso un reposo poco reparador.

Masajeó su cintura y cuello doloridos. Se sentía algo entumecida y muy preocupada.

Los acontecimientos se precipitaban, o al menos esa sensación tenía en la boca del estómago. Dante no quería irse. Su hermanastro y Gabriela pretendían lo contrario.

Habría un combate de voluntades y deseaba con fervor, que Dante triunfara.

Recordaba las miradas de Arturo y Gabriela. Los habían estado estudiando, fijándose en ellos y en cualquier detalle.

Para ninguno pasó desapercibido cómo Dante se acariciaba el anillo y pasaba sus largos y delgados dedos por la cadena que llevaba al cuello. Le pareció que un extraño brillo iluminaba los ojos de ambos interlocutores mientras Dante hablaba. Sin duda, eran dos seres más que acostumbrados a estudiar a la gente, en busca de Dios sabía qué detalles, para su propio beneficio.

Se dirigió a su habitación como si de una autómata se tratase. Eran sus pasos lánguidos la que la llevaban hasta su estancia, ejecutados estos por unos pequeños pies helados, que conocían a la perfección el camino a seguir.

¿Por qué no podía quedarse él allí con ella? ¿Por sus responsabilidades? ¿Por qué, por qué…? No quería pensar en ello. Caería enferma si no recuperaba energías ya.

Se acercó a su gélido y solitario lecho, y fue tan grande el escalofrío que la recorrió de parte a parte, que se abrazó instintivamente, cerrando al mismo tiempo sus ojos con una mueca de dolor irresistible reflejada en su bello rostro. Recordó enseguida unos fuertes y cálidos brazos, amorosos y protectores, entre los que gustosa pasaría el resto de su vida…

…Y le echó de menos como nunca.

Ya no había lugar físico e imaginario, en el cual pudiera sentirse bien si él no estaba. Ya no era capaz de encontrar la felicidad en ninguno de ellos, a los cuales se había escapado hacía tan solo unos días. ¿O eran años? Tan lejanos le parecieron.

Se despojó de su ropa en un santiamén con movimientos rutinarios y precisos.

Desnuda se desplazó con lentitud, hasta que quedó con la frente pegada al cristal de la ventana. No era tan significativo el frío del ambiente, como la frialdad que percibía por todo su ser. Esta nacía de su interior y fluía emergiendo de su más recóndito espacio, traspasándola.

Cerró los ojos y ofreció una plegaria.

Si Dante se recuperaba totalmente, ella le dejaría partir de su lado para no verse jamás.

Que Dios la ayudase a seguir viva. A seguir en pie cuando ese fatídico momento llegase.

Acto seguido, rogó a la luna y a las estrellas que iluminaran con más luz que nunca, pues necesitaba de su refulgente resplandor, para que este se introdujera en su alma y despejara las tinieblas en las que se hallaba inmersa.

***

Llegó un nuevo día pero con viejos problemas. La visita del doctor fue breve, aunque reconfortante. Las expectativas eran buenas y Dante presentaba un aspecto magnífico.

Tanto que se decidió de mutuo acuerdo, dar un paseo y retozar bajo el sauce llorón, en vista del día tan espléndido que les obsequiaba la madre naturaleza.

Caminaban en silencio, mas sus pensamientos aullaban dentro de sus cabezas, como una manada de lobos hambrientos.

Gabriela había intentado sin éxito engancharse del brazo de Dante, pero este tenía muy claro a quien quería a su lado.

Si creía que estar privado de visión parecía ser una desventaja, constató enseguida que no era así en modo alguno. El perfume de la mujer le había desbordado la nariz, y rápidamente sus pasos le llevaron en sentido contrario, hacia una Clara que estaba a la expectativa. Esta le cogió la mano extendida, y tirando de ella para que emprendiera la marcha enseguida, dejó con cara de pocos amigos a la mujer rubia.

La distancia entre las dos parejas se hizo evidente, más cuando el hermanastro y la mujer despechada se hicieron los remolones, avanzando con calma deliberadamente.

Gabriela estaba que echaba humo por las orejas, sin embargo, un solícito Arturo fue a su rescate y la abrazó por la cintura. Depositó un breve beso en su frente.

—Reprímete —susurró en su oído—, no pierdas los nervios.

—Eso es muy fácil decirlo.

—Cuando quieres, eres todo un dechado de buenos modales. No debes preocuparte.

Esta es una pequeña batalla perdida, pero nosotros ganaremos la guerra.

—Pero ya no solo quiero vencerle. Quiero… hundirla en la miseria. Que no pueda nunca levantar cabeza cuando se vea sola, abandonada… Y quiero querido, que tú te encargues de poner…, digamos… tu granito de arena, no solo en eso, sino también en otra cuestión más… personal…, más íntima.

—Vaya, vaya. ¿Acaso quieres que la seduzca?

—Vamos. ¿A estas alturas no me vendrás con remilgos, verdad? Sé que te sientes en cierto modo atraído por esta… pequeña campesina. Seguro que le encuentras al menos el mínimo atractivo, como para acercarte a ella y conseguirla. Y no me digas lo contrario.

Te he visto observándola con ojos depredadores. Imagínate la cara que se les quedaría al ser desenmascarada, y a Dante al descubrir su engaño.

—Desde luego, querida, te confieso que es del todo punto preferible e inteligente, tenerte como amiga.

La mujer le dio unos golpecitos en la entrepierna con su mano enguantada.

—No lo sabes tú bien, querido. No lo sabes tú bien.

El hombre le obsequió con una amplia y socarrona sonrisa. Sí que sabía en toda su extensión

de lo que aquella mujer era capaz. En todos los sentidos…, y se excitaba solo de pensarlo.

La bondad de Clara era intrigante e interesante, de manera morbosamente inocente, pero la maldad de Gabriela era… despiadadamente fascinante.

Poco después llegaban a su destino, inmersos en sus pensamientos. Todos debían procurar llevarse lo mejor posible, aunque por dentro cada cual ardiera por diversos motivos.

Clara y Dante se hicieron rápidamente con sus acostumbrados sitios, dejando a la otra pareja que buscase asiento, donde buenamente quisieran o pudieran. Una cosa era la educación y otra bien distinta la estupidez. Ni por un segundo pasó por las cabezas de ninguno de los dos, dejarles su lugar preferido a aquellos invitados forzosos.

Gabriela y Arturo, optaron por alejarse unos cuantos metros de distancia de la pareja, bien acomodada bajo el sauce llorón. Los suficientes para que no pudieran escucharles.

Se pararon a cubierto tras unos setos.

—Debemos hacer algo. Y hacerlo ya.

El tono en la voz femenina no dejaba pie a elucubraciones. Estaba más que harta de todo aquello y prefería pasar a la acción.

Arturo la miró y leyó en sus ojos toda la ira, todo el rencor y la mala sangre que corría por las venas de Gabriela.

La mujer quería irse de allí, pero antes pretendía y conseguiría plenamente, dejar devastado el lugar y a sus habitantes.

—Debemos enseñarle el papel que traemos. También hay que dejar en entredicho a la mosquita muerta, y yo seduciré a Dante. El orden es lo de menos; sea como sea, todo esto explotará.

—¿No te estás precipitando un poco, querida?

—No. Ya está bien de esperas. Puede que tu hermanastro jamás se recupere por completo y nunca vuelva a ser el de antes. Está claro que prefiere quedarse aquí con ella. Debemos obligarle a irse con nosotros. Basta ya de remilgos y de marear la perdiz.

Ve a por ella que yo me encargo de él. Hay que ponerlos uno en contra del otro, y hacer que acaben separados sin remisión.

—Y nada mejor para tus propósitos que una buena dosis de celos ¿no?—suspiró—, casi… casi me da pena de ellos.

La mujer le pulverizó con su mirada de ojos entrecerrados. Alzó su mano izquierda y le agarró la barbilla con brusquedad.

—¡No te atrevas a dejarme sola en esto, te lo advierto! ¡Soy muy mala enemiga!

Sonó un manotazo y la mano de ella quedó suspendida en el aire, e instantes después, una garra poderosa le apretaba la muñeca produciéndole un fuerte dolor.

El hombre la mataba con sus ojos echando chispas.

—Jamás vuelvas a hacerlo.

—Pero si era una simple caricia, querido.

—De eso nada, querida. No llevo muy bien las amenazas, sean estas veladas o no; y en cuanto a tu supuesta caricia, no te atrevas nunca más a levantarme la mano. Sé perfectamente cuando coqueteas, y este no es el caso.

La mujer intentó sin éxito zafarse, consiguiendo todo lo contrario, pues cuanto más quería desprenderse de aquella zarpa, más se apretaba esta en su muñeca.

—¡Me estás haciendo daño, bruto!

En lugar de sentir cierta aflicción por ella, el hombre siguió ciñendo sus dedos sin el menor ápice de tribulación.

—Esto no es nada comparado a lo que sentirías, si me pusiera a ello en cuerpo y alma, querida.

—¿Te das cuenta?

—Cuenta ¿de qué?

—Esos malditos nos encaran al uno con el otro. En lugar de ser ellos los que se pelean, lo hacemos nosotros por su culpa.

—En justicia te diré que son nuestros caracteres los que provocan enfrentamientos.

Tú y yo nos parecemos demasiado, pero mientras tú eres de carácter ciertamente vehemente, el mío puede ser de lo más reflexivo si se tercia.

De improviso la soltó y vio sin el menor remordimiento cómo Gabriela se frotaba la piel dolorida.

—Algún día, Arturo, te verás obligado a depender de mí. Estarás en mis manos y entonces…

La agarró con fuerza de la cintura pegando todo su cuerpo al de ella.

—Veremos quién acaba dependiendo de quién.

Capítulo 46

Amparado por el refugio herbáceo, besó o más preciso sería decir, que devoró aquellos labios con mueca de enfado, hasta hacer que cambiasen ese gesto por otro más amoroso y entregado.

La mujer, abandonada a la miríada de sensaciones que la cálida cercanía del hombre, sus besos, y la reciente pelea entre ellos le provocaban, acabó cediendo, e hizo lo apropiado y con la misma vehemencia a los labios masculinos, mientras Arturo se frotaba desinhibido contra Gabriela.

La rigidez de su entrepierna se hacía cada vez más evidente y dolorosa.

De pronto, una mano experta y decidida, abría los pantalones y dejaba libre una potente erección. Unos ojos lascivos la recorrían ávidos por probarla. Unos dedos igualmente libidinosos, la acariciaban, sopesaban y apretaban toda su carnal y lujuriosa envergadura.

—Hummm —ronroneó—, simplemente magnífica.

La sonrisa cínica, astuta y maliciosa de poderío masculino, resonó sorda en su garganta, y su nuez se movió al compás.

—No… tan… simple…, querida.

Arturo solo podía dejarse hacer, gozando del placer que le daba a raudales, y el éxtasis le llegó como un rayo, imparable y devastador.

En verdad le hubiese gustado aguantar más, pero con aquella mujer, las cosas eran como eran, y antes incluso de tomar las riendas del interludio sexual, esta ya había decidido como se desarrollaría este, de principio a fin; y así, la húmeda y sugerente boca se había dado un auténtico y delicioso festín con su endurecido sexo, exprimiéndolo hasta la última y cálida gota.

No le importaba que tomara ella la iniciativa; cuando así lo pretendiera, ya lo haría él.

Lo que quería en ese momento era restregar su verga por los pechos desnudos de Gabriela, dejándoles su rastro húmedo y almizclado a su paso.

Quería comer. Quería comerla. De arriba a abajo. Quería pararse en su centro mismo y llevarla donde él estaba todavía, con los espasmos del orgasmo a flor de piel.

Se arrodilló frente a ella. Desde allí la miró y pudo ver cómo se relamía su semen.

Levantó la falda del vestido. Ahora era su turno. También se relamió, aún sin haber empezado a disfrutarla. Saborearía, paladearía y gozaría como un loco, con frenesí y delirante de placer, pues tal vez, sí que era un completo degenerado después de todo…

***

Se encontraban sumidos en el silencio, bajo la particular isla verde y amarronada que era el sauce llorón. Uno junto al otro, en aptitud relajada sin importarles lo más mínimo donde se habían metido Gabriela y Arturo.

Dante se permitió mirar a Clara de soslayo y la descubrió jugueteando con un pequeño mechón suelto de su moño. Ya no era tan rígida ni estricta, a la hora de llevar el cabello recogido, y eso a él le encantaba. Sus pequeños y delgados dedos mimaban la guedeja que brillaba a la luz del sol. ¡Le hubiese gustado tanto hacerlo a él mismo!

La mujer acariciaba con su mirada el paisaje circundante, al tiempo que llenaba sus pulmones con profundas y pausadas respiraciones.

Verla tan relajada y feliz le comportaba de igual manera alivio y felicidad.

Tal vez en otro tiempo fue egoísta, mezquino… e incluso pendenciero, pero el Dante que veía renacer cada día ante sus ojos, le era el más absoluto y total conocido para él.

La personalidad que ahora poseía, le parecía ser la que hubiese tenido siempre, aunque no conocía con certeza si eso era posible, después de perder la memoria. Ya no quería saber lo que estaba haciendo en el bosque, ni el porqué de su urgencia en buscar un lugar donde ocultar sus joyas; tampoco la razón o razones, por las que tenía que aguantar estoicamente la presencia de su hermanastro y la rubia mujer que lo acompañaba. Si efectivamente pretendían llevárselo con ellos, no cejaría en imponer su férrea voluntad de quedarse allí para siempre. Fuera cual fuese el precio que debiera pagar por conseguirlo, no le importaba. El hombre que fue en otro tiempo, lugar y circunstancias, había desaparecido, esfumado junto con los moratones, el dolor de sus heridas y su propia vida pasada. Era ahora junto a Clara, un hombre nuevo, renovado por dentro y por fuera, y pese a sus secuelas, reconocía aceptarlo plenamente, con todos sus pros y sus contras.

La mujer se levantó y se alejó unos pasos de su lado.

—Clara, ¿te pasa algo?

—No.

—Pues yo creo que sí.

—De veras, estoy bien. Solo quiero dar un pequeño paseo.

El hombre hizo ademán de levantarse.

—No, por favor. No hace falta que vengas conmigo.

La negativa de ella le cogió por sorpresa.

—Bien, como quieras. Pero quédate cerca y no tardes mucho amor. Me siento muy solo sin ti.

La joven sonrió con dulzura y con esa misma dulzura, le besó en la frente arrugada con un rictus de seriedad y preocupación.

—Tranquilo. Estaré cerca y volveré muy pronto.

Esperó unos segundos contando mentalmente, hasta que concertó que ella se había alejado lo suficiente para verla sin que le descubriera haciéndolo.

Se frotaba los brazos e iba con la cabeza gacha.

Aquella actitud no era nada buena. Pensó y deseó, poder suprimir de un solo plumazo todo lo que le estuviera afectando para tenerla en ese estado.

Ambos se encontraban en las mismas circunstancias y debían unir sus fuerzas. Debían ser uno. Por lo tanto, convenía mostrarle el milagro de sus ojos, a los que había vuelto la luz y la vida; eso la alentaría, renovando sus energías y entereza para la lucha.

Inmerso en sus pensamientos, atisbó un movimiento por donde él estaba mirando.

Arturo con paso seguro y decidido, apareció solo por el lado contrario al que había

desaparecido con Gabriela hacía rato.

Con una intención firme, poderosa e incluso risueña que se reflejaba en su rostro, le vio dirigirse hacia Clara, alcanzándola con pocos pasos.

Pero, ¿qué demonios pretendía? No podía dejar de mirar hacia allí y sintió que un fuego destructivo le hacía arder las entrañas.

Su hermanastro aprovechaba esa cercanía, para acariciar a Clara el brazo izquierdo y pensó que esto de que Dante no viese, le daba cierto toque morboso a comportarse indecorosamente con su amada, delante de sus narices y sin que él lo supiera.

Para Dante, no llegar hasta Arturo y partirle la cara, fue lo más difícil que se vio obligado a hacer. Tenía que dejar que fuese Clara la que se defendiera, pues aún no consideraba oportuno que nadie aparte de ella, Mina y el doctor, estuvieran al corriente del prodigio. Se obligó a tomar profundas bocanadas de aire mientras era testigo de la escena.

Clara se deshacía del contacto de Arturo, recriminándole exasperada, con los ojos fuera de sus órbitas y una ceñuda expresión en su bello rostro.

La rabia que sintiera en un principio, se tornó orgullo e incluso regocijo, cuando su hermanastro se llevó la mano a su mejilla abofeteada.

Su pequeña dama era una fiera y tuvo que volver a pegarle, esta vez un rodillazo en la entrepierna, cuando el hombre intentó robarle un beso.

Recogiéndose la falda con ambas manos, andaba a paso ligero dejando al hombre dolorido y parado en seco, mirándola circunspecto.

Arturo se había pasado muy mucho. Su respeto por el sexo femenino era nulo, aunque eso no le hubiese importado, si en ese mismo saco no hubiera tenido el cinismo de meter a Clara. Pero él no tardaría demasiado en hacérselo ver a su manera.

Cerró los ojos concentrándose en aligerarse del terrible esfuerzo, que le había supuesto no agarrar a Arturo por el cuello, y procuró centrarse en la óptima reacción de su amada.

Esta se perdía en la lejanía y Arturo regresaba a la casa, ambos por caminos totalmente opuestos.

Esperaría a que ella hablara con él, mas sabía que no habría mucho que contar, salvo si Arturo no solo había intentado besarla, sino también si su exceso había sido de palabra.

Lo mismo que confiaba en Clara a pies juntillas, recelaba de su hermanastro igualmente.

Dante soltó el aire que parecía tener retenido una eternidad, se sentó y apoyó la espalda en el tronco del sauce y se miró los puños cerrados apoyados en sus rodillas. Acto seguido cerró los ojos en un afán de relajarse.

Para entonces, un inconfundible y saturado perfume le invadía el olfato, y sus oídos escuchaban unos pasos y el frufrú de una falda acercarse. Gabriela hacía acto de presencia.

“Lo que faltaba”, pensó incómodo y asqueado.

El monstruo se cernía sobre él, creyendo que estaba indefenso por sus taras. No hacía falta verla para saber a lo que venía. No hacía falta recordarla al cien por cien, para saber de su falta de escrúpulos. No hacía falta, en fin, escucharla para reconocer su condición de arpía de lengua viperina. De haber podido, le hubiera dejado sola con dos palmos de narices, pero debía reconocer que le picaba la curiosidad.

¿Qué era lo que se traía entre manos? Nada bueno. Y sin embargo…, le soltaría cuerda;

la suficiente para ver cómo se ahorcaba sola, cuando tirara de ella en el momento oportuno.

***

Clara notaba cómo la náusea le llegaba a la boca.

Arturo ya le había dado alguna que otra muestra de su carácter, pero en esos momentos no cabía en sí de furia y asco. Era un hombre apuesto, pero toda su belleza externa se veía ensombrecida por un alma fea y corrompida, que le resultaba en extremo repulsiva.

Inmersa en sus pensamientos, se encaminó de regreso a donde la esperaba Dante.

No supo bien cómo fue, pero de pronto le vino la idea y en lugar de hacerse notar, decidió darle una sorpresa a su amado, con unos besos y abrazos que se llevaran consigo la reciente mala experiencia.

Se paró en seco como si hubiese chocado contra un muro invisible.

Allí estaba Dante. Allí estaba ella.

Creyéndose la reina de los mares, o tal vez, la mujer más irresistible y deseada del mundo mundial. Fuera como fuese, la expectativa de verla encontrar, tropezar y caerse con la horma de su zapato, Dante, sería todo un espectáculo que no iba a perderse.

Sin embargo y en justicia, le era del todo punto un suplicio esperar acontecimientos.

Mas lo haría.

Y aunque en un principio se imaginó corriendo a su encuentro y tirando con fuerza del pelo a Gabriela, una vocecita sensata la convenció en un periquete, de que se quedase donde estaba, quieta y calladita.

No quería hacerlo y no porque dudara ni un ápice de él. Era la rubia quien se hacía plena merecedora de toda su desconfianza.

Y de nuevo la vocecita la hacía reflexionar, inyectándole una considerable dosis de cordura y paciencia.

Parpadeó incrédula. ¡Era imposible!, ¿o no? ¿Sus ojos la engañaban? ¿Tal vez era su imaginación? Pues no, ninguna de las dos cosas. En efecto, la realidad de los acontecimientos caía por su propio peso.

La muy bruja se hacía un hueco entre las piernas de Dante, e intentaba acurrucarse toda melosa apretándose al cuerpo del hombre, restregándose con sumo placer como un oso contra un árbol. No contenta con aquello, le acariciaba la cara y sus decididas manos, comenzaban a bajar por el amplio pecho masculino en dirección a…

“¡Maldita bruja degenerada!”

Cerró sus manos, y así con los puños preparados, se imaginó que los incrustaba en la cara de la mujer varias veces y con todas sus fuerzas; y que después los abría y la agarraba del cabello, arrastrándola por los alrededores, hasta que le arrancaba de cuajo la melena, dejándola como una bola de billar.

De pronto, una radiante sonrisa afloró a su boca, y su corazón se hinchó de euforia, latiendo acelerado en su pecho, pero ya no de rabia precisamente. Abrió sus manos y se tapó la boca para no reírse a carcajada limpia. De muy buena gana se hubiera reído en la cara de Gabriela, pero en honor a la verdad, ya lo haría junto a Dante, cuando comentaran a solas el suceso, pues su amor se deshacía de Gabriela, y la empujaba hasta hacer que esta se cayera sobre sus posaderas, todo lo larga que era; quedándose él tan ancho y tan pancho, como si nada en absoluto hubiera ocurrido.

Capítulo 47

La mujer, intentando acomodarse la ropa y sacudiendo los restos de hierba y tierra que tenía en ella, se notaba sorprendida en un principio y encolerizada después.

Gritando iracunda, arremetía con violencia alimentada por el terrible rechazo y el orgullo herido, contra el hombre que la dejaba acercarse otra vez, haciéndola perder el equilibrio y permitiendo que volviese a desplomarse sobre sus posaderas.

Sin el más mínimo miramiento, Dante se incorporó y enfiló sin titubeo alguno el camino de regreso a la casa, que tan bien se conocía ya, dejándola tirada de cualquier manera, rumiando su rabia entre amenazas y con palabras dignas de la más barriobajera criatura viviente.

***

Bruno se reunió con Clara, Dante y Mina en la salita. Nada más entrar por la puerta de la casa notó algo diferente en el ambiente.

Había intercambiado miradas interrogativas con Mina, y esta, le contestaba alzando los hombros en silencio.

Tomás le había llevado una nota escrita por Clara, en la que le rogaba se reuniera con ellos a la mayor brevedad posible.

Ante el tono ciertamente serio y preocupante de la misma, el doctor tardó menos que otras veces en llegar hasta allí, dirigiendo su calesa con mano firme y rapidez.

Entró a la habitación y sin pérdida de tiempo se colocó junto a Clara, la cual estaba de pie al lado de chimenea.

Dante ocupaba uno de los sillones adyacentes, y Mina acababa de ponerse al lado derecho de la muchacha.

—¿Y bien…? —dijo Bruno—, no he podido llegar antes y espero que todo esté perfectamente, aunque admito mi extrañeza ante la nota, y el suspense que esta me ha suscitado.

—Es de agradecer que hayas llegado tan pronto, doctor —afirmó Dante—, sé que reunirnos aquí y con tanto misterio, ha provocado en todos vosotros cierta aprensión.

Nada más lejos de mis pretensiones…

Clara le puso la mano en el hombro y él la cubrió con la suya.

—Por favor, continúa. Nos tienes en ascuas.

Le dio un breve apretón y enredó sus dedos a los de ella.

—He hecho grandes progresos —carraspeó y tragó saliva—, ya recuerdo a Arturo y Gabriela; imágenes de mi vida anterior me vienen a la memoria y veo en ellas caras, lugares…, pero…

Todos le miraron expectantes y al ver que pasaban varios segundos y no continuaba

hablando, fue Bruno quien lo hizo.

—Es una buena noticia y veo que este nuevo estado de cosas no te ha perjudicado.

—En efecto. Puedo afirmar que todo parece ir encajando poco a poco, y me siento satisfecho a pesar de que todavía sé que me queda un largo camino por recorrer, pero…

El hombre dejó de hablar y cerró los ojos.

—Por Dios, Dante. Continúa, te lo ruego.

—Eso, eso, te lo rogamos —dijo Mina.

Tiró con dulzura de la mano de Clara. La dejó frente a él y levantándose, acunó entre sus manos la cara de Clara.

—Clara, tienes los ojos más bonitos que he visto nunca, o al menos que yo recuerde haber visto.

Mina se abrazó a Bruno sin pensar. Este la estrechó contra su pecho, sintiendo que aquel era su sitio; y en cuanto a la aludida, pestañeó y tapó su boca ante el grito de sorpresa y alegría a partes iguales, que amenazaba con escaparse de su garganta.

—¡Dios mío, Dante! ¿Es verdad lo que he oído? —preguntó sonriente mientras sus ojos le miraban expectante de hito en hito.

El hombre comenzó a reír y llorar a la vez.

—¡Sí, amor, te veo! ¡Te veo y es… lo más maravilloso del mundo!

La besó dejando que aquella felicidad traspasara la barrera de lo impropio o no.

Mina al percatarse de su íntimo abrazo con Bruno, se removió entre sus brazos hasta que consiguió zafarse de ellos toda colorada. El médico no hizo nada por impedírselo, aunque no le hizo gracia la pérdida del calor femenino. Los dos volvieron su atención a los enamorados, y una infinita, devastadora e indescriptible dicha inundó los espíritus de todos los allí presentes, dando paso a la algarabía caótica.

Se sucedieron abrazos, apretones de manos y más sonrisas, que llenaron la atmósfera de la salita.

—Dios sabe lo que he rezado porque esto ocurriera y ahora…, tiemblo solo de pensar en que está pasando de verdad.

—Sí, tata, sí. Es tan increíble que tengo miedo de que sea un sueño.

—Clara, no lo es. Me estoy mirando en tus ojos y no creo que haya nada mejor en el mundo.

La alzó y comenzó a dar vueltas provocando carcajadas en los allí presentes.

—¡Por favor, para! ¡ Para que me voy a marear!

Minutos después la depositaba en el suelo y la tomaba por la cintura.

—Bien —dijo el doctor—, si a las señoras no les parece mal, debemos dejarlas solas un rato. Me gustaría examinarte en tu habitación.

—Sin problema, doctor.

—Bueno, bueno. Dejaré que te lo lleves, pero un ratito muy corto, ¿eh?

—Así será, te lo prometo. Es solo un reconocimiento rutinario.

—Venga, niña, nosotras nos dedicaremos a tareas de mujeres.

—Hasta luego, entonces —susurró Dante al tiempo que besaba su manita con fervor, y la contemplaba con su ardiente mirada sonriéndole.

—Sí, hasta luego —parpadeó varias veces nerviosa y devolviéndole la sonrisa.

Ambas mujeres les vieron alejarse, volvieron a abrazarse y no pararon de sonreír como dos

niñas largo rato después, de que los dos hombres hubiesen salido de la habitación.

***

Tras la puerta cerrada de su estancia, una persona no lo hacía de felicidad como las que había descubierto unos minutos antes; al contrario, en la sonrisa que afloraba a sus labios, la maldad más absoluta se abría paso.

Aquel descubrimiento del cambio producido en el estado físico de Dante, daba una nueva dimensión a la situación actual; un giro sorprendente, y no por ello menos apto para sus planes.

Nadie se había percatado de su presencia y la puerta no cerrada del todo junto con la potente voz de Dante, y las posteriores demostraciones de alegría de los allí reunidos, habían sido más que suficientes para que se quedase a cubierto, y alimentara su curiosidad, dejándola más que satisfecha…

Ahora debía reflexionar si hacer partícipe de tal hallazgo a su cómplice, o aprovecharse en soledad del mismo; aunque esa cuestión era lo de menos. No necesitaba a nadie.

Lo consultaría con la almohada, y al día siguiente, seguro que tendría ya una ruta clara y definida del camino a seguir para triunfar.

Era increíble la buena suerte que había llevado sus pasos hasta allí, y en aquellos momentos tan importantes, pues sabía perfectamente que ninguno de los allí reunidos, iba a decir nada en absoluto de lo que acababan de escuchar.

Pretendían que fuese un secreto para así poseer ventaja sobre ellos dos.

Bien. Eso no solo no sería así, sino que en aquel momento, podía y estaba capacitada para hacer lo que quisiese, con la información llegada a sus oídos.

Su don de la oportunidad le era favorable una vez más, y su oculta presencia le había reportado una ventaja, que pensaba aprovechar al máximo y sin compasión.

A veces llegaba a pensar que su buena fortuna estaba ligada a algo maquiavélico, ya que sus actos ignominiosos, se veían respaldados y fortalecidos, por una fuerza extraña que sentía bullir y correr por todo su cuerpo, insuflándole una energía frenética e ilimitada.

***

—Estoy más que sorprendido y complacido de tus progresos —afirmó con alegría Bruno—, sin embargo quiero serte sincero, pues puede que esta mejoría sea pasajera…

Yo… No quisiera echarte un jarro de agua fría…

—Tranquilo, doctor. Sé a lo que me enfrento y eso es lo que menos me preocupa.

Clara en cambio, me llena de temor.

—Si crees que ninguno nos hemos dado cuenta de lo que sentís el uno por el otro…, es que nos crees tontos, ciegos y sordos de remate.

Dante sintió que enrojecía. No era hombre al cual algo así le pasase, pero reconocía que en lo referente al amor que sentía por Clara, este le había vuelto sensible y blando en cierta medida. Que el doctor se lo dijese a la cara… Este era como el padre que la mujer no tuvo y le parecía en cierta medida, un poco embarazoso. Le miró directamente a los ojos. Ambos hombres igual de altos, hermosos cada uno en su estilo y sabedores de las debilidades del cuerpo y el alma. No vio reproche o enfado, ni dolor, ira o burla.

Los dos varones sabían de lo que trataba el Amor con mayúsculas, y le reconocían sin tapujos, con la mente, el alma, el corazón y los brazos abiertos.

—Bruno, yo… Todos habéis sido tan buenos conmigo… No quisiera que pensases ni por un

momento, que he utilizado a Clara con fines puramente egoístas. No creo ser un hombre que se aproveche de alguien como ella en su propio e interesado beneficio; mi naturaleza no es tan mezquina —respiró profundamente y prosiguió—. La amo. La amo y me entregaría a una jauría de lobos para salvarla. Haría lo que fuera por ella. Lo que fuera y contra quien fuera.

El médico le apoyó la mano sobre el hombro izquierdo y apretó con suavidad.

—Lo sé. Lo sé y no creo que la hayas embaucado para que te quiera, hombre. Clara es deliciosamente buena, pero también tiene un carácter fuerte. Ha habido hombres rondándola, pero no tenían nada que hacer. Si te ha entregado su corazón, es porque te ama. Si tú has entrado en él, es porque así lo ha sentido o decidido. Créeme, por mucho que hubieses insistido, de nada te hubiera servido, si nada sintiese por ti.

Se hizo un silencio que los dos aprovecharon para reflexionar.

Bruno meditando en su propio amor por una mujer a la que no había conseguido olvidar. Si es que alguna vez lo había intentado de verdad.

Dante inmerso en los fuertes y acompasados latidos de su corazón, cuyo movimiento estaba seguro, se debía a Clara.

—¿Y ahora qué?

—Bien, mi querido amigo. Lo único que sé, es que si antes mi conciencia me remordía por querer quedarme con Clara aun siendo un inválido, ahora que ya estoy en mejor estado físico y mental, no hay fuerza humana o divina que me persuada de irme.

—Hay dos personas a las que esa resolución tuya no gustó en su momento. ¿Es que crees que ahora les gustará más?

—Me importa un bledo. No quiero interferencias, ni de mi hermanastro, ni de Gabriela.

—Los dos son duros de roer. Puede que hasta jueguen sucio si eso les beneficiara.

—Lo sé. Y es por eso que debemos actuar con cautela. Todavía es pronto para que sepan las buenas noticias. Quiero pillarles por sorpresa y alejarles rápido; lo más pronto posible y para siempre, de aquí.

—Cuenta con mi ayuda en todo lo que pueda. Clara es la hija que nunca he tenido y su felicidad me importa más que la mía.

El doctor ofreció su mano y Dante la estrechó con energía.

Era un pacto. Un acuerdo entre caballeros por una dama a la que amaban ambos, cada cual de manera diferente, pero intensa y profunda.

—Gracias, Bruno. En nombre de Clara y en el mío, gracias.

Capítulo 48

Resuelta a hablar con Dante, Clara pareció precipitarse al interior de su alcoba como una exhalación. Había cosas que explicar y la espera para hacerle hablar de ellas, le resultó casi imposible de soportar, pese a estar en la siempre buena compañía de Mina hasta escasos minutos antes.

Le encontró sentado en la cama de cara a la puerta y con la cabeza apoyada entre las manos. Alarmada se precipitó a su lado de rodillas entre sus largas piernas.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Le tomó la temperatura en la frente con un suave beso de sus labios cálidos y temblorosos, pero no le notó destemplanza. Entonces le alzó el rostro y vio sus ojos cerrados y una fría expresión en su semblante.

—Por favor, contéstame.

El hombre abrió sus dos lagos azules y Clara gimió. Eran los mismos de siempre y diferentes a la vez. Pero lo que la dejó helada fue la intensa pasión que leyó en ellos.

La mirada del hombre dejó su cuerpo sin huesos, como de gelatina.

—Clara.

La masculina voz sonó fuerte y envolvente en toda la estancia, traspasando a la vez el cuerpo de la mujer de parte a parte. No se movió ni un solo centímetro, y sin embargo, a ella le pareció que la abrazaba y acunaba entre sus brazos, mientras la devoraba con besos ardientes y eternos. Acarició con dedos temblorosos la piel varonil, reconociendo en sus yemas la textura amada y tan particular que adoraba.

—Dante —susurró sin dejar de contemplarle.

—Sé a qué has venido.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Cerró los ojos.

—No. Mírame por favor.

Así lo hizo.

—Sé que te sientes traicionada. Te he ocultado mi mejoría y eso es como mentirte.

Deberías de estar gritándome y golpeándome llena de furia.

—Bueno, si no lo hice en cuanto me lo contaste…, ahora estaría un poco fuera de lugar. ¿No te parece?

Sonrió sin querer hacerlo. Así era su niña-mujer. De pronto encontró la respuesta, la misma que en otra ocasión le planteara. La expresión de su cara fue de nuevo perturbadoramente seria.

Ya era del todo punto imposible imaginarse la vida sin ella a su lado. Día a día. Estación a estación.

Se casarían. Sí. En el mismo lugar donde se conocieron la haría su mujer ante los hombres, pues ante Dios ya se habían hecho uno. No podría negarse a ello. Pero ¿cómo decírselo?

En esta ocasión no tardaría, y sería después de darle las explicaciones que quisiera, rematando sus argumentos con su proposición de matrimonio. De ese modo alejaba a Gabriela y Arturo de sus vidas para siempre, y se quedaba junto a Clara eternamente.

Revelar la solución dejaba su cuerpo y espíritu liberado de un enorme lastre, y ansiaba comunicarle a Clara, que su espera para alcanzar la plena felicidad había acabado.

Tomaría como cómplice a Bruno; ya se sabe de la camaradería que entre hombres existe y más cuando estos han congeniado, tan bien como ellos dos.

Lo arreglaría todo enseguida. Había que pasar página y escribir en la siguiente solo palabras de dicha.

Por primera vez desde que se conocieron, Dante vio la luz con total claridad, en sentido real y alegórico. Vio que en aquel momento sí podía llegar a hacerse realidad.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Miró hacia fuera las nubes esponjosas que surcaban el cielo.

—No sé por dónde empezar. Te mereces que comience a hablar como un loco y no deje de hacerlo hasta que te sientas del todo satisfecha con mis explicaciones. —Se volvió y la miró de arriba abajo, parándose en sus ojos—. Llámame cobarde, mentiroso…, lo que quieras, pues me lo merezco; sin embargo…, las terribles dudas que me acechaban cada vez que me autoconvencía de que debía decírtelo, eran inmensas y cargadas de amargura. Entiende que no quería precipitarme. Darte falsas esperanzas y agarrarme a ellas como tabla de salvación, no era lo mejor ni lo más sensato que podía hacer. Deseé hacerte partícipe de mi alegría tantas veces, como otras tantas me obligaba a callar y ser paciente. En cuántas ocasiones me pregunté: si mi mejoría fuese solo pasajera cómo podía afectarnos, y la respuesta siempre fue la misma. —Tragó saliva y se abrazó a sí mismo—. Nuestro futuro construido sobre arenas movedizas y destruido por la evidencia de que podría terminar siendo una carga pesada para ti.

Clara se había ido acercado hasta estar a un paso de distancia, e hizo ademán de hablar.

Dante la cogió de los antebrazos y la besó. Su contacto no era tanto para no dejarla hablar, como para trasmitirle con su caricia lo que la quería; lo que su existencia había supuesto para él.

La mujer contestó con igual ternura y un suave gemido se escuchó en la habitación.

Ambos corazones dieron un vuelco al unísono. Tanto amor era imposible, impensable de olvidarse, ni perderse.

Se abrazó a su cintura y apoyó su cabeza en el amplio y duro pecho masculino.

—Quiero que sepas ante todo, que hasta no estar lo suficientemente seguro no quise hablar con nadie. Nos jugamos mucho y cualquier error por mi parte, no nos beneficiaría en absoluto. Ahora que he comprobado mi situación, y que esta mejora por momentos, es cuando ya no podía callarme, y de ahí que os lo dijera sin dejar pasar un minuto más. Lo siento… mucho…

—No digas nada más. Apenas me he parado a pensar en el tiempo que llevas ocultándomelo. La alegría ha sido tan grande, que no he pensado en enfadarme contigo y mucho menos, descargar sobre ti mi mal genio. No siento otra cosa que felicidad… por ti, sobre todo. Eres un hombre muy fuerte, Dante, fuerte y ardiente; sé que querías salir adelante aún en tu estado. Dios

sabe que lo estabas haciendo muy bien y nuestro futuro hubiese sido el mismo. Ahora que las cosas están como están, tal vez quieras recapacitar en soledad.

—¿Qué quieres decir?

—¿Has pensado en volver con ellos?

Dante la abrazó con ímpetu. Su energía la hizo quedarse pegada por entero a su cuerpo.

Más que pegada, mezcladas las dos cálidas esencias a través de la ropa.

Apoyó su barbilla sobre la cabeza de ella.

—En lo único en lo que he pensado es…

Clara alzó los ojos.

“Díselo hombre. ¿A qué esperas?”

—¿Sí?

La mirada y voz femeninas eran un compendio de expectación, miedo y esperanza mezclados.

Acunó su adorable carita entre las manos.

Pasaron varios segundos o tal vez ya minutos, apoderándose el silencio de ellos.

—¡Dios mío, lo has pensado!

Intentó zafarse y correr hasta la puerta por la cual escapar. No pudo. Forcejeó sin éxito.

Trató de gritar y solo escapaban de su boca lastimosos gemidos, entrecortados por las irresistibles ganas de llorar que sentía. Su llanto era seco. Como seco estaba su corazón, antes frondoso como un vergel.

—¡No… no! ¿Cómo puedes… decir eso? Eres todo para mí. Si no estuvieras conmigo… ¡Clara, mírame! ¡ Por Dios, mírame! —Como pudo y sin hacerle daño, retiró de su rostro sus manos, besando dedo a dedo con devoción—. Mis pensamientos nunca han sido esos. Nunca. Es otra cosa la que quiero decirte y no sé cómo.

—Por favor, no juegues conmigo. De ti no podría soportarlo.

Dante apoyó las manitas femeninas en su pecho donde latía fuerte su corazón.

—Jamás, mi amor. ¿Sientes esto?

—Sí. Lo siento, pero…

—Lo que quiero decirte debe esperar hasta mañana.

—¿Por qué?

—Quiero volver a la gruta.

—No comprendo.

—Mañana, amor. Mañana lo entenderás todo.

—¡No! ¡Quiero entenderlo ahora! —Cruzó sus brazos sobre su vientre—. Tengo los nervios a flor de piel. Tú, Arturo, Gabriela… Estos días han sido peor que mi peor pesadilla.

Estalló. Al fin.

Lloró y pegó con los puños cerrados el duro pecho, un golpe… dos…, tres…

El hombre la dejó hacer. Su carácter dulce había sido sobrepasado por las circunstancias, y era lógico que acabara descargando toda la tensión acumulada. Era una persona que había estado sometida a una situación nada deseable y cualquiera en su lugar, hubiese hecho igual.

Clara se dejó resbalar por toda la longitud del cuerpo masculino hasta quedar sentada en el suelo. La falda de su sencillo vestido rodeándola como los pétalos de una flor abiertos.

Dante estaba irritado. Más con el mundo y con él, que con ella.

Se arrodilló.

—Lo siento tanto.

Contuvo las ganas de cogerla en su regazo y abrazarla. Debía esperar a que ella se moviera para acercarse o irse.

Hizo amago de incorporarse, pero le temblaban demasiado las piernas.

Dante se levantó y la cogió solícito de la cintura, apretándola contra sí.

El aroma de su cuerpo abrió la mente de la mujer. Despejó sus sentidos y alivió el dolor.

Él era su bálsamo. Su droga.

—Per… perdóname.

—Pues claro que te perdono. Tenías derecho a perder los nervios conmigo. Al fin y al cabo, yo soy el culpable de todo este embrollo en el que estás metida. Otra hubiese sido mucho más infame conmigo. Estoy seguro.

—Eso no te lo discuto. Yo no soy de esa naturaleza; pero si dije que no iba a hacer una escena, no me explico…

—Muy sencillo: una cosa es que te tomaste bien el hecho de que no te hablase de mi recuperación antes, y otra muy distinta es que unos intrusos se han entrometido en tu tranquila vida, poniéndola patas arriba. Yo era el que tenías más cerca, así que he recibido los palos, literalmente.

—Todo es cierto. Me avergüenzo y…

—¿Quieres que te perdone? ¿Por los golpes, gritos y miradas asesinas para con mi persona?

—Exacto.

Sus pulgares acariciaron sus labios entreabiertos.

—Clara, dulce Clara. No tienes siquiera que pedírmelo. Aunque si tanto deseas ser perdonada…

La mujer vio cómo sonreían sus ojos. La vida había vuelto a ellos y su resplandor la cegaba. Sonrió con parsimonia. Sí, sabía cómo hacerse perdonar de una manera particularmente agradable para los dos.

Sus manitas agarraron las solapas de su camisa entreabierta. Dio un tirón y los botones salieron disparados en todas direcciones. El maravilloso torso de Dante surgió ante sus ojos inquietos y de mirada abrasadora.

Prosiguió con sus pantalones, a los que dejó bajados hasta sus tobillos aunque el hombre los apartó de un hábil movimiento.

No había ni un solo centímetro de piel que no quisiera adorar con todo su ser y Clara dejó vagar sus vista perezosamente recorriendo cada ángulo, cada recoveco…, deseando perderse en el juego de luces y sombras de aquel maravilloso cuerpo.

Erguido ante ella todo poderoso, como un dios del mismísimo Olimpo, dejó que se regocijara a gusto con lo que veía.

Muy peligroso, ya que su erección iba incrementándose por segundos hasta un punto particularmente doloroso.

Se le acercó y las ardientes manos fueron puro fuego atravesando su ropa.

—Ahora me toca a mí.

Con igual impaciencia, rasgó sus vestiduras e igualmente se dio por fin, el festín que tanto deseaba.

El pequeño y bien formado cuerpo de Clara se le presentaba ante él de manera límpida, sin tapujos y sin que su imaginación tomara parte en la seducción, puesto que ya podía deleitarse admirándola en todo su esplendor.

Acarició con parsimonia sus clavículas, deteniéndose en ellas con reposada languidez.

La mujer suspiró y cerró los ojos.

La tersura de su piel provocó en él un escalofrío. Ahora podía seguir con la mirada la piel que tocaría con sus manos, con su lengua…, y la sensación era… impresionante.

—Mírame.

Negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Volvió a suspirar y a negar en silencio.

Capítulo 49

—Es… complicado.

No se apartó ni un milímetro y seguía acariciándola, en esta ocasión muy cerca de sus pechos de pezones erguidos.

—Bien explícamelo.

—Tú… antes…, antes…

—¿Antes… qué?

—Ya no es lo mismo.

—Comprendo.

—¿Comprendes?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Se puso en jarras con expresión de disgusto.

—Bien. Dime qué entiendes.

—Antes no te veía y te sentías… más…, digamos libre. Ahora te puedo ver sin que tengas posibilidad de esconderte de mí y…

—Y…

—No te sientes capaz de seducirme.

Clara se dio la vuelta enseñando su lindo trasero, a un ya de por sí ardiente Dante.

—Creo que he dado en el clavo. ¿Verdad?

La volvió para que le mirase y manteniendo sus manos sobre los hombros femeninos, bajó su cabeza hasta estar las miradas a la misma altura.

—Escucha bien lo que te voy a decir. Si solo con imaginarte cuando no te veía, me ponías a mil, ahora que puedo deleitarme en hacerlo a mi antojo y por mi propio placer… Nunca hubiese creído que alguien como tú fuese destinada a alguien como yo.

Me obnubilas la mente, me atraviesas la piel ya enaltecida por notarte, pues presiento tus caricias y me inflamo; me haces sentir un hombre en todo el amplio sentido de la palabra… Eres perfecta por dentro y por fuera, mi particular diosa del Amor.

Clara parpadeó para despejar las lágrimas que luchaban por escapar de sus ojos, pero sin resultado. Las muy traidoras resbalaron por sus mejillas, dejando un salado y húmedo reguero a su paso, que fue besado y lamido en silenciosa devoción por el hombre.

Dante la levantó dejando su entrepierna hinchada frotando la de ella humedecida, y se acercó a la puerta.

La dejó resbalar por su cuerpo y cuando sus pies tomaron contacto con el suelo, se arrodilló frente a ella.

La besó con ardientes besos y la lamió con pasadas lujuriosas y tórridas, sin dejar de mirarla de hito en hito para ver su expresión.

Tragó saliva impregnada del sabor de Clara y tirando de ella por las caderas, se dejó caer de espaldas en el suelo.

Los cuerpos pegados se reconocieron y desearon encontrarse aún más unidos.

La penetró y su invasión, les reportó a ambos el primer gemido del clímax cercano.

—Cabálgame, mi ardiente hembra, mientras te veo sintiendo todo el placer que te doy y me das.

Aumentó el ritmo y los envites se hicieron más y más profundos, y percibidos con mayor plenitud.

—Dios. Así… así… —La ronca voz de Dante traspasó sus oídos como si lamiera con ella su cerebro.

La vio mordisquearse el labio inferior. Sus pechos moviéndose al compás de las arremetidas…, pero ante todo, vio la mirada ardiente que posaba en él.

Se levantó con ella en brazos sin dejar de estar clavado dentro de su ser, y terminó lo que habían empezado sobre la mullida cama, que los recibió gustosa. Las acometidas no daban tregua al final que los dos necesitaban.

Dante era el amante perfecto y solo cabía abandonarse a morir de placer.

El pequeño cuerpo dejaba al hombre extasiado y con ganas de más. De continuar hasta el infinito. Los gemidos de ambos reforzaron la entrega total.

—Te amo —dijeron al unísono mirándose extasiados el uno en el otro.

Cuando alcanzaron el clímax juntos, la explosión hizo desaparecer todo lo que no fuesen ellos dos.

El ardiente líquido surcó las profundidades femeninas, dejando a su paso con tal imponente acometida, la marca a fuego de la cálida simiente.

El milagro de la vida se había acordado.

***

En otra estancia, el mismo juego pero con otras connotaciones.

Gabriela y Arturo se regodeaban en compartir buen sexo.

Sin inhibiciones. Sin sentimientos elevados. Sabiendo plenamente cómo dar y recibir.

Su unión les resultaba tan placentera o más que otras veces.

Arturo tumbado hacía y se dejaba hacer.

La mujer restregaba su sexo contra su boca, devorándolo por entero a su vez.

¿Cómo no entregarse a tal desenfreno? La disipación de la que gozaban hacía las veces de afrodisíaco, compuesto este por variados ingredientes. El desenfreno que era una de las características de su especial relación, resultaba de lo más sensual junto con la potente dosis de lujuria, que aportaba la guinda al pastel.

Por no hablar de los parecidos caracteres, pensamientos y metas.

Todo unido era un compendio compacto de unión a tener muy en cuenta.

—¡Hummmm!

—Me has quitado la palabra de la boca, querida.

Gabriela sonrió y prosiguió con lo que estaba haciendo. Sus chupadas provocaban en el hombre un centenar de pequeñas contracciones en su sexo.

Los lametones provocaban en la mujer innumerables espasmos en su interior.

De pronto Arturo se posesionaba de ella por detrás, y le hundía su erección en el suficientemente lubricado sexo femenino.

Las embestidas eran fuertes y profundas, produciendo en ambos la necesidad perentoria de desfogarse íntegramente a la mayor brevedad.

Los empellones se sucedían a un ritmo frenético y los sensuales gemidos cortaban el silencio.

Pero antes de acabar, el hombre también se posesionó de su trasero, al cual penetró con ímpetu. Gabriela gritó ante la invasión y quedó más que complacida por ella.

—Eres un maravilloso ejemplar de… macho y adoro… cómo me… posees. Cómo me… haces el amor. No puedo recordar a… ninguno de mis otros amantes… cuando estoy contigo.

El aludido sonrió pagado de sí mismo y empujó con más fuerza.

—Eso es…, querida. Cuando estamos juntos… no quiero que nadie más esté presente en tus pensamientos. Quiero que seas consciente de que estás conmigo, que te estoy…

poseyendo entera, y que nadie puede… tomarte… y hacerte el amor como yo, ni hacerte sentir tanto y tan bien, como yo.

Los dos estallaron al unísono.

La calidez líquida de Arturo se posesionó de cada rincón, de cada recoveco de las entrañas de Gabriela, la cual recibió el clímax masculino en un estado de éxtasis pleno, unido este al suyo propio.

Se dejó caer boca abajo, manteniendo en su interior a Arturo que se pegó a sus espaldas, uniendo sus pieles húmedas.

Los posteriores espasmos se sucedieron con fuerza y dando los últimos pero intensos coletazos al orgasmo alcanzado.

—Dios. Me dejas sin aliento, mujer. Eres… una fiera.

—Tú también eres una fiera… y me encanta.

Le mordisqueó la oreja y comprobó los escalofríos que su caricia provocaba en ella.

En respuesta la mujer movió insinuante su trasero y caderas, buscando fricción.

—Si te mueves así, muy, muy pronto estaré de nuevo en disposición de prestarte un nuevo servicio.

—No sabes cómo me gusta tu capacidad de recuperación…, entre otras cosas… Eres todo un hombre, Arturo, y poder sentirte en toda tu espléndida plenitud en carne propia… Me dejas deseando más y más, sin medida.

—Me complace tu buenísima disposición para nuestros escarceos amorosos. Eres tan hermosa, apasionada, insaciable, lujuriosa… Justo como a mí me gustan las mujeres.

Gabriela se volvió hasta conseguir ponerse boca arriba.

—O sea, que soy como las otras con las que te acuestas.

Arturo la miró intrigado.

—Eres mucho más que ninguna otra. Eres tan sensual, tan receptiva a mí, tan libidinosa…, y tu manera de… digamos ponerme a tono, sobrepasa con creces los intentos de las demás. Comparadas a ti sus tentativas de darme placer, son nimias.

Contigo me es imposible refrenarme. Me provocas tal deseo que… te poseería en cualquier

sitio, a cualquier hora y de cualquier manera; una y otra vez, una y otra vez…

Gabriela se relamió los labios entreabiertos. Oírle hablar así y de aquella manera… la hacían desear sexo de nuevo con él, como si no hubieran casi prácticamente acabado de hacerlo. Se miraron intensamente. En ese momento se encontraban unidos como nunca hasta entonces.

La conciencia de aquello, les provocó a ambos una complicidad como jamás habían experimentado. Se sentían más vinculados y fusionados el uno en el otro, y era en extremo insólito. Arturo fue bajando lentamente su cuerpo, apoyándose en sus poderosos antebrazos. Gabriela le vio cernirse muy despacio, pegando su cálida piel a la suya, centímetro a centímetro, grado a grado; como si el calor de sus cuerpos se complementara y observando cómo en los ojos masculinos un brillo nuevo y ardiente les hacía fulgurar como nunca antes, irradiando una profunda sensación de avidez.

Quedaron unidos. Cuerpo a cuerpo. Arturo bajó la cara hasta que tuvo la de ella pegada, después abrió la boca y tomó posesión de sus labios.

No habían tenido tiempo para la reflexión. Este había sido gastado a manos llenas en disfrutar de un buen sexo, toda la noche.

Capítulo 50

Desde el lecho, Clara vio amanecer y supo que la solución a todo aquel caos, era la que Dante dijera. Ya no se debía a sí misma la actitud de justicia poética que pretendía, surgiera espontáneamente y lo arreglara todo como debía.

Si quería vivir con Dante, haría lo que él quisiera y contra quien fuera.

Se dirigió a la cocina donde desayunó frugalmente. Su estómago no aguantaría nada que no fuese un vaso de leche, debido a su estado de nervios.

Después fue a la salita donde se sentó en el sofá.

Como única compañía sus pensamientos. Como único consuelo Dante.

Con los ojos cerrados intentaba concentrarse. El tiempo se acababa y tenía que ganar aquella batalla ya. Por él y por ella.

Tan absorta estaba que no se percató de que el objeto de sus pensamientos se le acercó silencioso.

La cogió por los hombros e incorporándola, la pegó a él de tal manera, que sus cálidos cuerpos se tornaron uno.

De repente, Arturo y Gabriela hicieron acto de presencia.

Les miraron sonrientes haciéndose perfectamente eco de la situación, y luego entre ellos con sonrisa socarrona.

—Vaya, vaya, querido hermano. Al parecer no puedes mantener tus manos lejos de nuestra anfitriona.

Dante estuvo a punto de desvelar el hecho de su recién recuperada visión, pero pudo pararse a tiempo. Simplemente ofreció una mueca de asco a su interlocutor, como prueba de su disconformidad ante su desagradable e inoportuna presencia.

—Por nosotros podéis seguir. ¿Verdad, Gabriela? Sabemos muy bien de lo que el deseo de la carne es capaz de hacer, y tú no podías ser menos que cualquiera.

Dante dio un par de pasos hacía él en actitud desafiante.

Arturo alzó los brazos en ademán de defensa.

—Tranquilo, hombre, que no es nada malo. Simplemente te hago partícipe de que sabemos lo que os traéis entre manos tú y Clara. Era más que obvia vuestra mutua atracción, pero estoy seguro de que Gabriela tiene algo que decir… ¿Gabriela?

Arturo la cogió de la cintura, colocándola a escasos pasos de Dante. Enfrentándolos.

La mujer rebosaba dignidad, aunque sus ojos hablaban de odio y furia a partes iguales.

En cuanto a Dante, la fortaleza de su físico se unía a una férrea determinación.

Gabriela alzó la mano izquierda y acarició los labios masculinos, mientras entreabría los

suyos insinuante, e iba directa a introducir su mano libre por la camisa de Dante, para acariciarle el cálido torso y así mantenerlo distraído.

Arturo en silencio, se cernía sobre una Clara taciturna.

El hombre la pegaba a su torso y se inclinaba para darle un beso en la boca, mientras subía y bajaba sus expertas manos por la espalda de Clara, manoseándola.

Esta por mucho que intentara deshacerse de sus indeseadas caricias, pretendía que aquella situación no fuera a mayores, con escaso éxito.

Dante pestañeó y supo que debía sopesar la ventaja que poseía, el juego se tornaba sucio por momentos, y debía decidir si seguir haciéndose el ciego o poner las cartas sobre la mesa.

No fue premeditado. Simplemente ocurrió.

Dante apartó a Gabriela de su cuerpo, y con un movimiento ágil e imprevisto, retiró a Arturo del lado de Clara y le golpeó el rostro con un puñetazo demoledor.

Gabriela sonriendo eufórica, comenzó a aplaudir.

—¡Bravo! ¡Bravo, Dante! Sabía que no soportarías que nadie se acercara a Clara.

Tenías que defenderla. ¿Verdad? Y más del ataque de tu hermanastro, un casanova tan empedernido y depravado.

Arturo se acarició la mandíbula lastimada con expresión anonadada.

—Al menos ha servido para conocer tu mejoría. Por cierto, ¿cuándo pensabas decírnoslo? Has recuperado la vista y eso es para congratularse, aunque me gustaría saber desde cuándo.

—Eso a ti no te importa, hermano.

—Yo diría que sí. Pero no me siento con ganas de entablar una lucha contigo. —Miró a la mujer rubia y esta le devolvió una mirada cómplice. Arturo esbozó una mueca y acto seguido suspiró con afectación—. Bueno, visto el cariz que están tomando las cosas, creo conveniente irnos de aquí cuanto antes. ¿No estás de acuerdo, Gabriela? Preguntó sin apartar la mirada de su hermanastro, sin cesar de masajearse la mejilla.

—Por supuesto.

Dante abrazó a Clara esperando tranquilizarla.

—Vosotros podéis iros al mismísimo infierno ahora mismo si queréis. Pero yo me quedo. Creo ser lo suficientemente adulto y dueño de mis actos, como para decidir por mí mismo, donde quiero estar y con quien; así que… ya sabéis…, yo me quedo y a vosotros…, nada ni nadie os retiene aquí.

Gabriela y Arturo se miraron. Este último sacó del interior de su chaqueta un papel perfectamente doblado y se lo entregó a su hermanastro, el cual lo miró expectante.

—¿Qué significa esto?

—Bueno. Si quieres que te resuma su contenido, por mí; bien.

Clara miró a Dante y un escalofrío profundo e inoportuno la recorrió. Ni la ardiente mirada de su amor la hacía entrar en calor ante tal situación.

—Mis queridos tortolitos —habló Gabriela con cínico humor—, es hora de poner las cartas sobre la mesa. Se volvió hacia Arturo y le indicó con una mirada cargada de seguridad y poder, que hablase sin perder ni un segundo más.

Este sonrió y en sus labios la sonrisa hablaba en silencio de una maldad diabólica.

—Lo quiero todo, Dante, mi querido hermanastro. —Hizo una pausa adrede, mientras los miraba de hito en hito—. Y cuando digo todo, me refiero a lo de nuestro padre y a lo de tu

madre. Sí, es cierto. Mi avaricia es incorregible, infinita e imparable. Firma este documento y…

Dante hizo ademán de arremeter contra Arturo, al tiempo que arrugaba el papel con furia, pero unas pequeñas, cálidas y acogedoras manos se posaron en su brazo, deteniéndolo en seco.

El hombre volvió su rostro hacia el amado y no necesitó ni una sola palabra para comprender. Lo ojos, la cara de Clara… Verla con aquella amargura y expectación…

Miró a aquellos dos seres, percibiendo la ruindad y perversión más absolutas en ellos.

Dejó que sus ojos se cruzaran con los risueños de Arturo y leyó tantas cosas…

—Eres… eres…

—Querido —le cortó Gabriela—, ahórrate los insultos. Al fin y al cabo, míralo por el lado bueno: te quedas con…, con… esta mujercita. El mayor tesoro que podrías tener. A cambio de… ¿De qué?… Poder, propiedades, prestigio… Nada comparado a ella, ¿verdad?

La mujer se le acercó haciendo amago de besarle en la boca. El hombre la miró con desprecio y volvió su rostro hacia la derecha. Hacia Clara.

—Bueno, bueno. Y yo que solo quería un beso de despedida… —Su mano izquierda se deslizó desde la cara hasta su entrepierna.

Dante le dio un manotazo que le dejó la mano colorada. La expresión gozosa femenina se tornó indiferente, dejando posteriormente paso, a la de despecho e ira.

—Firma, maldito. Firma y te dejaremos en paz a ti y a esta… esta…, pu…

Gabriela no pudo continuar hablando o mejor dicho insultando a Clara, pues una poderosa y letal garra se apoderó de su fino cuello, apretándolo sin piedad y sin pausa.

Arturo abandonó su posición y asestó un fuerte puñetazo a Dante en la cara. Este deshizo su agarro mortal y se tambaleó, pero sin caer, reaccionando lleno de furia y devolviéndole el golpe con uno que hizo rodar a Arturo por el suelo.

Se llevó la mano izquierda a la comisura de sus labios ensangrentados y el odio más infinito asomó a sus ojos. La misma expresión se vio en Clara que solícita sacó de su manga un pañuelo para cortar la hemorragia de la boca de su amado.

—¡Ya basta! —gritó Gabriela casi sin poder hacerlo, con las manos en su garganta, mirando a ambos hermanos—. Tendré el cuello enrojecido unos días. Bueno, es tan buen recuerdo como otros que ya tengo tuyos, mi queridísimo Dante. —La mujer miró incitadora a Clara esperando provocarla, pero esta parecía haberse quedado sorda y muda, mientras atenta reconfortaba a Dante con suaves pasadas en sus labios, de su pañuelo antes blanco y prístino, ahora carmesí por su sangre.

—Acabemos de una vez —rugió Arturo levantándose y tocándose la mandíbula—. Se me está haciendo tediosa esta situación, y ya sabes cómo me pongo cuando algo me aburre. ¿Verdad, hermano?

El aludido se debatía entre romper el cuello a aquellas dos musarañas, o firmar y dejarles salir de su vida para siempre. Agarrando con ambas manos el maldito papel, se dirigió hacia donde se hallaba el llamador.

Apenas pasaban unos segundos, cuando Mina apareció solícita en el umbral de la puerta. Llamando esperó a ser invitada a entrar.

Cuando accedió al interior de la estancia, la atmósfera de la misma parecía ser espesa y letal.

—Por favor, Mina, trae lo necesario para redactar un escrito y manda llamar al doctor. En cuanto él llegue, hazlo pasar. —Con los ojos le dijo que ya hablarían y que no se preocupase. La

voz de Clara resonó como un eco en las cabezas de todos los allí presentes.

—En seguida. —La mujer apenas atisbó el pálido rostro de Clara, aunque no necesitó más para comprender.

Tras quedarse de nuevo solos, tres pares de ojos se clavaron en Clara.

—Puede que Dante firme ese maldito papel y sea suficiente para vosotros, pero exijo que los dos firméis el nuestro.

Dante la abrazó sin cortedad, sonriendo orgulloso.

Tanto a Gabriela como Arturo, les pareció haber escuchado como que eran posibles los viajes lunares. Así aparecían sus semblantes reflejando incredulidad.

—Esperáis que él firme lo que vosotros queréis. Pero nosotros necesitamos guardarnos las espaldas. Ya habéis demostrado de qué calaña sois y seríamos ingenuos si no lo hiciéramos.

Una risa totalmente impropia de una dama surgió de la garganta de Gabriela, transformándose en carcajadas, que contagiosas, nacieron también en Arturo.

—Vaya, vaya con la mujercita —afirmó el hombre—, si es que no se puede subestimar a nadie, ni siquiera a una criatura tan…

Dante se adelantó hasta tener a su hermanastro a pocos centímetros.

—Cuidado, hermanito. Ni un insulto más. —Alzando la vista, la fijó en la rubia mujer que dio unos prudentes pasos hacia atrás.

—Créeme, esto nos gusta tan poco como a vosotros. Te aseguro que si las cosas hubiesen sido de otra manera…, nada de todo esto hubiese ocurrido —afirmó la mujer.

Como un rayo poderoso y esclarecedor, la luz se hizo en la mente de Dante. Supo en aquel preciso instante, que las diferentes situaciones en las que se había visto involucrado en los últimos tiempos, eran obra de Arturo en complot con Gabriela.

La bilis le subió a la garganta y el más incontrolado deseo de venganza se apoderó de cada molécula de su cuerpo.

En un caleidoscopio de imágenes, la verdad se abría paso en su mente; en sus recuerdos, golpeando su cordura sin pausa ni miramiento.

Ante tal despliegue, Dante acusó el impulso de acometer con inusitada e imparable energía a aquellas dos alimañas, causantes de todas sus desdichas y sufrimientos.

Causantes de… Sí. También debía sopesar, que por culpa y a raíz de sus maquinaciones, había encontrado la razón primigenia de su existencia, incompleta hasta ahora: Clara.

Tal vez por eso y solamente por eso, no movió ni un solo músculo, y les dejó seguir respirando.

La llamada a la puerta hizo que Clara se apartase de su lado, lo que provocó que Dante volviera a la realidad. La joven recogió de manos de Mina lo que antes le pidiera sin decir nada, y sin dejarle entrar siquiera a la habitación. Cerrando la puerta, Mina se alejó con un nudo en la garganta.

Acercándose hacia la pequeña mesita que había en una esquina de la estancia, Clara dejó todo dispuesto. Dante se aproximó y diligentemente comenzó a redactar con letra personal y precisa, los términos del documento que pondría fin a tantas y tantas confrontaciones entre él y su hermanastro. Si bien a lo largo de sus vidas, estas habían sido de diferentes cataduras, quedaba bien claro que con el paso del tiempo, se habían ido acentuando, hasta llegar a extremos exorbitantes, incluso de vida o muerte.

Solo el tic tac del reloj sobre la repisa de la chimenea, y el sonido del cálamo sobre el papel, se escuchaban entre esas cuatro paredes. Tanto Arturo como Gabriela miraban conteniendo la respiración. Si creían tenerlo todo bajo control, con Dante era demasiada presunción. Se irían de allí con todo sí, pero aquel hombre era pura energía y determinación. Al igual que había resultado ser Clara. Tal para cual. A pesar de su frágil apariencia, no había nada de esa debilidad en ella.

Tras unos largos minutos que a todos les parecieron horas, Dante se levantó y extendió el escrito a su hermanastro. Este comenzó a leer con Gabriela a su lado, ojeando por encima de su hombro. Impertérrito, Dante les miraba con su brazo izquierdo sobre los hombros de Clara. Esta mantenía su mano sobre la cálida de él.

No había tenido que decirle nada al hombre, pues sabía que la redacción del documento sería perfecta. Ni siquiera hizo ademán de leerlo antes de que él se lo pasase a Arturo.

Tanto este como Gabriela se miraban de tanto en tanto, y seguían leyendo en sepulcral silencio.

El reloj con su música repetitiva, continuaba resonando en la mente de todos:

incansable, riguroso y eterno.

Llamaron a la puerta y Clara la abrió dejando pasar al médico.

—Mina, entra tú también.

—Bien. Supongo que no tendréis ningún inconveniente en que ellos hagan de testigos. ¿O me equivoco? —Dante los observaba irónico.

—Por supuesto que no, querido—afirmó Gabriela.

Arturo entregó el papel a esta y se acercó a su hermanastro.

—Sabía que eras buen negociador, pero hasta que no lo he sufrido en mis propias carnes, no tenía la completa seguridad de ello. Estoy conforme en todo, y en cuanto firmemos, tanto Gabriela como yo desapareceremos de vuestra vista para siempre.

¿Estás de acuerdo, querida?

Gabriela asintió y dando un par de pasos, cogió el cálamo que Dante le ofrecía. Le miró con mezcla de… ¿Odio? ¿Deseo? ¿Resignación? Incrédula, vio un ligero temblor en su mano al firmar. Sin embargo lo atribuyó a la ira contenida.

A continuación pasó la pluma a Arturo, el cual hizo lo propio. Clara fue la siguiente y tras ella, Dante, Mina y el doctor.

Arturo esperó en silencio a que su escrito también fuese firmado.

Y como si del comienzo de una competición se tratase, ambos intercambiaron sus respectivos documentos, dando por finalizado el trato de sus vidas.

—Y ahora, querido hermanastro, Clara y el resto de los presentes, nos despedimos de vosotros, esperando que no haya rencor entre nosotros y que la vida nos dé a cada uno lo que en justicia merecemos. Gabriela, querida, cuando quieras. —Esta se cogió al brazo que le extendía gustoso, pero en último extremo fue hasta Dante, al cual arrebató un leve beso con lengua.

—Algo dulce para el camino. —Se relamió cínica y lujuriosa.

Dante se restregó con la manga el contacto femenino. Sus ojos echando chispas de asco. Arturo sonrió complacido a los presentes, dejó un beso húmedo en la mano de Gabriela y al levantar la vista guiñó insolentemente Clara. Ambos desaparecieron haciendo una leve reverencia y cerrando la puerta tras ellos.

Dante abrazó a Clara de manera posesiva. Su alivio se veía ensombrecido por la magnitud del odio, rencor y ambición, que había visto en Arturo y Gabriela. A pesar de creer conocerlos, jamás hubiese previsto, ni tan siquiera conjeturado, algo tan ruin y rastrero en ellos.

Fue el galeno quien le sacó de sus pensamientos.

—Si no nos necesitáis para nada más, tanto Mina como yo os dejaremos a solas.

—No. Nada más y gracias. Muchas gracias a ambos por vuestra presencia, apoyo y confianza —contestó Dante.

Alargando la mano el, Bruno se la estrechó, mirándose ambos a los ojos en silenciosa declaración de amistad eterna.

Mina besó a Clara en las mejillas y recibió un respetuoso beso en la mano por parte de Dante, al tiempo que el doctor besaba a Clara en la frente.

Nada más quedarse a solas, el hombre abrazó con tal fuerza a la joven, que parecía querer fundirse con ella. Ante tal muestra, a Clara no le pareció mal quedarse un poco así, si bien fue deshaciendo el abrazo, hasta convertirlo en una agradable y suave caricia.

—Perdona, amor. ¿Te he hecho daño?

—No hay nada que perdonar. Yo también he sentido la necesidad de apretarte y no soltarte jamás.

La besó embelesado en la frente.

—Todo ha terminado. De ahora en adelante viviremos, por y para nuestro amor.

—Sí. Así es.

La cabeza de Clara reposó en su fuerte y cálido pecho, donde el acompasado latido del corazón de Dante la envolvía relajada, dejándola descansada y segura.

Así permanecieron largo rato, alejados del mundo exterior, en su personal y particular orbe, donde no había hermanastros ambiciosos y traicioneros, ni mujeres manipuladoras y sin escrupulosas.

Todo lo que querían, ansiaban y necesitaban, estaba allí; en aquel lugar, en aquellos momentos, en esos cuerpos y almas unidos en la eternidad.

Epílogo

Como el lirio entre cardos
así es mi amada entre las doncellas.
Como manzano entre árboles silvestres,
así es mi amado entre los jóvenes.
A su sombra anhelada estoy sentada,
y su fruto me es dulce al paladar.
Me ha introducido en su bodega,
y su pendón sobre mí es el amor…

Cantar de los Cantares 2, 2-4

Un año después.

Era una noche silenciosa, tranquila y clara, sin nubes en el cielo estrellado.

Arturo inmóvil, apoyaba la cabeza en el respaldo de su favorito y cómodo sillón negro de piel. Su pelo enmarañado parecía fulgurar en variopintos reflejos por la luz del hogar cercano. La pequeña salita donde solía pasar las largas tardes de tedio, estaba iluminada por el fúlgido resplandor de la luna llena, que se filtraba por las ventanas entreabiertas y por la encendida chimenea, donde los troncos ardían. Sus largas y musculadas piernas estaban estiradas de manera disoluta y su mirada perdida en las llamas, tenía un brillo especial. Al parecer no le importaba nada en absoluto si sus descalzos pies llegaban a chamuscarse, de cerca que los tenía del fuego.

Su mano derecha descansaba en el apoyabrazos y sostenía indolente una vacía copa de vino. Una botella del carmesí líquido quedaba vacía y olvidada, volcada sobre la tupida alfombra de Cachemir. El hombre dejó que sus pesados párpados cayeran. En verdad que se sentía tan cansado… Con los ojos totalmente cerrados y su mente vagando sin rumbo por diferentes y vanos pensamientos, percibió el suave susurro de una figura que se acercaba sigilosa a su lado. Esta, al reparar en que su avance en nada cambiaba la actitud relajada del hombre, siguió andando con comedidos pasos hasta que quedó frente a él.

Suspiró preocupada y al mismo tiempo hechizada, observando con su mirada la larga figura masculina. Arturo era maravilloso. Sí, seguía siéndolo. Nada había cambiado su apostura ni la

excitante sensación que la recorría cada vez que le miraba.

—¿Te encuentras bien?

Tras unos pesados y eternos segundos, la figura respondió con un deje de indiferencia.

—En cuanto me traigas otra botella de vino, lo estaré.

—¿Por qué?

—¿Por qué…, qué?

—¿Por qué te haces esto?

—¿Te parecen pocas y nimias mis razones?

—No hay ninguna excusa para lo que te estás haciendo.

—¿Eso crees, Gabriela?

—Sí, eso creo.

—Vaya, vaya. Viniendo de ti…, digamos que no es propio. No se adapta a tu forma de ser. ¿Tanto te ha hecho cambiar lo que nos pasó? En verdad me parece increíble, querida. Tú con lo que eras… toda belleza, avaricia y orgullo; toda seguridad en ti misma… Y en cuanto a mí… ¡Vaya pareja que hacemos tú y yo!

Su mano libre descansó abierta y cubriéndole el rostro, como si de una máscara se tratase. Tal vez su estado le hacía ver la verdadera realidad que hasta entonces, estuviera oculta tras aquella maravillosa vida de placeres, y era en ese momento, cuando todo se le mostraba en su justa medida. En su justo precio y valor.

La mujer alzó su temblorosa mano izquierda y… se tocó la mejilla.

Sí. Así había sido y en el fondo, muy en el fondo, seguiría siendo hasta el fin de sus días. Pero su carácter ya no tenía el apoyo físico de antaño, ya no se sentía poseída por el poder del cual disfrutó en su momento… Arturo y ella.

Desde el accidente se habían hecho imprescindibles el uno para el otro. Su unión había alcanzado un escalón más alto; en otra dimensión, y ya no solamente estaban juntos por los lazos de la lujuria o la avaricia; ahora además, el terrible suceso en el que se habían visto inmersos los dos, les hacía cómplices de sus respectivas desdichas, a las cuales ambos se veían abocados sin solución. Así pues, su mutua compañía era lo único que les quedaba de toda aquella vida de disipación y excesos, que habían estrujado juntos hasta dejarla seca.

Nadie iba a visitarlos. Tampoco nadie se preocupaba, preguntando por su estado de salud física y mental. Para la alta sociedad, eran las ruinas humanas, los despojos que quedaban de dos importantes miembros venidos a menos, tras su paso desafortunado por los mismísimos infiernos.

Se dejó caer pesadamente en el otro sillón gemelo y cerró los ojos.

El candente calor que se desprendía de los ardientes leños, le templó la piel del rostro.

Un profundo y dolido suspiro se escuchó por toda la habitación, unido al crepitar de la madera quemada.

Su mente voló hasta una noche sin luna no muy lejana en el tiempo…

Tanto ella como Arturo ya se habían retirado a la alcoba que compartían, sumiéndose en un profundo y reparador sueño, después de haber hecho el amor con frenesí.

Gabriela sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

No, no quería recordar. Sintiendo una fuerte opresión en su pecho, apoyó su cabeza en el sillón, miró a Arturo y se dejó llevar por una inconsciencia autoinfligida a un mundo menos

amargo, menos informe y desagradable.

***

Cogidas de la mano, dos figuras unidas se acercaban con parsimonia a donde sus cuerpos y almas querían dirigirse, en un silencio calmo, repleto de armonía y solaz.

Hacía mucho tiempo que ninguna de ellas iba por allí, y había sido como un impulso irrefrenable e irresistible, encontrarse en ese camino, en ese paraje y en aquel momento.

La figura más pequeña lucía un favorecedor vestido en tonos verdes. Parecía aferrarse con ansiedad al brazo de la más alta, que aparentaba protegerla, como un caballero andante a su dama; frente a cualquier peligro, tanto real como imaginario.

Clara no quiso volver a ese lugar, ni tan siquiera con su tata, pero ya que Dante no había dejado de insistirle, al final había claudicado a sus deseos.

¿Por qué en su fuero interno se negaba a hacerlo?

Desde que descubriera a aquel cuerpo malherido abandonado a su suerte, la visión de aquel paraje tan querido y venerado por ella, había sufrido una metamorfosis. Ya no lo veía con ojos tan inocentes y llenos de devoción. Al contrario. Solo de pensar que allí había estado inerme e indefenso el hombre, que ahora era su vida entera, un frío implacable la hacía temblar y sentirse sola y desamparada, en aquel lugar donde siempre había encontrado un muy particular sosiego y una paz sobrecogedora, segura y cálida.

Pero sabía que no podía dejarse llevar por los malos recuerdos, pues después de todo, de algo tan terrible, había nacido algo tan sublime como lo que Dante y ella poseían.

—Aquí… Aquí fue donde todo comenzó.

La voz entrecortada y con matices emocionados, resonó en la tranquilidad del lugar y un fuerte suspiro escapó de entre sus labios entreabiertos.

Un cálido y fuerte cuerpo se acercó hasta quedar pegado al de la mujer, acogiendo entre sus amorosos brazos al suyo, pequeño y tembloroso.

—Clara, mi amor. —La varonil voz la hizo estremecer, con una mezcla de calidez y deseo a partes iguales.

—Sí, aquí fue donde me encontraste y mi vida pasó a ser tuya.

Apoyada sobre su pecho, escuchaba los acompasados latidos de su corazón, música relajante y armoniosa que la arrullaba.

Tras unos minutos parados entre la inmensidad del paisaje circundante, llenándose de la magnitud que la Naturaleza les mostraba, prosiguieron su camino.

Bajo sus pies la hojarasca crujía.

Sobre sus cabezas el viento agitaba las copas de los árboles, haciendo que estas se mecieran con sinuosos movimientos.

Entraron en la pequeña oquedad.

Las enormes manos masculinas se posaron reverentes sobre los hombros femeninos, traspasándoles su calidez y callado apoyo.

Delante de ambos, la pequeña figura de la Virgencita de la Gruta restaurada por encargo de ellos, se les presentaba como la guardiana de su futuro juntos, y parecía sonreírles con dulzura.

—Tan pequeña, y sin embargo, tan grande.

—Sí, Dante. Tan increíble como que estamos aquí, unidos en su presencia y con toda la eternidad por delante.

El hombre se arrodilló. Clara hizo lo mismo y con las manos unidas, dieron gracias en compartido silencio. Se miraron por unos instantes, y comprobaron que ambos tenían los ojos brillantes de lágrimas contenidas. Cuando él cerró los párpados, Clara le contempló. Él era su amor, fuerte y sensible, divino y humano, fiero y apacible, día y noche, luz y sombras.

Se persignaron, y al levantarse Dante le dio la vuelta, poniéndola de espaldas a la imagen.

Tomó entre las manos su cara y la miró…

La miró como si quisiera absorberla a través de sus hermosas pupilas azules, aspirarla y mezclarla con su esencia. La miró como si el anhelo de unirse a ella no solo se quedara en la unión de sus cuerpos, de sus ardientes realidades físicas, sino que esa unión fuera más allá de ellos mismos, del mundo y del universo.

Y entonces…, la besó.

Saboreando la voluptuosidad cálida, plena de sus labios carnosos, y haciendo que estos se le abrieran, como un pétalo de flor a los rayos del sol amante.

El beso pareció durar una eternidad y cuando sus bocas se separaron, en ambas nacieron sendas sonrisas que hubieran iluminado la más sombría y absoluta oscuridad.

Se cogieron de la mano y desandaron el camino, volviendo a la casa, bastión de su ya comenzado futuro juntos.

Nada más llegar, una seria Mina les salió al paso.

—¿Qué pasa, Mina? —preguntó Clara.

—Hay un hombre esperando en la salita.

—¿Te ha dicho qué es lo que quiere? —dijo Dante.

—Solo que esperaría el tiempo que hiciera falta. No piensa irse sin veros.

—Entonces será mejor que vayamos a ver lo que quiere —afirmó Dante dejando que Clara fuera delante suya.

Antes de entrar, esta le miró y el hombre le contestó en silencio, ofreciéndole su apoyo incondicional con su profunda mirada llena de amor.

Accedieron a la habitación.

La atmósfera era agradable como siempre, pero la presencia de aquel extraño le infería un cierto halo de inquietud, que parecía flotar pesadamente en el aire.

El desconocido de pie junto a la chimenea, se volvió nada más escuchar abrirse la puerta a su espalda.

Sus ojos negros escrutadores, se pasearon unos segundos por la silueta de la mujer, pero inmediatamente se posaron en la alta figura que tenía al lado, llevándola por la cintura.

Dante a su vez, lo miró como si viese a un fantasma.

—Bernardo, ¿qué haces aquí?

El aludido hizo una leve reverencia y se tocó la mejilla con una incipiente barba oscura, que le hacía un tanto alargada la cara, en un juego de luces y sombras.

—Señor, yo…

—¡Habla de una vez, hombre!

Bernardo bajó la cara y suspiró sonoramente, estrujando su boina marrón con movimientos convulsos.

Clara les miraba de hito en hito sin comprender, cuando Dante la hizo sentar con dulzura en el sofá y ocupó su sitio a su lado.

—Querida. Este hombre es un empleado mío. Perdón, quise decir exempleado.

Ahora lo es de mi hermanastro y su amante Gabriela.

—Entiendo —afirmó con serena seriedad.

—Bien, vayamos al grano. ¿Qué haces aquí?

—Señor. No sé por dónde empezar.

—Por el principio, ¿no te parece? —Dante le señaló un asiento frente a ellos, pero el hombre vaciló—. Siéntate, hombre. Supongo que lo que nos vas a decir será extenso y tienes aspecto de cansado.

—Sí, señor. He cabalgado durante días sin descanso hasta llegar aquí.

—Entonces comienza. Cuanto antes sepamos lo que quieres, mejor para todos.

—Yo no quiero nada. Solo que usted se entere de las novedades.

—¿Novedades de qué?

—El señor Arturo y la señora Gabriela…

—Están en problemas, ¿no? Suponía que, tarde o temprano, esos dos se meterían en líos. Bueno, al menos han tardado un poco más que otras veces.

—Señor, ha ocurrido una desgracia.

—¿Una desgracia? —preguntó Clara.

—Sí, señora.

—Bernardo, ve al grano. ¡Ya!

—Bue… bueno. Todavía no se sabe cómo ocurrió, pero el caso es que…

—Sigue hombre, sigue.

—Hubo un incendio horrible. Todo…, todo en ruinas. Escombros humeantes y desolación.

—¿La casa grande?

—Destruida totalmente.

Clara le acarició la mano apoyada en su pierna musculosa. Dante la apretó con suavidad.

—¡Dios, la casa de mis antepasados! ¿Y ellos?

—El señor Arturo…

Bernardo vaciló, apretando la boina hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—¡Por Dios, hombre! ¡Dilo de una vez! —exclamó Dante expectante.

—El señor Arturo intentó rescatar a la señora Gabriela de entre las llamas. Aquello se convirtió en un infierno, y sin embargo, no dudó en arriesgar su propia vida para salvarla. Y lo hizo. Vaya si lo hizo.

—Bueno. En el fondo, muy en el fondo, siempre ha tenido madera de héroe.

—Señor, consiguió salvarla. Pero…

—Pero…

Bernardo titubeó.

—La señora Gabriela… Su… su rostro, ya nunca será el mismo.

—¿Desfigurada? —preguntó Clara horrorizada.

—Así es, señora. Tiene toda la parte izquierda quemada y no parece la misma. Es la sombra de lo que fue. Ustedes ya me entienden…

—Sí —afirmó Dante—, me lo imagino. Una mujer como ella, que vivía por, para y de la apariencia… Ahora ya no puede aprovecharse de ella para conseguir sus propósitos, ni para vanagloriarse. Es digna de lástima, después de todo.

—Aún hay más, señor. Su hermanastro Arturo… Un trozo de viga le cayó encima.

Consiguieron rescatarle, pero sufrió graves heridas que le dejaron ciego.

Clara gimió llevándose la mano al cuello.

Dante tragó saliva.

—¿Sabes si Arturo ha consultado a médicos especialistas sobre ello?

—No quiere saber nada de ninguno. Él está convencido de que se lo merece. Su amargura es tanta, que se ha dado a la bebida y la señora Gabriela se ha enclaustrado sin querer ver a nadie. Los dos viven en solitaria compañía mutua.

—Tal vez sea lo que necesitaban. Ahora sí que se complementan y entienden. Es una lástima que haya tenido que pasar algo tan terrible, para que sepan que estaban hechos el uno para el otro. Siempre lo supe, pero ellos parecían no querer darse cuenta. Ahora Arturo ve más que antes. Y, en cuanto a Gabriela, se habrá dado cuenta de que la belleza exterior no es nada, si no hay nada dentro. Por cierto, ¿dónde están ahora? En la casa de invitados, supongo. ¿O también se destruyó en el incendio?

—Como usted bien dice, señor, están allí. No es ni mucho menos comparable a la casa grande, pero se han adaptado bien.

—¿Y económicamente?

—No pasan privaciones. De todas formas, ya no hacen vida social. Sus lujos son escasos. Más bien se dedican a dejar que la vida pase por encima de ellos, inmersos en sus respectivas desgracias.

—Si has venido para que les ayude, lo haré. A pesar de los pesares, entiendo que debo hacerlo.

—No. No, señor. Solo quería que estuviese usted enterado. Creí que debía estar al corriente. Ellos no saben que he venido aquí. Creen que estoy visitando a un pariente enfermo.

—Bien, Bernardo. Agradezco que hayas venido a ponerme al corriente de los hechos.

—No tiene por qué darme las gracias. Era mi obligación.

Clara se levantó y tiró del llamador. Mina apareció poco después y recibiendo instrucciones, se llevó al hombre a tomar un refrigerio a la cocina.

Dante hizo sentar a su mujer en su regazo, y hundió el hermoso rostro femenino y serio, en su pecho. Ella le acarició el sedoso y negro pelo, esperando. Entonces la miró.

—Sé que los dos, mi hermanastro y Gabriela son malas personas. Maquinaron apoderarse de la fortuna familiar, a costa de hacerme desparecer y, al no conseguirlo, vinieron aquí a seguir con su escabroso propósito… Pero no puedo guardarles rencor, puesto que, gracias a su maldad, ahora estoy contigo.

—Dios pone a cada uno en su lugar. Son dignos de lástima. No te atormentes más, mi amor.

Siguieron así abrazados durante largo rato, sin mediar palabra alguna, hasta que la mujer se levantó de su confortable asiento y tiró de la mano de él.

Este le sonrió y Clara le devolvió la sonrisa, con una tan límpida como el mismo sol.

Sin perderla ni por un instante y compartiendo mutuas y dulces miradas llenas de amor y cómplice deseo, llegaron a una estancia suavemente iluminada. Los visillos ondeaban con ligereza de alas de mariposa, dejando traslucir con su sutil devaneo, el paisaje exterior que se entreveía majestuoso. La atmósfera era muy agradable y un sereno silencio lo envolvía todo.

Con lentitud, los pasos de ambos les acercaron hacia la derecha de la habitación.

Un frufrú de tela les hizo pararse en seco unos segundos, como si hubieran sido petrificados por un encantamiento. Se miraron. Sus ojos brillantes como estrellas.

El hombre señaló silencio con su dedo índice en los labios, y la mujer asintió divertida, pero por mucho que hubiesen querido pasar desapercibidos, fueron descubiertos.

Ya sin posible escapatoria y sin perder un segundo más, se acercaron hacia donde una pequeña figura se agitaba sin descanso, desmadejando su bien hecha cuna.

Incluso antes de que ninguno pudiera hacer algo para que cesara el ruido de las sábanas, otra pequeña figura hacía lo mismo, aunque no contenta con eso, también balbuceaba una letanía de sonidos, en un tono plenamente jovial.

Clara cogió al bebé. Una miniatura de su esposo entre sus amorosos brazos, y volvió a experimentar la misma alegría de siempre, con la pequeña cabecita apoyada en su pecho.

Dante hizo lo propio con el otro bebé. Copia exacta de su mujer y ambos se sentaron con su preciada carga en el alféizar de la ventana. Él se la quedó mirando fijamente, con todo el amor y la devoción reflejada en sus ojos azules. Se acercó y la besó en los labios. Tal vez el beso más dulce jamás dado por un hombre a su mujer, pero en el cual iba impreso con ardiente y plena consciencia, su gratitud y amor, incondicionales y eternos.

—Gracias. —Su varonil voz la hizo estremecer como siempre.

—Gracias a ti —le respondió quedamente.

—No, Clara. ¿Sabes lo mucho que has hecho por mí? Tú me salvaste de la muerte y de una vida solitaria y vacía.

—Nada que otra en mi lugar no hubiese hecho.

—No. Te equivocas. Nadie me hubiera dado la oportunidad de descubrir el amor, y quien soy y he sido, salvo tú con tu amor, paciencia y entrega. Te amo, mi bien. Te amo. Siempre.

—Yo también te amo. Siempre.

La besó y tras aquel beso largo y abrasador, se miraron ardientemente durante segundos intensos e infinitos, tras los cuales dejaron a sus preciosas cargas en sus respectivas y confortables cunas.

Entonces Dante la atrajo hacia su cuerpo poderoso, firme y varonil. Clara se dejó llevar hacia aquella fortaleza cálida, y abrazándolo por la cintura, apoyó su cabeza sobre el pecho masculino.

Mientras el sol se ocultaba en el horizonte y las tonalidades carmesíes se hacían espacio entre los árboles circundantes, dos figuras entrelazadas observaban embelesados hacia las dos cunitas, donde yacían seguras y soñolientas dos pequeñas criaturas, pruebas vivientes y patentes de un futuro prometedor único, y un claro destino pleno de amor.

